EMI
NEGRE
EL PRIMER
LIENZO
Creyeron conocer toda la verdad,
pero nadie se preparó para conocer su historia.
LA VERTIGINOSA SECUELA DE
LA HERENCIA DEL PECADO.

El Primer Lienzo

La Herencia del Pecado 2

Emi Negre

EL PRIMER LIENZO

EMI NEGRE

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).
©Emi Negre
Primera edición agosto de 2022
Diseño de cubierta: Mónica Gallart
Corrección: Davidleelibros
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A ti que, desde lo más alto, guías mi pluma para hacer de mi inspiración, tu legado.

Para mis hijos Enzo, Mateo y Atenas, y para mi mujer, Marta. Sin vosotros, nada de esto sería lo mismo.

Tabla de contenido

NOTA IMPORTANTE

9 de marzo de 2018, Valencia. Javier

12 de marzo de 2018, 09:04. Valencia

Lugar desconocido. Javier

12 de marzo de 2018, 12:02 Valencia

12 de marzo de 2018, 12:36. Valencia

Lugar desconocido. Javier

12 de marzo de 2018, 13:56 Valencia

12 de marzo de 2018, 15:15. Valencia

12 de marzo de 2018, 17:20. Valencia

12 de marzo de 2018, 19:10. Valencia

12 de marzo de 2018, 20:35. Valencia

Lugar desconocido. Javier

13 de marzo de 2018, 09:20. Valencia

13 de marzo de 2018, 10:45. Valencia

13 de marzo de 2018, 11:22. Valencia

13 de marzo de 2018, 14:25. Valencia

13 de marzo de 2018, 15:40. Valencia

13 de marzo de 2018, 18:15. Valencia

13 de marzo de 2018, 19:55. Valencia

Lugar desconocido. Javier

14 de marzo de 2018, 08:46. Valencia

14 de marzo de 2018, 12:15. Valencia

14 de marzo de 2018, 15:57. Valencia

14 de marzo de 2018, 16:36. Valencia

14 de marzo de 2018, 17:44. Valencia

14 de marzo de 2018, 19:39. Alacuás.

15 de marzo de 2018, 09:18. Valencia

15 de marzo de 2018, 11:48. Valencia

Lugar desconocido. Javier

15 de marzo de 2018, 13:23. Valencia

15 de marzo de 2018, 16:03. Valencia

15 de marzo de 2018, 19:33. Valencia

15 de marzo de 2018, 20:49. Valencia
15 de marzo de 2018, 22:31. Valencia
16 de marzo de 2018, 09:19. Valencia
16 de marzo de 2018, 11:27. Valencia.
16 de marzo de 2018, 12:44. Valencia
16 de marzo de 2018, 15:03. Valencia
16 de marzo de 2018, 16:11. Valencia
16 de marzo de 2018, 17:25. Valencia
16 de marzo de 2018, 19:15. Valencia
16 de marzo de 2018, 23:19. Valencia.
17 de marzo de 2018, 08:48. Valencia
17 de marzo de 2018, 11:58. Valencia
Lugar desconocido. Javier
17 de marzo de 2018, 16:01. Valencia
17 de marzo de 2018, 19:50. Valencia
17 de marzo de 2018, 21:02. Chirivella
18 de marzo de 2018, 17:29. Valencia
19 de marzo de 2018, 08:29. Furgón de traslado de detenidos.
22 de marzo de 2018, 10:25. Valencia
Agradecimientos
Biografía

NOTA IMPORTANTE

Antes de empezar me gustaría que entiendas que estás ante una trilogía y que la novela que vas a leer es la segunda parte de La herencia del pecado. La primera parte: El lienzo de sangre, es el origen de la historia y, aunque si bien es cierto que tanto esta novela como la anterior tienen sus tramas cerradas, su final es abierto. Y podrías leerlas de forma independiente, si no has leído la primera, puede ser que te sientas algo perdido e incluso pierdas cierta sensación. Pero no te preocupes, si has llegado hasta aquí sin haber leído la anterior, no quiero que sigas gastando dinero, por eso, en este enlace, podrás encontrarla completamente gratis.

Espero que disfrutes de esta historia.

https://eminegre.com/Autor/newsletter/

9 de marzo de 2018, Valencia. Javier

Hay momentos en los que el peligro puede intuirse, olerse. Incluso yo soy capaz de presentirlo.

Mis manos sudadas, mis piernas temblorosas. Mi cuerpo en estado alerta mientras doy los últimos pasos que restan desde el garaje hasta la puerta metálica del ascensor.

Algo no va bien.

No sé cómo puedo entender que esta noche es distinta a las demás. Es como un sexto sentido. Como el Ultra Instinto de Spiderman, que me alerta de que esta noche es distinta.

Aunque la realidad es que todas las noches convoco el mismo ritual; antes de bloquear el coche, reviso todo el aparcamiento. Tras eso, camino unos pocos pasos y vuelvo a mirar. Hago esto varias veces antes de entrar en el ascensor.

Puedo escuchar el eco sordo de mis propios pasos antes de acceder al pequeño habitáculo iluminado y pulsar el botón para subir hasta mi apartamento.

De nuevo un día más. De nuevo consumido entre mis propios fantasmas desde hace más de un año.

Tan absorto estoy en mis propios pensamientos que no me percato de que la puerta del ascensor me anuncia la llegada a mi destino. No es hasta que comienza a cerrarse de nuevo que vuelvo en mí.

Salgo decidido, aunque nervioso, a la oscuridad del rellano. El baile inquieto de mis llaves rompe el silencio mientras me acerco a la puerta. Cuando llego, de nuevo la calma se impone.

Un segundo nada más.

Vuelvo a juguetear con las llaves para buscar la de la puerta principal. No acierto con la primera; es la de la puerta de la calle. Tampoco en el segundo intento. Es en el tercero cuando al fin la llave se introduce en la cerradura dejando un pequeño sonido de arrastre metálico en su viaje por el tambor.

La puerta se abre y al fin respiro. Pero solo durante un segundo.

Mi mente me vuelve a alertar de que algo no marcha bien. Puedo llegar a olerlo. Huele a miedo, a fuego, a recuerdos. Huele a dolor y sangre. Huele a él.

Abro los ojos justo cuando escucho el chirriar de unos pasos tras de mí.

Es tarde.

Intento darme la vuelta, pero algo se aferra a mi espalda y me bloquea los brazos. De pronto siento un pinchazo en el cuello y de nuevo ese hedor me atufa la nariz.

—Hola, inspector. Cuánto tiempo —dice, y su voz devuelve a mi mente todos los momentos que ya pensé olvidados.

Cada una de las víctimas, cada llamada, cada mensaje. Todo me castiga una vez más y sin piedad mientras me revuelvo para luchar contra nadie en particular. Él ya está a unos pasos de mí y yo me esfuerzo por controlar mis impulsos.

—Hijo de... —gruño haciendo un esfuerzo extra para intentar recomponerme del calor que empieza a correr por mi cuello.

Consigo detenerme un segundo y aprovecho para contemplarlo. Ahora nos encontramos el uno frente al otro y, a pesar de que él se oculta bajo la penumbra intensa del rellano, puedo ver su sonrisa refulgiendo como un destello en mitad de la noche.

Al amparo de las sombras avanza unos pasos con la seguridad de que nadie va a salir a ayudarme.

—Siento haber tardado tanto, querido amigo, pero debía dejarlo todo listo.

—¡Pedazo de miserable! —rujo, intentando ganar algo de tiempo. Llevo mi mano hasta la funda para sacar el arma, pero ya no está. Ahora hay un hueco vacío.

—¿Buscabas esto? —El brillo del metal traspasa todo el espesor negro que nos rodea. Consigo distinguir sus dedos, unos dedos finos y cuidados. Unos dedos que no han temblado a la hora de arrancarle la vida a todos esos inocentes. Y no tiemblan ahora—. Veo que sigue tomándome por un inútil. Pero eso acabará hoy.

—Desde luego que acabará... —intento decir. Y es entonces cuando noto que mi boca se derrite. Poco a poco todo empieza a temblar.

Retrocedo hasta chocar contra el mueble de la entrada y mi cuerpo deja de responder. Mis piernas no se mueven. Mis manos tampoco. Ni siquiera soy capaz de sentir el impacto de mi cuerpo contra el suelo. Solo queda mi vista nublada que se aferra a su cuerpo y un picor dulce que crece bajo mi piel.

Pero algo ha cambiado.

Veo su sonrisa distinta, su piel arrugada, su cara deformada.

—Le prometí que nos volveríamos a ver, inspector. Mi lienzo ya está listo. Ahora, usted dará comienzo a mi nueva obra.

Tras sus palabras, la noche se abalanza sobre mí. Aunque lo último que percibo es su cuerpo inclinado y esa amenazante sonrisa triunfal.

Después, nada más.

12 de marzo de 2018, 09:04. Valencia

A Aura siempre le habían encantado las fallas. Una de las fiestas populares más bonitas de España. O eso pensaba hasta ahora.

Ni las calles cortadas, ni las mujeres y hombres vestidos de falleros, ni el olor a pólvora pueden convencer a Aura de la belleza del momento.

Su mente se deshace en malos pensamientos mientras circula a toda velocidad a través de unas calles saturadas de vehículos. Algo común en esa época. Algo que ahora solo trae malestar a su cuerpo nervioso.

—No hace falta que corras tanto. Nos vamos a matar —informa Víctor con los ojos achinados mientras se aferra a la manecilla de la puerta.

Ella no responde. Su mente no procesa las palabras de su compañero. Ella solo puede pensar en Javier. En que esté bien. Que todo sea un malentendido y que su repentina desconexión del mundo se deba a un descuido muy propio de él últimamente.

—Seguro que estará durmiendo —vuelve a decir Víctor. Aunque sus ojos también brillan a causa del desconcierto.

—¿A las doce de la mañana? No. Algo no va bien. No es una persona que se olvide de ir a trabajar —lo dice tras analizar, en su mente, todos los detalles.

Desde el viernes que no se sabe nada de él. No ha wasapeado en el grupo que tienen en común. Su móvil está sin línea desde el viernes por la noche. No ha ido a trabajar. Demasiadas coincidencias.

Y Aura no cree en las coincidencias. Ella es de hechos probables, de actos empíricos y de respuestas lógicas. Y en este momento la lógica le obliga a acelerar un poco más. Pone cuarta y pisa el pedal del acelerador, haciendo que el motor ruja de nuevo.

Cuando llegan al edificio, varios coches ya esperan la llegada de los dos agentes bajo un sol de mediodía que se entremezcla con un viento fresco. Frente a su nuevo y reluciente Mercedes C-200 aguarda Raúl, acompañado por Leo. El otro vehículo es una patrulla de la Policía Nacional con dos agentes uniformados.

—¿Has podido localizarlo? —investiga el inspector jefe cuando Aura se acerca.

Ella niega con la cabeza.

—Nada.

—No esperemos más entonces. Nosotros subimos al apartamento. Ustedes dos quiero que vayan al aparcamiento y revisen si está todo en orden. Si hay algo extraño: marcas de violencia en el suelo, en las paredes, en las puertas... —ordena a los muchachos de uniforme.

Pronto todos se dispersan. Por un lado, los dos jóvenes, que se

pierden por las escaleras en dirección al aparcamiento.

Raúl, Aura y Víctor entran en el ascensor mientras que Leo se queda en el coche manipulando su pequeño ordenador.

Todo está en silencio cuando llegan frente a la puerta de Javier. Un silencio atronador. Tan duro que Aura no puede más que tragar con fuerza, suplicando que todo esté en orden. Que Javi esté durmiendo, víctima de una resaca de esas que te dejan tumbado dos días.

Pero nadie responde al otro lado. Tampoco se escucha sonido alguno.

Una oscura paz es todo cuanto rodea al grupo de agentes de la UDEV.

—Tenemos que entrar —informa Raúl tras cuatro infructuosos intentos. Aporrea una quinta vez la puerta, pero, al igual que en los anteriores casos, nadie responde—. ¿Tenemos algo por el aparcamiento? —investiga por el intercomunicador.

—Su coche no está —responde con una voz mecánica uno de los agentes bisoños.

—Vale, esto no pinta bien. No vamos a esperar una orden, entramos ya.

Raúl se aleja unos metros de la puerta, apartando a sus compañeros del trayecto que va a recorrer. Asiente con la cabeza.

En silencio.

Preparado.

Respira hondo, cierra los ojos y aprieta los puños. Su cuerpo se inclina unos grados hacia delante y se afirma en el suelo haciendo gemir la suela de sus Nike Air Max 270.

Cuando sale corriendo, decidido, un leve chirrido se escapa de sus pies quejumbrosos.

No duda. Con un grito rabioso, que es silenciado por el estruendo que provoca el impacto con la puerta, la realidad se muestra ante ellos.

Aura entra primero, con su USP 9mm en la mano y la mirada nublada a causa del brillo que la obliga a contener unas lágrimas rebeldes.

Víctor la sigue.

—Despejado —informa ella cuando llega al salón.

—Aquí tampoco hay nadie —confirma Víctor saliendo del que era su despacho.

Raúl no responde. Su cuerpo se halla inmóvil frente a la entrada. Estático como un guerrero de terracota, observa el suelo. Algo llama su atención. Se agacha y con sumo cuidado acerca la linterna de su teléfono sobre aquello que lo reclama.

—Es sangre —dice, y lleva su mirada de preocupación al resto de agentes.

Todos se vuelven de nuevo hacia el salón y sin dudar entran para inspeccionar el resto de la vivienda.

Es Aura la que avanza con cautela por el pasillo. Soledad es lo que halla a su paso. Soledad y un fuerte olor a lo que parece ser disolvente. ¿Pintura? Pronto sus ojos descubren el horror al que se están a punto de enfrentar.

—¡Chi...! —intenta decir, pero su garganta se bloquea. No puede hablar, no puede moverse. Su cuerpo no responde. Ante ella se encuentra la verdad de su presencia muda. Aquello a lo que temía mientras viajaba con Víctor—. ¡Aquí! —exclama al fin.

Cuando Víctor y el inspector jefe se acercan, no pueden evitar dejar caer un suspiro. Un suspiro que se pierde reverberado en la habitación.

—Hay que llamar a la científica —anuncia Raúl tras llevarse la mano a la boca.

—No, no puede ser. Otra vez no —sentencia Víctor con los ojos salidos de sus órbitas.

Los tres agentes se quedan en silencio observando la escena. Tristes, preocupados.

La habitación se encuentra desierta, la cama deshecha y arrastrada contra la pared. Los muebles también han sido movidos y lo que destaca ante sus ojos: una frase. Una frase escrita con pintura roja en la pared. Una frase que anuncia la realidad a la que están enfrentándose. Una frase de él. Del asesino de El Bosco.

—El ojo que lo veía, ya no lo ve, y su lugar no lo contempla más —lee en voz alta Aura. Esas palabras se clavan en su pecho, taladran sus oídos mientras ella misma las pronuncia.

—Ha vuelto. No hay duda —responde Raúl, que vuelve a apoderarse de su teléfono y comienza a tramitar la apertura de una nueva investigación.

—Chicos. Hay más. —Aura se acerca hacia la cómoda. Ahí, un papel descansa sobre la madera.

Traga saliva con fuerza. Su corazón palpita furioso. Sus manos no pueden mantener la firmeza. Sus piernas amenazan con desplomarse.

Es un papel.

Un recorte de un dibujo.

—¿Es el cuadro? —investiga Raúl.

—Tiene que serlo. Pero no es el cuadro que conocemos. Y tampoco está pintado a mano. Parece... —Acerca un bolígrafo al papel para evitar tocarlo con las manos y lo mueve unos centímetros—. Parece un recorte de otra pintura.

En el pequeño papel se puede ver a una mujer que sujeta un bebé desnudo, en un fondo claro que se asemeja a la estructura de una pequeña choza.

—Me cago en la puta, otra vez no. —Víctor se pierde por el pasillo, volviendo sobre sus pasos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Aura, nerviosa. Su cuerpo es un torbellino de sentimientos. De temor por lo que pueda haber ocurrido con su compañero. De dolor por su ausencia. De rabia por el asesino.

De culpa por no haberse dado cuenta a tiempo.

Con ese último sentimiento, empieza a revisar todo cuanto la rodea: muebles, baños, cajones. Pero nada parece estar fuera de lugar. Nada excepto su coche y su teléfono.

«¿Dónde estás?», piensa con una estaca atravesando su pecho, comprimiendo sus pulmones.

—Tenemos que salir, Aura. Los de la científica harán eso. Nuestro trabajo ahora está ahí afuera. —Sin decir nada más, Víctor la abraza por los hombros y ambos se marchan en un paso lento hacia la salida.

Ella mira una última vez el teléfono con la esperanza de encontrarlo al otro lado. Incluso llega a enviar un "¿Dónde estás?". Un mensaje que se muere en el fondo de su pantalla, sin llegar siquiera al destino deseado.

Cuando regresan a la calle, Leo y los dos oficiales aguardan frente al Mercedes del inspector jefe.

—¿Qué procede ahora, jefe? —pregunta uno de ellos. Un joven moreno de aspecto serio. El uniforme se amolda a su cuerpo marcando unos músculos definidos. El otro muchacho, algo más simple y anodino, no dice nada.

—Necesito que preguntéis a los vecinos si vieron algo durante el fin de semana. Desde la noche que llegó de trabajar hasta esta misma mañana. También vamos a revisar la zona: necesitamos encontrar cámaras de seguridad. Trazaremos un radio de trescientos metros. Un coche no puede pasar desapercibido, así que podremos seguirle los pasos.

Con celeridad, los dos agentes se marchan mientras que el resto se apresta frente a la puerta.

—Hay que reunir al equipo. Vamos a prepararnos para entrar en la vivienda de nuestro sospechoso.

—Pero, jefe —intercede Leo mirando con expectación a través de sus gafas—. Ahí no hay nada. Lleva abandonado desde que pasó todo.

—No podemos descartarlo. Voy a llamar al juez. Nos vemos allí en media hora.

Todos se marchan. Todos menos Aura.

Ella se queda un minuto más, observando el edificio. Su mente no deja de enviarle autodestructivos mensajes de dolor. «¿Seguirá vivo?». «¿Habrá sufrido?». «¿Dónde estará?».

—Aura. —La voz de Víctor la devuelve de nuevo al presente. A su

mundo—. Tenemos que irnos.

Ella asiente y sube al vehículo, sabiendo que todo acaba de empezar de nuevo. Traga saliva y se pone en marcha.

Lugar desconocido. Javier

«Vamos, mi guerrero. No puedes rendirte ahora».

Su voz me devuelve a una oscura realidad. Penumbra absoluta es todo cuanto me rodea en mi primer impacto visual.

Silencio.

Dolor.

Un estrepitoso calambre recorre mi cuello cuando intento incorporarme seguido de un crujido importante que retumba en mi cabeza. Intento moverme, pero, en cuanto hago acopio de fuerza y voluntad, mis manos no responden. Un ruido metálico suena en mi espalda. Estoy esposado sobre lo que parece una silla. Siento la madera dura bajo mi cuerpo, el respaldo recto en mi espalda. Mis piernas también se encuentran retenidas. Y junto a mis brazos noto el frío tacto de una pared.

Silencio de nuevo.

Más dolor.

—Vaya, veo que ha despertado, inspector. Bienvenido de nuevo.

Su voz resuena en mi cabeza y de pronto siento cómo la bilis de mi interior clama por escapar a toda velocidad. Un cosquilleo sube por mi espalda dejando un surco frío a su paso.

—Hijo de... —digo como respuesta automática.

—Bien, veo que no ha perdido su sentido del humor. Eso es importante.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto con miedo a conocer la respuesta.

Por fin, tras unos segundos en los que una oscura celosía se instaura en mis ojos, empiezo a descubrir la cruda realidad que me rodea.

A mi alrededor solo reconozco paredes, paredes lisas y bien cuidadas. Muy cerca de mi cuerpo. Él se encuentra a un lado, sonriendo, victorioso. Puedo distinguir un objeto afilado en su mano, aunque no consigo definirlo. ¿Un puñal? No lo sé. Lo único que veo es el brillo sucio del metal.

Vuelvo a sacudirme y el chirrido metálico de mis manos resuena una vez más.

—La primera vez cometí un pequeño error —dice señalando mis manos—. Pero no iba a pecar de lo mismo otra vez. Ahora está bien esposado, inspector.

Las cicatrices de mis muñecas arden al oír sus palabras, como un cruel recuerdo de nuestro último encuentro.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Es sencillo, amigo. Nada. Me voy a limitar a dejar que sean sus

compañeros los que decidan si ha de vivir o morir. A mí ya no me corresponde ese destino. Mi obra ahora la protagoniza otro elenco.

—¿Elenco? —Mis dudas estallan en una cabeza dolorida. Cierro los ojos y aprieto los dientes con fuerza.

—Tranquilo, se le pasará. Estará un poco mareado durante unas cuantas horas, pero poco a poco irá recuperándose. Tenga —dice, y me acerca una pequeña y trasparente botella de agua—. Le hará falta.

—Que te den.

—Bueno, como usted quiera. —Retira su ofrenda sin borrar su cruel sonrisa y comienza a manipular un pequeño bolso que trae consigo—. He intentado tenderle una mano como gesto de buena voluntad, pero sigue siendo un ser orgulloso, egoísta. Todavía no es capaz de reconocer que todo eso lo único que ha traído a su vida ha sido pena y dolor.

—Vete a la mierda. Tú y tus putas frases filosóficas. —Vuelvo a revolverme sin éxito alguno. Puedo sentir cómo la silla quiere balancearse, sin apenas moverse del lugar gracias a algo que la sujeta al suelo. Me asomo un poco y veo los tornillos aferrados a las patas de madera. Estoy completamente inmovilizado—. ¿Cuánto tiempo llevo dormido? ¿Dónde estamos?

Él sonríe.

—Demasiadas preguntas, inspector. Ahora lo que tiene que hacer es ahorrar energía. Pronto empezará todo y necesito que soporte estoico esta prueba.

—¿Empezará todo?

—Mi nuevo lienzo, inspector. Mi nuevo lienzo.

Y en este momento sí, su sonrisa parece crecer por encima de su rostro. Un rostro infausto que se muestra con más claridad. Tiene parte de la cara arrugada e incluso sin pelo en la zona que ocupa la cabeza. Su boca está deformada y una de sus manos también ha sido víctima del resultado de nuestro encuentro. No puedo evitar poner una cara de asco ante su aspecto.

—Vaya, estás hecho mierda.

Vuelve a reír.

—Ya le dije, inspector, que soy como el Ave Fénix que resurge de sus cenizas.

—No todo ha resurgido por lo que veo.

Silencio. Ahora ya no muestra esa actitud arrogante. Su semblante se vuelve serio y traga saliva, visiblemente enfadado.

—Pronto llegará la hora de despedirse, inspector. Me hubiera gustado que usted fuera testigo de mi nuevo propósito. No obstante, esta decisión ha sido la mejor tomada.

—Entonces, ¿por qué acabar conmigo si te hubiese gustado que estuviera ahí?

—¿Le gusta leer, inspector? —pregunta con una sonrisa que me congela el alma.

Intento contener mi repudia ante su tranquila crueldad. Respiro hondo y evito responder a su pregunta. A pesar de todo, mi voz se desliza por mis labios como por decisión propia.

—¿Qué pretendes?

—Ahora mismo conversar con usted. A mí sí me encanta leer. Y uno de mis libros favoritos es *El arte de la guerra*, de Sun Tzu. Bien, Sun Tzu fue, para mí, el mejor general que ha habido y habrá jamás. Su libro ha servido de ejemplo para todos los generales que lo han precedido. Incluso para mí. Una frase dice así: Ataca a tu enemigo cuando no esté preparado, aparece cuando no te espere.

—No vas a salirte con la tuya. Si no soy yo, será cualquiera de mis compañeros. Te atraparán igualmente.

—Todavía no es capaz de entender mi propósito. A pesar de todo lo ocurrido, sigue sin saber que todo esto ya estaba pensado desde antes de que usted siquiera pensara en dedicarse a resolver delitos.

Mi rostro se torna serio, expectante ante sus palabras.

—Siempre he estado a vuestro lado. Y eso me proporciona una ventaja que ni siquiera imaginan. Conozco el pasado de cada uno de ustedes. Y ahí está el problema. Que ustedes no conocen el mío. Conoce a tu oponente, conócete a ti mismo, y no pondrás en peligro la victoria. Pronto entenderá, inspector, que jamás tuvieron posibilidad de ganar.

Se acerca unos centímetros y mi cuerpo se enciende. Me retuerzo como puedo en mi asiento, pero apenas logro sacudir la cabeza. Él, riendo, me coloca un trozo de cinta americana en la boca y vuelve a retroceder. Lo hace solo para apoderarse de otro objeto. Me mira una vez más y continúa.

—Aunque esto acabará pronto. Ahora serán conscientes de mi pasado y tal vez puedan entender que todo lo ocurrido hasta el momento se escribió hace mucho tiempo. El destino, inspector, a veces son hilos que nosotros mismos podemos llegar a manipular. Solo necesitamos encontrar dónde comienza la costura.

Y con aquella frase sentencia nuestro encuentro. Se acerca y muestra aquel objeto que no es más que una bolsa de tela negra. Nada puedo hacer para evitar que me oculte la cara con ella.

Tras eso, de nuevo oscuridad.

12 de marzo de 2018, 12:02 Valencia

Sobre la acera de la Avenida de Francia se agolpan varios efectivos de la Policía Nacional. Raúl se encuentra ultimando detalles con varios oficiales y compañeros de otra unidad.

Aura y Víctor se preparan por su cuenta, aprestando su equipo: chaleco, armas, guantes.

Todo está preparado. Listo para lo que pueda suceder. Para lo que puedan encontrarse en esa vivienda.

—Vamos, yo subiré con dos efectivos más por las escaleras. Para asegurar más que nada. Nos vemos arriba —anuncia Raúl, y sin dar tiempo a que nadie responda se aleja en dirección a la zona común del edificio.

—¿No deberíamos esperar a los de apoyo? —pregunta Víctor con preocupación—. No sé, traer a cuatro oficiales no me inspira confianza.

—No podemos esperar a Berrengo, Víctor. Tardarían mucho —responde Aura frente a la puerta del ascensor.

Su mente calcula la respuesta que ella misma ha dado.

Si vienen de Guadalajara, contando que el tráfico sea fluido y que elijan para desplazarse los Toyota Land Cruiser o los Jeep Grand Cherokee —que son los más veloces de todo el garaje del Grupo Especial de Operaciones—, podrían plantarse en Valencia como pronto pasadas las cuatro de la tarde. Demasiado tarde.

Con aquella extraña cuenta rebotando en su mente, llegan al undécimo piso.

Raúl, Leo y los otros agentes tardan unos minutos más.

—Mala idea esa de subir a pie —comenta el inspector jefe entre jadeos casi espasmódicos, cuando se reúne con los demás agentes—. No perdamos tiempo.

Se acercan a la puerta del asesino más duro al que se han enfrentado hasta el momento, y todo vuelve a empezar.

Aura respira con fuerza. Libera la tensión, relaja los músculos. Piensa que todo lo hace por encontrar a Javier.

Piensa en él y un brillo doloroso se aferra a sus ojos.

Asiente. Está lista.

Se coloca a un lado del marco de la puerta y acerca su cabeza a la madera. Intenta escuchar algo a través de la estructura, pero es otro el ruido que la sobresalta.

Al otro lado del rellano, un crujido extraño llama la atención al equipo que, sin pensarlo, se pone en alerta.

El ruido metálico de las correderas de las armas de los agentes siendo amartilladas sobreviene a un pequeño fogonazo de luz proveniente del otro lado.

Del pequeño resquicio abierto en la puerta asoma una cabeza pelada, unos ojos sobredimensionados y una expresión de terror.

—¡Policía! —anuncia uno de los oficiales agregados para esa misión.

—¡Esperen!¡Esperen! —grita una voz. Acto seguido, la puerta se abre del todo, mostrando a un hombre de avanzada edad, vestido con pijama gris y unas pantuflas raídas—. Creía que era él otra vez.

Raúl se incorpora por completo, con la cara desencajada.

—¿Cómo que creía que era él? ¿Qué ha querido decir?

El hombre traga saliva. Entiende que ha cometido un error al precipitarse en su defensa automática. Sabe que va a tener que decir la verdad. Y la verdad, en ese instante, es un arma cargada y a punto de ser detonada.

—Hace varios días escuché ruidos en el interior de la vivienda. Cuando me acerqué a la mirilla —dice señalando el pequeño orificio acristalado que se aferra a la puerta—, vi una sombra salir por el rellano. Creía que había vuelto.

Raúl mira a su compañera.

Aura hace lo propio con Víctor.

—¿Qué día dice que ocurrió eso? —Es Aura la que se adelanta al inspector jefe, con la voz trémula y un dolor que inicia en su garganta y acaba en su estómago.

No quiere oír la respuesta. Esa respuesta. Esa que la arrastre a un pozo insondable de realidad. Esa que le arrebate hasta la más mínima esperanza. No quiere escuchar lo que ese hombre sudado y asustado tiene que decirles.

—No sé. —El hombre se rasca la cabeza desnuda y pierde su vista en el techo. De pronto, las lámparas de la zona común se apagan dejando una penumbra arañada por la luz que emana de la vivienda del inquilino—. ¿Sábado? ¿Viernes tal vez? Era de noche, eso estoy seguro porque yo me acuesto muy tarde. Así que era muy tarde. Juraría que sábado. Recuerdo que estaba mirando el Málaga contra el Barcelona y me quedé dormido en el sofá.

El equipo vuelve a mirarse y el temor de lo posible reflota en el ambiente.

—Estaba atento por si aparecía de nuevo para avisarlos, pero no he vuelto a escuchar nada hasta ahora. —Remata al fin el hombre, con una expresión apagada.

—Debió avisar en su momento. Y más sabiendo que este sujeto está siendo buscado —recrimina de nuevo Aura, que no puede evitar ser dominada por la furia que crece en su cuerpo.

—Yo...

—Métase adentro y no salga pase lo que pase —sentencia sin darle tregua.

El hombre, con la cabeza gacha, vuelve a perderse en el interior de su vivienda, dejando al equipo a oscuras de nuevo.

—No podemos esperar. Javier podría estar ahí —dice ella en una súplica dolorosa que nadie puede ignorar.

Víctor asiente. Raúl hace lo propio.

Todos se preparan de nuevo; Aura y Víctor a ambos lados del marco de la puerta, con sus armas ya amartilladas y listas para detonar. Raúl junto a Leo un metro más atrás, justo por detrás del cuerpo de metro noventa del agente que sujeta en su mano el ariete con el que pretende devorar la madera de su vivienda. Otro agente algo más menudo lo ayuda con el pesado objeto.

—¡Vamos! —Raúl da la orden y de pronto los dos policías clavan la punta del ariete en la puerta.

El impacto solo produce un ruido sordo que rebota en las paredes. Un pequeño crujido informa que la madera se ha resentido.

—Una más, venga. ¡Ya!

De nuevo vuelven a cargar. Y, aunque la puerta no se abre, sí que llega a percibirse una enorme grieta que surge en la zona de la cerradura.

No es necesario el ariete. Raúl carga con el pie sobre la parte dañada y la estructura al fin cede ante su envite.

El crepitar de la madera anuncia que ya no hay lucha posible. La puerta se hace a un lado, dejando el metal de la cerradura todavía aferrada al marco, que se ha desplazado debido a los golpes, y el equipo entra.

—¡Policía! —gritan al unísono.

Una discoteca de luces blancas baña rincones aleatorios de la vivienda mientras que el equipo, con sus armas por delante, se disgrega por cada una de las habitaciones.

—Despejado —anuncia Víctor mientras sale de la primera habitación.

—Aquí tampoco hay… —comenta Raúl, pero no llega a concluir su mensaje. Silencia cuando ve a su compañera erguida a la entrada del salón principal.

Apunta con su arma a un punto iluminado en concreto, congelada.

Su cuerpo no se mueve, sus ojos no pueden fijar nada más que aquello que se halla frente a ella. Su respiración entrecortada al fin se detiene del todo cuando su mente procesa la imagen.

Esa imagen a la que se negaba desde que entendió que la ausencia de Javier era el presagio de lo que se avecinaba.

Traga saliva e intenta pronunciar las palabras obligatorias de todo agente según el protocolo de actuación.

—¡Quie… quie… to! —intenta pronunciar, pero su lengua se bloquea entre los dientes. Su barbilla tiembla rauda mientras

contempla la escena—. ¡No se mu… eva! —Sus ojos brillan entendiendo las posibles variantes de aquella escena. Ata cabos y saca conclusiones. Todas ellas le retuercen el corazón hasta arrebatarle el poco resuello que todavía conserva.

Pero aquel sujeto no se mueve. Desde que lo ha enfocado con su linterna ha permanecido inmóvil.

—Me cago en la puta —argumenta Víctor llevando el cañón de su arma al mismo punto que su compañera.

A tres metros de ellos, en un salón devorado por la penumbra, se encuentra un sujeto; sentado, de espaldas a la entrada.

Apenas se distinguen detalles, pues la oscuridad domina todo el salón. Más bien es una sombra desdibujada que apenas absorbe los pequeños rayos de claridad que disparan las linternas de los agentes.

Un hedor a podredumbre inunda el salón y de la luz que proyectan las linternas se destapan algunos detalles del ser que se halla con ellos: un cabello negro se entremezcla con retazos cenizos, decorado por una pequeña planicie que brilla sobre su cabeza. Su cuerpo se deposita sobre una silla de madera y parece tener los brazos apoyados en su regazo, pero, desde la posición de los agentes, apenas se descubre su espalda y un enorme charco bajo sus pies. Un charco que baña incluso las patas de la silla y que no es difícil deducir que se trata de sangre.

—Separaos —ordena Raúl.

Aura accede al salón flanqueando al sujeto por su izquierda, junto con Víctor. Raúl y Leo lo hacen por la derecha. Los otros dos agentes esperan en la puerta.

A medida que avanzan, las luces muestran detalles nuevos.

—No hay nada que hacer —confirma Víctor mientras se lleva la mano que todavía tiene libre a la boca. El subinspector muestra con su linterna el rastro de sangre seca que se ha descolgado del cuerpo y ahora forma parte del frío suelo en un espeso charco.

Aura no puede contener una arcada que sube por su estómago y, sin piedad, atraviesa la garganta.

Se tapa la boca con la mano para evitar empapar el escenario y, haciendo acopio de valor, vuelve a tragar el poco líquido que ha mojado su lengua. Siente su esófago arder mientras la bilis vuelve a su lugar de origen y cierra los ojos reprimiendo un nuevo reflujo amargo.

—¿Estás bien? —pregunta su compañero.

Ella asiente.

No es la primera vez que presencia un escenario. Es más, nunca había sentido asco por muy fuerte que fuera la escena. Pero hoy es distinto. El hecho de tener que contemplar a un compañero en una situación así acaba con su fortaleza. La destruye. La desarma.

—No es Javi —vuelve a informar Víctor.

Todos miran al cuerpo. Aura la primera. Quiere confirmar que

Víctor dice la verdad. Necesita recobrar esa esperanza. Volver a otra posible realidad, una distinta en la que Javi siga respirando.

Acerca el haz blanco de su linterna al rostro del sujeto y al fin respira. Ni el olor acartonado de la sangre, ni el hedor a muerte hacen que vuelva a sentir nauseas. Respira con fuerza llenando sus pulmones de ese pútrido aire no parece molestarla.

Es entonces cuando todos los focos se dirigen al mismo punto de nuevo.

Al fin se descubren nuevos detalles.

Se trata de un hombre que frisa los sesenta años. A pesar de mostrar una expresión de terror que se dibuja en unos ojos todavía abiertos, su rostro muestra el castigo. Ojeras marcadas y cara repleta de arrugas. Unas arrugas decorada por unas gafas negras de pasta que cuelgan de su cuello gracias a una cuerda que se anuda a la nuca.

—¿Sabemos quién es? —investiga Raúl.

Todos niegan en silencio.

Aura no es capaz de reconocerlo, no lo ha visto en su vida. Pero no es eso lo que le preocupa. Sus ojos se centran en el papel que descansa sobre sus piernas y que parece coincidir con un recorte idéntico al que encontró en casa de su compañero.

—Es obra de nuestro hombre —dice ella enfocando el hallazgo.

No es un papel, parece un trozo de tela de lienzo. En ella se observa un hombre negro vestido de blanco. En su mano porta un objeto reluciente.

—Todo vuelve a empezar —remata Raúl, que no se centra en la víctima.

Su linterna enfoca la pared. En ella un enorme lienzo reposa irreconocible. Varios agujeros deforman el interior de la pintura, dejando un cuadro descompuesto, como un puzle inacabado.

—Está todo roto —comenta Víctor.

—No es eso. Nos está informando de cuántas víctimas nos esperan. —Aura se centra en una oquedad en concreto.

El mural muestra un nuevo cuadro, distinto al estudiado en el primero de los casos. Ahora el lienzo que se muestra parece un nuevo tríptico, pues tres son las partes destacadas.

A pesar de los numerosos agujeros, se puede distinguir todavía detalles del lienzo. Un lienzo que, a diferencia del *Jardín de las Delicias*, no tiene varias tonalidades. Las tres tablas comparten tonos verdosos y azulados, en donde la vegetación predomina. A los lados se ven distintas escenas que convergen en una central en donde un grupo de personas parece reunirse frente a una mujer. Tras ellos, una pequeña casa repleta de seres extraños que observan.

Aura se centra en una zona de la tabla central. Saca su teléfono móvil y recupera la imagen encontrada en casa de Javier.

—El dibujo coincide. Nos está dejando partes del lienzo junto a cada víctima —informa con un dolor que atraviesa su pecho, consciente de lo que esa imagen azulada que brilla en su Huawei P10 significa.

Raúl se acerca para confirmarlo y, con una expresión seria, se vuelve hacia sus compañeros.

—Creo que estamos en un serio problema.

Nadie dice nada. Miran incrédulos al ser que se halla sentado junto a ellos y una pregunta flota en el ambiente.

—Creía que lo suyo era un tema que tenía con Javier y todos los que cayeron en su primer cuadro. ¿Qué pinta este señor en su historia?

Aura, que es quien ha hablado, observa el rostro de terror de la víctima con una losa en su cuerpo que la aferra al suelo. Con el móvil todavía encendido, se centra en la imagen hallada en casa de su compañero y, mientras la contempla, descubre una nueva notificación de WhatsApp.

Cuando abre la aplicación, sus ojos se sobresaltan, sus manos tiemblan, su cuerpo pide clemencia.

Un «Hola». Un simple «Hola» desata en su mente toda una retahíla de pensamientos que no se detienen en buenos o malos, hasta llegar a desembocar en una idea.

Es Javier el que ha contestado a su mensaje con un escueto saludo, frío como una primera gota de lluvia. Hace más de una hora de ese mensaje, pero confía en que todavía siga al otro lado. Que haya encontrado un momento para comunicarse con ella, para pedir auxilio.

Decide llamarlo.

Reza por que esté al otro lado y sus súplicas parecen ser escuchadas cuando el teléfono da señal.

Primer tono y ella se tensa, «por favor, responde». Segundo tono y todavía sigue en un oscuro silencio. Cada tono es una aguja nueva que se clava en sus tímpanos. Tercer tono. Cuarto tono. Un quinto tono y todavía silencio.

Aparta el teléfono, angustiada.

—¿Dónde estás? —dice sin darse cuenta de que lo ha hecho en voz alta.

Todos la miran

Sexto tono, y ahora sí. La señal se corta y un eco oscuro se cuela a través del auricular. Silencio. No oye nada.

—¿Javi? ¿Estás bien? —pregunta ante la mirada atónita de todo su equipo, que se agolpa junto a ella.

Pone el altavoz para que todos presten atención y en mitad del silencio su voz retumba por toda la sala.

—Hola, subinspectora Casado.

12 de marzo de 2018, 12:36. Valencia

El silencio devora una vez más la estancia dejando a todo el equipo sin habla. Aura no respira. Su cuerpo se ha quedado inmóvil y en su mente esa funesta voz rebota sin cesar.

Sus manos empiezan a temblar. Su cuerpo deja de responder por un instante tan corto que apenas es percibido por el resto de los compañeros.

—Disculpe mi intromisión, pero creo que el inspector Reinoso no va a poder responder en este momento —se burla esa voz que tanta muerte arrastra. Lejos queda el sonido distorsionado con el que acostumbraba a hablar. Ahora, una voz grave y apagada hace vibrar lo pequeños altavoces del terminal. Una voz transida de dolor. Una voz que se ha olvidado de la paz, que infunde oscuridad.

Aura no responde. Su mente procesa una serie de simples palabras que intenta trasladar a su boca, pero no surte efecto. «¿Dónde está Javier?». «¿Qué has hecho con él?». «¿Quién es la persona que se encuentra con nosotros?». Demasiadas preguntas que se estrellan contra su paladar.

Sus brazos resisten con energía el enorme peso de su teléfono, que suma un par de kilogramos por cada segundo que pasa. Sus ojos se bloquean mirando fijamente la pantalla. Su cuerpo no reacciona.

—¿Subinspectora? —pregunta la voz al otro lado—. ¿Sigue ahí?

Raúl propina un leve golpe en su mano que hace que Aura vuelva en sí. Respira con fuerza para intentar que su voz salga en un tono constante y adecuado.

—¿Dón...? —Falla en su primer intento. Sus labios se bloquean haciendo que la pregunta se corte. Vuelve a respirar—. ¿Dónde está Javier? —investiga al fin.

Por un segundo parece oírse la risa del sujeto al otro lado. Un eterno segundo de silencio oscuro.

—No tiene por qué alterarse, subinspectora. Respire hondo. Al principio quizá se le haga duro eso de tener que dialogar con un asesino, pero estoy convencido de que acabará por acostumbrarse. El inspector Reinoso lo hacía muy bien, seguro que ha aprendido de él muy buenas técnicas.

—¿Dónde está Javier? —repite Aura con algo más de rabia. Aprieta los labios mientras siente cómo sus dedos hacen crujir el plástico del móvil.

—El inspector se halla donde le corresponde en este momento.

Aura tensa la mandíbula intuyendo el significado de esa frase. Aprieta los dientes con fuerza.

—Si le has hecho algo...

—No me corresponde a mí —dice la voz anticipándose a la

conversación—. El destino del inspector Reinoso lo marcarán ustedes con sus actos.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo. Sé que llevan tiempo tratando de localizarme. Que vuestro deseo por verme en prisión, o muerto, es el único aliciente que ahora mismo tienen. Un acicate obsesivo que los ha traído por el camino de la desconfianza desde el día en que me marché. Pero es una pena que no vayan a ver su objetivo cumplido. ¿Quiere saber por qué?

—Soy toda oídos. —Aura poco a poco va ganando terreno en la conversación, recuperando ese inusitado instinto que posee y que la dota de una inteligencia casi por encima del resto.

—Bien, para encontrarme primero tienen que entender lo que tienen frente a ustedes. Y dudo mucho que ahora mismo sepan siquiera quién es ese hombre.

Aura vuelve a mirar al sujeto, que sigue en la misma postura con una sonrisa extraña dibujada en un cuello que ha babeado litros de sangre por todo su pecho.

Mientras hablan, Leo, por orden de Raúl, se marcha en silencio, despacio.

—Tienes toda la razón. No tenemos ni idea de quién es. Así que si eres tan digno de ilustrarnos.

La voz vuelve a reír.

—No es nadie, subinspectora. Tan solo un pobre diablo que no tuvo el valor de denunciar la verdad. Un ser que ha vivido siempre con la culpa de lo que hizo. Pero no sufra por él. Yo ya lo he redimido de sus pecados. Ahora descansa en paz.

Mientras dialogan, un pequeño grupo del equipo científico hace acto de presencia portando con ellos varios focos para iluminar el escenario, maletines y todo tipo de instrumentos. Raúl, en un arrebato de furia, pide silencio llevando su dedo enhiesto a los labios.

—Y, si lo ha perdonado, ¿por qué acabar así?

—¿Perdonado? —La voz al otro lado se tensa—. Yo no he dicho que lo haya perdonado. Lo he redimido de sus pecados. Por favor, preste atención.

Aura traga con fuerza, pero a la vez analiza la situación. Ese arrebato furioso en el asesino abre una pequeña ventana en su mente.

—¿Y no es lo mismo? —insiste ella, intentando forzar el error.

—Lo... —Se detiene, y por un momento se escucha su respiración —. Muy inteligente. Siento decirle que no, no es lo mismo —sentencia al fin, volviendo a la normalidad.

La subinspectora revisa todo en derredor, en busca de una pista que poder utilizar, y la encuentra justo bajo el cuadro.

Escrito en pintura roja reposa un nombre cuyas letras parecen derretirse. Un nombre completo; Eusebio Grillán Peris.

—¿Y qué pinta el señor Grillán en tu obra? Veo que el cuadro es distinto.

De nuevo silencio.

—Todavía se encuentra en una situación bastante prematura, subinspectora. Sus yerros son comprensibles, pero espero que cuando volvamos a hablar haya entendido un poco más todo lo que ahora se presenta ante sus ojos.

—¿Qué debo entender? ¿Por qué no dejas de hablar con tanto misterio y nos dices qué quieres? —expone, acrecentando su furia.

La voz vuelve a reírse de forma sutil, como si no quisiera abrir la boca. Una risa que escapa de sus dientes dejando un silbido agudo, como una corta ráfaga de viento intentando colarse por un resquicio de la ventana.

—¿Sabe usted por qué las películas de suspenso son tan adictivas y poco previsibles?

Aura no contesta. Piensa que es una pregunta trampa. Deja pasar unos segundos para dar a entender a la voz que no conoce la respuesta.

—Bien, es sencillo. Las películas y libros de suspenso son tan impactantes porque quien diseña la historia, lo hace empezando desde el final. Una vez cerrado el final, solo queda ir juntando piezas. Si conoces cómo acaba todo, el principio se hace más sencillo. Lo único que tiene que hacer el autor es dar tantos rodeos como quiera, incluir un par de secretos y *voilà*.

—¿Y qué quieres decir con esto?

—Sencillo, querida. Quiere decir que yo, a diferencia de ustedes, sí que tenía claro cuál era el papel de cada uno. Sabía cuál iba a ser el final antes incluso de que ustedes supieran que todo había comenzado. Y eso me ha dotado de conocimiento. Conozco cada uno de los secretos que los avergüenzan. Conozco, por ejemplo, que en su teléfono guarda una carpeta secreta con fotos de nuestro querido Javier Reinoso, subinspectora.

Aquella frase hace tambalear a la joven, que mira con rapidez a sus compañeros negando con la cabeza. Nadie dice nada. Nadie la mira.

Nadie la juzga.

—¿Cómo mierda sabes…?

—También sé que todas las mañanas toma un pequeño desvío para ir al trabajo, un desvío que, a pesar de alargar el trayecto, pasa frente al edificio de nuestro agente. Así es. Yo ya he escrito el final. Llevo con ustedes demasiado tiempo, tanto que conozco cada detalle, y eso me dota de una ligera ventaja.

—Entonces, según tu proclama, el cuadro del *Jardín de las Delicias* fue el final de la historia —dice ella conteniendo la furia. Sus manos se tensan más, haciendo crujir con dolor el teléfono.

—Muy inteligente, subinspectora, pero errada de nuevo. Que yo conozca el final no significa que hayan llegado a él. Pero demos por asumido que está en lo cierto. Ahora que conocemos el final, ya solo queda un detalle —argumenta dejando la frase a medias.

—Llegar al principio.

—Bravo, subinspectora.

—Pero sigo sin entender algo —corta Aura casi solapando su voz con la del asesino—. ¿Qué significan esos recortes en el cuadro?

—¿Es necesario responderle? —Su voz vuelve a teñirse de una malévola risa casi insignificante—. Esa es mi nueva obra y en ella se muestra mi verdad. Hasta ahora hemos conocido la historia de nuestro querido Mateo, y del inspector. Ha llegado la hora de conocer la mía. Y, como muestra de buena fe, le hago obsequio de un pequeño detalle. Encuentre el primer lienzo, inspectora, y hallará casi todas las respuestas.

Sin tiempo para más, el sonido se pierde dejando un ligero zumbido clavado en el salón.

—¿Qué mierda ha querido decir con el primer lienzo? —pregunta Víctor con el rostro desencajado.

Pero no es el rostro de Víctor el que preocupa a Aura. Es el de Raúl, que se mantiene firme junto al cadáver. Su cuerpo no es más que una masa gelatinosa de carne que observa el escenario.

—Lo único que sé es que no estamos preparados para empezar de nuevo —argumenta pasándose la mano por la cara.

Pronto aparece Héctor con el equipo científico e inician su trabajo de recabar información.

El forense se acerca al cuerpo y, negando con la cabeza, se prepara para inspeccionarlo.

—Veo que la cosa se pone fea de nuevo —dice Héctor palpando el cuerpo inerte de la víctima.

—¿Qué piensas? ¿Sabemos cómo ha muerto? —Raúl le habla desde la distancia, tapándose la nariz.

Hasta ese momento, el olor se había convertido en un mero condicionante, algo a lo que todo el equipo apenas prestó atención. Pero, cuando todo termina. Cuando la paz reina de forma relativa, el pútrido hedor que emana del cuerpo vuelve a atacar los estómagos de los poco acostumbrados. Entre ellos Víctor, que sale del salón a los pocos minutos de concluir la conversación.

—Pues seguro, seguro, porque se le ha parado el corazón —responde el forense, con una sonrisa pícara—. Es broma, es broma. Es pronto para decirlo, pero, por la cantidad de sangre, me apuesto a que estaba vivo cuando lo degollaron. Veo que se ha orinado también, así que eso reafirma mi teoría.

—¿Hora estimada?

—Es usted realmente exigente, Donato. —Héctor se muestra ofendido. Frunciendo el entrecejo vuelve a palpar el cuerpo de la víctima—. Todavía está duro, y no veo una gasificación en exceso, así que apostaría a uno o dos días. Como mucho.

Raúl asiente y vuelve con Aura, que se encuentra analizando de nuevo su teléfono en busca de esa carpeta que un momento atrás ha mencionado el asesino.

—No te mortifiques. Ahora tenemos que encontrarlo —consuela Raúl poniendo una mano en el hombro de la subinspectora.

Ella asiente con dolor y se guarda el terminal.

—Tenemos que conocer la obra antes de que haya más víctimas. En este caso nos ha dejado por adelantado quiénes serán.

—Leo está buscando al experto que nos ayudó la última vez. Pero ¿qué buscamos concretamente? No sabemos nada, Aura. No sabemos quién es este tío, ni qué pinta en la historia de Jean.

—Ricardo Pons Esteve —dice Héctor acercándose a los inspectores —. Tengan, quizá quieran echarle un ojo antes de clasificarlo como prueba. —En su mano porta una pequeña bolsa con el trozo de tela en su interior.

Aura saca una foto de la muestra, pero otro detalle le ha sobresaltado.

—¿Qué nombre has dicho?

—Ricardo Pons Esteve. O al menos eso dice su documento. —Muestra otra bolsa con la billetera de la víctima.

—¿Estás seguro? —insiste Aura, sorprendida.

—Hombre, seguro es que está muerto. Lo demás son conjeturas. El documento dice eso y la fotografía concuerda. No sé, ¿por qué no iba a ser verdad?

—Entonces… —comenta Raúl mirando la pared donde reposa el cuadro.

—¿Quién coño es el que está mencionado en la pared? —añade Aura.

Todos se vuelven hacia el mural, ahora protagonista de la escena, acaparando miradas de policías y focos.

—Eusebio Grillán Peris —lee Héctor en respuesta al estupor generado.

Lugar desconocido. Javier

—Vamos, mi guerrero.

Su tranquila voz es una suave caricia en mis tímpanos. Un cosquilleo delicado que provoca una leve sonrisa en mi rostro. La oigo respirar a mi lado, casi susurrándome. Sus carnosos labios rozando el lóbulo de mi oreja.

Puedo sentir el calor húmedo de su voz.

El sabor dulce de sus palabras.

—Ya es tarde. Te espera todo un día cargado de delitos por resolver.

Abro los ojos y veo su rostro frente a mí, desdibujado. Su silueta es una pantalla distorsionada de colores claros. Intento desbloquear la fina tela de inconsciencia que se fija a mis ojos para verla una vez más, pero poco a poco se esfuma.

—Vamos, mi guerre… —Su voz se diluye.

—¡Espera! —grito, pero no consigo detenerla.

Se va lentamente.

Se aleja como un balón de playa perdido en el mar; con calma, sin prisa. Su figura se hace pequeña hasta que al final…

Al final todo es oscuridad de nuevo.

Pero no silencio.

Puedo oírlo, cerca. Escucho sus pasos nerviosos muy cerca, tan cerca que siento su respiración. Aun así, él no dice nada. Nuestro encuentro acabó cuando esta puta bolsa cubrió mi cabeza.

La bolsa. No la recordaba.

Cuando todo lo que te rodea es penumbra llega un punto que ya no consigues distinguir si lo que te rodea es real o una fantasía. Pierdes la noción del tiempo, del espacio, de los objetos.

Respiro hondo y decido pensar con frialdad. Puedo sentir la bolsa dificultándome la respiración. Huelo mi aliento ya cansado, oigo mis latidos lentos, acompasados. Escucho el tintineo de las esposas todavía abrazadas a mis manos.

Pero no siento mis manos. Mis brazos también se han rendido al cosquilleo incómodo que provoca la posición en la que me encuentro: con mis brazos inútiles en una postura casi imposible, por detrás de mi espalda.

Dolor. Una descarga recorre todo mi brazo hasta llegar al cuello cuando hago fuerza para liberar, aunque sea un brazo. Dolor.

No puedo hacer nada. Estoy solo, encerrado, a oscuras.

Vuelvo a pensar. Necesito hacer algo.

Sacudo mi cabeza y la bolsa danza libre sobre mis hombros. Creo que podré; inclino un poco el cuerpo, agachó la cabeza, levanto las piernas un poco y vuelvo a sacudirme.

Necesito tres intentos, cada uno más doloroso que el anterior, para poder liberar mis ojos de ese pesado lastre.

Puedo ver, pero de poco me sirve. Todo a mi alrededor es oscuridad. Una penumbra tan densa que me tapa los oídos.

Intento agudizar los demás sentidos, sin éxito. El tacto está anulado, el oído poco ha hecho desde que desperté; tan solo lo he escuchado mover algún mueble, y el olfato me acerca solo el olor al esmalte de la pintura que se imprimen en las paredes.

Estoy solo, es lo único que he deducido.

De pronto, silencio de nuevo.

12 de marzo de 2018, 13:56 Valencia

Los últimos segundos de la conversación con el supuesto asesino de El Bosco todavía rondan por la mente de Aura, incapaz de centrarse en otra cosa.

Es el sonido impaciente y agudo de una bocina el que devuelve al momento presente a la joven subinspectora.

—Mierda de ciudad. Todos con prisa siempre —ruge Víctor en el asiento del acompañante mientras lleva su vista al coche que acaba de increparlos.

Aura acelera y el coche se tambalea en un hipido casi catatónico que apunto está de detener de nuevo el vehículo.

—¡Eh! ¡Eh! —dice Víctor sacudiéndose sobre el asiento.

Aura se centra y al fin vuelve a su estado natural de calma sobreactuada. Acelera un poco más y el coche vuelve a perderse entre la marea de metal y polvo que es Valencia en hora punta.

—Ya está. Se me ha escapado el pie —se defiende ella.

—El pie y casi los pistones. Un poco más y salen disparados por el capó.

En otra ocasión, ese comentario hubiera causado una reacción en Aura. Pero no es otra ocasión. Ahora no es capaz de pensar más allá del nuevo caso que los amenaza.

—¿Qué piensas que será ese nombre que ha dejado el asesino? —pregunta Aura, que apenas ha escuchado el comentario jocoso de su compañero.

—Ni idea. ¿Su próxima víctima tal vez?

Aura se encoge de hombros, se frota la cara e intenta, sin éxito, eliminar de su mente todas esas preguntas que hacen que su cuerpo se descomponga. Su corazón palpita con fuerza. Su espalda empieza a sudar. Traga saliva y cierra los ojos unos segundos, aprovechando que se ha detenido en el cruce de la avenida Baleares con Pintor Maella.

—Tú fuiste la última vez. ¿Por dónde es? —pregunta ella cambiando de tema una vez más, como si no fuera consciente de sus propios pensamientos. Los arroja a medida que llegan a la punta de su lengua sin pensar siquiera lo que está diciendo.

Víctor le da las instrucciones necesarias para llegar al museo Lladró, en la calle Alboraya. Ahí espera el experto en arte Ignacio Nobles, quien ya había ayudado al equipo descifrando detalles del primer cuadro. Su aportación fue de gran interés para Javier, dando detalles ocultos sobre la última tabla del tríptico de *El Jardín de las Delicias*. Ahora espera de nuevo para estudiar lo que parece ser un nuevo cuadro. Una nueva amenaza.

El señor Nobles aguarda en la entrada cuando la pareja llega.

—Veo que el agente que vino la otra vez ya no está —inicia el hombre analizando la presencia de la subinspectora.

—El inspector Reinoso se encuentra ocupado en estos momentos. Yo he tomado el mando por ahora —responde Aura con una mentira necesaria. No quiere desvelar detalles de un caso que apenas se ha vuelto a abrir.

—Bien, pasen. No se queden ahí, que hace frío. La llamada de Raúl parecía preocupada. Dice que tienen un cuadro para que revise. ¿No se tratará de...?

—De momento tenemos poca información. Pero esperamos que con tu ayuda podamos adelantarnos a una nueva oleada de crímenes.

Ignacio se detiene, observa a Aura, a Víctor y, acomodándose las gafas, pregunta:

—¿Ya ha habido alguna?

Aura no responde, se limita a seguir avanzando sin esperar al experto en arte que, cuando se ve solo, continúa su marcha.

—¿No se tratará del inspector? —vuelve a interesarse el hombre, que a pesar de sus años conoce bien el significado de muchos silencios.

—Si no te importa, nos gustaría estudiar el cuadro. El tiempo apremia.

Ignacio no insiste. Tensa los músculos de la cara en una facción de extraña profesionalidad y sigue caminando en silencio, hasta llegar al despacho.

Una vez dentro, Aura saca su teléfono y muestra el cuadro hallado en casa del asesino de El Bosco al experto.

Nobles pierde unos minutos analizado cada detalle, pero su expresión dibuja todo tipo de gestos contradictorios. Arruga el entrecejo primero, luego la nariz, para más tarde sacarse las gafas e introducir una de las patillas en su boca.

—Está muy deteriorado, ¿no creen? —dice, devolviendo el móvil a la subinspectora—. ¿Puede enviarme la imagen? Necesito compararla con la original.

—¿Qué puede decirnos sobre el cuadro?

El hombre no responde. Manipula el ordenador en silencio, mientras los dos agentes, que se miran entre ellos, aguardan alguna respuesta.

Tras unos segundos, en la pantalla de tela gigante que tiene a su espalda, un haz de luces de colores dibuja el cuadro. Un cuadro de enormes dimensiones. Un cuadro que se muestra intacto, perfecto.

—Este es el cuadro real. Lo que ustedes tienen está totalmente destrozado. Se trata de La Adoración de los Magos, del mismo autor que el anterior cuadro.

—El Bosco —matiza Víctor.

Ignacio asiente.

—Es el cuadro que mejor se conserva y sin duda el más bonito, al menos para mí. Y, aunque a simple vista se vea un cuadro de colores vivos e imagen familiar, oculta todo un sinfín de detalles oscuros. Esto era algo que El Bosco acostumbraba a hacer.

—¿A qué tipo de detalles te refieres? —pregunta Aura, que no puede disimular el nerviosismo que domina sus brazos temblorosos.

—Sencillo. Este cuadro es una representación, como el título indica, del nacimiento de Cristo. En concreto la escena habla de la ofrenda que hacen los Reyes Magos de Oriente a la Virgen. Pero todo está cambiado. —El profesor se levanta y con un pequeño puntero láser enfoca una escena de la tabla de la izquierda. Una escena que muestra a un hombre mirando hacia el espectador, en cuclillas frente a una hoguera—. Aquí podemos ver a José, apartado por completo de la escena, renegado de su papel. Y junto a él; —El punto rojo asciende un poco hasta posarse unos centímetros más arriba, en un marco de una puerta—. ¿Veis este sapo boca abajo? Bien, el sapo en aquella época era considerado el símbolo del mal, del pecado. El hecho de que Jheronimus Van Aken, o Bosco como se lo conoce, lo dibujara junto José hace pensar que lo quería personalizar como un ser maligno.

Aura lleva su vista a Víctor, que niega con la cabeza en un doloroso gesto de realidad.

—Junto a la primera víctima encontramos esto. —Aura entrega de nuevo el teléfono. La imagen muestra el trozo de lienzo encontrado sobre el regazo de Ricardo Pons. El lienzo que muestra al hombre negro de atuendo blanco.

—Entonces sí que ha habido un crimen nuevo —comenta Nobles—. Y de nuevo vuelve a dejar fragmentos de la obra. Entonces todos estos huecos… —dice con los ojos nublados.

—Por eso tenemos tanta urgencia, profesor.

Ignacio respira profundamente y se acomoda de nuevo las gafas. Entrega una vez más el terminal a la joven y se vuelve hacia el cuadro.

—Es muy complicado esto, saben. Cualquier cosa que les pueda decir podría influir tanto positiva como negativamente. Imaginen que ahora mis análisis se alejan por completo de la interpretación del autor. Podría estar mandándolos a un pozo sin fondo. Sin respuestas. —Su voz se torna grave, áspera, preocupada.

—Señor Nobles —intercede Víctor—. Ahora mismo estamos en un pozo sin fondo. Así que cualquier cosa que usted nos diga será una ayuda incalculable.

Nadie más habla. Durante unos segundos todo es paz en aquel despacho repleto de libros de arte y desasosiego. Tras eso, Ignacio niega con la cabeza y se quita las gafas.

—Necesito un café, ¿quieren? —Al ver el gesto de negación de los

agentes se acerca a la pequeña Nespresso que tiene junto al escritorio y en apenas medio minuto el aroma a café inunda la sala, junto con un ruido intenso mientras el líquido llena la pequeña taza. Tras eso vuelve frente al cuadro—. Por lo que se ve en la foto, ese trozo encajaría con Baltasar —dice, y señala al mismo ser, pero en el cuadro que ocupa toda la pantalla gigante.

—¿Qué podría significar? —insiste Aura.

—Pues no sabría decirte. En la obra, Baltasar hace entrega de un recipiente para guardar incienso en el que se representa a Abner, que se arrodilla frente a David, ofreciéndole que las tribus del norte de Israel se sumen a las del reino de Judá. Sobre el recipiente dibuja un Ave Fénix, aludiendo a la resurrección, así como Cristo resucitará. Y si os fijáis en sus ropajes, —muestra con el láser el cuello del personaje —, destacan por esos adornos de hojas de cardo. Esta planta hace referencia a la pasión de Cristo, y por lo tanto a la redención. Es como si, en un conjunto, quisiera personificar la recuperación del alma...

—¡Redención! —exclama Aura, que salta como un resorte al escuchar esa palabra.

Tanto Nobles como Víctor dan un pequeño respingo, asustados ante el arrebato repentino de la joven, que se sonroja cuando se da cuenta de lo ocurrido.

—Eso he dicho.

—El asesino habló de la redención. Dijo que él lo había redimido de sus pecados.

—Entonces sabemos algo más. Tendrán que buscar qué pecados son los que se le atribuyen a este individuo.

Aura asiente al entender que el señor Nobles está quizá cerca de la verdad que pretende revelar el asesino.

—¿Qué podría decirme sobre este otro fragmento? —investiga mostrando el encontrado en casa de Javier.

Nobles revisa el fragmento, pero su rostro se tensa.

—Poco puedo decirle aquí. Solo se ve a la virgen y un poco de la choza tras ella. Tal vez quiera hacer referencia a la pobreza, o no sé. En este no hay nada destacable.

Aura asiente con dolor, borrando de su mente la esperanza de recibir alguna información necesaria que lo acerque a su compañero.

Compañero. Qué lejos queda ahora mismo esa palabra para ella. Compañero. Una definición tan corta para unos sentimientos tan profundos.

—Entonces debemos conocer cada uno de los espacios que faltan del cuadro. De esta manera podremos intentar adelantarnos.

El señor Nobles asiente y comienza a inspeccionar.

—Bien, vemos que faltan las imágenes de los comitentes, a ambos lados. —Se centra en las dos tablas laterales—. Antiguamente era muy

común que los nobles encargaran las obras. Esta, en concreto, fue encargada supuestamente por la corporación de los Pañeros de Amberes, de quien Peeter Scheyfve era decano. Es por eso por lo que el autor los incluye en el cuadro, junto con el escudo de la familia. Ambos acompañados por sus respectivos santos, San Pedro está con Peter Bronckhorst y a la derecha Santa Inés con Agnesse Bosshuysse. Ellos eran los conocidos como donantes, aquellos que encargaban la obra.

—Bien, tenemos dos huecos. Faltan los del centro —aclara Víctor apuntando todo tan rápido como puede.

—Aquí faltan muchas cosas. Por un lado, falta Melchor, que es quien ofrece a la Virgen una corona en la que se escenifica el sacrificio de Isaac. Quizá como un prefacio del propio sacrificio de Cristo. Esta corona se aposenta sobre una pila de sapos, quizá aludiendo a la victoria contra el mal. También falta el ser que observa la escena y que está detrás de los Reyes. Este ser es considerado el Anticristo, pues adorna su cabeza con una corona de espinas, pero que no llega a clavarse en su piel. También está pintado como un ser desmadejado, herido y con una pequeña urna de cristal en su cabeza que oculta una flor azul conocida como Verónica. El azul se asocia a la salvación del mundo.

—Nos quedarían unos espacios pequeños por encima de la choza.

Nobles asiente.

—Eso son los ejércitos de Herodes, buscando al niño para matarlo.

Tras apuntar todo, Aura se levanta y, con un nervioso juego de manos, incita a su compañero a hacer lo mismo.

—Muchas gracias, profesor, creo que tenemos todo lo necesario. Si tuviéramos alguna duda más…

—Pueden localizarme siempre que quieran. A la hora que sea.

Ambos agentes se marchan cabizbajos, con respuestas a preguntas todavía no formuladas y un miedo atroz latiendo en sus corazones.

Justo cuando suben al Audi de Aura, el teléfono de ella invade por completo el habitáculo. Ella contesta usando el manos libres incorporado en el vehículo. Es Raúl.

—¿Tenéis algo?

—Información nada más. Pero puede resultar útil.

—Bien, en media hora en Jefatura.

—¿Habéis encontrado a Grillán?

—Sí.

Con esa coletilla, ambos agentes marchan hacia la Jefatura Superior de Policía. Aunque con una respuesta que, en vez de convencer, provoca desconcierto.

12 de marzo de 2018, 15:15. Valencia

Aura y Víctor son los últimos en llegar a una sala apagada, silenciosa. Ambos entran en un desfile incómodo de pasos lentos mientras el resto de los compañeros observan sin decir nada.

Es Raúl quien espera erguido frente a la pizarra blanca en la que todavía se puede observar algún detalle del primer caso del asesino de El Bosco.

—Os estábamos esperando —informa el inspector jefe al tiempo que prepara una serie de imágenes en la pantalla gigante que hay junto a la pizarra—. Tenemos que ponernos las pilas.

Los dos agentes se sientan en primera fila. Primera y única, pues el resto del equipo se halla junto a ellos. Daniel, en silencio, asiente con una sonrisa cuando Aura se acomoda junto a él. Leo, en cambio, lanza su mano contra el hombro de la joven para proporcionarle un cálido y fuerte apretón que ella siente casi sin inmutarse.

—Bien, vamos a ello. Primero vamos con Aura y Víctor, antes de continuar con lo que el resto ya sabemos.

Aura se levanta y saca todos los apuntes obtenidos en la entrevista con el experto en arte y profesor Ignacio Nobles.

—Por lo que sabemos, el fragmento encontrado junto al cuerpo de Ricardo Pons hace referencia a Baltasar y podría estar relacionado con la redención, como bien dijo el asesino en su llamada. El cuadro es otra de las obras de El Bosco; se trata de *La Adoración de los Magos*.

Tras eso comienza a pormenorizar todos los detalles del cuadro mientras el equipo entero escucha con atención.

Es Raúl el que toma la palabra cuando la subinspectora finaliza su discurso.

—Entonces podemos estar ante una nueva oleada de crímenes si cada fragmento está relacionado con un personaje. Hasta ahora tenemos dos fragmentos.

En la pizarra escribe los nombres de Javier Reinoso y de Ricardo Pons junto con una breve descripción del fragmento encontrado.

Javier Reinoso: Virgen sentada en el pesebre. (El ojo que lo veía...)

Ricardo Pons: Baltasar (Eusebio Grillán)

—Bien, según hemos podido investigar, la frase dejada en la habitación de Javier es de Job veinte nueve. El ojo que lo veía ya no lo ve, y su lugar ya no lo contempla más —recita de nuevo el inspector jefe.

—¿Qué puede querer decir con eso? —pregunta Aura, que no puede disimular la punzada que surge en su pecho cuando piensa en el

inspector.

—Solo el asesino lo sabe. Desde luego nos está diciendo su pecado. O bien nos está dando algún dato para encontrarlo. Pues, como bien dijo en la llamada, no le corresponde a él acabar con su vida. Eso quiere decir que esa es una pista para encontrarlo. ¿Nobles no dijo nada al respecto?

Aura niega.

—Entonces tendremos que seguir los pasos naturales del caso, y tal vez lleguemos a él. No podemos perder tiempo. —Es Daniel quien se adelanta en esta ocasión. Su rostro ha cambiado durante el último año. Ahora su cabeza no brilla tanto a causa de una pequeña corona de pelo que crece por los laterales. Su rostro también se ha visto más demacrado debido al castigo que la culpa le ha proporcionado. Está más flaco, pálido y alicaído.

—Tienes razón. Sigamos con el caso. Leo ha hecho un fantástico trabajo encontrando a nuestro objetivo. El nombre que El Bosco escribió en su casa.

Leo comienza a teclear sobre su portátil y, en unos pocos segundos, una imagen aparece en la pantalla gigante. Se trata de una imagen en blanco y negro de lo que parece ser un formulario.

—Tengo que decir que me ha costado encontrarlo. Puesto que era un nombre que llevaba fuera de circulación años. He tenido que buscar el último documento en el que aparece su nombre y está fechado en el año 1995 —argumenta Leo sin apartar la vista de su ordenador, cuya pantalla azulada se refleja en el impoluto cristal de sus gafas—. Y no es otro documento que su certificado de defunción.

Todos lo miran perplejos.

—¿Está muerto? —pregunta Víctor

—Desde hace más de veinte años, sí señor.

—¿Y por qué nos iba a dar un nombre de una persona fallecida? ¿Qué mierda pretende con eso? —investiga, furiosa, Aura. Sus manos se cierran en una dura expresión de ira contenida, clavando sus uñas en las palmas. No es hasta que nota el fuego recorrer su piel que disminuye la presión.

—Conociendo a este asesino, cualquier cosa podemos esperar de él. Hay que saber qué pretende dándonos este nombre, así que vamos a dividirnos.

—Daniel y Leo se encargarán de visitar a los familiares más próximos a Eusebio. Leo ha podido localizar a una de sus nietas. Tendréis que ver si podéis sacar algo que nos acerque al asesino. Aura y Víctor irán a ver a la mujer de Ricardo Pons. Necesitamos conocer más a este hombre. Saber si pasaba por una mala racha, si había accedido a algún extraño trato o si, como nos acostumbra el asesino, tenía algún vicio oculto. Nos vemos aquí a las ocho para cerrar la

jornada con las novedades que tengamos.

Comienza de nuevo un rápido desfile de agentes abandonando la sala una vez más. Todos salvo Raúl. Él se queda manipulando el ordenador con el rostro serio, apagado.

Antes de salir de la Jefatura, Aura revisa una vez más su teléfono. Abre el chat de Javier para intentar encontrarlo al otro lado, pero solo obtiene oscuridad como respuesta.

Última conexión: 12/03/2018 14:34

12 de marzo de 2018, 17:20. Valencia

Para Aura es imposible concentrarse en cualquier detalle por importante que parezca. No importa si es un hecho nimio o una cuestión relevante. Su mente no deja de pensar en el teléfono de Javier.

«¿Dónde estás?». «¿Estás bien?». Son algunas de las preguntas que su mente trabaja sin descanso. Pero todavía hay varias que reflotan en su mente como una burbuja de aire bajo el agua. «¿Sigues vivo?».

—Creo que ya hemos llegado —anuncia Víctor al ver las luces de una patrulla de la Policía Nacional mal estacionada en la esquina de la calle San Vicente Mártir con La de la Sangre.

Aura estaciona justo al lado de la patrulla, ignorando el concierto de bocinas que se forma tras ella. La calle es estrecha y su A3 no facilita la descongestión del tráfico. Pero Aura no es capaz de concentrarse en cualquier detalle por importante que parezca. Desciende del coche y se introduce en la finca donde espera la mujer de Ricardo Pons. Víctor la sigue con el paso acelerado.

Ya en el interior del edificio encuentran a los dos agentes hablando con una mujer en la puerta, enfundada en un vestido de chaqueta y falda gris oscuro. Su mirada impersonal se centra en los subinspectores recién llegados y con una fingida sonrisa se acerca a ellos.

—Ustedes deben de ser los inspectores de la UDEV, ¿me equivoco? —inicia la mujer sin dar pie a que Aura se presente—. ¿Vienen a entrevistar a la mujer del fallecido?

—¿Y tú eres? —inquiere Aura con el entrecejo fruncido y la mirada clavada en los ojos de la mujer, que no es capaz de aguantar la mirada mucho tiempo.

—Isabel Romero —se presenta la mujer. Esconde sus ojos marrones bajo unas gafas de pasta negras y pequeñas, al igual que esconde la realidad de su cabello castaño, recogido en un moño simple y unas raíces clareadas que denotan la mentira de ese tono—. Soy amiga de la esposa y psicóloga de la familia, por eso me gustaría aclarar que está muy afectada. Intenten no mencionar los detalles de la muerte o cualquier aspecto de esta. Alba es una mujer muy impresionable y con una personalidad muy dependiente. Estaba muy unida a su esposo y revelarle cualquier aspecto de la muerte, aunque sea ella quien lo demande, supondría, casi con total seguridad, su bloqueo mental. Todavía no está preparada para soportar la pérdida de un refuerzo psicológico tan importante como era Ricardo para ella.

Aura asiente con desgana.

—No te preocupes. Intentaremos no comentarle nada relevante al caso. Solo nos centraremos en los aspectos profesionales y personales

del señor Pons, antes de su muerte.

—Se lo agradezco. —La mujer parece marcharse cuando, como si hubiese recordado algo de forma súbita, se vuelve hacia los agentes—. Una última cosa. La encontrarán algo relajada. Le he proporcionado cinco miligramos de Diazepam para evitar que sufra un ataque de ansiedad.

La inspectora asiente con la cabeza y entra en el edificio. En el interior rebosa la excelencia. Muebles relucientes decoran cada rincón del apartamento dejando un hogar cargado en exceso. Ambos agentes atraviesan un pasillo iluminado hasta la ceguera y entran en el salón. Allí se encuentra la mujer, sentada en un sofá de cuero negro y acariciándose las piernas con insistencia. Sus manos todavía tiemblan y sus ojos parecen perderse en un mundo que no le pertenece.

—Señora Puig —inicia Aura con dulzura. Mucha más que la que acaba de mostrar a la psicóloga que los ha retenido en la entrada—. Somos los subinspectores de la Policía Nacional. Él es Víctor López y yo soy Aura Casado. Estamos aquí...

—Sé para lo que están aquí —responde la mujer con indolencia. Su aspecto desaliñado es la nota discordante en ese hogar pulcro y armonioso—. Sabía que esto iba a pasar desde que desapareció mi marido. Él nunca se habría marchado sin avisarme.

—¿Cuándo desapareció el señor Pons?

La mujer mira a Aura y muestra por primera vez su rostro. Un rostro demacrado de ojos hinchados, inyectados en sangre. Las ojeras oscurecen su cara enjuta y su expresión denota el esfuerzo ímprobo que está haciendo por mantener la compostura.

—El sábado bajó a hacer unos recados y ya no volvió. Esa misma noche intenté cursar la denuncia, pero me dijeron que hasta la mañana siguiente no podrían hacer nada. Si lo hubieran buscado esa noche... —No termina de hablar. Aprieta un pequeño pañuelo desgastado que tiene entre sus manos y aparta la mirada.

—Sé que debió de ser muy duro.

La mujer se vuelve con furia y clava sus ojos azules sobre el rostro sonrojado de Aura, que intenta dibujar, sin éxito, una sonrisa condescendiente.

—¿Qué van a saber ustedes? Vienen ahora, cuando mi marido ha sido víctima de un maníaco desalmado que quería satisfacer un vicio vil y repugnante. Ahora que ya no se puede hacer nada. ¿Acaso saben ustedes lo que se siente? —dice con toda la furia que su agonía le permite escupir.

Aura aprieta los dientes y frunce el ceño ante el dolor que esas palabras le provocan.

—Un compañero nuestro también ha sido víctima del mismo hombre que se llevó a su marido, así que sí. Sabemos lo que se siente,

señora Puig.

Por un momento la mujer se retuerce en el pequeño sofá, como si las palabras de Aura le hubiesen dañado realmente. Unos segundos más tarde niega con la cabeza, todavía sin responder.

—Sabemos que quien la recibió actuó mal al no entender que, dado la edad del sujeto y su estatus, podría tratarse de un caso de secuestro o extorsión. Y lamentamos que ese error ahora le pese a usted. De igual forma, y por si esto le sirve de consuelo, su marido murió la misma noche de su desaparición. Eso quiere decir que no se hubiese podido hacer nada. La persona que se lo llevó quería ese fin.

Alba Puig vuelve a retorcerse de dolor en el sofá, esta vez con más fuerza. Se enjuga una lágrima que resbala de su mejilla y mira de nuevo a Aura.

—No pretendía ofender. Solo es que... —Y vuelve a romper en un lamento agónico que no le deja derramar lágrimas. Solo queda un estertor ronco como respuesta a su dolor.

Aura mira a Víctor, como si quisiera regalarle ese momento de intimidad necesaria. Como si pretendiera darle un segundo de soledad para que llore a sus muertos como es debido. Víctor le devuelve la mirada y el salón se envuelve en un silencio que oscurece toda la habitación. Cuando el tiempo pasa y la respiración de la mujer vuelve a la normalidad, Aura decide continuar:

—Sé que es todo muy duro. Sabemos quién es el responsable de la muerte de su marido. Lo difícil es que, para dar con él, tenemos que saber por qué su marido era una pieza clave.

—¿Pieza clave? —investiga la mujer con la expresión arrugada y la voz todavía desvalida.

—Sabemos que el responsable de su muerte no elige sus víctimas al azar, por lo que el pasado del señor Pons es muy importante. ¿Qué puede decirme de él?

Alba los mira aterrorizada. Gira la cara hacia una foto de él colgada de la pared y se centra en el rostro del hombre que, horas atrás, yacía sin vida en la casa del asesino de El Bosco. Se pueden ver sus facciones más finas, sus ojos marrones, su cabello con muchas menos canas que cuando fue encontrado.

—Ricardo era una buena persona. ¿Quién querría hacerle daño? Era médico. Trabajamos juntos en la misma consulta privada. Yo soy ginecóloga y él se había especializado en dermatología.

—¿Desde cuándo trabajan en la consulta? —pregunta Víctor.

—Desde hace más de diez años. Nos conocimos cuando él estuvo haciendo sus prácticas de residente. —La mujer sonríe mientras mira con nostalgia la foto que cuelga de la pared—. Aunque no fue hasta varios años después que empezamos a salir.

Aura asiente con respeto. Busca por un momento en su mente la

razón por la que el asesino de El Bosco querría cobrarse la vida de una persona que no aparentaba peligro alguno. En ese momento recuerda la conversación que había tenido horas atrás con él.

«Yo solo lo he redimido de sus pecados». «Un ser que ha vivido siempre con la culpa de lo que hizo».

«¿Qué hizo?», piensa Aura. En su lugar pide a la mujer la opción de poder revisar sus pertenencias.

—Es importante que analicemos todos sus archivos por si hay algún dato que pueda servirnos.

Alba la mira con un ligero resquemor. Con cierto atisbo de reproche en sus ojos. Parece que quiera reprimir su deseo por increpar a la subinspectora, aunque accede con un ligero movimiento de cabeza.

Los lleva a través de un eterno pasillo hasta una habitación pequeña, rústica, con muebles viejos, aunque perfectamente barnizados. Allí los subinspectores presencian toda una vida de dedicación. Tras un escritorio impoluto se aprecian media docena de diplomas y especializaciones que el doctor había ido cosechando a lo largo de los años. Aura los revisa, uno por uno, hasta que, de entre todos ellos, uno parece destacar.

Se fija en uno en concreto. Un título obtenido en 1984 como doctor en medicina con distinción "*Cum Laude*". Junto a ese papel se encuentra otro como especialista en hematología. Aura entrecierra los ojos.

—Creía que había comentado que era dermatólogo —expone la subinspectora al comprobar ese pequeño socavón en la información.

—Y lo es —responde la mujer, ignorando la realidad del pasado de su marido—. Si lo dice por el título de especialidad en hematología, fue su primera decisión. Luego entendió que no le gustaba y se dedicó a la dermatología.

—¿Llegó a decir por qué no le gustaba?

—Nunca le pregunté. Eso pasó antes de que formalizáramos nuestra relación. Su pasado nunca fue un secreto, ni tampoco una necesidad.

Aura sonríe como única respuesta y sigue revisando entre la marea interminable de papeles que es su estudio. Víctor hace lo propio rebuscando en el interior de los armarios mientras Alba comprueba, con un dolor que reblandece sus músculos, cómo destripan toda la carrera de su marido como si fuera un mero objeto más. No es capaz de soportar el dolor que supone la escena y se retira unos metros.

—¿Podríamos llevarnos su ordenador? Quizá nos lleve algunas horas revisarlo todo y creo que en el laboratorio podría ser mucho más rápido. También podrías descansar un poco.

Alba se encoge de hombros y asiente con displicencia.

—Si encuentran algo, notifíquenmelo, por favor. —Y se retira del estudio, dejando en la más espesa soledad a los dos agentes, que se marchan cuando entienden su papel en todo aquello.

Dos oficiales pasan junto a ellos con las nuevas órdenes mientras Aura y Víctor se retiran hacia el vehículo.

—¿Crees que el doctor tiene algo que esconder? —pregunta Víctor antes de subirse al coche.

—Si el asesino de El Bosco ha dado con él, es porque no es trigo limpio.

12 de marzo de 2018, 19:10. Valencia

Cuando los errores condicionan gran parte de tu vida, el cuerpo lo nota. Dibuja cada anécdota a la que sobrevive como una marca perenne sobre la piel. Lo muestra en esas ojeras marcadas, en esa mirada caída, en unas manos trémulas o en un carácter díscolo. El cuerpo siempre muestra las consecuencias de nuestros actos.

Aura no puede dejar de pensar que Daniel es un claro ejemplo de la decrepitud que certifica una vida de malas decisiones. Sentado en una silla, alejado de sus compañeros solo en mente, espera a que Víctor termine con el paquete de Ruffles sabor jamón que ha arrancado de una máquina expendedora al entrar en comisaría.

Su mirada profunda viaja más lejos de lo que su vista puede fijar. Su barbilla pesada, y hasta su piel lívida, muestra la soledad de un individuo que no es capaz de superar el peso de su conciencia. Aura lo sabe, y por un momento siente lástima por el hombre cansado que espera paciente la orden de Raúl. El inspector jefe no se hace esperar.

—Bien, es tarde, así que vamos a cerrar el día de hoy. Dejaremos todas las novedades anotadas y seguiremos trabajando. Daniel... —Raúl comienza a escribir en la pizarra toda la información relevante al caso mientras su compañero se incorpora un poco sobre su asiento.

—No tenemos gran cosa. Su hija falleció hace unos años y su yerno poco ha podido decirnos. Según comenta, pasó los últimos años en una residencia. Al parecer, el hombre sufría demencia a causa de una amnesia que lo iba consumiendo.

—¿Murió a causa de eso? —investiga Raúl mientras anota en la pizarra, junto al nombre de Eusebio Grillán "Demencia".

—Eso parece.

Todos guardan un momento de silencio. Tras ese breve período de tiempo, Raúl se vuelve hacia Aura.

—Si no estoy equivocado, Ricardo era médico.

—Dermatólogo —especifica ella.

—¿Tenemos alguna relación entre el dermatólogo y el anciano? Quizá lo haya tratado en alguna ocasión. Puede que fuera su médico de cabecera.

—El laboratorio de documentos está analizando en sus anotaciones y archivos. Puede que ahí se encuentre algo. En una primera inspección no pudimos ver relación alguna.

—¿Tampoco nada en cuanto al nivel de vida? Vivían cerca, lejos. ¿Cuándo ingresó Eusebio en la residencia?

—No tenemos esos datos. Sabemos que Eusebio vivía en el apartamento que ahora ocupa su yerno, en la Avenida Levante. Eso está en Benicalap. —Daniel informa sin ánimo alguno, mirando un punto fijo de la pared.

—Ricardo vivía en el centro. Y su consulta la tenía también por el barrio de la Gran Vía. Son zonas de rentas bastante altas. No veo relación ni tampoco que hayan podido coincidir —dice Aura tomando el relevo a su compañero, para completar la información que el inspector jefe ha exigido.

—Entonces, si no hay una relación laboral, ni tampoco se puede apreciar una personal, tenemos que buscar por qué querría el asesino de El Bosco nombrarlo en el crimen sobre Ricardo Pons.

—Quizá no tengan relación. Puede que el asesino quiera llamar la atención sobre esos nombres, sin que haya un vínculo entre las víctimas. —Es Víctor quien intenta, sin convencimiento, buscar un camino distinto al que están acostumbrados con el asesino.

—Sea como sea, tendremos que esperar. Por otro lado, tenemos novedades. Hemos recuperado una grabación donde se ve el coche de Javier pasando por el colegio San Luís Gonzaga, en la calle Zapadores.

—Eso está a dos calles de su apartamento —confirma Víctor tensando los músculos—. ¿Se muestra al conductor?

Raúl suspira con pesar mientras asiente dejando caer la cabeza. Se vuelve y muestra la pantalla que tienen en la sala. Cuando el color adorna el cristal, se aprecia el Opel de Javier congelado. El rostro que se dibuja apenas llega a reconocerse, diluyéndose como un reflejo sobre un cristal astillado.

—La resolución es de una cámara de seguridad bastante barata —informa Raúl con resignación.

—Ese no es Javier. —Es Aura la que lanza esa sentencia absoluta con total convicción. No duda en su afirmación. No le tiembla la voz, pero sí el pulso. Sus manos juegan entre ellas bajo la mesa, sus piernas tampoco pueden luchar contra el temblor que se inicia en sus talones —. Ese no es Javier.

—Yo tampoco creo que lo sea. De todas formas, Leo va a intentar recuperar algo de resolución. ¿Podrás hacerlo?

—Va a ser difícil. Ahora, lo que salga de ahí no va a ser del todo fiable. Cuando una imagen con poca resolución se amplía, lo que se consigue es que los píxeles que quedan vacíos son duplicados en base a la información que la imagen posee. Por eso se ve borroso. No sé si podré mejorarlo.

—Bien. Haz lo que puedas. Nosotros seguiremos buscando todas las zonas con cámaras y cualquier imagen que podamos recuperar. Están tratando de buscar en Instagram o Facebook cualquier vídeo que se haya producido sobre esa fecha y en una franja horaria de dos horas de margen. Hablamos de entre las doce de la noche y las cuatro de la madrugada del once de marzo. Hay que buscar la manera de trazar una ruta de escape. Tenemos que encontrar ese coche.

Aura revisa su teléfono una vez más. Se centra en su WhatsApp, en

su chat en concreto. Busca una nueva conexión, una mínima esperanza. Necesita saber que está bien, que sigue con ella, que todavía la espera.

Que todavía hay luz.

Pero la esperanza es un recurso solo para aquellos que quieren aferrarse a una posibilidad. Aura ha entendido —gracias a su paso por la UDEV— que las posibilidades que tiene de encontrar a Javier vivo son casi nulas. Respira con dolor sin dejar que la lágrima que amenaza su rostro se escape.

12 de marzo de 2018, 20:35. Valencia

Cuando Aura entra en su apartamento, el silencio que reina en aquel oscuro lugar se adueña de su mente. La soledad pesa en su cuerpo y los pensamientos amenazan con subyugar un corazón cada vez más dolorido. No es capaz de pensar en otra cosa. Su mente no deja de nombrar a Javier.

Revisa su teléfono, resignada, intentando buscar en el chat que ha dejado su pregunta a medias, la respuesta a la cuestión más dolorosa. Pero el silencio se hace más denso todavía.

Ni siquiera la melodía distorsionada de las bandas musicales que recorren las calles puede hacer que la joven se aleje de sus pensamientos. Escucha los cohetes de pequeños y mayores, disfrutando de unas fiestas que, hasta ese día, a ella también le encantaban. Ahora todo le resulta insignificante. Los cohetes son como pequeños disparos que aceleran su corazón. La música, una burla para su orgullo. Y el fuego que en unos días consumirá los adornos que se distribuyen por toda la ciudad, un recuerdo de lo que todavía le arrebata el sueño en las noches de relativa paz.

Pero no hay tiempo para pensar. Para lamentarse.

La frase del asesino de El Bosco todavía retumba en sus oídos cuando enciende el ordenador.

Su objetivo es claro. Necesita encontrar algún detalle que se le escapara cuando investigaron los casos de Mateo Hernández; el primer asesino de El Bosco.

Busca en los archivos toda la información que tiene a su alcance. Encuentra las fotos de su segunda víctima, también de la última atribuida a Mateo. Es cuando quiere volver al inicio cuando comprende las palabras que el asesino pronunció.

«Encuentre el primer lienzo».

Apenas hay información de la primera víctima. Pequeños extractos que se pudieron recuperar de los casos siguientes, así como de los testimonios del asesino, hacen que Aura entienda que el primer caso todavía tiene muchas preguntas por responder.

Por un momento vuelve a la noche en que todo se descontroló. La noche en que atraparon al asesino de El Bosco y en la que a punto estuvo de perderlo todo. Vuelve a recordar que Javier visitó la casa de la madre de Mateo Hernández.

«Encuentre el primer lienzo», se repite Aura.

—¿Es aquí donde está el primer lienzo? —dice para nadie en particular. Para su propio reflejo impreso en el cristal de la pantalla del ordenador. Para Javier.

Para el asesino.

Se levanta con un temblor que sacude sus manos. Con un dolor en

su estómago que le arrebata el apetito. Con una decisión que todavía no está tomada cuando sale de su apartamento con las llaves del coche en las manos.

Han pasado más de cuarenta minutos cuando llega a su destino y la noche empieza a resbalarse sobre el coche, arrebatando parte del brillo metalizado bajo una espesa capa de humedad.

El frío es pesado, duro. Se aferra a su piel, a sus labios resecos, a su mirada perdida.

Aura observa la casa donde Mateo se crio. Donde fue prácticamente torturado. Donde entendió que su destino era convertirse en la voz de la justicia.

La pequeña casa se muestra profanada. Las ventanas han sido sustituidas por maderas que evitan el acceso de curiosos a la zona. Nada de aquello intimida a la agente que, con el arma en la mano, decide enfrentarse a la penumbra que se apodera de aquel lugar abandonado.

Con esfuerzo, después de golpear varias veces la puerta de acceso, ayudándose con el hombro, accede al interior. Allí la decadencia todavía se hace más palpable. Más intensa. Las paredes siguen castigadas con pinturas satánicas y desconchones que casi han arrebatado todo el yeso. El chirrido agudo de las ratas curioseando en la oscuridad repugna a la joven, que recorre cada habitación sin saber qué buscar.

Todo cambia cuando llega a la habitación principal. Es ahí cuando entiende la realidad de su visita.

«Encuentre el primer lienzo», recuerda. «Y hallará casi todas las respuestas».

Las respuestas que espera encontrar se aferran a las paredes repletas de escritos que supone dejó Mateo en su día. Todavía encuentra alguna foto descolorida y casi irreconocible. De todas formas, no es eso lo que sorprende a la joven. Junto a una de las paredes encuentra, en el suelo y apoyado contra la pared, un cuadro casi irreconocible.

En otra época, Aura no habría entendido nada de lo que se aprecia en el lienzo. Pero no es otra época. Ahora puede distinguir los tonos oscuros de una de las tablas. Las figuras extrañas que decoran la tabla central. Puede ver el verde que predomina sobre la primera. Sabe que se trata del cuadro de *El Jardín de las Delicias*, del pintor que tanto ha llegado a odiar.

Sin esperar un minuto se lanza a por él como un perro que acaba de olfatear un rastro. Lo coge sin temor a destruir las pruebas y comienza a analizarlo. No ve nada.

«Encuentre el primer lienzo».

Aura no permite que la frustración le gane la partida. Ella siempre ha sido una persona testaruda. Convencida de sus propósitos y firme en sus creencias. No se da por vencida y revisa cada rincón del cuadro, cada trazo, cada figura. Hasta que un ruido la sobreviene.

Con el corazón detenido, deja caer el cuadro y se aferra al arma, aguardando con recelo tras el marco de la puerta. Si alguien decide entrar, no va a dudar. Apretará el gatillo antes de que pueda lanzarse hacia ella. Tiene tiempo, tiene campo, y sobre todo tiene mucha puntería. Sería capaz de acertar a un cuerpo en movimiento a más de diez metros de distancia. Por eso no está asustada. Por eso respira para contener los latidos de su corazón. Por eso entiende que era la misma rata que escuchó al entrar, cuando ve su cuerpo pasar a gran velocidad por delante de la habitación.

Respira aliviada por un segundo, antes de volver con el cuadro. De todas formas, no tiene tiempo para seguir investigando. Los nervios van en aumento, por lo que decide arrancar la madera del cuadro y llevárselo a casa para analizarlo allí. Es entonces cuando comprende las palabras del asesino de El Bosco. Cuando la madera del cuadro se descompone, del interior caen varias hojas de papel, dejando un ruido seco y pesado cuando las hojas caen en el suelo.

No se detiene a revisar nada, solo recoge los papeles, el lienzo, acelera el paso y se marcha tan rápido como sus piernas le permiten.

Ya en el coche sí decide revisar la primera de las hojas. Lo que halla en ellas hace que entienda las palabras del asesino.

Las hojas muestran textos manuscritos sin fecha ni firma. Letras azules que se distribuyen a lo largo del folio amarillento trazando un ángulo descendente que denotan la negatividad del sujeto. Aura entiende de quién se trata cuando lee las primeras palabras.

¿Es este el destino que me aguarda? ¿La razón por la que he llegado a este mundo? ¿Es lo que me toca ser?

Un demonio.

Un verdugo.

Un asesino tan culpable como lo son todos aquellos a los que juzgo sin compasión. Sin dejar opción para lamentarse. Mi mano ensangrentada no conoce el perdón. Solo entiende de castigo.

¿Es para esto para lo que madre me ha preparado?

El mensaje ha sido claro y mi cuchillo ha impartido la justicia necesaria. Solo espero no estar errado en mi propósito.

Sé que no es madre quien me alienta a hacer lo que hago. Tampoco sé quién me está aleccionando desde un lugar que ni conozco. Solo sé que tengo unas notas, unos nombres. Y que debo prepararme para lo que me aguarda. Así reza el mensaje. Soy yo quien tiene el poder de

corregir todo el pecado que reina a mi alrededor. Soy yo quien debe impartir la justicia que muchos se niegan a ejercer. Pero todavía es pronto para encontrar mi propósito real. Debo prepararme.

No estoy seguro de qué me espera más allá del filo de mi cuchillo. Solo sé que tengo que estar preparado.

Las primeras palabras que Aura lee la dejan sin respiración. Deja las hojas sobre el asiento y acelera con furia. Necesita alejarse de allí, huir tan rápido como le sea posible. Huir de esa zona, de ese asesino. De sus pensamientos.

La carretera apenas se descompone bajo las pocas luces de los vehículos que la transitan. Y es esa oscuridad la que permite que la subinspectora detecte cómo se ilumina la pantalla de su teléfono. Con agilidad lo toma con la mano derecha y cuando lo desbloquea su cuerpo se paraliza.

Sus ojos se quedan mirando la pantalla hasta que esta muere lentamente, dejando de nuevo el habitáculo en una tensa oscuridad. No importa. Aura ya ha leído el WhatsApp.

Una frase corta y profunda. Tanto que su corazón se ha desbocado como un caballo enfurecido.

«Buen trabajo, subinspectora. Espero que lo que ha encontrado le ayude a entender mi historia. Quizá todavía llegue usted a tiempo».

Lugar desconocido. Javier

—¿A qué estás esperando? —Su risa jocosa incendia mis tímpanos. Su mirada pícara nubla mi mente, que solo es capaz de centrarse en sus piernas desnudas y sus braguitas de encaje negro que dejan entrever lo suficiente para que la imaginación haga el resto—. No pienses que vas a tenerme aquí tumbada toda la noche.

No lo dudo. Me lanzo sobre la cama como un león sobre su presa, sediento de su piel. Ansiando su cuerpo. Ella ríe con desparpajo cuando mis dientes se clavan en su cuello y, de pronto, sus piernas se aferran a mi cintura.

—Creí que te habías ido —digo convencido de que Ester no está realmente. Convencido de que su piel cálida pronto volverá a las sombras de las que siempre sale.

—Para ti nunca me iré —responde con una sonrisa.

Antes de sentir sus labios mojando mi mejilla, despierto, envuelto en esa oscuridad que me atrapa sin consuelo. Apenas siento ya las piernas y un cosquilleo recorre mis manos. Las muevo para intentar que la sangre fluya con libertad, pero no tengo espacio suficiente, y mi propósito queda como un motor sin batería intentando arrancar.

Apoyo la nuca en el respaldo de la silla y me concentro en los detalles casi imperceptibles que me llegan del exterior.

Oigo un pequeño eco sordo, como si alguien estuviera hablando o escuchando la radio. Oigo también unos pequeños pasos retumbando sobre mi cabeza. «Debo llamar la atención», pienso, y me inclino hacia un lado para buscar golpear la pared, pero la silla no se mueve. Lucho con todas mis fuerzas para llevar mi cuerpo hasta el objeto más cercano. Es inútil. Estoy completamente inmóvil, incapaz de resolver el conflicto que se presenta ante mí.

Los pasos se oyen cada vez más cerca, como si lo tuviera a poco más de un metro. Son pasos meditados, lentos e imprecisos. Pasos que pronto se diluyen de nuevo.

—¿A qué esperas? —La voz de Ester vuelve a sonar en mi mente una vez más, antes de que mis ojos la busquen. Empiezo a dudar de si estoy despierto o todavía sigo dormido.

13 de marzo de 2018, 09:20. Valencia

A pesar de llevar más de una hora levantada, Aura no es capaz de despejar su mente del mensaje que había leído cuando despertó. Con las manos abrazadas a una taza de café ya templado, y sintiendo el frío húmedo de su cabello mojado, observa el terminal envuelta en un silencio mortuorio que domina el salón todavía oscuro. La luz apena resbala por la persiana, sin ganas, sin fuerzas.

Junto al mensaje de Javier o, mejor dicho; el del asesino utilizando su nombre, se descuelga una letanía desesperada de súplicas que Aura ha intentado lanzar. Sin éxito alguno.

Cuando el tiempo es un tesoro escaso, la necesidad impera. Y Aura necesita saber dónde está Javier. Pero no existen respuestas a sus plegarias. Quien sí se interesa por ella es Raúl, que la llama justo cuando ella decide apartar la mirada del teléfono. Con la agilidad de un felino, se lanza a por su Samsung S10, deseando que sea el teléfono de él. Todo se apaga cuando ve el nombre del inspector jefe.

—¿Qué ocurre? —pregunta con la voz trémula.

—Calle de Sorní. Nos vemos ahí. —No hay tiempo para más.

Aura entiende el motivo de la urgencia y sin dilación recoge su teléfono, su bolso y sus pertenencias, y se marcha sin mirar atrás. La taza de café se queda sobre la mesa, todavía intacta.

Más de cuatro zetas se encuentran estacionados cuando la subinspectora llega al lugar donde Raúl la ha citado. Entiende el motivo cuando distingue, entre medio de los girofaros de las patrullas, la furgoneta del Instituto de Medicina Legal. Se baja con prisas, con el corazón acelerado. Con la mirada perdida.

Junto a la entrada de una pequeña cafetería se encuentra el resto del equipo. Raúl está hablando con Daniel, y Víctor devora con cuidado una empanadilla de tomate, ignorando la presencia de Aura a su lado.

—¡Oh! Ya estás aquí —balbuce con la boca llena de comida.

Aura lo mira con desprecio. Un desprecio sano que solo dos compañeros pueden trasmitirse. No quiere odiarlo, sabe que no debe. Aunque el hecho de mostrarse tan entero cuando su compañero sigue desaparecido le rompe el alma.

—¿Qué ha pasado? —investiga la joven mientras se termina de recoger el pelo, todavía húmedo.

—Otro cadáver. Una muchacha. No tendrá más de veinticinco años.

—¿Y nos compete a nosotros? ¿No tenemos bastante trabajo? —pregunta con rabia ella, sabiendo que todo eso solo puede retrasar la

investigación.

—No dirás lo mismo cuando veas lo que nos tienen preparado. —Es Raúl el que interrumpe. Su voz suena intensa, seria. Se muestra pensativo cuando Aura se vuelve hacia él.

—¿Otra víctima de nuestro hombre?

Raúl asiente con el dolor atravesando su mirada. Es en ese momento cuando Aura decide centrarse en todo lo que los rodea. Conoce al asesino y entiende que puede estar cerca.

Junto a la puerta hay varias mesas y sillas cubiertas por una pequeña marquesina de lona que los protege del frío y, en una de ellas, una muchacha se enjuga unas lágrimas ya pequeñas.

—Ella es la amiga de la víctima. Estaban tomando un café cuando Ariadna, que así se llama la muchacha, empezó a encontrarse mal. Se levantó para ir al baño y ya no salió.

—¿Cómo sabemos que se trata de El Bosco?

Raúl inclina la cabeza para indicar los movimientos que debe seguir la agente, y la acompaña en una lenta travesía por el interior de la cafetería. Varios agentes se encuentran interrogando a los testigos. Junto a Daniel está el subinspector Izquierdo, hablando sobre lo ocurrido. Daniel aprieta los labios cuando ve pasar a Aura, acompañándola en un duelo casi necesario. Ella continúa hasta el baño, donde la banda policial delimita la zona.

El interior del baño es pequeño, apenas caben dos personas. Una es la víctima, el otro es Héctor, que ya está saliendo cuando Aura llega.

—Subinspectora Casado. Aquí ya queda poco que ver —informa el hombre, que sigue conservando un aspecto de necesitar un viaje a Benidorm: rostro pálido, ojeras marcadas y labios resecos.

—¿Qué ha pasado? —se interesa Aura.

—Pues quedo a la espera de que el juez permita el levantamiento del cuerpo, y ya en mi mesa podré ser más claro. A simple vista no se aprecia nada.

—¿Nada? ¿Cómo puede no apreciarse nada? —Aura se muestra extrañada, casi molesta.

—Pues creo que la palabra lo resume bien. No hay nada. No existen signos de violencia. El cuerpo se halla en posición decúbito prono, con las manos bajo la cabeza, lo cual indica que no fue un desmayo súbito, sino que fue perdiendo el conocimiento poco a poco. Como mucho destaco la enorme sudoración en sus axilas y cuello. La pérdida de orina también es algo llamativo. Si tengo que dar una hipótesis, juraría que se trata de una sobredosis. Algún tipo de barbitúrico quizá. No lo sé todavía. No he querido tocar a la víctima mucho, por lo que no he analizado el rigor del cuerpo. No se aprecian petequias ni equimosis, tampoco laceraciones. Se ha desvanecido. Se ha apagado como un móvil sin batería, avisando que iba a hacerlo

cuando ya apenas quedaba tiempo para reaccionar.

—Gracias, Héctor. Tennos al tanto —sentencia Raúl con cautela.

Aura no dice nada. Ella se limita a observar la manta que cubre el cuerpo. No quiere entrar. No quiere conocer quién se halla bajo esa pequeña sábana. Una sábana que significa el final de todo. Que borra toda presencia humana de este mundo. Cierra los ojos y desanda el camino hasta llegar de nuevo hasta Víctor.

—Esto no encaja con el *modus* de El Bosco. ¿Por qué iba a ser él? —Aura se muestra reacia. Intranquila. Duda de todo cuanto la rodea. Incluso de su propia verdad. Duda de todo; de todos.

—Busca la prueba número nueve. —Las palabras del inspector jefe detonan en el cuerpo de la subinspectora una bomba de temor. Su cuerpo empieza a sudar antes incluso de que sus ojos impacten con el maletín de pruebas que se apoya sobre una mesa.

Se acerca con precaución. Con pasos casi estáticos. Con los ojos pequeños y el miedo acariciando su nuca. Siente el frío del ambiente lamer sus mejillas, arañar sus manos. Cuando por fin alcanza el maletín, duda. Duda de si abrirlo o no. Si enfrentarse a la realidad de un caso que jamás debió aceptar. Suspira con fuerza y libera el secreto que allí se oculta.

Su cuerpo deja de respirar cuando encuentra la bolsa registrada como la prueba número nueve.

13 de marzo de 2018, 10:45. Valencia

Unas profundas ganas de vomitar dominan su cuerpo, oprimiendo su estómago, atenazando sus músculos. Su mirada se fija en la profundidad de la bolsa. En ese pequeño y admonitorio trozo de papel que ya se ha convertido en una fuente inagotable de maldad.

No necesita preguntar.

Sabe, desde el momento en que ha encontrado la pequeña bolsa para pruebas, de qué se trata. Se fija con atención para localizar, en su memoria, a qué parte del lienzo pertenece el fragmento encontrado en el bolso de Ariadna Frutos.

—¿Dónde estaba? —pregunta ella con un hilo de voz. Su garganta se bloquea mientras siente cómo el peso de esa prueba castiga sus manos.

—Estaba bajo la taza que había usado la víctima.

—Sigo sin entenderlo. No es algo común todo esto.

—Hay más —añade Raúl, acompañando a sus palabras con un movimiento de cabeza.

La inspectora gira el trozo de papel, en el que se ve a una mujer joven, arrodillada, enfundada en un vestido negro. En el reverso se halla una nueva pista. Otro nombre.

—Pere Lloret Bañuls —recita la joven en voz alta—. ¿Alguien lo ha localizado?

—Leo está en ello. Todavía es muy pronto para poder dar con todas las respuestas. Lo que está claro es que esta vez está yendo muy rápido. Dos cuerpos en dos días. Sin contar con Javier.

Aura tensa los músculos de la cara al escuchar su nombre. No quiere pensar en eso. Todavía no. Javier seguirá vivo mientras su cuerpo no aparezca. Para Aura es necesario pensar así, casi como una obligación.

—Es muy extraño. El Bosco nunca ha actuado con tanta pulcritud. ¿Por qué iba a envenenar a esta muchacha a plena luz del día? —infiere Aura con preocupación.

—Estamos revisando las grabaciones. La cafetería tiene una cámara que enfoca prácticamente todo el local. No creo que debamos hablar de un imitador. Es cierto que este es un crimen muy modesto por su parte, y estoy seguro de que tiene una explicación.

—¿Dónde está su amiga? ¿Qué nos ha contado?

Víctor se adelanta a Raúl al escuchar la pregunta de Aura, y tras limpiarse la grasa que adorna sus dedos, asiente como para pedir permiso.

—Hemos hablado un compañero de la Nacional y yo con ella. Dice poca cosa. Había quedado con Ariadna a las siete aquí, como todas las mañanas. Trabajan juntas en un bufete de abogados aquí al lado. Al

rato de tomarse el café la chica ha empezado a encontrarse mal y se ha ido dando tumbos al baño. Cuando su compañera, de nombre Estefanía, ha visto que tardaba, ha entrado para ver si se estaba bien y la ha encontrado tumbada. Al parecer todavía seguía viva. Relata que su cuerpo estaba convulsionando, así que han llamado rápidamente a los servicios de emergencia.

—No lo entiendo. —Aura se muestra dubitativa, incómoda. No acepta la situación que está viviendo y necesita expresarlo—. ¿Cómo hemos sabido que se trataba de El Bosco en un crimen en el que, aparentemente, se trata de una muerte natural? ¿Quién se ha dado cuenta de que era un caso para nosotros?

Es entonces cuando Raúl asiente con cuidado. Aprieta los labios y mira a su compañero, esperando a que este le dé la respuesta a esa pregunta.

—Pues al parecer el mismo chico que atendió a la víctima sospechó que algo no marchaba bien, y cuando se acercó hasta la mesa de la víctima encontró el fragmento de lienzo.

—¿Quién la ha atendido? —exige la subinspectora cortando la disertación de Víctor.

—Ha llegado una furgoneta de servicios básicos. Se ve que no le han dado la suficiente importancia al aviso. Lo ha atendido el chico que está con el oficial Estruch.

Aura mira hacia donde Víctor ha marcado con los ojos. A unos metros se encuentra el agente de la Nacional, charlando con otro muchacho; un chaval que frisa los treinta años, moreno, alto, de barbilla cuadrada y barba cuidada. Ambos charlan con soltura sin prestar atención a la presencia cada vez más intensa de la joven.

—¿Eres tú quien ha asistido de emergencia a la víctima? —investiga Aura tras romper la conversación que ambos mantenían. Su voz es firme, serena, pero dura. Una voz que no admite vaciles.

—Sí, subinspectora. Hemos llegado sobre las ocho y veinte. La muchacha presentaba un principio de infarto, así que hemos procedido a solicitar el traslado de urgencia al centro más próximo y con rapidez he empezado a practicar un RCP hasta que ha llegado la SAMU. Ha sido imposible devolver las constantes a la joven.

—¿Has visto algo extraño en su cuerpo cuando la has inspeccionado?

El muchacho arruga la frente, como si no acabara de entender la pregunta de la inspectora. Ella, al darse cuenta, intenta matizar.

—Me refiero a si has encontrado alguna marca de pinchazos o algún signo de agresión.

—Ah. No he visto nada reseñable. La muchacha se veía bastante entera. Le he revisado el cuello para comprobar sus constantes y no he encontrado nada. No he mirado más a fondo, lo siento.

—¿Y cómo has deducido que se trataba de un homicidio y no de una muerte natural?

El muchacho sonríe. No sonríe por mostrar arrogancia. Lo hace con cierto nerviosismo, como intentando mostrarse autoritario, entendido. Sonríe con la delicadeza de un niño tímido.

—Verá, en todos los años que llevo atendiendo emergencias, nunca he visto una muerte natural de alguien tan joven. Cuando se trata de un infarto o algo semejante, el cuerpo suele soportar los primeros ataques y, al menos, nos permite el traslado. Esta chica estaba ya muerta cuando llegamos. Y por el sudor abundante que vi, y su aspecto, supuse que se trataba de algo distinto. En principio pensé en una sobredosis de algún tipo de droga, por eso me acerqué a la mesa, para buscar algo que nos pudiera ayudar. Fue entonces cuando vi, bajo una taza, el fragmento del lienzo, y recordé el caso que hubo hace poco con lo del asesino ese del cuadro. Fue por eso por lo que los llamé.

Aura no vuelve a preguntar. No lo necesita. Ha escuchado al muchacho con interés y ha comprendido cada una de las palabras que ha pronunciado. Por eso no necesita preguntar.

—Muchas gracias —se despide ella.

Aura se dispone a volver con sus compañeros cuando un ruido alerta a todo el personal allí apostado. El rugido de un motor llama la atención de todos. Un rugido fuerte, lejano. Un rugido que reverbera como si rebotara por todas las cristaleras de aquella estrecha calle.

No tarda en hacerse visible el reflejo impecable de un Porsche Cayenne negro. El todoterreno aparca entre dos patrullas, ignorando el reclamo furioso que le lanza uno de los agentes, que intenta exigirle que siga circulando.

Del vehículo desciende un hombre mayor. El sol se asienta sobre un cabello repleto de canas y desciende a través de una piel dorada, mostrando el rostro de un hombre acomplejado por la edad. Su falsa juventud no engaña a Aura, que deduce por las arrugas que adornan los ojos del hombre que supera ya las siete décadas.

Puede ver en sus ojos la furia, la desesperación, el miedo. Puede intuir que ese hombre busca a Ariadna, y no tarda en comprender lo acertada que ha sido su hipótesis. Lo hace cuando este se revuelve para burlar el amarre de uno de los agentes que intenta detener su avance. Tampoco puede pararlo un segundo policía cuando se planta frente a él, con los brazos extendidos para hacerse grande.

—¡Dejadme! —grita el hombre, con rabia. Sus brazos se sacuden para apartar de su camino a dos nuevos policías que, esta vez sí, han podido frenar su avance—. ¡Quiero verla! ¡Quiero verla!

—No puede pasar, señor —informa Víctor por detrás de los agentes.

—Esa es mi hija. Tengo que verla. ¡Exijo verla!

El hombre parece fuera de sí. Su cuerpo se revuelve con la velocidad de un quinceañero, haciendo que los dos agentes, de abultada experiencia, tengan que esforzarse para retenerlo.

Víctor pide que se identifique para comprobar la veracidad de sus palabras, pero en vez de obtener su documentación, lo que hace es escuchar su voz como respuesta. Manuel Frutos Cervi se hace llamar el hombre, que no ceja en su empeño por cruzar la barrera humana que se ha implantado frente al local.

—Esta es una zona acotada. No se puede entrar, señor. Cuando el juez permita el levantamiento del cuerpo, podrá verla. Se lo juro.

—¿Van a dejar a mi niña ahí tirada? ¿En el frío suelo? Por el amor de Dios. ¡Quiero entrar! No pueden impedirme que vea a mi… —Su voz se rompe cuando ve, a lo lejos, a Estefanía—. Estef, por favor. —Y sale corriendo en dirección a la muchacha.

Aura presencia la triste escena con un nudo en el estómago. Un nudo que se hace cada vez más grande al ver cómo la joven se deshace en un mar de lágrimas, abrazada al padre de la víctima.

Él en cambio no parece estar a gusto. No le devuelve el abrazo. Sus brazos se mantienen firmes, caídos a ambos lados de su cuerpo, rígidos como dos rocas. Mantiene una tensa compostura hasta que la joven se aparta de él, negándole la mirada como si se sintiera avergonzada. Unos segundos después parece relatarle lo sucedido, pues el hombre se lleva las manos a la cabeza y comienza a dibujar círculos pequeños dando pasos cortos y rápidos. Cuando la muchacha acaba, él se vuelve hacia Aura y empieza a desandar el camino que había hecho.

Con cada metro que avanza, la subinspectora descubre nuevos detalles en aquel hombre de aspecto añejo, enjuto y bien vestido. Sus ojos marrones se ocultan bajo unas gafas pequeñas sin marco. Son sus manos las únicas que revelan la edad del hombre, ya que su rostro se encuentra completamente retocado.

—¿Son ustedes los inspectores a cargo? —pregunta tanto a Aura como a Raúl, que se ha acercado a su compañera como un viejo instinto protector.

—En efecto, señor. Ella es la subinspectora Casado y yo el inspector jefe Raúl Donato. ¿Es usted el padre de la señorita Frutos?

—Díganme qué ha ocurrido. Quiero saber la verdad.

Raúl suspira con pesar. Nunca es fácil aceptar el papel de informador. Jamás se halla paz para los vivos tras una muerte. La única paz es la que se lleva el difunto.

—De momento no podemos decir mucho. Estamos investigando este caso en concreto para encontrar alguna posible relación con otros casos que siguen abiertos.

—¿Quiere decir que puede tratarse de un asesino en serie? Pero ¿por qué mi hija? Nunca ha hecho nada a nadie. Es una buena persona. ¿Quién querría hacerle daño?

Raúl mira a Aura. Ella entiende que lo que quiere es un gesto cómplice para poder acercar las piezas de un puzle todavía desarmado sobre la mesa. El tiempo corre en contra de Javier y no pueden seguir el protocolo.

—¿Le suena de algo el nombre de Pere Lloret Bañuls?

El hombre arruga la frente con dificultad. Unas arrugas que apenas se sombrean en su rostro.

—¿Es el hombre que le ha hecho esto?

—No, señor. Ese es un nombre que el asesino ha atribuido a su hija. Ese nombre tiene que formar parte del caso. Por eso le pregunto.

—No me suena de nada.

—¿Puede que se trate de algún novio de su hija? —pregunta Aura, intentando sacar alguna conjetura.

—Imposible. A mi hija no le... —El hombre duda por un segundo. Mira a Estefanía y traga saliva. Aura deduce que no quiere terminar la frase—. Bueno, digamos que nunca ha tenido una pareja formal.

Raúl asiente. Mira a su compañera y gira el rostro de nuevo hacia la cafetería. Leo se encuentra saliendo cuando el inspector jefe alza la vista. Cuando Leo ve a sus compañeros a un lado, se dirige hacia ellos con el ordenador sobre sus manos.

—Inspector —reclama con suavidad. Ambos agentes se reúnen con Leo, dejando apartado al señor Frutos unos segundos—. Creo que podríamos tener algo. Mirad.

Los tres se acercan a la pantalla del portátil, que está reproduciendo un vídeo. En él se enfoca a un hombre con perfecta nitidez. Raúl abre los ojos. Aura traga saliva. Todos se miran.

—Ese es...

Leo asiente.

Vuelven a mirar la grabación. El reloj marca las 07:46 cuando una camarera deja un café sobre una bandeja metálica y se vuelve para preparar dos tazas más. En ese momento aparece un hombre que se sienta en la barra. Viste con una chaqueta negra y un gorro de lana, y a pesar de la distancia se puede apreciar su rostro desfigurado. Sin dudarlo un segundo vierte algo sobre la taza y vuelve a esconder la mano. Unos minutos más tarde conversa con la camarera y se acomoda en la barra.

—¿Lo habéis visto? —pregunta Leo.

—Ha echado algo en el café.

—Hay más —anuncia el agente a modo de vaticinio.

En la pantalla se pueden ver a las dos jóvenes charlando al otro lado del cristal. La camarera se lleva la bandeja y apenas un momento

después aparece junto a la mesa de Ariadna y Estefanía.

Los minutos transcurren a velocidad acelerada, mostrando cómo Ariadna empieza a descomponerse mientras el asesino de El Bosco observa desde la distancia, con un café con leche en su mano.

Sobre las 08:25 la víctima pasa dando tumbos junto a su propio asesino, y unos minutos más tarde también lo hace su amiga. Es en ese momento cuando El Bosco sale con paso lento. Más tarde se aprecia cómo se acerca a la mesa donde estaba Ariadna y deja algo bajo la taza. Algo que todos deducen que se trata de la prueba que ellos encontraron. Pero también, tras eso, manipula su bolso.

—Un momento —dice Aura—. Pon el final otra vez.

Leo obedece y repite los últimos segundos antes de que el desconcierto reine en la cafetería. Repite la escena del asesino manipulando el bolso.

—Mirad bien cuando El Bosco coge el bolso. Mete la mano en el bolso. ¿Ha dejado algo?

—O tal vez se ha llevado —remata Raúl, que se aparta un segundo para acercarse al padre de la joven—. Señor Frutos, necesitamos que revise el bolso de su hija. Quizá haya algo que eche en falta.

El hombre suspira mientras lleva su mirada hacia el bolso de la muchacha, todavía sobre la mesa, junto a un marcador de evidencias.

13 de marzo de 2018, 11:22. Valencia

Manuel Frutos mira el bolso de su difunta hija. Sus ojos muestran dudas, miedo, inseguridad. Traga saliva y se vuelve a girar hacia los agentes.

—¿Para qué quieren que revise el bolso de mi hija? ¿No habéis profanado ya suficiente su nombre?

Raúl asiente con prudencia. Sabe que Manuel no debe de estar pasándolo bien. Lo ha visto muchas veces antes. Ese fuego en la mirada, ese odio irracional, esa negación completa. Nadie está preparado para la muerte, y menos si viene de forma súbita.

—Solo usted puede entender si el asesino se ha llevado algo importante para su hija. O, por el contrario, deducir si hay algo que no debería estar.

El hombre niega con la cabeza, lanza un suspiro ahogado y se acerca al bolso de su hija, que sigue sobre la mesa de la cafetería.

—¡Espere! —alerta Aura justo cuando Manuel alarga la mano para asir el bolso—. Tome, use unos guantes. Es importante que no toque mucho el bolso. Utilice los dedos índice y pulgar para rebuscar, por favor.

Él asiente y, tras colocarse los dos guantes de nitrilo azules, abre con precaución el bolso. Revisa con cuidado cada uno de los objetos que allí se hallan durante más de un minuto. Justo cuando mueve su mano izquierda para apartar algún objeto su cuerpo se paraliza. Arruga la mirada y coge algo sin llegar a extraerlo. Cuando entiende lo que tiene en sus manos, vuelve a dejarlo, como si aquello le quemara los dedos, y cierra con rapidez el bolso. Cuando se vuelve, Aura percibe su mirada turbada. Sus manos trémulas y un brillo extraño en sus ojos.

—No hay nada raro —sentencia con unas palabras atropelladas.

—¿Está usted seguro de que no hay nada fuera de lo normal? ¿No falta nada? —insiste Raúl, que también se ha percatado del cambio de actitud del hombre.

—Le he dicho que no he visto nada raro. Ahora, si me disculpan, querría ver a mi hija.

Los dos policías se miran con misterio. Pero es Raúl el que asiente al fin, tras ver la obcecada reticencia del hombre a prestar su ayuda.

—Bien. Tendrá que acudir a la Jefatura Superior de la Policía. Allí le informaremos cuándo podrá recuperar el cuerpo de su hija. Como comprenderá ahora tienen que llevarla al Instituto de Medicina Legal. Una vez le hagan la autopsia podrá disponer de ella.

Manuel no responde. Aprieta los labios y se marcha a paso veloz, ignorando a todos los presentes. Cuando sube al coche, saca su teléfono móvil y lo manipula. Aura puede ver cómo mueve los labios

cuando el coche se marcha a toda velocidad.

—¿No te parece rara su actitud? —pregunta el inspector jefe.

—¿Podríamos pedir una orden para rastrear sus llamadas?

—¿Crees que podría tener algo que ver?

Aura se encoge de hombros. Ya no sabe qué creer, así que decide hacer lo que siempre se le ha dado bien; creer en ella misma. Y su mente le dice que ese hombre sabe quién está detrás de la muerte de su hija. O al menos comprende el porqué.

—Tenemos que hablar con la compañera. O más bien su pareja. Por lo que he podido escuchar a Manuel, hay algo más que una bonita amistad.

Raúl asiente ante el comentario de su compañera, y hace llamar a la joven, que no tarda en llegar.

Aura la mira durante un breve espacio de tiempo. Se centra en el brillo sincero de sus ojos. En sus manos bien cuidadas de dedos finos y largos. En su pelo negro y rizado y su piel canela. Se fija en sus labios carnosos y resecos.

—Necesitamos que revises, con cuidado, el bolso de Ariadna. Sospechamos que quien ha hecho esto podría haberse llevado o dejado algo.

—¿Están insinuando que todo ha sido premeditado? —pregunta con la voz doblada por el dolor que le ha producido escuchar todo aquello.

Aura se limita a asentir. No puede hacer nada para evitar reconocer los detalles que rodean a la muerte de la joven. Sabe que eso va a causar mucho dolor en Estefanía y entiende que así es cuando ella deja caer un par de enormes lágrimas que recoge antes de que se descuelguen de su mejilla. Se coloca los guantes y se acerca al mismo bolso que Manuel revisó.

Aunque ella no tarda en dar con la respuesta. Sus ojos se agrandan enseguida, y tras arrugar la frente saca del bolso una pequeña caja de comprimidos.

—Esto no es de ella —dice Estefanía convencida.

La caja está vacía, pero se aprecia con total claridad el nombre. Se trata de una caja de Galantamina de veinticuatro miligramos.

—¿Estás segura de que no es de ella?

—Ségurísima. Ariadna no tomaba ningún medicamento sintético. Lo único que llegaba a tomar era Paracetamol, y solo si se encontraba mal. Ella prefería lo homeopático.

—Puede que haya acudido a algún médico y que se lo haya recetado. ¿Sabes si ha tenido alguna cita en los últimos días con algún médico? ¿Tal vez se encontraba mal?

La chica niega con firmeza. Con rotundidad. Niega incluso con cierto atisbo de ira en su gesto de ceño fruncido y frente arrugada.

—Ari no tenía secretos. Era un libro abierto y, si hubiera tenido cualquier problema de salud, me lo hubiese contado. Ella estaba perfectamente y ya he dicho que jamás tomaba medicamentos.

Aura no insiste. Ha visto la cólera en los labios tensos de la joven. Ha olido el odio en sus palabras, por eso no quiere seguir. No es momento para ello.

—Muchas gracias, Estefanía. Has sido de mucha ayuda. —Aura entrega la caja a Víctor, que la guarda con celeridad dentro de una bolsa y la introduce en el maletín de los compañeros de la científica—. ¿Qué casos solía llevar Ariadna en su bufete?

—Ella se centraba en derecho civil, sobre todo.

—¿Sabes si había tenido algún problema últimamente? ¿Algún caso que estuviera dándole problemas?

Estefanía mira a la inspectora, que le devuelve una sonrisa cómplice.

—Para nada. Su trabajo era muy anodino. Incluso llegaba a aburrirse en ocasiones.

—Gracias por todo, Estefanía. Te ruego que, si recuerdas algo importante, nos lo hagas saber. Cualquier detalle puede ser importante.

La muchacha se marcha con un paso débil, lento y arrastrado. Llevándose con ella el dolor de la pérdida.

—Te invito a comer —dice Víctor, que aparece tras Aura como un fantasma.

—Si acabas de almorzar. Además, apenas son las doce del mediodía.

—Mientras llegamos se nos hace la una. Y lo de almorzar no tiene nada que ver. ¿Vamos o qué?

Ambos se miran y ella entiende todos los comentarios que Javier siempre le regalaba. Aunque su mente intenta negarse, sonríe ante la actitud de su compañero.

—¿Dónde quieres comer?

—En el bar de Antonio. Así tenemos la comisaría al lado.

El bar de Antonio, que así se llama también el camarero, es un pequeño bar apostado justo enfrente de la Jefatura Superior de la Policía Nacional. Es allí donde Aura y Víctor llegan pasada la una del mediodía.

Como de costumbre, Víctor pide una ensalada de pasta de primero y un plato de arroz al horno de segundo. Aura se limita a un solo plato de pechuga de pollo al horno.

—Ahora entiendo por qué estás tan delgada. Si apenas comes.

—Lo que yo no entiendo es cómo tú puedes comer tanto estando

con los nervios a flor de piel.

Víctor deja el tenedor sobre la mesa y se seca la boca con la pequeña servilleta de papel.

—Lo cierto es que cuando estoy nervioso como más de lo normal. Y ahora mismo no puedo estar centrado en nada que no sea encontrar a Javier. Por eso tengo el estómago siempre rugiendo. ¿Qué quieres que te diga? Será una forma de autodefensa.

Aura apaga la mirada. Su garganta se cierra y no es capaz de lanzar al viento la pregunta que naufraga en su mente.

«¿Estarás bien?».

—¿Piensas que esta vez El Bosco tiene algo que decirnos? —pregunta la subinspectora, que sigue sin entender los casos que se están presentando.

—Lo único que sé es que este tío nunca hace nada sin haberlo meditado antes. Así que si lo ha hecho es porque él piensa que tiene un sentido. Ahora bien, ¿estamos en el camino correcto del sentido que él quiere interpretar? Ya sabes que la última vez apenas estuvimos cerca.

—No sé, es todo muy irreal. Nos estamos moviendo entre varias décadas diferentes. Ahora ya no nos deja una frase, nos da nombres.

—Con Javier sí nos dejó una frase.

Aura calla al entender las palabras de Víctor. De todas formas, no le da tiempo a seguir pensando. Raúl ya los ha citado en la comisaría.

13 de marzo de 2018, 14:25. Valencia

Aura y Víctor no son los últimos en llegar. Esta vez es Daniel quien toma ese rol en la comisaría.

En el pequeño salón de actas donde Raúl guarda todo lo relativo al caso ya están el inspector jefe y Leo, colgando las últimas pruebas del caso Bosco. Junto a la pizarra se encuentra el experto en arte, Nobles, que mira con nostalgia la imagen que se expone ante él.

Por primera vez, la subinspectora pone rostro a la última víctima de El Bosco. Un rostro todavía joven, inmaculado. Las facciones de Ariadna son pulcras, delicadas. La foto muestra un primer plano de su rostro lívido. Con los ojos cerrados y una expresión impersonal, la foto refleja la futilidad de una vida humana. Tan pronto pasa de la más pura vitalidad al olvido más doloroso. La joven tensa el rostro al entender que la fotografía muestra el sufrimiento de la joven antes de fallecer. Labios pálidos y tensos, pequeñas manchas en la piel y unos ojos arrugados son los culpables de dotar a la joven de esa expresión triste y sufrida.

Los dos agentes recién llegados toman asiento, cuando en ese momento aparece Daniel, con la mirada nublada a causa de un cansancio excesivo.

—Perdón, el tráfico —se excusa él.

—En fallas circular por estas calles es para volverse loco —confirma Víctor con una ligera sonrisa plasmada en su rostro.

—Bien, ¿comenzamos? —interrumpe Raúl, justo un segundo antes de colgar la última de las fotos: una foto de un hombre mayor. La coloca junto a la foto de la primera víctima, y al lado del nombre, que sirve de identificativo: Eusebio Grillán.

Cuando ya tiene todo listo, se acerca al experto en arte y le susurra algo que nadie llega a comprender, pero que hace que el hombre asienta y se prepare su portátil.

—Bueno, os he llamado para actualizar los detalles del caso. He llamado también a nuestro experto en arte para que nos ayude a interpretar las pistas que El Bosco nos ha dejado con este nuevo caso, así que, desde ahora, el señor Nobles pasará a ser un colaborador del departamento, con acceso a las actualizaciones del caso y disponibilidad todo el día.

Todos asienten y Raúl relega su autoridad al anciano, que carraspea justo antes de comenzar su disertación.

—Como ya comenté a la subinspectora Casado, para mí es un honor poder ayudarles con esto y, si mis aportaciones sirven para dar con el asesino, me hará especialmente feliz. Aunque ya se ha dicho muchas veces, lo que diga será mi interpretación del cuadro, en base a lo que conocemos de él.

—Lo entendemos, señor Nobles. Ahora nos gustaría conocer todo lo que podamos sobre el fragmento que hemos encontrado junto a la última víctima.

En la pizarra también está colgado el fragmento, junto a la foto de Ariadna y bajo un espacio en blanco con el nombre que apareció en el reverso del fragmento: Pere Lloret Bañuls.

—Bien. No recuerdo con exactitud si lo comenté previamente con la subinspectora, pero en aquella época era muy común que los burgueses pagaran a los pintores por alguna obra en concreto. Se les conocía como donantes. Estas personas eran quienes encargaban los cuadros y, frecuentemente, el pintor solía incluirlos en sus obras. O bien a un lado o de una forma un poco más directa. El Bosco pinta a los dos donantes de este cuadro en ambos extremos del tríptico. He visto que faltan los dos donantes, así que lo incluiré en esta explicación. Será su trabajo identificar quién formará parte del otro fragmento.

El hombre manipula el portátil y, cuando parece tener lo que busca, lo gira para mostrar la pantalla al resto de agentes. En ella se muestra el cuadro intacto.

—Si os fijáis, junto a los donantes, está dibujado el escudo de cada una de las familias. Es gracias a estos escudos que se pudo deducir que quien se halla en la tabla de la izquierda es el donante Peter Bronckhorst junto a san Pedro, y a la izquierda está Agnese Bosshuysse con santa Inés.

—¿Quiere decir que la víctima de hoy estará relacionada con una segunda? Es decir, si en el cuadro hay dos donantes... —Aura se muestra preocupada. Le sudan las manos, le tiembla el pulso. Su corazón se acelera y no es capaz de pensar en nada que no sea en la voz del asesino atravesando sus tímpanos.

«¿Sabe usted por qué las películas de suspenso son tan adictivas y poco previsibles?».

—Conocer la mente del asesino es su trabajo, subinspectora. El mío es conocer la mente de los pintores. Y es lo que hago ahora mismo. Les estoy abriendo la mente de El Bosco. Ahora ustedes deben entrar en la del asesino.

—Para eso tenemos que ser rápidos, chicos. Tenemos más novedades. Y todavía muchas incógnitas. —Raúl se vuelve hacia la pizarra y cuelga la foto de otro anciano. Un hombre moreno con la mirada perdida y arrugas por todo el rostro. La coloca junto al espacio que abría junto al rostro de Ariadna.

—Leo ha hecho las averiguaciones en tiempo récord. Ya tenemos los datos del nombre que figuraba en el reverso del fragmento. Aunque tampoco hay mucho por dónde tirar.

—Ha sido relativamente fácil. Solo había que buscar en el sitio correcto —comenta Leo con cierto orgullo reverberando en su voz.

—A ver si lo adivino. Otro finado —remata Víctor con astucia.

Leo sonríe ante el comentario de su compañero y se acomoda en su asiento.

—El mismo año que Eusebio Grillán.

—¿Causa? —inquiere Aura.

—Muerte natural. Parada cardiorrespiratoria. Hemos hablado con su hijo por teléfono y tampoco ha dicho mucho. Dijo que su padre había ido enfermando, así que decidieron internarlo para poder tenerlo controlado las veinticuatro horas.

—¿De qué enfermó?

—Demencia. Al final acabó por olvidarlos a todos.

—Es aquí donde tenemos algo por donde estirar la cuerda —expone con orgullo Raúl. Justo en ese momento coloca en la pizarra la fotografía de la prueba encontrada en el bolso de Ariadna. La caja de Galantamina—. Según nos han confirmado los del laboratorio químico, la Galantamina se lleva usando hace años para tratar la demencia. Aunque está claro que es una enfermedad degenerativa y sin cura aparente, hay varios fármacos que al menos ayudan. Entre ellos algunos como la Tacrina y la Galantamina.

—¿Hay alguna relación más entre ellos? —Aura se muestra interesada. Preocupada tal vez. Su mirada viaja a gran velocidad entre todas las imágenes que se aglomeran en la pizarra.

—Sí la hay. Y ahí es a donde os vais cuando terminemos esta conversación. Ambos ancianos eran pacientes de la residencia La Esperanza. Por lo visto, esta residencia está acostumbrada a trabajar con ancianos que sufren de demencia o Alzheimer.

—Pues a qué estamos esperando.

—Tú y Víctor iréis a la residencia. Daniel irá con Leo al IML para hablar con Héctor y ver si sigue allí el señor Frutos. Hay que conseguir todos los datos que podamos de ese hombre.

Todos los agentes se levantan con celeridad, pero es Aura la que encabeza el pelotón, caminando más rápido que sus pensamientos. Intentando huir de ellos.

—¡Ey, espera! —grita Víctor, varios metros por detrás de ella. Pero Aura apenas escucha. Su cabeza grita con desesperación el nombre de Javier

13 de marzo de 2018, 15:40. Valencia

—Yo no sé tú, pero, que una residencia de ancianos se llame La Esperanza, lo veo un poco de mal gusto. ¿Tú qué opinas?

Pero Aura no es capaz de atender a la pregunta de Víctor. Ella hace mucho que no opina, sobre todo cuando se encuentra inmersa en un caso.

La residencia se encuentra justo en una esquina en la Avenida Doctor Tomás Sala, y no es más que un bajo con un pequeño cartel con el nombre de la residencia. No hay jardines amplios para poder pasear; no se aprecian detalles cómodos. Apenas se la reconoce como una residencia. De todas formas, Aura no se ha fijado en nada de eso cuando han aparcado junto a la finca. Sus ojos se posan en un nuevo fragmento de las notas halladas en casa de Mateo.

Su corazón palpita con fuerza mientras observa la letra manuscrita del primer y más temido asesino en serie que ella pudo conocer.

Madre me ha preparado. A pesar de no ser ella quien me da las instrucciones, puesto que su cuerpo cada vez tiene menos fuerza, ella ha estado mucho tiempo adiestrándome para esto. Para que, cuando llegara el momento, no me temblara el pulso. Y no lo ha hecho. A pesar de mis profundas ganas de vomitar. De mi ardiente deseo por salir corriendo sin mirar atrás. He cumplido con sus demandas, pues es lo que tengo que hacer.

Ahora, con las manos llenas de sangre, entiendo que mi propósito es restaurar la decencia que poco a poco se está perdiendo. Vivimos en un mundo abocado a la autodestrucción. Un mundo de deseos superficiales. De sentimientos falsos. De mentiras cada vez más reales. Un mundo de necesidades inmediatas y pasajeras. Y esto tiene que acabar. Sé que, cuando todos se hagan eco de mi verdad, esta ciudad conocerá los pecados de los que, con tanta libertad, presumen.

Hoy ha sido ese pobre camionero que aprovechaba su paso por la ciudad para liberarse del dolor de la distancia que esa profesión otorga. Pero no me importa. Como dice madre, el pecado nos hace débiles. Nos convierte en seres previsibles, dominables. Y Dios nos hizo para ser fuertes. Para ser líderes.

Sé que la angustia que ahora recorre mi cuerpo se debe a la inexperiencia. Igual que sé que, con el tiempo, acabaré por dominar mis instintos.

Madre me ayudará antes de marcharse para siempre.

—¿Qué es eso? —investiga Víctor con los ojos clavados en el trozo

de papel.

Aura, que se da cuenta de inmediato, lo dobla de nuevo y se lo guarda en el pantalón vaquero ajustado.

—No es nada. —Y por un momento su mentira le quema la piel. Se introduce por su garganta y araña cada parte de su cuerpo hasta instaurarse en su pecho. Ahí se hace tan grande que incluso llega a arrebatarle la respiración. Aura nunca ha mentido.

Hasta ahora.

—Bien. Pues vamos para adentro. Tenemos muchas preguntas que hacer.

Y, sin esperar respuesta, se baja del coche con el rostro tenso. Aura entiende que se ha ofendido por su negación a la hora de compartir secretos. Si algo ha tenido Víctor con Javier es que jamás se guardaron un secreto.

El trayecto hasta la residencia se hace lento, espeso. Ambos caminando en un silencio distinto. Víctor por la omisión de Aura. Aura por los pecados de Mateo. Ambos preocupados por Javier.

Ya en el interior de la residencia, la vista no es muy distinta a lo que prometía el exterior. Un edificio viejo, con puertas de madera acristalada y un gran salón recibidor. Junto a la entrada se encuentra una joven que no duda en mirar de hito en hito a los dos agentes.

—¿Son ustedes los agentes de la Policía Nacional? —pregunta la muchacha. Frisa los treinta años; morena; ojos negros; mirada firme y labios apretados. Viste con un uniforme parecido a las enfermeras y sujeta en su mano una pequeña carpeta.

—Somos los subinspectores Víctor López y Aura Casado. De la UDEV.

—Me han avisado de que vendrían. ¿Qué es lo que ocurre? No será por la denuncia de la semana pasada. Ya dijimos que Pascual se resbaló con el flan que le dimos para cenar. Quiso llevarlo él a pesar de saber que no tiene ya el pulso de un chaval de veinte años. Y luego pasa lo que pasa.

Víctor arruga el rostro y mira a su compañera ante la repentina y despreocupada versión de la joven, que apenas se ha resentido al recordar la escena. Esta le devuelve una mirada tensa al tiempo que asiente con disimulo.

—Lo cierto es que no. Venimos por otro tema bastante distinto. Nos gustaría hablar con el director del centro.

La muchacha inclina la cabeza hacia un lado como un perro que presta atención, y mira su carpeta una vez más.

—Pues, esto... No sé si don Felipe los podrá atender ahora.

—Seguro que puede. Pero, mientras esperamos, podrías contarnos qué pasó con ese tal Pascual, que dices que se resbaló.

La joven traga saliva y coge su teléfono móvil. Sonríe con disimulo,

sin ser capaz de disimular el tono bermellón que han adoptado sus mejillas.

—Voy a ver si el señor Catalá los puede atender. Discúlpenme un minuto.

Cuando se marcha, y aprovechando el silencio que se forma en la entrada, Aura se apoya en la pared y mira a su compañero.

—Resbalado, dice.

—Este centro no me gusta nada. Parece sacado de una película de Almodóvar.

Los dos se ríen, y en ese instante recuerdan que, ante todo, siguen siendo compañeros. Siguen siendo amigos, y siguen siendo humanos. Ella entiende que el dolor nunca es eterno, aunque uno finja aferrarse a él.

El traqueteo nervioso de la joven, unido a los murmullos que se escuchan por detrás de la cristalera, hace ver que ya está acabando con su conversación. La pequeña ventana corredera del mostrador se abre y vuelve a mostrar a la joven, con una sonrisa más falsa todavía.

—El señor Catalá los espera en su despacho. Está en el primer piso. Subiendo por la escalera que tienen a su izquierda. Cuando lleguen al primer piso, sigan por el pasillo hasta el final y encontrarán su despacho.

Como ha anunciado la joven, cuando llegan al primer piso, los agentes se enfrentan a un enorme pasillo con varias salas a ambos lados. Todas están destinadas a labores profesionales, siendo ese el piso destinado para atender a los ancianos. Cruzan la enfermería, el salón de fisioterapia y la zona de rehabilitación, y llegan al despacho.

En su interior se encuentra un hombre de unos cuarenta y cinco años, rubio, con los ojos verdes y una mirada empañada por unas gafas rectangulares. Bajo la bata blanca se intuye una camisa gris y un pantalón oscuro, y en su rostro la seriedad impera sobre el resto de las facciones.

—Me ha comentado Azucena que querían hablar conmigo. ¿En qué puedo ayudarles?

Aura toma asiento, seguida de su compañero, que hace crujir la pequeña silla de madera cuando se deja caer sobre ella.

—Queríamos hacerle algunas preguntas, si no tiene inconveniente —inicia Aura, llevando su trato a un formalismo poco acostumbrado en ella.

—Claro. Haré todo lo que pueda por complacerlos. ¿Qué necesitan?

—¿Desde cuándo trabaja usted en este centro?

El hombre sonríe con orgullo mientras deja su bolígrafo negro sobre una pila de papeles y se retrepa en el asiento.

—Bueno, lo cierto es que este centro tiene ya más de tres décadas de servicio. Pero yo llevo como director desde el año 2009.

Aura asiente con delicadeza, intenta no mostrar sentimiento alguno, no dar a entender sus emociones.

—Tengo entendido que es una residencia concertada. Es decir, que depende de la Conselleria. ¿Siempre ha mantenido esta estructura?

—Tengo entendido que sí. Desde su inicio ha sido una residencia financiada por la Conselleria. ¿Hay algún problema en eso?

—Para nada. Imagino que los permisos estarán todos en vigor. —Aura entrecierra los ojos, buscando en el rostro de Catalá un cambio de expresión, pero el hombre no se inmuta.

—Todo en regla. Pueden comprobarlo cuando quieran.

—Confío en su palabra. No es eso lo que nos ha traído hasta aquí. ¿Desde cuándo llevan un registro de sus pacientes?

El hombre arruga el ceño, esta vez sí, ante el asombro que le ha producido la pregunta de Aura.

—No la entiendo. Siempre hemos llevado un registro de nuestros internos. Tanto los pacientes como los trabajadores.

—Bien. Estamos investigando varios casos en particular, cuyo parte de defunción se firma en esta residencia, y data del año noventa y cinco. ¿Podríamos encontrar sus datos?

El director abre los ojos sorprendido.

—Ha llovido mucho desde entonces, ¿no creen? No sé, deje que mire en el ordenador. ¿Qué nombres son?

—Eusebio Grillán Peris y Pere Lloret Bañuls.

Catalá comienza a teclear en su monitor. Mientras, el tiempo parece detenerse en esa sala. El sol cae por la pequeña ventana que tiene a su espalda, sumiendo el diminuto cuarto en una lenta penumbra mientras los subinspectores se revuelven con incomodidad en sus asientos.

—No encuentro nada, lo siento. En esa época me imagino que sería todo a base de papel y tinta, así que supongo que estará guardado en algún archivador. Si me dan algo de tiempo, podría buscarlos, pero no será hoy.

Aura lo mira con dolor. Javier no tiene tiempo y de esos nombres podría depender su vida.

—Señor Catalá. Esto es algo importante. Nos gustaría que lo revisara ahora.

—Por mucho que quisiera, no podría. Todos los archivadores fueron enviados a un pequeño despacho en el centro. Tendría que ir hasta allí y buscarlos.

—Si lo necesita, podemos acompañarlo —insiste ella.

El director, al ver la tozudez de Aura, niega con la cabeza mientras deja caer un resoplido incómodo.

—Bien, voy a ver qué puedo hacer. —Y extrae de su bolsillo un pequeño iPhone blanco. En pocos segundos, una voz grave resuena

por su auricular—. Buenas tardes, José. Escucha. Necesito que busques en los archivos de La Esperanza los informes de dos pacientes. Tienen que estar en el año noventa y cinco. —Y dicta los nombres que Aura le ha dado varios minutos atrás. Tras un "gracias" algo indolente cuelga —. En cuanto me responda los llamo.

Los agentes entienden el mensaje oculto que hay tras esas palabras, pero todavía quedan algunas preguntas.

—Ha dicho que lleva trabajando aquí desde el año 2009. ¿Sabe quién era el director en la década de los noventa?

—La verdad es que no. Aunque te lo puedo averiguar enseguida. —Acto seguido vuelve a manipular el ordenador durante un corto espacio de tiempo—. Álvaro Ferrer Tudela. Fue director hasta el año 2000.

—¿Sabe si hubo algún incidente durante esos años que pudiera tener como implicado al señor Ferrer?

Catalá se encoge de hombros y arruga los labios. Vuelve a acomodarse en su asiento y se gira hacia la ventana, que muestra un cielo teñido en tonos dorados.

—Nunca se ha dicho nada. Esta es una buena residencia. Parece que es pequeña y mal cuidada, pero los ancianos disfrutan. Suelen salir al parque que hay justo al lado, a jugar a la petanca, y nunca ha habido nada más allá de la denuncia que nos quieren poner por la caída de Pascual.

—Sí, el del flan —expone Aura con ironía, poco convencida de ese argumento—. Si sabe de algo, por favor, llámeme. —Le entrega su número de teléfono, sabiendo que todavía tienen una tarea pendiente —. Y, en cuanto tenga la información de estos dos nombres, dígamelo.

Catalá asiente y se levanta para despedir a los dos agentes, que salen de la residencia con más dudas de las que han entrado. Aunque Aura sabe por dónde quiere seguir buscando. Coge el teléfono y llama a Leo.

—Necesito que me localices a esta persona. Su nombre es Álvaro Ferrer Tudela. Tenemos que reunirnos con él.

—Marchando. En media hora te digo algo.

Media hora para Aura, en este momento, puede ser un castigo de por vida. Traga saliva mientras el dolor vuelve a su cuerpo. Pero no tiene tiempo para sufrir. En su móvil aparece una nueva notificación. Una notificación que congela sus músculos de golpe. Una notificación de Javier.

«¿Cuánto tiempo crees que me queda?».

Aura no espera más. Marca su número de teléfono y se lo lleva a sus oídos. Para su sorpresa, da señal.

13 de marzo de 2018, 18:15. Valencia

Un pequeño crujido alerta a la subinspectora de que alguien la oye al otro lado del terminal. Su corazón se detiene de inmediato cuando el sonido de su respiración se hace notar en el auricular.

—¡Maldito hijo de puta! ¿Dónde está? —ruge Aura con desesperación.

El silencio perdura más allá de sus miedos.

Nadie responde.

Ambos se mantienen a la espera, respirando con fuerza. Ella casi jadea. Él lanza un pequeño bufido burlesco.

—He de admitir que estoy sorprendido, subinspectora —dice al fin El Bosco, con su voz grave, pausada. Lenta.

—¿Dónde está Javier? —repite Aura.

Víctor acerca el oído al terminal y le hace gestos a su compañera para que active el altavoz. Pronto el sonido de su voz rebota por los cristales en el interior hermético del vehículo.

—Ya le dije la primera vez que hablamos que el inspector está en sus manos. Yo ya he cumplido con mi trabajo. Ahora son ustedes quienes tienen que hacer el suyo.

—Entonces, ¿para qué has llamado? —Aura intenta calmarse. Víctor coge su teléfono y comienza a grabar la conversación. Algo ha llamado su atención.

—Sube el volumen —susurra él casi sin fuerzas. Aura asiente y aumenta la salida de audio al máximo, para luego poner en marcha su coche. En unos segundos, la voz de El Bosco pasa del teléfono a los altavoces del coche.

—Le he llamado para darle un par de mensajes. Lo primero que quiero hacer es reconocer el espléndido trabajo que está haciendo. Me sorprende lo rápido que ha llegado a dar con muchas de las respuestas que tienen frente a ustedes. Creo que el inspector Reinoso le ha enseñado muy bien. Estoy convencido de que él hubiese tardado mucho más en llegar. Se aprecia la implicación y empeño que pone.

—¿Y la segunda? —inquiere Aura sin prestar atención a la edulcorada adulación que acaba de proferir el asesino. Su voz se torna más intensa. Más firme y segura.

—La segunda es para despedirme. Mi obra está prácticamente acabada, por lo que esta será la última vez que tengamos el placer de hablar a través del terminal de su compañero.

Aura no responde.

Aquellas amenaza implícita la deja sin respiración. No sabe qué le causa más temor, si el hecho de no poder volver a hablar con Javier o saber que El Bosco ha conseguido su propósito.

—No pienses que te vas a marchar de rositas. Ni sueñes que

volverás a repetir lo que hiciste hace años —amenaza ella. Sin fuerzas. Sin convencimiento. Casi sin esperanzas.

—¿Quién ha dicho nada de irse?

Y con esa pregunta flotando en el aire, y una risotada carrasposa, su voz se apaga de forma súbita.

—¿Qué coño ha querido decir el loco este? —pregunta Víctor cuando sabe que vuelven a estar solos.

Aura calla de nuevo.

Por un momento, todas las noches que pasó con Javier esperando a conseguir alguna prueba reflotan en su cabeza. Todas las reuniones distendidas. Todas las risas que siempre le negó, apartando la cara cuando sabía que su piel se sonrojaba. Junto con ese recuerdo, una pequeña lágrima se escurre por sus mejillas.

—Creo que hemos perdido.

Pero no hay tiempo para seguir pensando. Para lamentarse. La tarde se termina de apagar, dejando un cielo fúnebre de nubes pequeñas y débiles nubes.

Aura se aferra al volante de su Audi y, antes de poner marcha atrás, un nuevo reclamo interrumpe su acción. Esta vez es Leo.

—¿Qué tienes? —pregunta Aura.

—No te lo vas a creer.

Los dos compañeros se miran en silencio cuando escuchan las palabras de Leo.

—No está el horno para bollos, Leo —contesta Aura, ofuscada—. Al grano.

—De acuerdo. No me enrollo. He localizado al señor Álvaro Ferrer y creo que puede estar metido en medio de todo este revuelo.

—¿Qué quieres decir? —se interesa la subinspectora con una voz temblorosa.

—Te he mandado la dirección al teléfono móvil, junto con la información que he conseguido. Puede que sea interesante visitarlo ahora.

Tras eso cuelga. Aura mira a Víctor. Víctor mira el teléfono. Ambos respiran con fuerza.

Cuando abre el mensaje de Leo, todo parece venirse abajo. Mira la información con miedo, con desesperación. A pesar de los pocos detalles, un miedo cerval atraviesa su espalda.

—¿Tendrá algo que ver? —pregunta Víctor, que también se muestra nervioso. Sus ojos brillan bajo el pequeño reflejo que la luna deposita sobre su rostro.

Junto a su dirección; Avenida Maestro Rodrigo, aparece un parte de denuncia con fecha del 12 de marzo.

—Tenemos que ir ahora.

Y, sin esperar la confirmación de Víctor, se lanza en una

apresurada carrera hacia la dirección que Leo le ha indicado. Según consta en el WhatsApp, el hombre está esperando la llegada de los agentes.

El trayecto ha sido largo. Un recorrido eterno imbuidos en un silencio doloroso. Aura no lo piensa mucho. Aparca frente a un taller ya cerrado y ambos agentes se bajan del vehículo. La calle apenas está transitada por unos cuantos coches en ese momento. A lo lejos, las luces de una falla advierten algo de movimiento. Faltan unos días para la *plantà* y todo el mundo está nervioso. El jubileo se contagia en los vecinos; en los niños que ya están de vacaciones; en los jóvenes que esperan con ansia las fiestas.

Para Aura, en cambio, el fuego que reducirá todo a cenizas en unos días no es más que un recordatorio de lo que ha sido su vida el último año. Cierra los ojos y avanza, junto a su compañero, hacia la décima planta del edificio donde espera Álvaro.

—¿Algún plan? —interroga Víctor.

«Encontrar a Javier», piensa ella. Su único objetivo real ahora es encontrar a Javier. Y para llegar hasta él debe armar el puzle que El Bosco le está ofreciendo pieza a pieza.

Un hombre mayor los recibe justo en la entrada. Apenas conserva algo de cabello en la cabeza, como una corona romana que envuelve su cabeza en un tono sepia. A las arrugas de sus ojos se le une la de toda su expresión, compungido y abatido, agacha la cabeza cuando ve llegar a los dos agentes.

—Ustedes no son los que me han visitado esta mañana. ¿Qué está ocurriendo? ¿Saben algo de Rubén?

Aura recupera en su mente el extracto de la denuncia. Rubén Ferrer, desaparecido el 11 de marzo de 2018. La última vez que lo vieron fue sobre las dos de la madrugada a las afueras de la discoteca K-ché. Según el testimonio de varios amigos, se marchó en un taxi a casa. Solo.

—Lo siento, señor Ferrer. De momento no tenemos noticias de su hijo. Pero le aseguro que estamos haciendo todo lo posible por encontrarlo.

El hombre levanta la barbilla tiznada de una barba gris y aprieta los labios. Gira la cara mientras se muerde el labio inferior y vuelve a mirar, esta vez con más furia, a la subinspectora.

—¿Y qué hacen aquí si no es para darme noticias de mi hijo? ¿No deberían estar ahí afuera buscándolo? —inquiere con rabia, alzando su mano para mostrar su dedo índice enhiesto. Tras eso se pasa esa misma mano por la cara y se da la vuelta.

El nerviosismo que recorre su cuerpo pronto se contagia en los dos

agentes, que aguantan con esfuerzo la primera estocada.

—Estamos aquí porque tenemos sospechas de que su hijo pueda ser víctima de un caso que estamos llevando desde hace unos años. Por eso necesitamos aclarar ciertas dudas.

El hombre se vuelve casi como un acto reflejo. Ya no hay nervios en sus ojos. Ahora es el miedo el que se dibuja en cada uno de sus rasgos.

—¿Víctima?

—Es crucial que, a partir de ahora, sea completamente sincero, señor Ferrer.

El hombre asiente y se hace a un lado para que los dos agentes entren en la vivienda; silenciosa, sucia. El olor a basura inunda el salón mientras que varios ceniceros completamente desbordados coronan una mesa repleta de platos sucios. El hombre se sienta junto a la mesa y decide encenderse otro cigarrillo más.

—Disculpen el desorden. Apenas tengo ánimos para nada. Rubén es todo lo que tengo desde que mi mujer nos dejó. Díganme que van a encontrarlo, por favor. —El brillo de sus ojos es real. Su miedo, sincero.

Víctor tensa la mandíbula, como si de una oscura predicción se tratase. Como si supiera lo que iba a pasar.

—Señor Ferrer. ¿Sabe si su hijo tenía algún enemigo? Alguien que pudiera querer hacerle daño —inicia la entrevista Aura.

—Para nada. Rubén siempre ha sido una persona más bien callada. Jamás se ha metido con nadie.

Aura observa una foto sobre el mueble que Álvaro tiene a su espalda. En ella se ve a un muchacho de pelo oscuro, cara cuadrada y gafas redondas. Sus ojos no denotan maldad, ni soberbia. Ni siquiera se puede atisbar un trasfondo oscuro.

—Hemos podido observar que la denuncia está fechada con día de ayer, pero la desaparición se remonta al domingo de madrugada. ¿Por qué esperó tanto?

Aura percibe el dolor que su pregunta provoca en el cuerpo del jubilado, que se retuerce en su silla mientras da una fuerte calada a su cigarrillo.

—Mi hijo vive con unos compañeros en un piso alquilado. Está estudiando ingeniería química y le hacía ilusión vivir en una casa de estudiantes. El domingo intenté llamarlo, pero no me contestó. Es el lunes cuando me llama un amigo suyo diciendo que lleva sin aparecer en casa desde el domingo. Un compañero suyo, el subinspector Narváez, dijo que en una grabación se lo ve subiendo a un taxi. ¿Han podido sacar algo de ahí?

Aura decide mentir.

—Estamos cerca de reconstruir sus últimos pasos. Pero ya sabe que

en estos casos el tiempo es crucial. Por eso necesitamos aclarar cualquier duda que nos surja en el mínimo tiempo posible. Tenemos entendido que usted fue director del centro La Esperanza. ¿Es cierto?

El hombre entrecierra los ojos, inclina la cabeza y estira los labios. Parece no entender la pregunta de Aura.

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi hijo?

—Ya le hemos dicho, señor Ferrer, que tenemos que aclarar cualquier mínima duda que nos surja. Es importante que nos responda sin dilación.

Álvaro da una profunda calada a su cigarrillo y lo entierra en la montaña de colillas que cubre casi por completo un cenicero de metal. Tras eso mira a los agentes y de sus ojos parece resbalar un brillo oscuro.

—De eso hace ya veinte años. No entiendo a qué vienen estas preguntas.

—¿Le suenan de algo los nombres de Pere Lloret Bañuls o Eusebio Grillán Peris?

Y en ese momento Aura comprende que no hay esperanzas para Rubén. Lo deduce cuando ve cómo los ojos de Álvaro crecen hasta casi salir de sus órbitas. Lo deduce cuando ve las manos del anciano temblar sin control. Cuando ve el segundo cigarrillo en sus labios.

—No... —intenta decir, pero su voz se tropieza—. No me suenan. Sigo sin comprender por qué me hacen preguntas de esta índole, cuando es a mi hijo a quien se está buscando.

Aura sabe que debe mostrar sus cartas. Entiende la situación y no va a esperar a jugar de farol. Se enfrenta a una jugada de póker, y tiene que ir con todo.

—Señor Ferrer. La vida de su hijo está en juego. Esos nombres han aparecido junto a los cuerpos de otras dos víctimas. Esos nombres son los nombres de dos ancianos que eran residentes en La Esperanza cuando usted era el director. Y, si todo esto está relacionado, su hijo no dispone de mucho tiempo.

El miedo ya no es una opción. Álvaro traga saliva y deja caer una lágrima que no es capaz de negar. Una lágrima que recorre su cara hasta descolgarse por su barbilla. Una lágrima que grita su culpa en silencio. El mismo silencio que el anciano decide guardar.

Tras unos segundos en los que todos aguardan la siguiente respuesta del hombre, este se levanta y apaga el cigarrillo todavía por la mitad. Tras eso se vuelve hacia los agentes con la ira adherida a su rostro.

—¡Márchense! —grita con furia—. Vienen a mi casa mientras agonizo por encontrar a mi hijo, solo con la intención de culparme a mí. Son ustedes unos desgraciados. ¡Largo! ¡Largo de mi casa!

Aura abre los ojos, sorprendida ante la reacción desmedida del

anciano, que se mantiene firme frente a ellos, con la piel encendida y una mirada de odio clavada en ella. No vuelve a hablar. Se limita a indicarles el camino.

—Señor Ferrer. Créame que no queremos culparlo de nada. Solo necesitamos encontrar algún cabo del que tirar.

—Váyanse. Ahora. Vuelvan a llamarme cuando lo hayan encontrado.

—Señor Ferrer…

Pero Álvaro no atiende a razones. Se ha bloqueado por completo y tanto Víctor como ella entienden que no van a conseguir nada más que acrecentar esa tensa situación.

—Si no se marchan, pienso llamar a su jefe y decirle que están aquí en contra de mi voluntad intentando coaccionarme. ¡Váyanse, he dicho! —grita de forma explosiva, como un globo atravesado por una aguja.

La conversación se extingue en ese momento. Con Aura sabiendo que ese hombre oculta una verdad todavía mayor. Con la creencia de que la residencia es el cabo que estaba buscando. Con la certeza de que Rubén ya está muerto.

Los dos agentes se marchan del edificio con el mismo silencio con el que entraron. Aunque es Víctor quien rompe el hielo para pedir una pausa a su compañera. Mientras él se pierde en el interior del bar que hay justo en la esquina donde vive Álvaro, Aura se prepara para la última reunión del día.

13 de marzo de 2018, 19:55. Valencia

El ambiente en la sala de reuniones cada vez es más tenso. Las miradas caídas se funden con un eterno mutismo que deja un grupo de personas agotadas. Apenas se oyen algunos murmullos mientras Raúl termina de hablar por teléfono.

—Bien. Alguien ha llamado al juez para apurar sobre el caso de Ariadna Frutos. Al parecer el padre de esta chica es de alta alcurnia. Así que nos están apretando las pilas. Necesitamos avanzar cuanto antes. ¿Qué tenemos?

Aura se incorpora sobre su dura silla y saca todas las anotaciones que ha ido almacenando de sus entrevistas.

—Pues tenemos sospechas de que la residencia donde murieron estos ancianos que nombra El Bosco puede esconder algo turbio. Al parecer, el hijo del que fuera director en aquella época está en paradero desconocido.

—Algo he oído. Creo que nos han pasado las grabaciones donde se ve al chaval subirse a un taxi. ¿Lo tenemos?

Leo asiente ante la pregunta del inspector jefe.

—Estamos intentando trazar una ruta por medio de las grabaciones de tráfico. Pero creo que necesitaremos una orden para poder acceder a ellas. Ya sabes cómo son los compañeros del Centro de Control de Tráfico.

—¿El primer asesino de El Bosco no utilizaba un taxi para sus secuestros? —inquiere Víctor.

La reacción de Raúl no pasa desapercibida para Aura, que observa en silencio. Lanza un bufido agónico al aire mientras se pasa la mano por la cara.

—No creo que esto tenga nada que ver. El taxi fue requisado y ya debe ser metal oxidado en algún depósito municipal. No creo que volver atrás nos haga avanzar.

—Yo no estoy de acuerdo —rebate Aura. Su voz suena firme. Se impone al resto de compañeros que la miran con sorpresa—. Anoche me acerqué a la vivienda que fue de Mateo Hernández y encontré algo.

—¿¡Que hiciste qué!? —pregunta con rabia Raúl.

La subinspectora agacha la mirada, sabiendo que va a recibir una reprimenda por su acto deliberado y no consensuado, pero no le importa.

—No sé qué me llevó hasta allí. Cuando entré, encontré un viejo cuadro de *El Jardín de las Delicias* en su habitación. En su interior había una serie de papeles que creo que pudieron ser escritos por él. Tú llevaste la primera investigación. Quizá puedas aclararnos algo del caso, ya que su sumario desapareció.

Raúl la mira con la mandíbula tensa, la mirada congelada y las manos cerradas. Una mezcla entre miedo y rabia. Entre reproche y temor.

—No vuelvas a hacer nada sin decírmelo. Eso para empezar. Si te apetece ir por tu cuenta, siempre puedes dedicarte a la investigación privada. Aquí trabajamos en equipo —reprocha sin compasión alguna. El fuego de su mirada acobarda a la joven, que se limita a asentir con vergüenza—. Ahora, ¿qué has encontrado?

Aura acerca los papeles a su superior, que no pierde el tiempo para revisarlos. Sus ojos crecen más y más con cada hoja que va dejando a un lado. Cuando acaba, mira con firmeza a la joven.

—¿Y dices que estaba en la casa del primer asesino?

Aura asiente.

—Allí lo encontré. En el mismo cuarto donde estaban los recortes de sus primeras víctimas.

—No lo entiendo. Esa casa lleva años abandonada. ¿Cómo pudo mantenerse esto ahí? Los de la científica analizaron cada esquina.

—Tengo entendido que hicieron pruebas con reactivos y fotografiaron todo. Muchas fotos desaparecieron. Quizá esto, o no estaba en ese momento, o no se encontró. Tiene pinta de haber estado colocado en la pared. Lo habrán tomado como parte del mobiliario y no como una prueba que requiriese su clasificación.

—Aunque no hubiese estado. Esa casa ha sido cuna de muchas sectas —insiste Raúl. Su voz suena más dura que su cuerpo, que parece reblandecerse por momentos—. Me cuesta creer que nadie haya tenido el deseo de tomarlo, y más tratándose de un cuadro como el que el asesino utilizó para su propósito.

—Precisamente eso es lo que ha hecho que muchas imágenes sigan allí. Las sectas han hecho de ese lugar un santuario, por lo tanto, algo intocable. Cuando encontré el cuadro estaba semioculto bajo unos pequeños escombros. Puede que pasara desapercibido.

—Bien. Sea como sea, esto es algo importante. Si esto es cierto, hay más víctimas de las que hemos conocido. En esta nota habla de un camionero. De todas formas, no es este el asesino que buscamos. Los crímenes del primer asesino de El Bosco no es lo que ahora nos atañe.

Aura tuerce la cabeza ante la negativa del inspector jefe a investigar por ese lado. Un detalle que sabe que puede alejarlos de Javier.

—Creo que El Bosco quiere que lo investiguemos. Recuerda que dijo que buscáramos el primer lienzo.

Nadie más habla. Durante casi un minuto, el silencio se extiende por cada rincón del salón mientras Raúl mantiene fija la mirada sobre la subinspectora.

—¿Y crees que con Javier desaparecido es momento de perder el

tiempo buscando fantasmas? Y no hablemos del chaval que están buscando.

Aura no responde a su pregunta. No porque no tenga argumentos para ello. No responde porque, por un instante, la imagen de Javier subvierte sus principios. Esos que siempre la han llevado a imponer su verdad, por mucho que esté errada. Cierra los ojos y da la conversación por concluida.

—¿No podríamos poner a alguien de la nacional a investigar esos casos? —Es Víctor quien toma la delantera, al ver la derrota en los ojos de su compañera.

Raúl explota de golpe. Da un golpe en la mesa y, con los ojos encendidos, grita:

—A ver si lo dejo claro de una puta vez. Mientras Javier siga desaparecido no voy a perder el tiempo volviendo al pasado. ¡Haced vuestro trabajo ya! —Y se vuelve hacia la pizarra donde siguen las fotos de las últimas víctimas. En la mesa ha dejado los papeles que Aura le ha dado junto con varios archivos nuevos—. Mañana seguiremos. Id a casa y descansad.

Nadie refuta su orden. Todos se levantan y, de la misma forma que empezó, se marchan: envueltos en un adensado mutismo.

La oscuridad se hace dura para Aura cuando entra en su hogar. Nadie la saluda.

Nadie la recibe.

Siempre ha sido una mujer que disfruta de la soledad, pero ahora, alejada de su hogar, necesita sentir el calor de un abrazo. La tranquilidad de un “todo va a salir bien”.

Eso no pasa.

La oscuridad sigue atenazando sus músculos. Se alimenta de sus pensamientos positivos, de su espíritu inconformista. Una Aura derrotada avanza arrastrando los pies por un pasillo envuelto en penumbras.

Unos minutos más tarde, con un sándwich de jamón y queso y un vaso de agua, se sienta en la mesa de su salón. Sabe que Raúl está equivocado y no va a permitir que anule sus sospechas. Antes de abrir los documentos que tiene de los primeros casos, saca de su pequeño bolso las hojas que no le ha entregado a Raúl. Las hojas que todavía no ha leído. Sus hojas.

Madre ha muerto. Al fin su cuerpo no ha soportado tanto veneno. Llevaba meses apagándose lentamente, por lo que no estoy triste. No debo estarlo. Ella siempre me enseñó que la muerte es la recompensa

a los logros que uno hace en vida. Y ella ya ha obtenido su recompensa. Ahora quedo yo, y las notas que siguen llegando.

Esta vez son imágenes de un anciano. Tengo las fotos de su Seat Blanco y la ubicación. Siempre recoge a la misma prostituta, bajo el puente del Castellar. Hay una nota tras la foto de ese asqueroso viejo. Todos los viernes a las ocho de la noche.

Creo que me está diciendo quién tiene que ser el siguiente. Será mañana, después de enterrar a madre.

Aura mira las notas con miedo. Con recelo. ¿Era verdad que su camino había estado tan bañado de sangre?

Nada de lo que habían investigado les conducía hasta esa historia. Siempre habían estado convencidos de que todo era una venganza hacia Javier y su pasado.

Abre el sumario de los primeros casos y vuelve a revivir una y otra vez todos los pasos que dieron hasta llegar a dar con El Bosco. Aura no es capaz de llegar al último de los informes. Su voluntad se diluye abrazada por Morfeo, que la arrastra a un sueño inevitable. Todo se va apagando lentamente sin que ella pueda impedirlo.

Antes de dormirse intenta encontrarlo de nuevo en su teléfono, pero, desde la última llamada, ha desaparecido.

Esta vez, quizá para siempre.

Lugar desconocido. Javier

—Inspector.

Su voz rebota en mi cabeza como si estuviera jugando una partida de pádel. Esa voz áspera, insidiosa. Intento abrir los ojos y, por un momento, dudo de si estoy en la realidad o en un recuerdo. Sus palabras caen en mi cabeza con un eco metálico que me hiere. Él no está.

Pero sí su recuerdo.

—He pensado que tendría algo de sed. Ya tengo todo listo y en breve me marcharé, pero no quería dejarlo aquí sin darle algo de agua al menos. Tome, beba.

Me ofrece una botella de agua, que acepto con odio, con orgullo. Mi cuerpo me pide arrancarle de un mordisco los dedos. Mi mente, en cambio, es más sensata. Sabe que debo ahorrar energías. Separo mis labios resecos y dejo que el líquido inunde mi estómago. Noto su frescor acariciando mi garganta. Percibo la sonrisa malévola de El Bosco. Retira la botella cuando ya no queda más líquido, aunque yo todavía tengo sed.

—Vaya. Estaba realmente sediento.

—¿Qué quieres? —pregunto con rabia. Muevo las manos y el dolor atraviesa el recuerdo hasta hacerse real, tangible.

—Vamos, inspector. A pesar de verme como un triste asesino, yo también tengo mis entretenimientos. Y como me he ganado un descanso, y a usted nadie lo espera, me he tomado la libertad de traer esto.

Y saca una pequeña mesa abatible. La monta justo entre los dos y deposita sobre ella un tablero de ajedrez.

—¿Ajedrez? —No puedo evitar lanzar una irónica carcajada—. No puedo decir que no te viene como anillo al dedo.

Él sonríe y su rostro derretido se deforma todavía más. Puedo ver su labio consumido por las llamas. Su mirada desdeñosa.

—Me apetece jugar una partida. O bueno, si se anima la cosa, podemos alargarlo. Todavía queda mucho tiempo para que se den cuenta de que usted no está. Sabe, es curiosa la soledad. ¿Nunca se ha parado a pensar en ella?

No respondo. Él aguarda unos segundos esperando a que le ofrezca algún tipo de debate, aunque, cuando ve que no es así, continúa.

—Es curiosa la soledad porque no llegamos nunca a darnos cuenta de ella. Es una ausencia que grita a nuestro alrededor y que siempre pasa desapercibida ante nuestros ojos. No es hasta que nos encontramos en una situación de necesidad que nos damos cuenta de ello.

»Es algo sencillo y complejo a la vez. Seguramente crea que tiene

amigos, compañeros, familia. Pero ¿quién de ellos estará pensando ahora en usted? Es triste saber que siempre nos rodeamos de gente y que es solo cuando fallamos a nuestra rutina cuando empezamos a ser echados en falta. Pero, mientras todo eso llega, no somos más que lo que aportamos a los demás. Y nuestro espíritu egoísta nos lleva siempre a absorber toda esa bondad que nos ofrecen, sin pensar siquiera en devolver parte de su gratitud.

—Tú sabes mucho de soledad.

Él vuelve a sonreír, satisfecho ante lo que acabo de decir.

—Lo cierto es que lo sé todo. Cuando aprendes a luchar contra esa voz que nunca calla en tu interior, saboreas cada instante de soledad. A diferencia de usted, inspector, yo me alimento de la soledad. La entiendo y convivo con ella en una perfecta simbiosis. Usted, en cambio, es tan ignorante que no conoce lo solo que está. No piense en esos mensajes que se mandan cuando llega del trabajo. Tampoco esas cervezas fuera de hora. Piense en esos cinco minutos antes de irse a dormir, cuando todo está a oscuras y el silencio es tan denso que hasta su respiración parece gritar. Es entonces cuando se nota la soledad. Cuando quieres compartir un pensamiento furtivo y no hay nadie para escucharlo. Cuando se acaba ese plato de comida sin que nadie le arrebate la última patata. Cuando apaga el teléfono y a nadie le importa. Y así es, inspector. A usted nadie lo echará de menos hasta el lunes, así que tenemos todavía mucho trabajo por delante.

Comienza a colocar las piezas del ajedrez sobre el tablero. A su lado las negras. Frente a mí, las blancas.

—Yo no te he dicho que quiera jugar.

—Vamos. Le vendrá bien distraerse. Como le decía, la soledad es la respuesta a muchas preguntas. Cada uno es libre de elegir su forma de vida, y eso es respetable. Lo triste es que nadie es capaz de entender cuán profunda es su soledad. Es como esa persona que decide compartir su cama solo los sábados por la noche, y piensa que es el centro de un universo distinto al real, pues cuando llega el domingo deja de estar en la mente de aquellos que compartieron una noche con ellos. Esa persona no recibirá una llamada un martes por la tarde, porque nadie se acordará de él o ella hasta que se acerque el fin de semana. ¿Quién se va a preocupar porque no cuelgues una publicación en Facebook durante dos días seguidos? ¿Quién dará la voz de alarma al no ver tus historias de Instagram? Hemos convertido nuestra vida en un juguete de exposición pública, sin darnos cuenta de que eso lo único que ha hecho ha sido alejarnos de la realidad. Nos hemos convertido en personajes de dos dimensiones. Personajes digitales que se alejan de la realidad para vivir una vida de soledad y falsas apariencias. Estamos solos, inspector.

Aparto la mirada buscando a Ester. Es ella la que me libraba

siempre de estar solo. Cada palabra que El Bosco ha liberado cae como una losa sobre mis piernas, dejándome aterido a la silla.

—Usted inicia con las blancas —dice para devolverme al mundo del que trataba de huir.

Vuelvo a enmudecer. La ira se mezcla con el rencor para hacer un cóctel de orgullo imprevisible. Él ríe mientras se acomoda en una silla que ha traído del salón.

—Peón a e4 —digo al fin, sucumbiendo a su petición.

—Veo que entiende el juego. —Él avanza su peón una casilla por la misma fila.

—Peón a d4.

—¿Le gusta el ajedrez, inspector? —Responde al tiempo que coloca su peón justo frente al mío.

—Alfil a b5 y jaque.

El Bosco lanza una carcajada mientras hace avanzar su alfil para proteger el rey.

—Es usted muy agresivo. Me gusta, aunque en el ajedrez hay que mantener la calma, intentar predecir cuál va a ser el siguiente movimiento. Como en la vida real. No importa quién mueva la primera ficha. Lo importante es conservar la calma e intentar no perder la posición. En el centro está la partida, si mantienes la compostura, podrás hacerte con la victoria.

—D7, a la mierda tu alfil y te regalo el mío.

En efecto, tras deshacerme de su alfil y volver a poner su rey en peligro, él avanza su reina y acaba con mi pieza. Yo comienzo a dictar y durante un momento el silencio reina salvo por mis indicaciones. El combate se intensifica cuando me deshago de varios de sus peones. Él comienza a luchar para mantener la posición.

—Juega usted muy bien, inspector. ¿Nunca se ha parado a pensar que la vida es como un gran tablero de ajedrez? La única diferencia es que en este juego solo hay peones y reyes. Son los peones los que siempre avanzan comandados por las órdenes de aquellos que se mantienen enrocados, a la espera de ganar siempre la partida con el menor número de movimientos. Y siempre al amparo de más peones.

Su estrategia ha sido mantener sus piezas casi estáticas mientras yo iba acercándome, para cuando lanzara un nuevo jaque, empezara él a responder con precisión. En tres movimientos se deshace de mi otro alfil, un caballo y mi reina. Ahora me tiene acorralado con mi rey en h1 y apenas un peón como defensa.

—¿Y tú qué eres? ¿Peón o rey?

Lanza una carcajada ronca mientras avanza su torre hasta h4 para deshacerse de mi segundo caballo. Deja un mosaico triste para mí, con su alfil en f2, su reina en e5 y la torre que acaba de colocar. Por un momento, la frustración se apodera de mí, pues, a pesar de tener su

reina a disposición de una de mis torres, no puedo atacarla porque perdería mi rey, y la partida.

—Cruel metáfora. ¿No cree? —Lo miro con intriga ante la pregunta que acaba de lanzar—. Ahora mismo esta jugada define su situación. Tiene al alcance de su mano poder deshacerse de la reina, pero está sometido a la voluntad de su atacante, que lo ha acorralado sin compasión. Ha dejado que se acerque y, cuando usted ya creía que tenía la partida, le ha demostrado que solo estaba tendiéndole una trampa. En esta vida todos somos peones, inspector. A los reyes jamás llegaremos a conocerlos.

Yo abro los ojos, sorprendido ante las palabras que acaba de arrojar. Creo que he entendido lo que me ha dicho y no dudo en lanzarme a averiguarlo.

—Acabas de decir que te tengo al alcance de mi mano refiriéndote a la reina. ¿Es cierto?

—En efecto, inspector. Imagino que ya lo sabría cuando su último movimiento voluntario fue mover la torre para colocarla de cebo ante mi reina.

—No, no. Has dicho que era una metáfora. —Y por un momento mi corazón se detiene—. Si tú eres la reina, ¿quién es el rey?

El silencio se asienta en la habitación. Miro al Bosco, que no duda en lanzar una sonrisa cargada de perfidia, y sus últimas palabras se clavan en mi recuerdo.

—Jaque mate, inspector.

14 de marzo de 2018, 08:46. Valencia

Aura intenta desentumecer la rigidez de unos músculos poco acostumbrados a dormir en el sofá del salón. Se masajea el cuello aprovechando el agua caliente que todavía resbala por su cuerpo desnudo. Se seca, se viste y sale a toda prisa.

Falta más de una hora para la reunión que Raúl ha programado con la intención de analizar los posibles avances, así como programar los siguientes movimientos. De momento su intención es otra.

Sabe dónde encontrar a la persona que puede ayudarla. Sabe a qué hora desayuna Jesús Valero en el restaurante Los Ángeles, un gran local ubicado al lado de la playa. Allí se dirige.

No tiene que esperar mucho para verlo llegar. Las costumbres de Jesús no han cambiado desde que se conocieron. Fueron pareja durante poco más de medio año, ya que la vocación por entrar en el Grupo de Reserva y Seguridad de Jesús fueron más importantes. Ahora disfruta de un trabajo estable en la calle Eugenia Viñes y la vida que siempre soñó. Aunque no puede evitar sonreír con nostalgia al verla.

—Algo grave habrá pasado. Hacía años que no hablábamos —dice él a modo de saludo. La abraza con delicadeza, pues está completamente sudado después de más de una hora de carrera por la orilla del mar.

—No sabía si conservabas el mismo número. —Aura se muestra tímida. Todavía no es capaz de mirarlo sin recordar el pasado que los une. A pesar de no sentir nada por él, no puede negarse al cariño que le arrebata una sonrisa rápida.

—Hay cosas que no cambian nunca.

Jesús es una de esas cosas. Sigue tal y como recuerda Aura. Su pelo moreno y corto, su cuerpo con apenas un doce por ciento de grasa corporal, su mirada profunda, su barba espesa y oscura.

—Ni personas tampoco —completa ella con una ligera sonrisa.

—Bueno, te invito a una Fanta y me cuentas qué es lo que pasa.

Ambos entran en la cafetería y, mientras Aura se sienta en una pequeña mesa con vistas al mar, Jesús se acerca a la barra. En pocos segundos vuelve con la bebida para ella y un café caliente para él.

—De acuerdo. Creo que lo ideal es ponernos al día. Sé que necesitas algún favor por el tipo de mensaje que me mandaste anoche, pero lo justo es que nos organicemos. Sé que entraste en la UDEV hace un tiempo. Creí que me avisarías de que llegabas a Valencia tú también. Desde Madrid que no nos vemos.

Aura agacha la cabeza entendiendo que el reproche de Jesús es

lógico.

—Quizá todavía estaba algo dolida por tus decisiones. En aquel momento pensé que lo mejor era no decir nada.

—Te entiendo. Pero hace varios años que estás aquí. Podríamos haber hablado alguna vez.

—También tú pudiste llamar —lanza ella con rabia. Por un momento siente que se aleja de su propósito. Mira su móvil y no puede evitar pensar en Javier—. De todas formas, ha llovido mucho desde entonces. Si quieres, nos vemos otro día y charlamos detenidamente. Necesito un favor.

Jesús se limita a asentir en silencio. Ha encajado el golpe con arrojo y se prepara para escuchar las demandas de Aura.

—Necesito que busques los casos de homicidios no resueltos que hay en Valencia.

—¿Perdona? —inquiere con la cara desencajada.

—Sí. Sé que suena algo directo, pero necesito ayuda, y creo que en esto tú me puedes ayudar mejor que nadie. Estamos siguiendo una pista y creo que en alguno de esos casos puedo encontrar la respuesta.

—Aura, lo que me pides es una locura. Hay más de cien casos sin resolver solo en Valencia. Tardaría días en prepararlo. Además, sabes que nosotros no trabajamos así. No sabría ni por dónde empezar.

Aura agacha la cabeza y aprieta la mandíbula hasta que siente que el pelo se tensa en su frente debido al moño tan rígido que se ha hecho.

—No tengo días. Tiene que ser hoy. Sabes que, si no fuera importante, no te lo pediría.

—Descuida que sé que, si estás aquí, no es por gusto. —Ahora es la subinspectora la que cierra los ojos ante la afilada respuesta de Jesús —. Si no eres más específica, no podré ser preciso.

Aura medita durante un minuto. Sopesa toda la información que tiene. Baraja las dudas que se afirman en su mente y despeja las incógnitas que no le sirven. Es entonces cuando cae en la cuenta de las notas de Mateo.

—2006. La primera víctima atribuida a Mateo fue ese año. Y en aquella época tenía apenas veinte. Por lo que no puede moverse muy lejos de ahí —dice para nadie en particular. Cuando ya se ha convencido, mira de nuevo a Jesús y se convence—. Busca los casos entre el 2003 y el 2006.

—Eso suena distinto. Pero, de todas formas, no entiendo por qué vienes a mí a pedirme eso. Tu equipo está mucho más formado que nosotros para ese tipo de trabajos.

—Mi equipo está demasiado sobrecargado. Necesito un refuerzo extra y solo te conozco a ti. Eres la única persona en la que confío — dice ella en un arrebato de sinceridad. Una sinceridad que escapa de

sus labios por sorpresa. Aura se sonroja cuando se percata del sentido que han tomado sus palabras.

Jesús la mira en silencio. Soporta esa situación durante casi un minuto y, tras suspirar, asiente.

—Te llamaré si encuentro algo. Veré si entre hoy y mañana me pongo con ello.

—Necesito que sea cuanto antes, por favor.

Jesús la mira con reproche, como si no entendiera la urgencia de Aura. Como si no quisiera entrar en el juego. Al fin entra.

—¿Por qué tanta prisa? Esto puedes hacerlo tú también, Aura. Voy a entrar en los mismos ficheros que entrarías tú.

—Te lo acabo de decir —responde algo molesta—. Yo no puedo perder el tiempo con esto. Ahora mismo no tenemos mucho tiempo. Por eso necesito que lo hagas tú y por eso sé que lo puedes tener en unas horas.

—Aura. Si quieres que te ayude, vas a tener que ser sincera. No pienso meterme en un follón sin saber al menos por qué lo hago.

Ella resopla con desesperación. Se moja los labios resecos y da un trago a su Fanta de naranja. Cuando deja el vaso sobre la mesa, ya ha decidido que va a sincerarse.

—Un compañero del cuerpo está desaparecido. Creo que quien lo retiene es un asesino en serie que escapó del último encuentro y está terminando su propósito. Y pienso que en alguno de esos casos sin resolver pueda encontrar una respuesta.

—¿Es ese tal Bosco?

Aura asiente.

—¿Vas a ayudarme?

—Dame dos horas.

Su promesa parece liberar a la subinspectora de una carga tan grande que siente cómo su pecho vuelve a descomprimirse. No dura mucho. Su teléfono comienza a vibrar y, cuando mira la pantalla, entiende que algo ocurre. Es Víctor.

—¿Qué pasa? —pregunta ella con los nervios sacudiendo sus manos.

—Cambio de planes. Nos vemos en el IML. Héctor nos espera.

Aura cuelga y se levanta para marcharse. No es su intención irse sin decir nada, aunque su cuerpo domina a su mente y comienza a andar antes de pronunciar palabra alguna.

—¿Ya te vas? —pregunta Jesús con un tono de voz delicado.

—Me han llamado. Debo darme prisa —responde sin más Aura.

No hay más palabras. Ella deja el restaurante a su espalda y se dirige hacia el coche. Cada nuevo avance en el caso supone un latido menos de su corazón casi al borde del colapso.

En el Instituto de Medicina Legal aguardan Víctor y Daniel. Ambos en la entrada del enorme edificio de estilo moderno.

—Llegas tarde —reprocha Daniel con su típico tono de voz indolente.

—Cuando me han llamado, he salido —responde ella con desinterés—. ¿Entramos?

Ya en el interior se encuentran con los demás. Raúl y Héctor charlan en un pequeño despacho mientras que Leo se limita a revisar su teléfono, que guarda cuando todos están presentes. Es entonces cuando Raúl se dirige al grupo.

—Bien. Aprovechando que estamos todos, vamos a aclarar aquí los pormenores del caso. Será Héctor quien nos adelante la información.

El forense se acomoda al borde de la mesa y apoya las manos sobre la madera.

—Bien. En cuanto a la chica, he de decir que ha sido muy difícil trabajar con ella. Por lo visto su padre tiene mucho peso y ha conseguido que el juez Navacaño se ponga nervioso. No han parado de darme prisa y ya se sabe que con prisas no se trabaja bien. Dicho esto, su muerte es debido a un fallo multiorgánico producido por algún tipo de sobredosis. He mandado una muestra de sangre a analizar, pues es muy extraño.

—¿A qué te refieres? —pregunta Raúl, que se ha acomodado junto a la pared y permanece con los brazos cruzados. Su expresión no es muy distinta a la del resto, aunque sus ojeras sí son bastante más profundas. No puede evitar disimular el temblor de su voz cuando lanza la pregunta.

—Pues lo más común en las sobredosis es usar o bien drogas, que son fáciles de conseguir y muy difíciles de rastrear, o algún tipo de veneno: matarratas, cianuro. Ambos tipos dejan señales evidentes. Desde un visible edema pulmonar en el caso de la primera opción, o un deterioro notable de las vías digestivas en los segundos. En este caso el afectado es el hígado en mayor medida.

—En su bolso encontraron una caja de medicamentos. —Aura observa la foto que le hicieron a la prueba para afirmar con mayor claridad—. Galantamina.

El forense mira la foto que la inspectora le muestra y se encoge de hombros.

—Me suena el nombre, pero no la conozco. Al menos no he oído mucho sobre ella. Déjame y lo busco. —Tras eso se vuelve hacia su ordenador y comienza a navegar en busca de información durante varios minutos—. Vale, ya sé por qué no me sonaba. Es un anticol... anticolinesterásico. Disculpen, es una palabra rara. La colinesterasa es una enzima catalizadora de la neurona colinérgica. Ahora entiendo

por qué tenía la boca tan seca.

—¿Sabe para qué se usa ese tipo de medicamento?

—Eso tendrán que preguntarlo a un especialista. Si no recuerdo mal, las neuronas colinérgicas son las que se encargan de la memoria. De todas formas, viendo las especificaciones, la dosis ha tenido que ser bastante grande.

—¿Qué quieres decir? —inquiere Aura con estupor.

—Pues que no es un medicamento relativamente peligroso. No se han documentado muchas muertes por sobredosis de este fármaco. Las más graves se acercaron a los doscientos miligramos. Así que imagino que habrá sido una dosis más grande.

—¿Y no se dio cuenta la víctima? Una dosis tan grande debería haber afectado al sabor.

—Con una sustancia como el café es fácil camuflar este tipo de acciones —remata Héctor con seguridad.

—Gracias, doctor. ¿Qué sabemos del señor Pons? —vuelve a insistir Raúl.

—Este sí es más común. Incisión bastante profunda. Seccionó la carótida con tanta fuerza que se desangró en minutos. Aunque el corte fue tan rápido que produjo una embolia gaseosa.

—¿Embolia...? —insiste él, que intenta entender los comentarios del forense.

—Se produce cuando una herida profunda se abre de golpe. Si no se tapona la herida pronto corre el riesgo de que el aire, bien del ambiente o del propio individuo, entre por las arterias, provocando una isquemia orgánica. Calculo que en menos de tres minutos pudo perder más de un litro y medio de sangre, así que es fácil que se produjera por eso. Estaba muerto antes de que se le parara el corazón. Por otro lado, no hay hematomas en el cuerpo ni signos de violencia o tortura más allá de las quemaduras producidas por la fricción de las ligaduras.

—¿Estaba drogado? —inquiere de nuevo Raúl.

—Eso lo tendrá que decir el laboratorio de química. He mandado muestras tanto de sangre como de cabello. Por lo que a mí respecta, no veo signos de haber estado bajo el influjo de drogas o alcohol.

—Gracias, doctor. Si es todo, creo que lo mejor es que nos marchemos.

—Yo tengo una pregunta —interrumpe Aura, que lleva más de un día pensando en lo que va a decir a continuación.

—¿Cuánto tiempo puede soportar una persona sin alimentos?

Héctor la mira con sus pequeños ojos semiocultos bajo las enormes gafas de pera, y no puede evitar dejar caer un suspiro lastimero.

—No creo...

—Por favor, doctor. Necesito saberlo.

Héctor duda, mira al inspector jefe y comprende que todos quieren saberlo, a pesar de los rostros desmadejados que ha dejado esa pregunta.

—Todo depende del físico de la persona que tenga que soportar esa batalla. Sin alimentos, se han dado casos de personas que han soportado hasta sesenta días. Alimentándose a base de agua. Sin agua, la esperanza es muy corta.

—¿Cuánto, doctor?

—Tres, cuatro días. Tal vez una semana. Hay estudios que afirman que hasta veinte días se puede sobrevivir, pero todo dependerá del estado inicial.

Aura no dice nada más. Se limita a agachar la mirada y agradecer la labor de Héctor, que asiente con la cabeza y vuelve a acomodarse en la mesa mientras el equipo comienza a desandar el camino hecho hasta ese despacho. En el pasillo es Raúl quien decide disertar.

—Vamos a ir a ver al padre de Ariadna. Seguro que él sabe qué es ese medicamento. También...

No consigue terminar la frase. Su teléfono corta sus palabras, haciendo que detenga su avance. Mira a sus compañeros e informa que la llamada proviene de la central, justo antes de contestar.

La conversación apenas dura unos segundos. El mismo corto espacio de tiempo que tarda su rostro en descomponerse.

Cuando cuelga, todos saben que las noticias que se avecinan no son para nada alentadoras.

—Han localizado el teléfono de Javi.

14 de marzo de 2018, 12:15. Valencia

El canto desacompasado de las sirena de los zetas rompe la tranquilidad de una Valencia que se prepara para comer. Aura se concentra en los pilotos descoloridos del Citroën Picasso que guía su camino, abriendo el tráfico como Moisés hiciera con el mar Rojo. Aunque la subinspectora está muy lejos de su Audi A3. Su mente viaja con Javier, en un desesperado intento por encontrarlo sano y salvo.

El aviso ha llegado por medio de los compañeros de la Brigada Central de Investigación Tecnológica, que están más acostumbrados al uso de la tecnología.

Calle Coeters, en el polígono de Vara de Quart. La posición que mandaron era exacta. Y allí se dirigen ahora todos.

Cuando los zetas entran en la calle, Aura se topa con un polígono en hora punta. El tráfico intenso de coches y camiones dificulta el avance, pero no tarda en ver el coche, estacionado como cualquier otro vehículo.

—¡Allí! —grita casi como si aquello significara una liberación para ella.

Víctor no responde. Su matiz jocoso ha desaparecido, ocultado por un rostro tenso y una mirada fija. Su mano se aferra a la manecilla de la puerta, como si quisiera saltar del coche en cualquier momento.

La sinfonía de los dos coches de la Policía Nacional se extingue cuando detienen los vehículos junto al Opel de Javier. Aura hace lo propio unos metros antes, y confirma que Víctor estaba esperando ese momento. Se baja del coche como un ser poseído, y con la pistola en la mano se acerca al coche de su compañero, flanqueándolo por el lado del conductor.

Aura hace lo mismo siguiendo la línea de asfalto y Raúl, junto a Daniel y Leo, se acerca por detrás.

En pocos segundos casi diez agentes tienen rodeado al vehículo.

—Nada —informa Víctor, que acaba de acercar la cara a la ventanilla del conductor—. No hay nada.

Su mirada se relaja apenas lo suficiente para poder ser percibida, pues aquello no significa nada. Solo que todavía pueden guardar la esperanza de encontrar a Javier con vida. Una esperanza que se rompe cuando Raúl se acerca a la ventanilla de la parte trasera.

—¡Joder! Aquí hay sangre. Hay que llamar a la comitiva judicial.

Y es en ese preciso instante cuando Aura se derrumba.

Había intentado soportar su ausencia con todo el arrojo que su valor le permitía, pero la revelación del inspector jefe hace que su mente no resista. No ocurre lo mismo con su cuerpo. El dolor va por dentro, como un fuego que apenas puede verse y que acaba destruyendo tanto como la más potente bomba. Traga saliva, rechina

los dientes y deja caer una lágrima. Solo una lágrima es la que se ve. Por dentro llora un mar de dolor y desconsuelo.

—Aquí hay más sangre —informa uno de los agentes, colocado justo en la parte trasera del coche.

Todos lo miran, pero nadie hace nada. El destino que les aguarda tras ese portón es negro y desolador, y ninguno de los agentes parece dispuesto a enfrentarse a él.

La comitiva judicial llega junto con el equipo científico cuando la zona ya ha sido acordonada y todos los agentes han marcado las evidencias que creían importantes en las partes que lindan con el vehículo.

—¿Es el inspector? —inquiere el juez Navacaño, que hay llegado antes incluso que la Policía Judicial.

Raúl se encoge de hombros, aunque resignado. Todos los presentes han permanecido en silencio desde que encontraron el rastro de sangre. Quizá un silencio premonitorio.

—Hemos esperado para abrir el maletero. No queremos joder nada.

Aura escucha la conversación y recuerda cómo intentó, minutos antes, romper la ventanilla del conductor para abrir ella el maletero. Su cuerpo se había perdido por completo y no respondía a su voluntad. Fue Daniel junto a Víctor quienes tuvieron que retenerla. La frase de Raúl fue la que terminó por destruirla.

«Hay demasiada sangre, Aura. Si está ahí, ya no se puede hacer nada».

Desde ese momento ha estado apoyada en el asiento trasero del zeta que más cerca está del Opel de Javier.

Con la puerta abierta observa en silencio el desfile de monos blancos que buscan todo tipo de pruebas adheridas al exterior del vehículo.

—Está bien. Vamos a abrir —anuncia el juez justo cuando ve llegar a Héctor—. No tenemos tiempo que perder. Bastante me están apretando ya como para andar jugando con el tiempo. Si ya hemos acabado con los cristales, romped uno y abrid.

Es Daniel quien se acerca al vehículo, apartando para ello a varios compañeros. Como si aquello fuera un acto de redención, rompe la ventanilla y abre la puerta. Todos lo miran, pero ninguno es capaz de decir nada. Poco a poco se van alejando del maletero del Opel Vectra negro, como esperando cualquier oscuro desenlace. Es cuando el crujido advierte que su secreto ya está disponible, cuando todos, casi al mismo tiempo, respiran hondo.

Raúl se acerca con cuidado, con la pistola en la mano y unos almacenes cargados de ojos a su espalda. Todos esperando ese instante

en el que el portón se levante. Con la mano que no empuña el arma se aferra al metal templado bajo un sol de fallas y cuando va a levantar el portón un repentino estruendo hace que se aparte de un salto.

Todo el equipo se agacha al escuchar aquel sonido. Todos con las armas apuntando hacia nadie en particular.

—¡Joder! —grita Raúl. Putas fallas. Es el aviso de la *mascletá*.

A lo lejos se puede ver la estela que la pólvora ha dejado, danzando lenta por un cielo despejado.

El inspector jefe respira hondo y se vuelve a acercar al maletero, y esta vez, sin esperar más lo levanta con un movimiento seco, para luego ponerse a cubierto en un lateral del coche.

Nadie habla. Todos levantan la barbilla al cielo imprecando a Dios por aquella revelación.

La mancha de sangre de la que el agente había alertado no era más que el rastro del camino hacia el cuerpo que se encontraba en su interior, de espaldas y en posición fetal.

Todos se miran consternados, para volverse hacia Aura, que se ha introducido en el coche. Allí es incapaz de controlar las lágrimas que caen de su rostro como un río descontrolado que busca su cauce natural. Allí llora de dolor, de culpa. Allí, apoyada en el asiento, escucha la voz de Daniel.

—¡No es Javier!

La subinspectora sale del vehículo como una exhalación. Su mente, todavía reacia, se niega a aferrarse a las palabras del inspector. No quiere creer. No puede permitirse otro golpe, aunque los ojos vidriosos de Víctor y su expresión relajada le confirma que es verdad. Se acerca al vehículo abriéndose paso a través del muro de oficiales y observa el cuerpo.

—No es Javier —repite ella en un susurro, solo para autoconvencerse.

El muchacho es más joven, más menudo. Viste con un vaquero claro y una chaqueta negra.

—¿Es el hijo del director de la residencia? —investiga Víctor, que ha sacado su móvil para confirmar su hipótesis—. Sí, es Rubén Ferrer.

El silencio de ese momento solo lo rompe Héctor, que se acerca con su maletín y una bolsa de muestras. Se para a un metro del cuerpo y, tras ajustarse las gafas y los guantes, comienza a estudiar el cuerpo.

—¿Qué es esto? —dice alargando la mano para tomar un pequeño objeto que reluce bajo el cuerpo—. Parece un teléfono.

—¿Puede ser del muchacho? —pregunta Navacaño con desdén.

—Es el de Javier —afirma Aura desde la distancia. Con la voz dura, sentida. Con un triste sentimiento de despedida al entender lo que eso significa. Con desolación.

Héctor entrega el teléfono a un compañero y vuelve con el cuerpo

del chico. Intenta mover la cara, abre los párpados. Levanta la camisa, lo mueve ligeramente para comprobar su espalda y luego busca un poco de piel por debajo de sus calcetines. Cuando parece que ya ha acabado se vuelve hacia el juez y dice:

—Este no es el escenario del delito. Este muchacho no murió aquí. No al menos en esta posición.

—¿Puede que muriera en el asiento trasero? —pregunta de nuevo Ignacio Navacaño.

Héctor niega con la cabeza. Se vuelve hacia el cuerpo y levanta la pernera del pantalón. Luego le baja un poco el pantalón para mostrar el culo desnudo del muchacho. Bajo la tela se aprecia una piel oscura, morada.

—¿Veis estas manchas moradas en los pies y en las nalgas? A esto se le llama hipóstasis cadavérica y ocurre cuando la sangre deja de fluir. Normalmente tiende a caer hacia las zonas en donde el cuerpo está depositado. Si este chico hubiera muerto aquí, estas manchas estarían en su costado. Este muchacho murió sentado.

—Podría haber muerto en el interior del vehículo. —Es Raúl quien concuerda con el juez en su hipótesis.

—No lo creo. Hay muy poca sangre. Veo varias heridas producidas por un objeto punzante, y la camisa bastante empapada de sangre. Si hubiese muerto aquí, la mancha de sangre sería mayor. Tal vez lo agrediera para debilitarlo y luego terminara con su vida en otra localización. Tuvo que dejarlo al menos un día para que la hipóstasis se hiciera fija. Eso también explicaría que el cuerpo no conserve su rigor. Tal vez sufrió una agonía larga.

—Entonces es muy probable que muriera el mismo día que desapareció —vuelve a confirmar el juez.

—Casi con total seguridad. Entre esa misma noche y la mañana siguiente.

—Chicos, mirad. —Víctor señala hacia la parte interna del portón del coche, haciendo que todos se agachen para comprobar lo que ha hallado su compañero.

Sobre la tapicería, y escrito con sangre, un nuevo nombre se deja ver: Inés Mayor Valdero. Y al lado del nombre, clavado con un cuchillo repleto de sangre, el fragmento del lienzo.

El fragmento muestra a un joven arrodillado. Un joven que con rapidez todos reconocen como el personaje que aparece en la tabla de la izquierda.

—Es el otro… ¿cómo dijo el experto que se llamaban? —inquiere Víctor con la expresión arrugada y la mirada puesta en el cielo.

—Comitentes —adjunta Aura.

—Eso. Es el otro comitente que nombró el experto en arte. El tal Peter. El que está junto a San Pedro observando la escena central.

Todos miran al juez, que se ha mantenido firme ante las afirmaciones de los agentes. Cuando parece que todo ha acabado, lanza un suspiro al viento.

—Bien. Ya sabemos a quién hay que buscar ahora, así que no hay tiempo que perder. Héctor, tú te ocupas. —Navacaño intenta marcharse, pero un nuevo reclamo, esta vez por parte de uno de los suyos, lo detiene. Se trata de una chica joven y bastante delgada. De su expresión solo unos ojos azules se pueden entrever entre todos los ropajes que porta.

—En el frontal del vehículo hay un golpe bastante reciente. Me atrevería a decir que, si no se ha hecho hoy, habrá sido hace poco.

—Tenemos que investigar si hay denuncias de algún accidente con fuga entre este fin de semana y esta noche. —Raúl mira al juez mientras comienza a repartir funciones—. Necesitaremos hablar de nuevo con los de Control de Tráfico.

—Yo me ocupo —responde el juez reanudando la marcha—. No perdáis el tiempo.

Todos asienten y comienzan a disgregarse. Todos salvo los agentes de la Policía Nacional, que se quedan a la espera de la llegada del coche que se encargará de llevar el cuerpo al IML y de la grúa para recoger el vehículo de Javier.

Javier.

De nuevo ese nombre inunda la mente de Aura mientras se dirige hacia la fábrica más cercana para interesarse por la llegada del coche a la zona. De nuevo esa incógnita que no deja de castigarla sin temor. Justo antes de entrar en un pequeño almacén de metal, su teléfono vibra. Es Jesús.

«Espero que esto te ayude».

14 de marzo de 2018, 15:57. Valencia

Durante la más de una hora que ha durado las entrevistas en la zona del hallazgo del coche, Aura no había podido hacer caso a los archivos recibidos. Durante más de una hora, tampoco ha podido evitar quitárselos de la cabeza. Ahora, de nuevo en el bar de Antonio y viendo cómo Víctor destroza un plato de paella mientras ella apenas ha rozado su ensalada, se dispone a abrir los documentos.

Doce archivos en total. Doce casos de homicidios sin resolver entre los años 2003 y 2006.

—¿Qué haces? —pregunta Víctor con palabras atropelladas, lanzando al viento, como perdigones, varios granos de arroz.

—Nada. —La respuesta seca y cortante de Aura causa un efecto inmediato en su compañero, que agacha la mirada y vuelve a hundirse en su plato. Aunque ahora lo hace con un brillo distinto en los ojos.

Aura revisa los primeros, correspondientes al 2003. No encuentra ninguno que se aproxime a los casos descritos por Mateo. Sigue en el siguiente año. El primero del 2004 es un caso de un hombre encontrado en una acequia, con un golpe en la cabeza. La causa de la muerte no parece ser esa. Según reza el informe murió ahogado.

El siguiente ni siquiera lo lee. Un chico de doce años encontrado en un camino rural.

Es el tercero el caso que deja ojiplática a Aura. Con fecha de junio de 2004. Un camionero encontrado en la estación de servicio de Torrent, en la A7. Sigue leyendo.

El informe explica que el cuerpo fue hallado en su camión, un Renault Magnum 480 Azul de la empresa Transfruit. Hallado en el interior de la cabina con múltiples heridas por arma blanca. También dice que no se había encontrado ni su documentación ni apenas objetos de valor. Se sospechó de una prostituta que frecuentaba la zona, pero, al no encontrar pruebas contra ella, no pudieron imputarla.

De inmediato, ella sabe que ese caso es el que menciona Mateo en sus primeras notas. El caso que Raúl no quiso investigar. Deja a un lado ese archivo y sigue buscando.

—Esto con Javier no pasaba. Echo de menos su compañía.

Aura mira a Víctor y encuentra en su rostro una lágrima que cae sobre la mesa. Con un grácil movimiento, el subinspector se enjuga las que quedan y sonríe.

—¿Pasa algo? —investiga Aura preocupada. Su obcecada cabezonería la ha apartado del mundo mientras investigaba el caso.

—Pasa que Javier jamás tuvo secretos para mí. Y, encontrarme ahora comiendo solo mientras tú te haces la tonta para llevar por tu cuenta tus propias investigaciones, se me hace extraño. Yo lo

entiendo, pero no puedo evitar sentirme aislado.

—Yo… —intenta justificarse ella.

—No. No tienes que darme explicaciones. Para mí mejor. Cuanto menos sepa, más difícil será que puedan culparme de estar encubriéndote. Solo espero que, si te metes en un lío, no quieras que vaya nadie a sacarte de él. Si ahora quieres ir por tu cuenta, hazlo para cualquier tipo de situación.

El orgullo se puede percibir en la voz tenue de Víctor, que termina de rebañar el plato de paella y levanta la mano a Antonio para que le traiga el segundo. Aura aparta la mirada con nostalgia. Sabe que ha jugado mal sus cartas y entiende la rabia de su compañero.

—De esto no puedes decir nada si no quieres meterte en un lío.

—Aura. No te lo he dicho para que me cuentes nada ahora. Ha sido un pensamiento que se me ha caído de la cabeza. No quiero saber qué te traes entre manos. Solo espero poder encontrar a Javier cuanto antes y volver a la normalidad. Volver a levantarme cada mañana sin este puto dolor de estómago que apenas me deja caminar.

Las palabras de Víctor dañan a Aura, que se muerde los labios unos segundos para contener así palabras que no quiere utilizar. Cuando al fin respira, mira a su compañero y acerca el teléfono al centro de la mesa.

—Escucha y punto. Sé que me he portado mal, pero no estoy acostumbrada a trabajar contra el reloj, y menos con Javi fuera de juego. ¿Podrás perdonar mi pequeña ida de cabeza? —A pesar de que su disculpa ha sonado algo forzada, oculta bajo un manto de orgullo que araña la garganta de la subinspectora, decide sonreír. Víctor asiente, entonces ella continúa—. Cuando encontré el cuadro en casa de Mateo, junto con la nota que tiene Raúl, encontré varias más. En ellas habla de otros crímenes, digamos preparatorios. Creo que los he localizado.

Víctor abre los ojos cuando lee el mismo informe que, un momento antes, ha encontrado Aura.

—¿Era un entrenamiento? ¿Una iniciación?

—No lo sé. Tengo que seguir leyendo sus notas para poder investigar bien el porqué.

Antes de volver con el asesino, intenta encontrar el siguiente caso. Sabe, por la descripción de Mateo, que era un anciano, así que descarta los dos siguientes al tratarse de mujeres. Es justo en el último de 2004 cuando lo encuentra. Un hombre de sesenta y cuatro años, encontrado en un huerto de naranjos con más de doce heridas por arma blanca en el torso, y una en la cara.

—Este es otro —anuncia ella entregando el móvil a Víctor. Mientras él lo revisa, ella saca las notas de Mateo que oculta en su bolso. El montón es pequeño, por lo que ya no quedará mucha historia

que contar. Suspira antes de perderse en esas oscuras líneas.

Hoy no he podido evitar vomitar. Aunque lo he hecho en casa. No sé si ha sido el apestoso olor de ese viejo o la repugnancia que me ha causado ver su cara llena de babas.

Lo he asaltado mientras estaba follándose a esa puta. No he encontrado un momento mejor. Primero le he clavado el cuchillo a ella, mientras estaba montada sobre el cuerpo flácido del viejo. Le he dado no menos de tres puñaladas. Ella ha gritado y se ha apartado enseguida, así que yo he seguido clavándole el cuchillo en la parte delantera. No sé por qué lo he hecho. No tenía fotos de ella. Ella no tenía que morir. No debía morir.

Cuando ya no respiraba y el coche estaba lleno de sangre, he visto que el viejo intentaba huir por dentro del huerto, con los pantalones en los tobillos y dando saltos torpes. No me ha costado alcanzarlo.

Creo que han sido los nervios los que me han revuelto las tripas. Los nervios o el petulante olor a sexo y alcohol que desprendía su cuerpo desnudo. Cuando lo he alcanzado, le he clavado el cuchillo en la espalda, haciendo que perdiera el equilibrio. Ya en el suelo he seguido apuñalándolo mientras él gritaba como un cerdo en una matanza. No he soportado sus gritos, así que, en un momento dado, le he clavado el cuchillo en la cara para que dejara de gemir.

Ha servido de poco.

No paré de clavarle el cuchillo hasta que dejó de gritar. Tras eso no tuve más remedio que meter a la puta en el maletero y llevarme el coche.

No sabía qué hacer. El mensaje siempre era claro. Guantes, cuchillo y pasamontañas. Sé rápido, sé eficaz, coge su cartera y huye. Eso hice, aunque también me llevé su coche. No podía dejar allí a la chica.

Aquella zona estaba cerca de la pequeña cochera que madre heredó del abuelo, y que servía para reparar unas pequeñas furgonetas de reparto que tenía. Allí dejé el Seat.

He quemado el cuerpo de la prostituta hasta que no ha quedado más que un poco de polvo. Haré lo mismo con el coche, aunque con este tendré que hacerlo poco a poco.

Cuando he llegado, he encontrado otra fotografía. Este no es un viejo. Y no dice nada más.

—Creo que esto es bastante fuerte. Estamos ante algo más grande de lo que nos temíamos. —Aura entrega la nota a Víctor, que tarda más de un minuto en leerla. Cuando acaba, sus ojos no son los mismos.

—Tiene toda la pinta de ser este caso. Pero no hablan de la prostituta. Creo que nadie la echó de menos.

—¿Recuerdas dónde estaba el pequeño almacén que menciona?

—Solo que estaba en el polígono de Alacuás. Poco más. Tendríamos que refrescar los datos para encontrar la dirección exacta, o ir a dar un rodeo por la zona. No es muy grande tampoco.

—¿Vienes?

Víctor asiente, pero, justo antes de levantarse de la mesa, el teléfono de Aura suena. Un número que no tiene guardado en la agenda es lo que aparece en su pantalla. Descuelga.

—¿Subinspectora Casado? Soy Felipe Catalá, el director de la residencia La Esperanza. No sé si me recuerda.

—Con total precisión. ¿Qué ocurre? —responde ella con un ápice de soberbia en su voz.

—Verá. Me han llamado de la asesoría donde guardan todos los archivos físicos de la residencia. No sé cómo decir esto...

Todo se vuelve extraño en ese momento. Aura aprieta el teléfono con sus manos, temiendo conocer las próximas palabras del director. Se moja los labios con la lengua y suspira.

—Dígalo sin más.

—Sí, a ver. Los documentos que usted me ha pedido no estaban en los archivos de la residencia. Han revisado año por año y no han encontrado nada.

Aura sonríe. Sabía que ese iba a ser el desenlace ante el aviso premonitorio de Felipe. Su voz trémula, sus palabras entrecortadas y su tono agudo y lento ya hacía presagiar ese resultado.

—¿Cómo será que no me extraña?

—Le juro que yo no tengo ni idea de por qué ha pasado eso. Si puedo ayudarla, en lo que sea, descuide que haré todo lo que está en mis manos.

—Bien. Deme la dirección de la asesoría. Ahora mismo iremos para allá a revisar nosotros mismos los archivos.

El silencio al otro lado se extiende más de lo previsto. Tanto que Aura tiene que carraspear para alertar de su corta paciencia a Felipe.

—Sí, lo estoy buscando. Calle Juan Ramón Jiménez.

Seguidamente le da todos los detalles: nombre del asesor que lleva sus archivos, nombre de la asesoría. Aura cuelga sin despedirse siquiera. Nerviosa, enfadada. Sus manos comienzan a sudar y su cuerpo se aleja de la tranquilidad que le reportó la ducha esa misma mañana. Poco a poco vuelve a su estado de alerta casi permanente.

—¿Nos vamos? —indica Víctor sin terminarse el plato de pollo al horno que le acaban de servir.

Ella asiente. Desea coger su coche y acudir a esa misma dirección cuanto antes, pero Raúl espera en Jefatura, y no sería una buena

decisión burlar su autoridad.

14 de marzo de 2018, 16:36. Valencia

—Bien. Tenemos a Manuel Frutos esperando en una sala comunitaria. Le hemos dicho que tiene que rellenar el papeleo para llevarse el cuerpo. Vamos a aprovechar para intentar sacarle algo de información —anuncia Raúl.

—Tengo entendido que es él quien nos está poniendo piedras en el camino. ¿Qué oculta? —pregunta Víctor con la voz firme.

—Es lo que tenemos que averiguar. Por lo que sabemos, antes de jubilarse presidía el comité ético de una clínica de ensayos médicos.

—Por eso reaccionó así al ver la caja de medicamentos. Él sabe algo. —Aura se incorpora sobre su silla, haciendo audible una duda que todos rumian.

—No entiendo. ¿Qué es eso del comité ético? —se interesa Víctor, justo cuando Raúl se levanta.

—Al parecer son los que filtran y aprueban, junto con los médicos, las distintas pruebas con voluntarios. Igualmente, no es hora de dar clases. Manuel se irá en cualquier momento. Aura, vienes conmigo. —Raúl informa al grupo antes de salir de la sala de reuniones.

Aura quiere seguirlo. Intenta mover su cuerpo, pero sus músculos no obedecen. Su mirada se centra en la pizarra blanca con nuevas fotografías en su cada vez más saturada superficie. Mira el cuerpo de Ariadna, el de Rubén. Dos muchachos jóvenes con toda una vida por delante.

«¿Cuándo se torció tanto tu camino?». Quiere preguntárselo a El Bosco. Necesita encontrar una razón para todo aquello. Al fin se marcha sin hallar respuesta.

—El juez nos va a conceder la orden para registrar la asesoría de la residencia, así que, acabamos aquí y nos marchamos. —Raúl había llamado al juez cuando Aura le contó las novedades. Todos han coincidido en que el caso pasa por encontrar esos documentos. A pesar de ello tienen otra urgencia.

Cuando llegan a la sala comunitaria encuentran al padre de Ariadna terminando de discutir con un funcionario de administración, con la mirada caída y los brazos tensos. El dolor todavía se aferra a su rostro como un mal recuerdo.

—Señor Frutos. Nos gustaría hablar con usted —inicia Raúl cuando él y la subinspectora llegan a su mesa.

El hombre lanza una mirada rápida que pasa rozando por los ojos de Raúl. Luego se vuelve hacia el papel y termina de grabar su rúbrica en él.

—No tengo tiempo para charlas. Tengo que enterrar a una hija. —Intenta levantarse, pero el cuerpo erguido del inspector jefe impide su acción. De nuevo, Manuel vuelve a mirar a Raúl, aunque esta vez deja

la mirada fija sobre sus ojos.

—Es importante.

—Pues entonces, si es importante, hágame llegar sus preguntas por correo, y le remitiré mis respuestas tan pronto como me sea posible.

—Podemos hacerlo de manera oficial si lo quiere. En unas horas podría tenerlo en una sala apartada haciéndole todas las preguntas que crea oportunas. Solo quiero aclarar unas dudas rápidas, y podrá irse.

Raúl no espera respuesta. Hace un gesto a Aura y comienza a caminar hacia una pequeña oficina vacía que hay a unos pocos metros. No mira atrás. No quiere saber si Manuel ha accedido a su petición por el duelo que necesita mantener con el entrevistado. Esa distancia será crucial para afrontar las preguntas.

El señor Frutos lanza un bufido corto y sigue a los agentes, arrastrando los pies como un vagabundo muerto de hambre. Cuando entra en la oficina, Raúl ya se ha acomodado sobre la mesa.

—Bien. ¿Qué es eso tan importante que necesitan aclarar?

—¿Sabe si Ariadna sufría algún trastorno? —pregunta sin más. No se anda por las ramas. Sabe que tiene que atacar con furia al hombre, pues de no ser así no conseguirá nada.

Manuel abre los ojos y abocina los labios para poder humedecerlos con la lengua. La pregunta lo ha ofendido y no hace falta matizar al respecto. Todos allí lo han presenciado.

—Ariadna estaba perfectamente. ¿Qué quieren insinuar?

—Solo estamos intentando entender por qué encontramos una caja de Galantamina en su bolso, si su salud era bastante buena.

El señor Frutos no responde. Alza la barbilla y su presencia crece en la sala. Hincha el pecho y endereza los hombros.

—Mi hija no se medicaba.

—¿Entonces qué hacia esa caja ahí? —responde Raúl casi solapando su voz con la del hombre, como si intuyera que iba a decir eso.

—No lo sé. Puede que lo tomara su compañera. O tal vez estaba trabajando en algún caso.

—Señor Frutos. —Es Aura esta vez quien se adelanta. Con un tono de voz bajo y media sonrisa dibujada en su rostro, intenta calmar al padre de la muchacha—. Sabemos que esa caja no pertenece a nadie de los presentes esa mañana. Y también sabemos que usted puede tener una idea de para qué sirve ese medicamento.

—¿Y qué les hace estar tan seguros de que yo sé para qué sirve ese medicamento?

—Bueno. Sobra decir que, a pesar de estar ya jubilado, usted trabajó como presidente del comité ético del laboratorio Beinnet. No creo que sea difícil que conozca este medicamento. ¿Lo usaron alguna

vez? —insiste Aura, como si supiera de qué hilo tiene que tirar.

—Yo nunca estaba en las pruebas. Solo valorábamos los riesgos que podrían suponer para los pacientes las pruebas que nos exponían.

—¿Y alguna vez propusieron pruebas con Galantamina?

Manuel ríe ante la pregunta de la subinspectora. Aparta la mirada y da un par de pasos hasta encontrar, en un pequeño mueble, un espacio donde apoyarse.

—Sé a dónde quiere ir a parar. La Galantamina lleva usándose desde hace años para combatir el Alzheimer. Es un gran inhibidor de la colinesterasa, lo que consigue retrasar el deterioro de los neurotransmisores colinérgicos. En especial de la acetilcolina. Sí, muchos pacientes de la clínica en la que estuve trabajando recibieron tratamientos con Galantamina, y todos mejoraron notablemente. Y no, no sé qué relación pueda tener con Ariadna.

Raúl y Aura guardan silencio. Acaban de encontrar una respuesta mucho más clara de la que ellos mismos esperaban y no saben cómo continuar.

—¿Es posible que el señor que se menciona en la nota que dejan junto a su hija recibiera este tratamiento? El señor Pere Lloret.

Manuel vuelve a humedecerse los labios, mira a los agentes y la rabia parece crecer en su rostro, que demuda rápidamente a otro más hostil.

—Eso es cosa de ustedes averiguarlo. A mí ya poco más me pueden hacer. Así que, si no tienen nada más que decirme, me gustaría marcharme.

Los agentes asienten con displicencia. Heridos ligeramente en su orgullo. Manuel se marcha sin despedirse mientras que Raúl suspira al entender que la soledad vuelve a pertenecerle.

—¿Crees que pueda tener algo que ver?

Aura aparta la mirada. No quiere tener que pensar en eso. No es capaz de cargar con más lastre en su cabeza ya abotargada de miedos y especulaciones.

—Si El Bosco lo ha señalado como víctima, estoy convencida de ello. La pregunta no es si tiene algo que ver, sino ¿qué pinta El Bosco en todo esto?

Raúl se pasa la mano por la cara. Sabe que todavía están muy lejos de acercarse a la verdad, y eso lo altera. Lo derrumba, y más con Javier descontando minutos de una cuenta atrás cada vez más apurada.

—Espero que en la asesoría podáis encontrar algo. Creo que...

—¿¡Dónde están!? —Un grito rompe la tensa calma que se había generado en la pequeña sala.

Aura y Raúl se asoman con celeridad, para ver la figura maltrecha de Álvaro Ferrer. Su cuerpo se tambalea entre los escritorios de la

zona común mientras busca con una mirada bailona a alguien en particular. Alguien que parece reconocer cuando encuentra la presencia errática de la subinspectora.

—¡Tú! —Se acerca a gran velocidad en un recorrido zigzagueante que hace que se lleve dos mesas por delante. El ruido de las patas arañando el mármol rompe el silencio que se ha formado—. Me prometiste que lo encontrarías. Me juraste que estaría bien. —Sus ojos rojos denotan dolor, sufrimiento y algo más que Aura reconoce como un exceso de alcohol.

—Señor Ferrer. ¿Por qué no se calma y entra al despacho? Podemos hablar tranquilamente.

—¡No! No tengo nada que hablar con vosotros. Lo habéis dejado morir. Sabíais quién lo tenía y no habéis hecho nada. ¡Nada! —grita, y su voz queda aferrada a las paredes por unos segundos.

—Señor Ferrer —intercede Raúl intentando cubrir con su cuerpo cualquier reacción en contra de su compañera que pudiera tener el padre de Rubén—. Sabemos que esto tiene que ser muy duro, pero créame que esta no es la mejor forma de tratarlo. Pase a la oficina mientras le preparamos una taza de café.

—¡Que no quiero café! ¡Joder! Quiero saber por qué no habéis hecho nada. Quiero entender por qué habéis dejado morir a un chaval tan joven. Tan… —Y se rompe del todo. Su voz se extingue de pronto, dejando un gañido agudo por toda respuesta. Raúl se acerca y lo toma del hombro para introducirlo en la misma oficina de la que acaban de salir. Allí, Aura vuelve a cerrar.

—Ahora tiene que ser fuerte. Necesitamos que colabore cuanto pueda para evitar que este asesino siga matando. Señor Ferrer…

—No. No voy a ayudaros. No pienso hacer nada por vosotros. Lo habéis dejado morir como un ladrón. Como un puto delincuente. Me lo han contado todo. Me han enseñado los vídeos. Lo he visto, ¿sabes? He visto cómo lo sacaban de un maletero cubierto de sangre. Solo de pensar cuánto habrá sufrido…

—No piense eso. No va a ayudarlo. Cada víctima que ese hijo de puta deja por el camino nos duele casi tanto como a sus familiares. Créame. Por eso tenemos que encontrarlo. Por eso tiene que ayudarnos.

—Señor —dice Aura, entendiendo que quizá no sea el momento. Sabiendo que lo que va a preguntar puede suponer que el individuo se cierre en banda—. Junto al cuerpo de Rubén encontramos otro nombre: Inés Mayor. Estamos averiguando quién es, pero casi con total seguridad ese nombre nos lleve a la residencia que usted dirigía en la década de los noventa. Los archivos de estos ancianos han desaparecido. ¿Usted sabe algo?

Las lágrimas de Álvaro desaparecen. Su rostro compungido muta

en otro cargado de rabia.

—Mi hijo acaba de morir y tenéis el valor de interrogarme a mí. Sois una panda de malnacidos. ¿Estáis insinuando que yo tuve algo que ver con la muerte de mi propio hijo? —inquiere con un mohín de rabia. Su voz hace vibrar las paredes y su cuerpo se tensa por completo.

—No queríamos importunarle. Solo necesitamos avanzar. El tiempo es un bien escaso ahora mismo y no podemos derrochar un minuto. Sabemos que esos nombres son importantes para el caso y necesitamos encontrar los archivos.

—Pues entonces haced bien vuestro trabajo y no esperéis a que los demás os solucionen la vida.

Álvaro se levanta y se dirige hacia la puerta con pesados pasos que resuenan por toda la oficina.

—Señor Ferrer, creo que deberíamos hablar un poco más —insiste Raúl. Aura no vuelve a hablar. Sabe que su estrategia ha fallado. Que ha perdido.

—¿Estoy detenido?

—No está detenido. Pero no creo que sea necesario tener que llegar a...

—Pues entonces que os den por el culo. Si queréis algo, os buscáis la vida. Ahora lo único que me interesa es poder recuperar el cuerpo de mi hijo. Lo demás ya ha dejado de importar.

Abre la puerta y se va. El ruido arrastrado de varias mesas vuelve a repetirse unos segundos más tarde y, en poco más de un minuto, el silencio se apodera de nuevo de la comisaría.

—Hay que ir ya a la asesoría. Tenemos que encontrar esos archivos cuanto antes.

14 de marzo de 2018, 17:44. Valencia

A pesar de que el viaje no ha durado más de veinte minutos, Aura no ha podido dejar de pensar en el padre de Rubén durante todo ese tiempo. El rostro depauperado del hombre no se borra de su memoria. La hunde en la miseria. La destierra a un mundo de lamentos y descontrol donde todas sus motivaciones se van extinguiendo poco a poco. No obstante, Aura siempre ha sido una persona fuerte y sabe disimular la angustia. Cuando aparca, mira la puerta de la oficina y respira hondo.

—Nos están esperando.

Víctor asiente y se baja del coche. Ya en la acera, se sacude las virutas de papas que han quedado sobre su pantalón y tira la bolsa vacía en un basurero cercano. Luego vuelve con la subinspectora, que ha decidido no esperarlo y avanza hacia la asesoría.

En el interior aguardan dos personas. Uno de ellos, que Aura presupone que es el tal José, está sentado sobre el escritorio charlando alegremente con una mujer que frisa los cuarenta años, de pelo rojizo y mirada sobrada, solo aparta la mirada del ordenador para confirmar la presencia de los agentes.

—Ustedes son los que han llamado, ¿no es cierto? —pregunta José. Su apariencia roza la del típico ser de oficina: camisa clara, corbata oscura, pelo engominado y gafas de pasta—. Os estaba esperando.

—¿Y quiénes somos concretamente? —inquiere Aura, que últimamente desconfía ya de todo el mundo.

—Son los agentes de la Policía Nacional. ¿No?

—De la UDEV —especifica ella. Creo que el señor Catalá ya habló contigo para exigir unos documentos.

José sonríe con exagerada efusividad mientras rodea la mesa para colocarse detrás de la mujer.

—Sí, bueno. Le dije a Felipe que esos nombres concretamente no estaban en los archivadores.

—¿Habéis buscado bien?

—Ficha por ficha —responde ufano José—. Es más, he intentado localizarlos en el ordenador por si las fechas no eran las correctas, y tampoco aparecen. Quizá se hayan equivocado de residencia.

Esta vez es Aura la que sonríe. Observa el pequeño despacho con la tranquilidad de quien tiene tiempo de sobra, aunque ella no lo tenga. Busca en la mirada nerviosa de José o su compañera la mentira, pero solo encuentra nervios y tensión.

—¿Podríamos llevarnos los archivadores que correspondan a la década de los noventa?

—¿Tienen una orden? —La jugada del hombre sale mal, pues, cuando lanza esa pregunta, Víctor se adelanta con templanza y

muestra la orden del juez para revisar y requisar cualquier elemento que pueda ser útil para la investigación. José mira el papel y asiente con seriedad—. Elsa, trae los archivadores que piden. Pero ya les digo que no van a encontrar nada. Yo mismo los he revisado uno por uno.

—¿Desde cuándo tenéis informatizados todos los datos de la residencia? —investiga Víctor, que no le interesa escuchar las excusas del hombre.

—Desde que nos contrataron. Creo que fue en el año 2008.

—¿Y no es posible que en vuestros archivos digitales tengáis algo de información?

José niega con una sonrisa algo más desatada que la que tenía cuando los agentes llegaron.

—No digitalizamos tanta información. Nos dedicamos a digitalizar los datos de la residencia y solo los expedientes activos del centro. Los que ya estaban cerrados los dejamos en físico archivados en cajas.

—¿Tenéis el nombre de la persona que os contrató?

—Fue el director que estuvo antes de Catalá. No recuerdo ahora el nombre. Creo que se llamaba Julio Vacas.

—¿Y fue él quien os entregó todos los archivos?

José asiente y, justo en ese momento, aparece Elsa con una caja de cartón y diez archivadores negros. Cada uno de ellos marca el año distinto dentro de la década que Aura ha exigido. Aura duda cuando recibe la caja. Intenta dibujar en su mente una posible salida mientras ojea cada expediente. Un camino que les ayude a seguir avanzando.

—¿De cuántas plazas dispone la residencia?

—No entiendo —se excusa José arrugando la frente.

—Creo que la pregunta es clara. ¿Cuántos residentes puede tener como máximo la residencia? —insiste Aura, que ha notado algo extraño tras la tercera carpeta.

—No estoy seguro, pero... —José comienza a manipular el ordenador y son las teclas las que hablan durante ese breve espacio de tiempo—. Cuarenta. Cuarenta habitaciones tiene.

—Eso me temía. De acuerdo, José, vamos a llevarnos la caja. Un compañero te llamará para pasar a recogerla cuando deje de ser importante. Por el momento, si tiene alguna novedad o encuentra los expedientes que te hemos pedido, nos gustaría que nos lo hagas saber.

Los agentes se marchan sin esperar respuesta, oyendo cómo José se despide a lo lejos, en un tono descendiente que muestra la creciente distancia entre ellos.

De nuevo, el camino hasta el coche se convierte en una travesía lenta, callada. La noche ha caído de nuevo con fuerza y apenas queda sombra de sus cuerpos que los acompañen. Aura se introduce en el coche con celeridad para cobijarse del frío que comienza a humedecer las calles. Víctor la sigue.

—¿Qué has visto? —pregunta él cuando el ruido de la puerta los encierra en un mutismo helado.

—Mira estos archivos. Todos los expedientes incluyen el número de habitación que ocupaba el residente. Muchos expedientes incluyen el parte de defunción, es decir que sí hubo residentes que murieron en la residencia. ¿Por qué los que buscamos nosotros no están?

Víctor se moja los labios entendiendo las palabras que Aura le está lanzando. Revisa el primero de los expedientes que le ha dado y comprueba lo que dice. Tanto el número de la habitación como la información del deceso se nombra en el archivo. Otros fueron dados de baja sin haber fallecido.

—Todos tienen el número de habitación —confirma él—. Si comparamos los números de habitación que faltan, o que cambian de residente, podremos saber de cuántas personas hablamos.

—Eso es. O tal vez incluso saber qué habitaciones ocupaban. —Aura le da un golpe en el hombro a su compañero, que lanza un gemido de dolor al aire mientras se acaricia la zona dolorida—. Tenemos que averiguar si la residencia otorgaba habitaciones por orden o tenían algún tipo de norma.

—Ahora es tarde. Creo que lo mejor será dejarlo para mañana a primera hora. Paso yo a por ti mejor.

Aura intenta no pensar en la hora. A Javier se le acaba el tiempo y cada minuto que pasa sin hacer nada es una vuelta de tuerca que le da el estómago. A pesar de ello, asiente. Sabe que no puede exigir más a sus compañeros. Entiende que no todos pasan por lo mismo. Pero ella no va a darse por vencida.

Tras una marcha lenta y callada —una vez más—, llegan al edificio de Víctor, que mira con unos fulgentes ojos caídos a su compañera antes de bajar.

—¿Quieres cenar con nosotros?

Ella sonríe ante la osada pregunta de su compañero. Sonríe porque sabe que a Víctor le pesan sus decisiones, aunque sean comprensibles.

—¿Qué voy a hacer yo en tu casa? Tu mujer querrá estar contigo un rato también. Nosotros ya nos vemos todo el día.

—Mi mujer seguro que está encantada de tenerte en casa. Vamos, te invito.

Aura niega con dulzura y, por primera vez en muchos días, sonríe con sinceridad.

—Estaré bien, no te preocupes.

Víctor no se mueve. Permanece inmóvil y con la puerta abierta esperando un gesto por parte de su compañera que nunca llega. Ella sonríe un par de veces más, hasta que su amabilidad se extingue de golpe.

—Vamos, o sales o entras, pero me estás metiendo todo el frío de la

calle en el coche, cabrón.

Víctor ríe ante la súbita explosión de Aura y sale del coche. Aunque su mirada apagada vuelve a reproducirse cuando cierra la puerta. Antes de girarse, vuelve a sonreír.

Aura ya ha dejado de hacerlo.

Acelera y, cuando pone segunda, su mente le grita que no gire a la derecha. Pero ella hace mucho tiempo que dejó de hacer caso a lo que su mente le exige. Gira a la derecha y vuelve a acelerar.

Su objetivo está en Alacuás.

La travesía ha durado más de media hora. Media hora cargada de pensamientos oscuros. De nervios. De miedo. Media hora pensando qué va a hacer, aunque el dónde sí lo sabe.

Su trayecto acaba en el mismo almacén que años atrás enfrentó a su equipo contra Mateo por primera vez.

Baja del coche y saca del maletero una pequeña palanca de hierro que tiene para ayudarse en caso de un pinchazo. Cierra el vehículo y cruza la calle en dirección al pequeño almacén.

Imágenes alternas mezclan su presente con el pasado de aquel lugar. Imágenes como la puerta que Mateo arrancó en su huida o el cuerpo del agente que no pudo contar lo que pasó allí dentro. Ella avanza por el pequeño callejón en busca de la puerta trasera.

No lo duda cuando llega a ella.

Clava la punta de la palanca sobre la cerradura y tras forzar un par de veces el metal cede y la puerta se abre con un chirrido carrasposo que anuncia su llegada. Ella desenfunda su pistola y una pequeña linterna, y comienza a violar la penumbra que se abraza a las paredes y al polvo que reina en la zona.

Camina por el primer pasillo sin que halle nada. El haz blanco, casi angelical, de su linterna va descubriendo distintas zonas y, cuando llega a la segunda sala, una pregunta resurge en su cabeza.

«¿Qué haces aquí?».

No lo sabe.

No sabe por qué ha ido hasta allí de noche, sola, a merced de El Bosco, que podría atraparla y acabar con ella sin la menor de las dificultades. Esa duda se hace más intensa cuando escucha un crepitar extraño a lo lejos. Un ruido que deja su eco bailando por la sala.

Traga saliva, aprieta las manos y siente el sudor de sus palmas resbalando por la superficie metálica de la empuñadura de su pistola.

—¡Policía! —grita con la voz entrecortada.

El miedo se apodera de su cuerpo, que comienza a temblar casi sin control. Siente su boca reseca, sus piernas doloridas. Escucha los latidos de su corazón queriendo escapar de su pecho.

De nuevo, un crujido resuena a su espalda.

Aura se gira de golpe y la luz dibuja un haz casi horizontal hasta su nuevo objetivo. Allí puede ver la silueta de un viejo coche. Entrecierra los ojos y apunta con la linterna hacia el objeto.

Confirma que es un coche.

—¡Lo sabía! —dice ella mientras se acerca a su nuevo descubrimiento.

Cuando la linterna es capaz de abrazarse con fuerza al vehículo, Aura reconoce la figura del Seat que leyó en las notas de Mateo. Del coche apenas queda el chasis. Un amasijo de metal y cables es lo que encuentra la subinspectora, que entiende que es el coche del anciano asesinado en 2004.

Pero no es todo lo que llama su atención. A las pequeñas partículas de polvo que flotan en volutas frente al haz de luz, un hedor ácido también llama su atención. Continúa buscando en derredor, pero la oscuridad es demasiado densa. Se abraza con fuerza a cada rincón dejando un abismo completo más allá de donde la linterna consigue descifrar.

Saca su teléfono para llamar a Raúl y es en ese momento cuando un tercer ruido la alerta. Esta vez ha sonado más cerca, casi a su lado. Con el corazón detenido, deja caer el móvil y se vuelve hacia la zona de donde procede el ruido. Esta vez sí consigue ver algo.

En mitad de la penumbra, la sombra de una silueta se deja ver a lo lejos.

—¡Quieto! —grita ella apuntando hacia él. Pone el dedo en el gatillo y tensa los músculos. No va a dudar. No puede hacerlo—. ¡No te muevas!

Pero la sombra no hace caso y se pierde de nuevo entre la penumbra que custodia el almacén.

—¡Policía! —grita de nuevo, y acaricia el gatillo con el dedo índice. Aspira con fuerza y entrecierra los ojos.

Tiene que disparar.

14 de marzo de 2018, 19:39. Alacuás.

—¡Sal con las manos en alto! —grita de nuevo. Siente el gatillo cediendo, ansioso por escupir su acero incandescente a la silueta ahora perdida entre la penumbra inquieta.

—Soy yo. Soy yo. —Su voz atraviesa la oscuridad para hacer que Aura baje el arma casi como un acto reflejo.

Del pequeño pasillo por el que ha accedido la subinspectora asoma media cabeza de Víctor, que no termina de confiar en sus movimientos.

—¡Joder! Casi te pego un tiro —se queja ella intentando recuperar el aliento. Su corazón va tranquilizándose al saber que es su compañero el que aparece para ayudarla—. ¿Qué coño haces aquí?

Cuando descubre que Aura ha guardado su arma, Víctor sale por completo de su refugio y se acerca a su compañera, portando en su mano también su pistola.

—Sabía que no te ibas a ir a casa y, cuando giraste en la dirección contraria, decidí seguirte. Ahora, el taxi lo vas a paga tú, que me la ha clavado el hijo de perra.

Ambos ríen en mitad de ese umbroso infierno. Víctor todavía permanece en la inopia, en la desdicha de no saber nada, hasta que Aura le muestra el hallazgo.

—Ese es el coche que menciona Mateo en sus notas.

Víctor observa el chasis oxidado descansando bajo una enorme capa de polvo, a un lado de la sala.

—¿Cómo es posible que no nos diéramos cuenta de esto la primera vez que estuvimos? —se lamenta él, mirando el amasijo de hierro.

Aura no sabe qué puede responder. No lo sabe porque comparte la misma opinión que su compañero. Intenta devolver su mente a aquel día para localizar allí quién se encargó de registrar toda la zona.

—Quizá no vieron esto como algo relevante. Al fin y al cabo, son hierros oxidados.

—Sea como sea, esto ya no forma parte del caso. No tenemos nada para…

—Calla. —Aura ha dejado de interesarse en el coche para fijar la luz en otro espacio más alejado.

El silencio se extiende mientras se centran en una silla que corona la sala contigua. El haz de luz atraviesa un pequeño marco hasta llegar a una sala distinta. Allí una silla se muestra solitaria sobre un lecho hecho de plástico transparente.

Ambos agentes se acercan con cautela, dando pasos lentos, meditados. Cuando cruzan el quicio de la puerta, encuentran toda la verdad.

—Creo que tenemos que llamar a Raúl. Hoy no vamos a dormir

mucho. —Víctor se pasa la mano por su cabellera rubia cada vez más descuidada.

Aura no responde. Su mirada viaja por toda la estancia. Una estancia creada para el delito, para el mal. En el centro de la sala está la silla que llamó la atención de la joven, cubierta de sangre ya seca. Pero no es lo único que detiene su corazón. En una mesa, a un lado, un escritorio muestra varios monitores pequeños.

—Aquí hay algo —anuncia Víctor, y señala un pequeño generador eléctrico a gasolina. Pasa unos segundos manipulándolo—. Tiene llave —. Y tras eso enciende el generador.

De pronto la sala se ilumina poco a poco dejando un baile de chiribitas en las bombillas, que se esfuerzan por encenderse del todo, hasta que la potencia es la indicada. Cuando la luz devuelve a la vida la sala, el terror crece todavía más.

La sangre que decoraba la silla es tan solo un detalle nimio bajo el enorme charco que rodea las cuatro patas. Las imágenes cobran vida en los monitores para mostrar distintos puntos de la zona y junto a la mesa se muestra otra más pequeña, repleta de papeles y fotos.

—Creo que hemos dado con su centro de mandos —dice Aura.

El equipo ha llegado junto con los compañeros de la científica para recabar tantas pruebas como les sea posible.

Cuando Raúl entra en la sala donde Aura termina de observar todo, su rostro no dibuja satisfacción. No dibuja nada. Se muestra tenso, nervioso, serio.

—¿Cómo habéis encontrado esto? —inquiere sin saludar siquiera.

—Un pálpito —responde Aura ignorando la mirada extraña de Víctor.

—¿Pálpito? Vaya. Tendrías que echarte una primitiva entonces. —Y se vuelve sin decir nada más. Camina cuatro pasos y desde la distancia, sin apenas volverse, matiza sin tono en su voz—. Buen trabajo, supongo.

Su voz no ha sonado complacida. Tampoco ha convencido a Aura, pero ella no está interesada en las palabras del inspector jefe, sino en los papeles que decoran la segunda mesa. Son todos planos de Valencia y alrededores, algunos papeles escritos y un libro que Aura reconoce enseguida. Se trata de *El arte de la guerra*, de Sun Tzu. Se acerca con la intención de tomarlo y, cuando alarga sus manos, una voz la previene.

—¿Qué tramas? —pregunta Víctor a su espalda.

—¿Por qué lo preguntas?

—Sencillo. Porque no te he visto con intención de decirle a Raúl la

verdad de cómo hemos llegado hasta aquí.

Aura levanta la barbilla a causa de un orgullo que le quema la garganta. Sonríe y se muerde el labio inferior para retener algunas palabras antes de hablar.

—¿Y qué iba a decirle? Que han sido las notas que él mismo ignoró cuando se las di. A parte de todo eso, si se me ocurre decirle que hay más notas, me voy a comer un buen marrón.

—¿Y no crees que es hora de decirle que hay más notas? Si sigues así, será cuando el marrón ya no pueda evitarse.

Ella niega con la cabeza con una sonrisa irónica.

—Cuando acabe de leerlas se las daré, descuida.

—Pues acaba ya. No me gustaría estar en medio de todo esto.

—No tienes que estarlo. Puedes desentenderte cuando quieras.

Ahora es Víctor quien se muerde el labio con una sonrisa tensa que intenta disimular.

—Mira. Yo también quiero encontrar a mi compañero tanto como tú, pero no creo que trabajando solo vaya a poder conseguirlo. Tú puedes ir a tu puta bola si quieres, pero luego no te sorprendas si te encuentras en una situación de la que no puedas salir. Hoy podría haberte esperado El Bosco aquí y yo no haberte seguido. ¿Qué habría pasado entonces?

Su pregunta hiere a Aura, que intenta encajarla tan bien como puede, pero es incapaz de evitar el brillo que se acomoda en sus ojos. Un brillo que Víctor no percibe, ya que se ha marchado sin esperar respuesta.

El orgullo de Aura tampoco le permite salir en su búsqueda. El mismo orgullo que le llevó a no despedirse de Jesús cuando se marchó. El mismo que ha hecho que jamás reconozca los sentimientos que posee hacia Javier.

Se da la vuelta y sigue con la idea que mantenía antes de que Víctor la interrumpiera. Toma el libro de Sun Tzu y comienza a buscar algo en él. Salvo varias frases subrayadas no halla nada. Nada en el libro, porque sobre la mesa sí encuentra nuevos detalles.

Varias fotos reposan sobre la mesa de madera. Fotos que hielan la sangre de la subinspectora. Son fotografías de su equipo. De todos. Están Raúl, Daniel, Javier y ella misma. También Leo y Víctor. Es una foto que les hicieron cuando capturaron a Mateo. Una foto que quedó para la historia al ser el primer asesino en serie de la comunidad atrapado con éxito.

No quiere tomarlas. Se limita a fotografiar con su móvil todo antes de que los de la científica se lo lleven. Es de nuevo el inspector jefe quien llega primero.

—Deberías ir a descansar. Está claro que, si El Bosco estaba aquí, huyó a toda prisa. Lo que es de cajón es que le hemos desmontado el

chiringuito. Este ha sido un buen golpe para dar con él.

Ahora su voz sí parece ser más compasiva. Aura puede hasta percibir una ligera sonrisa en su rostro imperturbable. Un rostro que ya comienza a cargarse de arrugas y ojeras cada vez más notables.

—¿Se sabe algo del coche que hay en la otra sala?

—Nada. No hay matrícula y el bastidor está borrado. Es un amasijo de metal muy viejo.

La agente agacha la mirada cargando en su espalda una nueva derrota y contenta al mismo tiempo por haber desmontado su centro de mando.

Todo acaba pronto. Con Aura dejando de nuevo a Víctor en su casa y ella cruzando unas calles cada vez más desiertas. Esta vez sí ha girado a la izquierda para dirigirse a su hogar.

Su casa nunca le ha parecido tan fría. Tan siniestra. Envuelta en una penumbra casi completa, observa su escritorio todavía con los papeles de los primeros casos, a los que añade los archivos nuevos. Unos archivos que ha decidido estudiar antes de entregarlos a la mañana siguiente.

Navega sobre cada archivo con un menú infantil de Burger King que ha comprado por el camino, a un lado, y un vaso de agua al otro. Estudia cada nombre, cada fecha, cada habitación. Tras más de una hora de análisis encuentra no uno, sino más de diez expedientes que podrían haber desaparecido. Con la respiración entrecortada debido a su descubrimiento, guarda de nuevo todo y deja sus apuntes para mostrárselos a Víctor.

Es cuando deja la última carpeta cuando ve sus notas. Las notas de Mateo. Las notas que sabe que pueden conducirla hasta él. Las toma de nuevo, con la voz de Víctor resonando en su cabeza, y comienza a leer.

Durante varias semanas han seguido llegando fotos. Fotos y más fotos. Primero llegó una foto de madre. ¿Por qué madre?

Al principio no lo entendía, pero ahora creo que sí.

Junto a las fotografías de madre y de varios hombres y mujeres, una tarde encontré una nota. Una nota que decía: Un círculo solo debe cerrarse por el mismo punto por el que se inició. Y junto al texto mi foto.

¿Por qué yo?

Lo entendí varios días después cuando encontré un vídeo en casa. Un vídeo con la frase: aquí hallarás toda la verdad.

Cuando lo visualicé, entendí todo. ¿Era ese el vídeo por el que

madre tantas noches me castigó? ¿El vídeo por el cual llevo todo mi cuerpo marcado?

No pude terminar de verlo. El odio que crecía en mi interior me consumía al ver el rostro de dolor de mi madre. Al entender la humillación por la que había tenido que pasar. Poco a poco, mi odio fue creciendo mientras seguían llegando imágenes de todos ellos. Todos culpables. Todos merecedores de mi castigo. Incluso yo era culpable.

Pero no estaba preparado. Todavía tenía que enfrentarme a otras pruebas. Al menos así lo supe cuando recibí una nueva fecha. Esta vez era un drogadicto que robaba a las ancianas para meterse su pico de heroína todas las noches.

No fue difícil acabar con él. Siempre dormía en un pequeño almacén abandonado a las afueras de Paiporta.

Poco a poco he ido entendiendo mi labor en este mundo. Gracias a ese ser que me cuida desde las sombras, que me indica el camino. Que me dice lo que tengo que hacer.

Ahora, a punto de iniciar todo, ha llegado otra fotografía. Una fotografía que servirá para unirse el círculo. La fotografía de la persona que va a ayudarme en este camino. La de mi hermano.

La nota dice que él me tiene que acompañar.

15 de marzo de 2018, 09:18. Valencia

Víctor ha lanzado varias veces esa pregunta incómoda durante el recorrido hasta la residencia La Esperanza. Pero Aura ha permanecido callada hasta el momento de bajar del vehículo.

—¿Te pasa algo? —insiste Víctor.

—Nada. Estoy un poco cansada —miente ella.

Miente porque no quiere reconocer que apenas ha pegado ojo en toda la noche. Porque no se atreve a nombrar la última nota que leyó de Mateo. Y sobre todo miente por su instinto sobreprotector que siempre la ha llevado por el camino del ocultismo, renegando de verdades casi absolutas para evitar reconocer esa dependencia que se necesita entre compañeros. A pesar de todo, su mentira le pesa en el pecho. Se le clava como una espina de pescado atravesada en la garganta. Aspira con fuerza y se baja del coche solo para sentir el frío de la mañana helar su piel ardiente debido a la vergüenza de su perfidia.

En la residencia es Felipe quien los recibe, de nuevo con esa sonrisa casi infinita, falsa, artificial.

—Me alegra verlos de nuevo por aquí. Me dijo José que se han llevado varios archivadores. ¿Encontraron algo?

—Pues lo cierto es que sí. Por eso estamos aquí —comenta Aura sin mirar al director de la residencia. Sus ojos van más allá de esos dos metros que los separan. Se acercan hasta la sala donde las sombras de los ancianos se tambalean a través de un cristal que apenas deja pasar la luz. Sus oídos intentan comprender el murmullo que se desprende por un resquicio de la puerta. Su olfato no puede evitar percibir el aroma a alcohol y desinfectante.

—Bien, soy todo oídos. Si lo prefieren, podemos ir al despacho, ahí estaremos tranquilos.

Ambos agentes aceptan y comienza la travesía lenta y silenciosa hasta el pequeño despacho del director.

—¿Qué han encontrado? —se interesa de nuevo Felipe Catalá.

—Nada. Eso es lo más interesante. No hemos encontrado nada.

El director frunce el ceño ante la respuesta seca y cortante de la subinspectora, y mira a Víctor para terminar de perderse en el juego extraño de Aura, pues este sonríe con descaro.

—No entiendo. Hace un momento me ha dicho que sí había encontrado algo.

—Sí, claro que hemos encontrado algo. Lo que hemos encontrado es que no hemos encontrado nada.

—Lo siento, pero algo no estoy entendiendo. No sé si están intentando volverme loco o es algún tipo de broma.

—No es ninguna broma. Nos faltan muchos expedientes. Por eso

estamos aquí. Cuéntanos un poco sobre la política del centro en cuanto a la otorgación de habitaciones. ¿Se asignan de una forma específica o tienen algunas atribuciones especiales?

Felipe mira de reojo los expedientes y por un momento su mirada se oscurece, la sonrisa de su rostro se difumina como la luz del sol al pasar una nube.

—Todas las habitaciones están preparadas para asistir cualquier necesidad de los residentes, ya sea en caso de necesitar oxígeno o cualquier instalación de maquinaria. Así que, al menos desde que estoy yo, las habitaciones se otorgan por orden correlativo. La que queda libre es la que se asigna al siguiente residente.

—Es decir, si hay treinta residentes, y queda vacía la habitación catorce, el siguiente ocupará esa habitación. ¿Es correcto?

—Así es. Perdón por mi descaro, pero ¿por qué pregunta eso?

—Porque de ser así, tenemos más de diez residentes cuyos expedientes han sido extraviados. Si analizamos todos los expedientes de la década de los noventa, hay habitaciones que no aparecen.

Aura muestra a Víctor todos los casos para que él termine de comprobar la realidad de sus palabras, y luego se lo entrega a Felipe, que analiza también cada carpeta.

—Pues tiene razón. Veo que algunos pasan del quince al diecisiete. Luego diecinueve. ¿Cree que podría estar esto relacionado con el caso?

—Lo que creo es que alguien aquí no está siendo sincero. ¿Conocías a los anteriores directores? —Aura se muestra más agresiva que de costumbre. Su voz es firme, fuerte. No duda ni muestra debilidad.

—Ya les dije que apenas tuve algo de trato con el anterior director. El otro ni siquiera lo he visto a lo largo de mis años trabajando en el centro.

En ese momento, Víctor arruga los ojos y comienza a revisar de nuevo los archivos con un nerviosismo que no pasa desapercibido para Aura. Su mirada pasa rápido por cada uno de los documentos como si esos papeles le quemaran. Aura observa su mirada inquieta, su piel lívida, sus manos trémulas.

—¿Cuándo los residentes tienen que hacer una visita al centro médico cómo los trasladáis? —pregunta Víctor.

Aura lo mira y cuando él le devuelve la mirada ella hace un gesto con la barbilla intentando averiguar qué es lo que ha visto su compañero.

—Tenemos médicos que les hacen revisiones casi a diario —responde el director mientras cruza las manos sobre el escritorio.

—Entiendo. Pero si algún anciano necesita ir al centro médico, ¿cómo lo hacéis?

—Bueno, si es imprescindible el traslado del anciano, recurrimos a

un vehículo asistido que tenemos a disposición del centro.

—¿Suele llevarlo el mismo conductor?

Catalá inclina la cabeza, como si no acabara de comprender las preguntas que hace el inspector.

—Normalmente sí. Antes teníamos un muchacho en plantilla que era quien hacía los traslados. Pero, desde que contratamos personal cualificado, las visitas ya son mínimas. Así que suelen venir del mismo centro.

—¿Desde cuándo tienen personal sanitario en plantilla? —insiste Víctor, que no deja de abordar el tema.

—Desde antes de mi llegada. Creo que fue el anterior director quien contrató personal médico para atender a los residentes en el centro. Ahora bien, las salas dotadas con aparatos, me complace decir que fue idea mía. Desde que las tenemos, las visitas a centros médicos todavía se han reducido más. Apenas sale un anciano a la semana.

—Gracias. Por mi parte no tengo más preguntas.

Ambos miran a Aura, que sigue analizando lo ocurrido durante esos minutos. Ella niega con la cabeza y se dispone a salir junto a su compañero.

—Si necesitan algo más, pueden localizarme en mi número particular. —El director le entrega a la subinspectora una tarjeta con su número de teléfono y vuelve a sentarse en su silla, predispuesto a ver marchar, desde su escritorio, a los dos agentes.

Una vez fuera, Aura no puede evitar arrancarse de su pecho la duda que arrastra desde el piso superior, pero una llamada frustra sus planes. Es Raúl quien la interrumpe.

—¿Dónde estáis?

—En la residencia de ancianos. Vamos para allá.

—Cambio de planes. Tenéis que ir al hospital de La Fé. Hemos encontrado al implicado en el golpe que tenía el coche de Javier. Se llama Alfredo Romero.

—¿Cómo sabemos...?

—Hemos estado revisando las grabaciones donde se ve a Rubén. Alfredo es el taxista que lo recogió esa noche. Hemos investigado y hay una denuncia de agresión y fuga con este señor implicado.

No hay más información. Raúl no pierde el tiempo en nuevos detalles. Tras un: «os están esperando», cuelga sin oír la respuesta de su compañera.

Gracias a la llamada de Raúl, Aura consigue olvidar la pregunta que quería hacer a Víctor referente a su hallazgo. Él tampoco parece acordarse durante el recorrido hasta el hospital. Quizá el silencio

forzado sea un enemigo de las dudas. Hace que olvides todo cuanto necesitas averiguar. El silencio solo trae olvido. Eso siempre lo ha sabido Aura.

—¿Te ha dicho algo del hombre que vamos a ver? —inquiere Víctor cuando detiene el vehículo en la plaza reservada a bomberos del hospital.

—Nada. Que nos están esperando y que está implicado en un accidente con fuga la misma noche que desapareció Rubén.

Ninguno vuelve a decir nada durante los siguientes ocho minutos que dura la travesía hasta la habitación donde se supone que está el sospechoso.

Cuando entran, se topan de frente con un hombre postrado en una cama, dormido, o al menos en un estado que no le permite recibir a los dos agentes. A su lado, una mujer de unos cincuenta; con gafas negras y mirada brillante, se vuelve para observar a los agentes.

—¿Ustedes son los inspectores? —pregunta con la voz rota por el dolor y el cansancio de soportar la incógnita de un duelo obligado.

Aura no sabe bien qué responder. No tiene apenas información más allá de la noticia que Raúl le ha ofrecido minutos antes.

—¿Es su marido? —pregunta Aura con una sonrisa cómplice.

—Mi hermano. Alfredo está separado. ¿Qué saben del hombre que lo asaltó?

—Lo cierto es que apenas tenemos información. Lo único que sabemos es que él podría tener información sobre otro caso que estamos investigando.

—Lo del chico que llevaba en ese momento, ¿cierto? —pregunta la mujer, ofreciendo un conocimiento que facilita el trabajo de Aura y Víctor.

—Al parecer su hermano fue el taxista que lo recogió esa noche. Es muy posible que la agresión haya sido para secuestrar al joven.

—Algo nos han contado. Mi hermano ha estado inconsciente hasta esta noche. Cuando despertó no paraba de decir las palabras «cara quemada» y «el chico». No paraba de repetir lo del chico.

—¿Sabe algo más de lo que ocurrió? —investiga la subinspectora. Observa el aspecto macilento del hombre que sigue dormido con el rostro inmaculado. Aunque ella sabe que bajo la manta un mosaico sangriento destruye su cuerpo.

—Por lo que han dicho los testigos, y un poco mi hermano, un coche le embistió por detrás en un semáforo. Cuando él se bajó para hablar con el otro conductor, este empezó a apuñalarlo. —Y la mujer no puede continuar hablando. Las lágrimas brotan de sus ojos en una sinfonía de dolor oprimido—. Todavía no sabemos si saldrá adelante. Tiene varios órganos afectados, entre ellos el hígado. Pero Fredy es fuerte, siempre lo ha sido. Y ha sobrevivido a muchos atracos. Seguro

que sale de esta. —Su sonrisa evoca esa esperanza que en Aura se extinguió hace tiempo.

—Se pondrá bien —responde ella a pesar de su reticencia.

—¿El chico que se llevó está bien?

A esa pregunta ni Aura ni Víctor pueden responder con la misma sonrisa. Y sus gestos les delatan, pues la mujer agacha la mirada mientras niega con la cabeza.

—¿Podría decirme en qué calle ocurrió el accidente?

—En el cruce de la Avenida del Puerto con la calle Pintor Maella. Pobre chico. Dicen que a él también lo apuñaló dentro del taxi y luego se lo llevó. Ya me imaginaba que ese chico estaría muerto. Cuánta maldad hay en este mundo.

Los dos agentes no se atreven a responder. Se limitan a dar las gracias y a marcharse de la zona con nuevos datos que investigar.

Es justo antes de llegar al coche cuando Aura encuentra en su mente la pregunta que pospuso antes de recibir la llamada de Raúl.

—Oye...

—Perdón por lo de ayer —dice Víctor adelantándose a las palabras de Aura. Ella arruga la nariz sin entender el arrebato melancólico de su compañero—. Ayer creo que me pasé un poco con lo de las notas. No debería haberte hablado así. Sé que quieres encontrar a Javier tanto como yo, y cada uno lo paga de una forma distinta. Tú, a lo mejor, te encierras en encontrarlo a costa de todo. Yo prefiero evadirme de otras formas. En el fondo me recuerdas a Javier. Él también estaría como loco buscándote.

Aura no es capaz de evitar el rubor que se acomoda en sus mejillas y sonríe con delicadeza.

—No tengo nada que perdonarte. Todos estamos así. Mira a Raúl si no. Cada día que pasa está más tenso, como si necesitara encontrar al asesino a toda costa. Él también está pagando el tiempo que ya no nos queda.

Víctor asiente con desdén. Con un dolor agudo que se clava en su pecho. Con un miedo real a lo que pueda pasar con Javier. O a lo que ya ha pasado.

—Bueno, ¿qué me estabas diciendo?

Aura recuerda entonces el detalle que vio en la residencia y que a punto ha estado de olvidar otra vez.

—¿Qué es lo que has visto en los expedientes? Sé que algo te ha llamado la atención.

—¡Ostia! Se me había olvidado. Vamos.

El hombre se lanza en una precipitada carrera hacia su coche que no dura más de quince segundos. Aura lo sigue sin acelerar el paso. No entiende ese arrebato si apenas faltaban diez metros para llegar. Cuando ella entra, lo encuentra sacando uno de los papeles.

—¿Recuerdas que ha dicho que antes tenían un tío en la plantilla para llevar a los ancianos? —Aura asiente, y en ese momento Víctor le entrega el papel—. Mira el nombre del chófer que llevaba a todos los residentes al centro médico.

Cuando Aura observa el papel, su corazón se detiene.

15 de marzo de 2018, 11:48. Valencia

Aura nunca ha sido una persona impaciente. La espera siempre ha sido una de sus mejores virtudes. Hasta este momento. Ahora, con Javier aferrándose a la vida y dependiendo de la destreza de sus compañeros. Con un caso lleno de misterios. Con un cansancio que devora su cuerpo, es incapaz de controlar la tensión. Su cuerpo se sacude sobre la incómoda silla de madera mientras ve cómo pasan los minutos. Mientras espera la llegada del sospechoso.

Cuando vio el nombre no dudó en llamar a Raúl para pedir una orden para entrevistarlo. Este accedió enseguida. El único inconveniente fue su intención por ir a buscarlo, gesto que Raúl prohibió de forma taxativa. Ahora esa espera la desquicia por completo.

—Ha llamado Héctor —dice Raúl justo cuando entra en la pequeña sala—. Ya tiene la autopsia de Rubén. Nada nuevo que podamos añadir. El chico recibió cuatro puñaladas dentro del taxi, y luego otras siete mientras se supone que lo tenía amordazado. A pesar de eso no murió por las heridas, sino por la enorme pérdida de sangre.

—¿Hemos analizado el coche de Javier? —requiere Aura tras escupir el último trozo de uña al que sus dientes tuvieron acceso. Ya no le queda un solo dedo al que poder hacer una buena manicura.

—Hemos encontrado todo tipo de huellas y restos biológicos, pero no va a servir de nada. El Bosco se está atribuyendo todos los crímenes y no le importa actuar a cara descubierta. No tiene miedo a ser identificado, así que supongo que encontraremos huellas suyas. Es más, debajo de las uñas del muchacho había restos de piel que también se han mandado a… —En ese instante su teléfono suena, haciendo que corte su discurso. Quien lo ha llamado apenas le dice nada, pues, tras dos monosílabos, cuelga—. Ha llegado nuestro hombre.

El equipo se incorpora decidido a salir en busca de la persona que espera en la sala de entrevistas, pero es Aura quien toma la delantera. Cuando llega a la sala, lo ve, y una avalancha de recuerdos remueve su mente. Las imágenes afloran como una rosa en primavera y de nuevo recupera la secuencia de la primera y única vez que vio a ese hombre.

—Vaya, no ha cambiado nada —informa Víctor, que se ha colocado al lado de su compañera.

Los dos observan a Ramón Silvano, el hombre al que Mateo compró el taxi con el que secuestró a José y a Pedro Mena. El recuerdo que Aura tiene de él se traduce casi intacto en la apariencia que se muestra a través de la puerta. Apenas ha cambiado un ápice desde aquel encuentro. Sigue con esa melena grasienta y oscura, esa

mirada nerviosa, esos labios menudos. Si hay algo distinto, son unas pequeñas arrugas nuevas en el contorno de los ojos.

—¿Vamos? —pregunta Víctor mientras agarra la manecilla de la puerta.

Nadie se niega a su acto, por lo que al fin se decide y abre la puerta, aunque deja pasar primero a su compañera.

Cuando Ramón ve a Aura no puede evitar lanzar un sonoro resoplido, como el náufrago que, resignado, espera que la marea se lo lleve.

—¿Otra vez tú? —dice con un agudo y lastimero tono de voz.

—Buenos días, señor Silvano. Veo que me recuerda. Supongo que al compañero López también lo recordará.

Ramón bufa sin llegar a responder y mira de soslayo a Víctor, que permanece serio frente a él. Por un momento borra esa típica expresión alegre que siempre derrocha, para mostrar un agente serio y aguerrido.

—¿Dónde está el otro inspector? El chulo.

—No se preocupe por él ahora. Centrémonos en usted.

—Bien. Pues ya me diréis qué he hecho esta vez. Parece que cada vez que se oyen los rumores del asesino de El Bosco tenga yo la culpa de todo.

Aura sonríe con orgullo. Le gustaría saltar la mesa que los separa y arrancarle los labios a golpes, pero debe controlarse. Aunque su autocontrol cada vez tiene menos autonomía.

—Si no apareciera su nombre cada vez que removemos un poco la mierda que El Bosco va dejando, quizá no tendría que venir a visitarnos tan a menudo. Así que no creo que esté usted en disposición de quejas o reclamaciones. Esto es un asunto serio y me temo que esta vez vamos a ser menos permisivos que la anterior visita que nos hizo.

Sus palabras golpean con fuerza el cuerpo de Ramón, que se remueve incómodo en la silla mientras traga con fuerza el ataque directo que ha recibido por parte de la subinspectora. Tras eso asiente sin decir nada más.

—Bien. Nos gustaría saber qué relación tiene usted con la residencia La Esperanza

La pregunta descoloca al viejo taxista. Mira a Víctor y a Aura, y luego se incorpora sobre la silla dura que le han ofrecido los compañeros.

—No entiendo la pregunta. ¿Qué residencia?

—La pregunta es clara, señor Silvano. No tenemos tiempo para regalarle, así que responda a la primera si puede ser. ¿Qué relación tiene usted con la residencia La Esperanza?

Ramón duda. Aprieta las manos contra sus piernas y sus dedos pierden color a causa del esfuerzo. Cuando la tensión es liberada, se

humedece los labios y dice:

—Trabajé allí durante algunos años, cuando era joven.

—¿Durante cuántos años trabajó allí?

—No estoy seguro. Desde 1992 hasta el año 2000.

—¿Le suenan de algo los nombres de Pere Lloret Bañuls, Inés Mayor o Eusebio Grillán?

Ramón aparta la mirada. Remueve todos los archivos de su cabeza y luego, tras poner los ojos en blanco, vuelve con la subinspectora.

—Me suenan los nombres, pero no caigo ahora. ¿Qué ocurre con esa residencia?

—Estos son los nombres de varios ancianos que residían en La Esperanza en la época en la que usted trabajó allí. ¿Cuáles eran sus funciones?

—Mi trabajo era el de llevar a los viejos al centro médico y esperar allí para devolverlos luego a la residencia.

—¿Y no recuerda haber trasladado nunca a alguno de estos ancianos? —Aura insiste con velocidad. No quiere hacer pensar a Ramón porque sabe que, si una persona piensa una respuesta, es muy fácil que sea mentira.

—Apenas recuerdo lo que hice la semana pasada. ¿Cómo quieres que me acuerde de esas personas? Yo no estaba en la residencia. Solía estar en la sala donde los trabajadores descansaban, así que ni siquiera los veía a diario.

Víctor toca la pierna de su compañera para llamar su atención y, cuando Aura lo mira, le pide salir unos segundos.

Ya fuera vuelven a observar la danza de piernas inquietas y manos sudadas de Ramón, que parece estar hablando solo cuando se siente a salvo de la presión de los agentes.

—¿Crees que pueda ser otro objetivo de El Bosco? —pregunta Víctor sin apartar la mirada del sospechoso.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, a lo mejor, la idea de comprarle el taxi en aquella época estuvo orientada a que fuéramos tras él. Quizá Mateo intentó que lo inculparan a él y así cobrarse sus actos.

Aura levanta la barbilla y lleva su mirada hasta el techo falso que dejó de ser blanco hace años.

—No encaja con la forma de actuar de Mateo. Además, recuerda que el objetivo de Mateo fue siempre Javier y los que tuvieron algo que ver con su madre. Esto parece obra de otra persona, pero usando la misma firma.

—Sí, y el verdadero Bosco siempre fue el mismo. Mateo era solo un títere bajo sus garras. Tal vez estuvo siempre manejado por la misma persona. A lo mejor la idea de El Bosco fue utilizar a Mateo para sus propios fines.

Aura intenta buscar otras conjeturas en la hipótesis de Víctor. Necesita desmontar su versión para buscar una culpa en el hombre que se revuelve en su asiento a pocos metros de ella.

No encuentra nada.

—Vamos a averiguarlo entonces. —Y los dos vuelven a entrar en la sala solo para ver cómo el rostro de Ramón se deforma otra vez.

—¿Has recibido alguna nota las últimas semanas? A lo mejor has notado algo extraño.

—¿Algo extraño como qué? —pregunta nervioso el sospechoso.

—No sé. Puede que notaras que alguien te seguía. Alguna llamada, mensajes...

Ramón mueve la cabeza con velocidad, tanta que sus ojos parecen perderse en algún punto de sus cuencas. Se pasa la mano por su sucia melena y vuelve a negar.

—No que yo sepa. ¿Acaso estoy en peligro?

Aura sonríe, predispuesta a infundir algo de temor en el cuerpo de Ramón. Intenta buscar, de esa forma, que la verdad se muestre en los gestos del hombre.

—Solo sabemos que El Bosco está cargando contra todos los que tuvieron algo que ver con estos ancianos. Ya ha matado al hijo del director que trabajaba en esa residencia en la misma época en la que lo hizo usted. Así que yo tendría cuidado. De todos modos, si nota algo raro, puede llamarnos. Bajo ningún concepto se exponga al peligro, ¿me oye?

—¿Por qué iba a atacarme a mí? Yo no he hecho nada.

Y, justo cuando termina su defensa, la puerta se abre. Es Raúl quien entra con la mirada gélida y el cuerpo erguido en una postura tan recta que parece arañar el techo. Ramón lo mira y sus labios se tensan. Sus ojos se tornan fríos ante la presencia del inspector jefe, que susurra algo a Víctor y se vuelve a marchar.

—¿Cuándo dejó el trabajo, a dónde fue? —Víctor responde como si Raúl hubiera aportado algo nuevo a lo que aferrarse.

—Pues me saqué la licencia para taxis y comencé a trabajar como taxista.

—¿Puede decirnos por qué dejó el trabajo en la residencia?

Ramón mira desafiante a Víctor. Este no aparta la suya. Se mantiene firme, con una sonrisa seria plasmada en su cara.

—Por diferencias con la dirección. No me gustaba cómo trataban a los ancianos.

—¿Y cómo los trataban?

—Creo que ha llovido mucho y no me apetece hablar de ello.

—Le recordamos que tenemos una orden para entrevistarlo. No vayamos a hacer esto más largo de lo que tendría que ser —insiste Aura que intenta infundir cierto miedo en el cuerpo de Ramón.

El hombre suspira con descaro y arruga la nariz en claro gesto de disconformidad.

—El director de aquella época era bastante duro. Digamos que le costaba tratar con los ancianos más desvalidos.

—Y eso le llevó a tener una pelea con él. ¿No es cierto? —vuelve a investigar Víctor.

—Veo que cuando quieren sí que hacen sus deberes. En efecto. Tuvimos una pelea y yo me despedí. Él me denunció y casi paso dos años en el talego por haberle roto la nariz. ¿Algún trapo sucio más que queráis sacar?

Los dos agentes se miran y comprenden que apenas tienen nada más contra el hombre, que ha aportado nuevos datos, pero nada de luz al caso.

—Si nota en algún momento que pueda estar en peligro, llámenos.

Ramón asiente y se levanta dispuesto a salir de la sala. Cuando el silencio se apodera de ambos agentes, Aura se adelanta a su compañero.

—¿Qué te ha dicho Raúl?

—Eso. Que Álvaro lo había denunciado en el año 2000 por agresión y amenazas.

—Me da a mí que ese director tiene muchas cosas todavía que decir. ¿Vamos a hablar con él?

Víctor asiente con desgana. Las horas comienzan a pesar en el cuerpo de todos los agentes.

Lugar desconocido. Javier

No me acuerdo la última vez que oí mi voz, a pesar de que resuena una y otra vez en mi cabeza. En mi mente grito hasta desgañitarme. Hasta quedarme afónico. De todas formas, sigo sin recordar cómo suena mi voz.

Es curioso que siempre que tratamos de recordar a alguien la voz sea lo primero que se olvida. Quizá la mente humana no sea capaz de recordar un sonido de forma exacta.

No es momento para eso. Tampoco quiero gritar. Mi boca está reseca, acartonada y repleta de pequeños cortes que dejan su sabor a hierro oxidado adherido a mi garganta.

La cabeza quiere explotar y comienzo a notar como si mi cuerpo estuviera ardiendo. El corazón se acelera por momentos y apenas consigo pensar con claridad.

Aunque bajo todo ese estruendo que retumba en mi cabeza un traqueteo constante se oye a través de la oscuridad perpetua a la que llevo sometido todo este tiempo. Ya no sé si son días, meses o años.

Una eternidad.

Puedo escuchar un murmullo afónico que atraviesa las paredes, como si alguien hablara a lo lejos. No es él. Sé que no es él, así que intento gritar, pero es imposible. Tampoco me sirve probar a revolverme en mi asiento. Cada movimiento que hago es como si me clavaran un cuchillo en mis brazos y piernas.

Me quedo así, en silencio, aturdido, escuchando cómo las voces atraviesan las paredes sin poder pedir auxilio.

Al fin todo se desvanece de nuevo, aunque no puedo distinguir si son las voces o soy yo, pues mi cabeza vuelve a retumbar con fuerza.

Esa fuerza que ya no me queda.

15 de marzo de 2018, 13:23. Valencia

El Starbucks junto a la estación de tren de Valencia es el nuevo destino de los subinspectores. Con rabia, Aura ha tenido que apartar la idea de visitar a Álvaro tras una sorpresiva llamada que ha truncado todos los planes del equipo. Se trata de Amparo Fuster Mayor, hija de la anciana que se nombra en la escena de Rubén Ferrer.

—¿Raúl te ha dicho por qué tenemos que reunirnos con ella aquí? —pregunta Víctor, que tampoco entiende ese repentino cambio de planes.

—Al parecer esto es propiedad de la persona que vamos a ver. Es la hija de Inés Mayor. Por lo que me ha dicho Raúl, ha sido ella quien ha pedido que vengamos.

Cuando entran en la abarrotada cafetería, no parece que nadie preste atención a los dos agentes, que se sientan en una pequeña mesa junto a la cristalera desde la que se puede apreciar el contorno de piedra de la plaza de toros.

El tiempo pasa mientras ellos charlan allí sentados. No se puede decir que tranquilos, pero sí visiblemente calmados.

Al fin, tras varios minutos, aparece una mujer. Varios mechones de pelo rubio caen por debajo de una gorra con el logo del local, y sus labios carnosos se estiran en un rictus serio. La mujer mira a Aura y luego a Víctor.

—¿Ustedes son los agentes que han preguntado por mi madre? Inés Mayor.

—Tengo entendido que ha llamado usted para solicitar que viniéramos.

La mujer asiente con un marcado nerviosismo que se hace visible en el brillo de sus ojos y en sus manos aceleradas.

—Déjenme que hable con mi compañera y vuelvo enseguida.

La mujer, que podrá tener más de cincuenta años, se marcha con pasos rápidos hasta perderse entre una enorme mancha abigarrada de chaquetas y sudaderas que se agolpan junto al mostrador. Pocos minutos después aparece de nuevo con una carpeta en las manos y un gesto todavía más descarnado. No puede negar que los nervios sacuden su cuerpo. Cuando se sienta, deja la carpeta sobre la mesa.

—He estado viendo las noticias. Según parece el asesino ya ha dejado varios nombres más además del de mi madre. Todos nombres de ancianos.

—La prensa es muy indiscreta muchas veces —refuta Aura con verdadero hastío. Jamás le ha gustado tener que lidiar con los entrometidos de los periodistas. Aunque lo cierto es que jamás tuvo que hacerlo hasta que apareció Mateo.

—Bueno. Si es cierto, no me extraña que lo saquen a relucir. No sé

qué querrá el asesino este que se llama como el pintor, pero si menciona a los ancianos estos para hacer justicia, creo que habría que escucharlo.

Aura entrecierra los ojos, mira a Víctor, que también parece sorprendido, y vuelve a centrarse en la mujer.

—¿Qué quiere decir con hacer justicia?

—Verá. Hace años, mi madre empezó a enfermar. Al principio comenzó con pequeños mareos tontos y olvidando detalles insignificantes: alguna fecha, la lista de la compra, se dejaba la cartera al salir. Poco a poco fue empeorando. Hubo alguna vez que llegó a olvidarse de que tenía a mi hijo en casa y no prepararle la comida. O incluso cosas peores. El caso es que todo empeoró cuando comenzó a desorientarse y a tener pequeños ataques. Fue entonces cuando supimos que el Alzheimer iba a peor. Fue en esa época que, durante una visita rutinaria, un médico nos recomendó una residencia donde estaban acostumbrados a tratar con ancianos con esta enfermedad.

—La Esperanza —añade Aura con interés.

—Sí, esa. Yo nunca he sido una persona que piense que la solución está en abandonar a un ser querido en una residencia, pero en el caso de mi madre, sí lo vimos como una buena opción. Cuando llegamos allí y nos recibieron todo parecía ser lo más bonito del mundo. Me vendieron que mi madre estaría con los mejores. Que tendría los mejores cuidados. Que la mimarían mucho y estaría encantada allí.

—¿Sobre qué año fue eso?

—Ella ingresó en el año 1995, en verano. Y bueno, al principio no vimos nada raro. Mi madre poco a poco iba a peor, ya se sabe que esta enfermedad es degenerativa y nos hicimos a la idea de ello. Lo extraño vino al cabo de unos meses. Primero cuando nos negaron una visita porque, según ellos, había sufrido un pequeño brote psicótico y necesitaba reposo absoluto durante al menos un par de días. No pudimos visitarla hasta casi una semana después. —Sus ojos se humedecen al obligarse a recordar e intenta enjugarse las lágrimas con disimulo—. No recuerdo a mi madre en tan mal estado como aquella tarde. Sus ojos estaban idos. Tenía los brazos llenos de moratones y apenas movía la cabeza. Ni siquiera me reconoció. Quise sacarla de allí, pero el médico que nos atendió, que fue el mismo que me recomendó la residencia, dijo que no era aconsejable.

—¿Sabe qué médico era?

—Jamás olvidaré su nombre. Se llamaba Cristóbal Almunia. Un hombre con muchas buenas palabras y poca buena voluntad.

—¿Qué ocurrió entonces con su madre?

La mujer aprieta los labios y niega con la cabeza sin poder negarse al dolor que le bloquea la garganta. Tarda casi un minuto en poder lanzar la primera palabra al aire.

—A las pocas semanas faltó. Al parecer a causa de la misma demencia, su cuerpo falló del todo. Pero yo sé que no fue por eso. En esa residencia pasaban cosas raras.

—¿Le dijeron la causa de la muerte?

—Una neumonía derivada de su misma enfermedad. Mire, agente, he estado leyendo mucho desde que mi madre faltó y es cierto que el Alzheimer es responsable de muchas muertes. Pero es una enfermedad letal a largo plazo, mi madre estaba relativamente bien cuando entró en la residencia, y en apenas un año murió. Y no es eso lo peor. —La mujer mira en derredor, como si buscase posibles focos de filtración antes de proseguir con seguridad—. Todos esos nombres que han aparecido son ancianos que también tenían Alzheimer. Todos ellos murieron en el centro. Cuando descubrí que había más casos intentamos investigar y llegamos a sospechar que en esa residencia se hacían todo tipo de experimentos con los ancianos. Muchos acababan con la muerte del paciente. Había mucha mierda ahí, señorita.

—Es muy grave esto que está diciendo, ¿lo sabe? —Aura intenta no convencerse de las teorías de esa mujer, aunque le resulta complicado no creerla.

—No tiene que creer lo que yo diga. Mírelo usted misma. Tenga. —En ese momento arrastra la carpeta por la mesa hasta dejarla junto a las dos tazas de café con leche que había servido a los agentes momentos antes—. Intentamos denunciar muchas veces, recoger firmas. Incluso contratamos investigadores, pero siempre quedaba en nada. Alguien no quería que eso saliera a la luz porque al poco de empezar a investigar llegaron varias amenazas. Mi padre tenía varios locales y comenzó a recibir todo tipo de inspecciones. Varias denuncias nos obligaron a cerrar una cafetería y por poco acabamos arruinados. También varios detectives lo dejaron de la noche a la mañana sin decir nada ni devolver el dinero. Esto es mucho más grande de lo que parece, y ese asesino lo sabe.

Aura no es capaz de responder. Su cuerpo se congela frente a la carpeta. Intenta abrirla para poder analizar todo lo que la mujer le dice, pero el temor a lo que pueda encontrar deja su cuerpo aterido por el frío de sus propios pensamientos. La mira con temor y, tras hacer un esfuerzo, la abre.

No se centra en buscar detalles en él, sino que pasa las hojas de forma apresurada, revisando las imágenes. Puede ver varias fotografías en las que reconoce a Ramón subiendo a varios ancianos en la ambulancia. Luego volviéndolos a dejar. También varias en las que aparece el mismo Ramón dejando a estos ancianos en el centro médico. Nada sospechoso, al menos, en las imágenes.

—¿Y dice que denunció? —insiste Aura intentando no mostrar el temor que inunda su cuerpo.

—Muchas veces. Todas las que fuimos hacían lo mismo: nos tomaban la declaración, que las tenéis ahí, y luego lo dejaban todo en un: «veremos qué podemos hacer». Fuimos también a Conselleria y obtuvimos las mismas respuestas. Yo siento lo que voy a decir, pero, si ese asesino está haciéndoles pagar por los crímenes que cometieron, me parece bien. Aunque esos chicos que ha matado no tenían culpa. Si quería cargar contra alguien, que lo hubiera hecho contra los responsables. Y el director ese de la residencia es quien tiene toda la culpa.

Los dos agentes no pueden seguir con la entrevista, ya que la mujer ha decidido no dar más detalles. Les regala la carpeta y se marcha de nuevo para atender a nuevos clientes que parecen agolparse de forma súbita sobre el mostrador.

Aura mira a Víctor.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el médico? —pregunta él con timidez, como si el hecho de creerse esa versión fuera un insulto.

—Cristóbal Almunia. Voy a llamar a Leo para que me consiga su dirección. No perdemos nada por ir a visitarlo.

—¿Piensas que podría tener algo de razón esta mujer?

—Tenemos que seguir todas las pistas que nos están llegando. No podemos descartar absolutamente nada. Sabemos que El Bosco tiene un plan y, si ha elegido a esta residencia, es por algo. Ahora tenemos que buscar la relación que hay entre esos nombres y las víctimas.

—La verdad es que todo encaja. Los ancianos, la Galantamina encontrada en el cuerpo de la hija del hombre que trabajaba en el laboratorio. ¿Y si estaban haciendo pruebas con estos ancianos? —Víctor empieza a tejer su madeja de ideas para construir una telaraña amplia de posibles causas. Su hipótesis cae con fuerza en la mente de Aura.

—Eso serviría de conexión para todos los casos. Pero seguimos sin saber por qué El Bosco. ¿Qué tiene esto que ver con él?

15 de marzo de 2018, 16:03. Valencia

A Leo le ha costado encontrar la dirección actual de Cristóbal. Según sus propias palabras, durante varios años ha sido como un fantasma.

Durante la hora y media que ha tardado en dar con su ubicación actual, Aura y Víctor han aprovechado para comer, pero sin alejarse del caso. Ella ha estudiado los informes recogidos por los primeros detectives que Amparo contrató.

En el papel apenas se recoge la información de los objetivos perseguidos por el primer detective, que no son otros que el propio director; Álvaro Ferrer, y varios trabajadores. Uno de ellos es el médico. La persona que están a punto de interrogar.

—Vive un poco lejos este hombre —comenta Víctor cuando aparca.

La ubicación está a las afueras de la capital del Turia, en una zona bastante rural llamada El Racó. Aura se detiene a observar el paraje. Todo a su alrededor son pequeñas casas de campo, acondicionadas y preparadas para que los propietarios cultiven sus propias frutas y hortalizas.

Cristóbal, al parecer, también lo hace.

Su terreno, aparte de ser amplio, está rodeado por pequeñas zonas arenosas sobre las que relucen todo tipo de hortalizas perfectamente separadas. Y tras esa pequeña marea verde se alza una casa grande de un solo piso, y un BMW X3 aparcado junto a la entrada.

—Bonita jubilación se le ha quedado —continúa el subinspector.

Aura, por su parte, no dice nada. Se limita a acercarse al pequeño timbre que hay junto a una enorme valla metálica y, a accionarlo, a lo lejos se oye el repicar del timbre.

El tiempo pasa y no parece apreciarse movimiento en el interior. Aura insiste.

Dos minutos más sin respuesta.

—Me parece que no está —dice ella sin apartar la vista de la casa.

—Es raro, su coche sí que está. Vuelve a llamar.

Aura repite su acción y obtiene como respuesta el mismo silencio tenso que se extiende por el ambiente cada vez más gélido. El sol va cayendo hacia un horizonte despejado, pero todavía tiene fuerza para mantener una temperatura estable de unos veinte grados.

—No hay nadie.

—Aura. Mira esto. —Víctor señala la cerradura de la valla. Está completamente deformada, como si alguien la hubiese forzado—. Está abierto. —Y sin apenas esfuerzo desliza el portón metálico hacia un lado. Un chirrido agudo precede al nerviosismo de los dos agentes.

Aura saca su arma y sacude la barbilla para indicar a su compañero que inicie la marcha. Víctor desenfunda también la suya y comienza a

caminar por el polvoriente camino de tierra hacia la entrada de la casa.

El trayecto se hace largo bajo los pies cansados de Aura, que siente cómo se clava cada piedra en sus pies. Cómo el calor acaricia su nuca. Cómo el miedo hace temblar sus brazos.

Cuando llegan frente al coche, Víctor se detiene a revisarlo. Lo rodea y, tras asegurarse de que está limpio, sigue avanzando hacia la puerta principal. Una puerta pequeña de metal reforzado es lo que separa a los agentes de la realidad que les espera ahí dentro. Víctor lanza su puño contra el metal y hace retumbar la estructura un par de veces.

—¿Señor Almunia? Somos la policía. Queremos hablar con usted —dice él en un tono elevado, asegurándose de que, quienquiera que esté ahí dentro, pueda oírlo.

Aura sigue caminando hasta llegar al límite de la casa. Desde allí comprueba que no haya ningún movimiento extraño.

No lo hay.

Víctor repite su acción.

Sin respuesta una vez más.

El subinspector insiste por tercera vez y de nuevo el silencio se impone en el interior.

—¿Qué hacemos? —le pregunta a Aura.

Ella duda durante mucho tiempo. Tanto que Víctor tiene que menear la cabeza para comprender que ella ha escuchado su pregunta.

—Tenemos que entrar —deduce al final ella.

—Está cerrado.

—Puede necesitar ayuda.

—Bien, si preguntan, diremos que escuchamos a alguien pedir ayuda.

Y tras eso propina una fuerte patada a la puerta, que cede apenas unos milímetros. El agente retrocede un metro y vuelve a cargar una segunda vez contra la estructura. Esta vez no cede, pero se escucha cómo el marco cruje de dolor al tener que soportar la embestida. Víctor se prepara de nuevo y, tras lanzar un gruñido al aire, se lanza otra vez. Ahora sí la puerta vence y se proyecta con velocidad contra la pared, crujiendo cuando encuentra resistencia.

Los dos agentes entran con celeridad, y en ese instante comprenden que algo no va bien.

Un mefítico olor les atufa de golpe, como si quisiera repeler su allanamiento. Un hedor casi insoportable que obliga a los agentes a llevarse las manos a la nariz para soportar la agonía.

—Señor Almunia —grita Víctor con desesperación mientras accede a la primera de las habitaciones. Cuando sale de ella, niega con la cabeza a Aura para hacer que ella avance.

Es esta la que entra en la segunda de las habitaciones. Una habitación grande que Cristóbal debe de usar como salón. En el centro, un sofá bastante sucio de dos plazas se enfrenta a una televisión de sesenta pulgadas y un mueble repleto de copas llenas de polvo. Cuando abre la puerta, el olor se abalanza sobre ella como un borracho fuera de sí. El olor de la muerte es reconocible incluso para aquel que jamás ha tenido que enfrentarse a él. Para Aura, que ya lo conoce, no se le hace difícil comprenderlo. No necesita buscar demasiado, pues un cuerpo se encuentra en el centro de la estancia. Un hombre, vestido solo con unos calzoncillos que en sus mejores días fueron blancos, se halla sentado y atado a una silla, con la cabeza hundida contra su pecho y la muerte devorando ya parte de su cuerpo.

La joven no es capaz de contener la arcada que corrompe su voluntad, y se aparta para evitar contaminar la escena. Víctor hace lo propio.

Ya nada se puede hacer por esa persona. Nada salvo llamar a todo el personal necesario.

Los dos agentes habían preparado la zona tan bien como habían podido debido a las náuseas que se apoderaban de ellos cada pocos minutos. El estado del cuerpo —que pudieron identificar pasados unos minutos— era lamentable. Al hecho de que se apreciaba que la podredumbre iba consumiéndolo, los signos de tortura eran visibles. Sobre el brazo izquierdo todavía tenía clavado una especie de clavo artesanal que se hallaba envuelto con un cable. El mismo tipo de artefacto se podía apreciar en su pierna derecha.

—¿Crees que ha sido él? —pregunta Víctor con la voz todavía doblegada al tener que pasar por una garganta retorcida.

—Estoy segura de ello.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Mira detrás de la silla.

Víctor frunce el ceño y no aguarda para acercarse a la zona donde le ha indicado su compañera. Allí comprueba la certeza de sus palabras. Sobre la madera de la silla, y escrito con sangre, aparece otro nombre: Aurelio Ruzafa Cots.

—No podemos detenerlo —ruge enfurecido el agente, que siente cómo la impotencia domina su cuerpo.

—Caerá por su propio peso.

En ese instante, las sirenas alertan a los dos agentes, que se vuelven para ver cómo una nube de polvo contamina la escena.

El equipo ya ha llegado y esta vez lo hace con Héctor acompañando a Raúl. Ambos entran y no pueden evitar deformar sus rostros ante el hedor que allí se concentra.

—¡Por Dios! —dice Héctor cuando ve el cuerpo allí depositado—. Con este sí que hemos llegado muy tarde. —Se coloca la mascarilla y los guantes con celeridad, aunque niega con la cabeza continuamente.

—¿Cómo habéis dado con él? —pregunta Raúl con la seriedad tomando el control de cada parte de su cuerpo.

—Nos lo dio la hija de la última persona que mencionó El Bosco. La mujer que tú nos mandaste a visitar.

Raúl suspira con fuerza. Observa el cadáver del hombre y su rostro se deforma en una mueca de odio contenido. Aprieta la mandíbula y se da la vuelta.

—Pienso matar a ese hijo de puta cuando lo encuentre.

Aura no puede evitar la duda que la avasalla. Mira al inspector jefe e intenta comprender su comportamiento prematuro. Poco después entiende que cada uno disfraza la tensión a su antojo. Como buenamente puede.

—¿Lo conocías? —pregunta de todas formas. Ella nunca ha sido una persona de guardarse una sola duda.

Raúl niega con la cabeza.

—¿No han sido suficientes muertes para sentirme ofendido? —contesta derramando parte de esa furia contenida.

—Yo...

—No. No estáis viendo que este tipo nos está ganando la batalla. Va no uno, sino cinco pasos por delante mientras nosotros solo podemos limpiar la mierda que nos va dejando. Nos está rompiendo el culo mientras que nosotros nos dedicamos a jugar a los detectives privados. No, Aura, no lo conocía, pero tampoco me hace falta para saber que, o vamos todos a una, o cuando lleguemos ya será tarde para todos. —Sus palabras atacan de lleno en el pecho a la subinspectora, que no es capaz de pronunciar palabra. Ni ella ni ninguno de los presentes, que han quedado paralizados ante el repentino brote de furia de Raúl—. Y te recuerdo que Javier sigue ahí afuera.

Tras ese remate que destruye del todo a Aura, se marcha de la casa dando fuertes pasos. Tras eso quedan los agentes de la científica que empiezan a preparar el terreno, y Víctor haciendo de apoyo para Aura.

—No se lo tengas en cuenta. Estamos todos tocados.

Ella no responde. Intenta sonreír, pero sus ojos ya se han anegado de lágrimas y esta vez no es capaz de detenerlas. Comienza a llorar en silencio mientras aparta la mirada para evitar que nadie la observe y se aleja del grupo unos metros. Aura nunca ha permitido mostrarse débil, humana, por eso se aparta de todos cuando siente que se está por derrumbar. Víctor decide no insistir a pesar de entender el estado de su compañera. A pesar de comprender que todos, en algún momento, precisamos un abrazo. Y Aura lo necesita ahora, pero Víctor

prefiere dejar que se aparte.

—¿Qué has visto? —le pregunta a Héctor, que ya se encuentra con el cadáver.

—¿Sabemos su nombre?

—Cristóbal Almunia. Setenta y dos años.

—Bueno. Seré más preciso cuando Navacaño me permita llevarlo a la mesa. En un vistazo rápido, y por lo que veo, la muerte casi seguro se ha producido por una fibrosis ventricular.

Víctor tuerce el cuello ante las palabras del forense. Este se ajusta las gafas y sonríe al comprender que el agente sigue esperando algo menos técnico.

—Un fallo cardíaco, para ser más coloquial.

—¿Lo han torturado?

—Pues eso parece. —El forense se acerca para observar las heridas que tiene junto a los punzones que tiene clavados y vuelve con Víctor —. Seguramente le ha aplicado una corriente algo baja para torturarlo. Aunque yo pienso que directamente buscaba su muerte.

—¿Por qué piensas eso?

—Sencillo. Mira los puntos donde ha clavado los puñales con la corriente eléctrica. —Héctor señala los dos punzones. Ambos cables van conectados a una fuente artesanal extraída de la propia pared—. Lo primero es que usar corriente alterna es mucho más efectivo para conseguir el fin de acabar con alguien. Al clavar una entrada en el brazo izquierdo, y una salida en la pierna derecha, se consigue cerrar el circuito y hacer que este pase por el corazón. Por lo tanto, se busca el fallo total del corazón, que acaba por ser incapaz de bombear sangre.

Víctor asiente con desprecio al saber que esa víctima jamás tuvo oportunidad de redención. No quiere pensar en el sufrimiento que tuvo que pasar. Tampoco en lo que buscaba El Bosco con su tortura. Solo le interesa ver si puede sacar algo de ese crimen.

—¿Puedes estimar una fecha?

—Por las manchas que veo en su estómago está en fase cromática todavía. Hablamos de entre diez y doce días.

—Es decir que, por ahora, este hombre fue el primero.

Héctor se encoge de hombros. Ambos saben que todavía están navegando por aguas muy turbias. Víctor es más consciente de ello tras haber leído las notas de Mateo. Mira a Héctor y suspira con temor.

—Víctor. —La voz de Aura hace que dé un respingo y se vuelva casi como un acto reflejo. La voz proviene de otra sala algo más alejada.

Cuando llega a la habitación, que es desde donde Aura lo ha reclamado, la encuentra mirando con los ojos todavía enrojecidos algo

sobre una pequeña mesa de madera.

—¿Qué pasa? —pregunta él sin salir de su aturdimiento.

Aura hace un gesto con la cabeza en dirección a la mesa y es cuando Víctor mira que se convence del paso de El Bosco por aquel lugar.

Sobre la mesa descansa un extracto nuevo del cuadro que el asesino está usando para estos nuevos crímenes. En él se observa a Melchor depositando un objeto de oro y perlas como ofrenda al niño Jesús.

—Chicos. Tenemos que volver a comisaría. Hay que ponerse al día con los nuevos hallazgos —informa Raúl con la voz todavía dura.

Todos se miran con desgana.

15 de marzo de 2018, 19:33. Valencia

La reunión en la sala no se ha hecho esperar. Todo el equipo está concentrado frente a la pizarra mientras el experto en arte y colaborador termina de ultimar su puesta en escena.

—He averiguado algo interesante, chicos —comenta Leo antes de que Ignacio Nobles comience a disertar—. Cuando me llamasteis para que buscara la dirección de Cristóbal no presté atención porque estaba centrado en buscar su información. Pero más tarde, analizando bien su archivo, me he dado cuenta de un error. Me dijisteis que era un médico, pero no tiene nada de médico.

Aura lo mira con extraña calma mientras se retrepa en su silla. No quiere hablar. No se siente con fuerzas, pero su cuerpo no le permite ser indolente.

—Eso nos dijo la mujer. Al parecer era el médico que trataba con los ancianos en la residencia.

—No sé lo que haría en la residencia, Aura. Pero según su fichero, no consta que haya trabajado cómo médico. Es más, no he encontrado titulación para ello. Según he visto, Cristóbal se graduó como investigador clínico y estuvo trabajando hasta su jubilación en una clínica de ensayos médicos. Y ahora viene lo mejor. ¿A que no sabéis dónde?

—En la clínica Beinnet —completa Víctor torciendo los labios.

Leo sonríe.

—En efecto. Director de la clínica Beinnet. Se jubiló pocos años antes de que lo hiciera Manuel Frutos.

Raúl se frota la cara con hastío y lanza una mirada compungida hacia el techo. Una mirada que ni Aura, ni Daniel —que ha permanecido callado toda la jornada— ni el resto del equipo consigue descifrar. A pesar de ello, el inspector jefe mira a Leo y dice:

—Entonces, para poder centrarnos, tenemos a un director de una clínica de ensayos, el presidente del comité ético, un médico y un director de una residencia de ancianos. Creo que lo que El Bosco nos quiere decir está claro.

—Tenemos que investigar qué trapos sucios tenía esa residencia con los ancianos. ¿Sabemos algo del último nombre que ha aparecido? —inquiere Aura, preocupada. Sus manos no dejan de repiquetear sobre la mesa.

—Adivina —responde Leo.

—Anciano fallecido en los años noventa.

—1993 para ser más concretos. En efecto. Daniel ha hablado hace un rato con su hijo.

Daniel asiente y se incorpora sobre la silla. Mira a todos sus compañeros y niega con la cabeza como si no quisiera tener que

hablar.

—Sabiendo el tipo de caso en el que andamos, he ido a sacar conclusiones claras. El señor Aurelio Ruzafa fue internado cuando el Alzheimer se volvió más fuerte. Murió en la residencia.

—Vamos a ir a por Álvaro, pero primero tenemos que aclarar las nuevas pistas que nos ha dejado. He llamado al señor Nobles no solo para que nos diga algo más del fragmento encontrado, sino para que también nos aclare los que nos faltan por salir. A ver si podemos adelantarnos a sus pasos por una puta vez, aunque sea.

Raúl asiente y el experto en arte saca en pantalla la escena que se ha encontrado en el cuerpo de Cristóbal Almunia.

—Bien, chicos. Esta es la escena que se ha encontrado hoy en el cuerpo de la víctima. La escena corresponde a la tabla central y se encuentra justo en el eje de acción de la obra. Es donde se centra todo el contenido. Con el tiempo que llevamos ya sabremos que El Bosco acostumbraba a representar el Mal en todas sus obras. No solo en las obras, sino en cada detalle intrínseco de estas. Todo tiene un trasfondo y todo está relacionado con el pecado, el castigo o lo prohibido. En este caso, la escena nos habla de la ofrenda que Melchor le hace a la Virgen por el alumbramiento del niño Jesús. Como ofrenda le entrega un objeto decorado con oro y perlas. Este objeto hace referencia al sacrificio de Isaac, y es como un prefacio del propio sacrificio de Jesús. Simboliza el triunfo sobre el Mal, como vemos por los sapos aplastados bajo la escultura.

—¿Qué querrá decir con esto? ¿Qué relación puede tener con la víctima? —inquiere Raúl. Su rostro, tan acostumbrado a mostrarse imperturbable, ahora es una mezcla de miedo y nerviosismo. Un dibujo mal hecho de paz y calma.

—¿Traición quizá? Puede que ese hombre tenga cierta relación con algún hecho que se haya visto envuelto por mentiras o traiciones.

—La hija de una de las ancianas nos comentó que fue Cristóbal quien la convenció para llevar a su madre al centro. Puede que ese hombre tratara de embaucar a las víctimas —arguye Aura, que ha encontrado un pequeño resquicio para colarse en la batalla de dudas.

—Puede que todo eso tenga algo que ver.

—Está bien, señor Nobles. Para no dilatar más esto. ¿Qué nos podría decir sobre las últimas escenas que nos faltan?

Nobles mira con precisión su ordenador y comienza a manipularlo con preciada calma. Apenas un minuto después la imagen de la pantalla desaparece, y en ella cobra vida otra secuencia de la tabla central del tríptico de El Bosco. Ahora se ve al tercero de los Reyes. Concretamente aparece Gaspar ofreciendo al niño mirra en una bandeja de plata.

—Bien. Aquí lo importante no es lo que ofrece Gaspar, como sí es

interesante en los otros casos. En este lo que llama la atención es la túnica. En ella vemos la representación de dos escenas del Antiguo Testamento. Arriba vemos la ofrenda de la reina de Saba, ofreciendo sus presentes al rey Salomón. Más abajo vemos la escena en la que Manoa y su mujer hacen su ofrenda después de que Dios les comunicara el nacimiento de su hijo Sansón. Estas escenas, a pesar de pertenecer al Antiguo Testamento, están relacionadas con el nacimiento de Cristo, por lo tanto, con el Nuevo Testamento.

—Buscar aquí una relación con los casos actuales es como intentar acertar al número de la lotería. Solo la cabeza de El Bosco sabe interpretar esta escena.

—Todavía quedan varios huecos más en el cuadro. Recuerda que había más espacios. —Víctor se adelanta a su compañero y su pesimista visión del caso, para tirar más leña en un lecho de llamas todavía muy vivas.

Nobles mira a Víctor y asiente apesadumbrado.

—Lo cierto es que recuerdo el cuadro que me mostraron y todavía hay unas cuantas escenas más. Bajo mi punto de vista creo que son las escenas más fáciles de interpretar.

Todos lo miran sin decir nada. Hasta que Raúl, cuando se percata del silencio que comienza a tensar el ambiente, decide romper la calma.

—¿Cómo que son los más fáciles de interpretar? Explíquese.

—Sí. Tenemos por un lado las escenas de los ejércitos de Herodes buscando a Cristo. Eso es una clara alusión a ustedes. Ustedes son esa escena. Los agentes que están buscando a Cristo. Ahora bien, no oculta a Cristo en ningún momento, por lo que ese personaje es conocido. Quizá tendrían que identificar a Cristo. ¿Quién es ese personaje central sobre el que gravitan los demás actores? Y, por otro lado, la escena del anticristo observando cómo se gesta todo. En este caso, ese personaje debería ser el propio asesino. Él es quien observa todo.

Todos asienten contagiados por el ánimo que desprende el experto en arte. Entendiendo parte de la obra y sabiendo que, tal vez, ese hombre de aspecto añejo tenga algo de razón.

—Si es así, solo nos quedaría una víctima más por encontrar —aduce Aura, que no sabe si estar nerviosa o eufórica.

—De ser cierto eso, estamos en un serio problema. Por un lado, puede que tengamos un cuerpo más por encontrar, o una última oportunidad para dar con ese malnacido.

Nadie puede responder al comentario de Raúl porque nadie es capaz de pensar algo distinto a eso. El experto en arte se marcha dejando no solo la última imagen del cuadro sobre la pantalla, sino también sus palabras flotando en el ambiente.

—Ahora tenemos que ir a por Álvaro Ferrer. Creo que ese hombre

tiene muchas cosas que aclarar. Mientras tanto voy a hablar con Navacaño para traer también a Manuel, aunque este va a ser más difícil. Ya hemos visto el poder que maneja este hombre. Sus influencias van más allá de la ciudad. —Tras eso, Raúl cuelga sobre la pizarra las nuevas pistas encontradas.

Aura cierra los ojos al ver las imágenes del cuerpo de Cristóbal completamente deformado. Las quemaduras recorren parte de sus extremidades, así como los rastros que la muerte ha ido dejando en su cuerpo toman el control de zonas como su estómago.

—Aura —anuncia el inspector jefe haciendo que esta dé un pequeño salto sobre su silla—. ¿Te ocupas de visitar a Álvaro o mando a una patrulla?

—Ya mismo voy para allá —responde ella convencida.

—Bien. ¿Víctor? —Este no responde. Se limita a ofrecer un ligero asentimiento serio—. Estupendo. El resto id a descansar. Mañana nos espera otro día largo.

Poco a poco, la sala se va vaciando mientras los dos agentes se precipitan en una marcha veloz hasta el apartamento del que fuera director de la residencia La Esperanza. Una carrera que se producirá bajo una pesada luna llena que alumbra calles ya decoradas con pequeñas fallas generosamente alumbradas. Todavía las fallas mayores no están en pie, pero ya comienza a verse el trabajo para prepararlas. Quedan pocas horas para que todas las fallas se muestren al mundo, y para que Valencia se convierta en un hervidero de gente.

Aura sabe que el tiempo corre en su contra. Por eso no duda en alargar las horas de su reloj para acercarse a un asesino que lleva en las sombras mucho tiempo.

Sus pesimistas elucubraciones terminan cuando ve el apartamento de Álvaro frente a ella. Suspira antes de detener el vehículo.

—Hemos llegado —dice a un Víctor que tampoco ha dicho nada durante todo el recorrido. Ambos se miran y saben que, a partir de ahora, la verdad va a ser una carta muy difícil de jugar.

15 de marzo de 2018, 20:49. Valencia

Aura y Víctor se detienen frente a la puerta del apartamento de Álvaro Ferrer. Ella intenta eliminar ese dolor que se ha alojado en su pecho y lleva una hora sin querer dejarla. Víctor sigue en silencio.

—¿Vamos? —Aura lo mira y espera a que este asienta para llamar al timbre.

El eco agudo retumba por toda la casa sin que parezca que haya nadie dentro. El tiempo va demasiado lento cuando el temor es tu aliado. Vuelve a llamar al timbre pasados unos segundos.

Nadie parece responder al otro lado.

Insiste una tercera vez y es entonces cuando un rugido afónico se deja oír a través de la madera blindada de la puerta. Antes de que la luz del interior se precipite al descansillo se oyen los cerrojos deslizándose por el metal.

Cuando la puerta se abre, la presencia destruida de Álvaro sorprende a los dos agentes, justo antes de que un pútrido olor se escape del interior.

Aura traga saliva y se tapa la nariz al toparse de frente con ese hedor a vómito y desidia. Mira a Álvaro y niega con la cabeza. El rostro desaliñado del anciano se compenetra con unos ojos completamente rojos y un batín sucio y maloliente.

—¿Qué mierda queréis ahora vosotros? —pregunta con una voz ronca y gutural.

—Nos gustaría hablar con usted acerca de unas averiguaciones que hemos hecho hoy —responde Aura en su tono más formal.

—¿Habéis averiguado dónde está el asesino de mi hijo?

La subinspectora niega con la cabeza con el rostro compungido. No por la pregunta del hombre, sino porque no es capaz de sacar de su cabeza a Javier. Mientras El Bosco no aparezca, él tampoco lo hará.

—Es importante para el caso y puede que, con su información, demos con él.

—Pues, si no habéis encontrado a ese hijo de puta, yo no tengo nada más que decir. Volved cuando lo tengáis.

Álvaro intenta cerrar la puerta, pero un pie se cuela en el espacio que había dejado al abrir para atender a los agentes. Es Víctor quien, con un veloz movimiento, ha impedido que el anciano se pierda de nuevo en el interior de su vivienda.

—Señor... —intenta decir él.

—Pero ¿quién coño te has creído que eres? Quita el pie de ahí —gruñe el viejo con los ojos casi fuera de sus órbitas mientras toma algo de impulso para cargar con más fuerza.

Es entonces cuando Víctor golpea con el hombro la puerta. El anciano retrocede ante la embestida y pierde el equilibrio. Aura

observa cómo el cuerpo del hombre se tambalea en una marcha irregular de espaldas que acaba por derribarlo. Su cuerpo cae con aplomo contra el suelo y un fuerte estallido seco se escucha con eco en la puerta. Cuando el silencio los devuelve a la realidad, ven que el anciano ha quedado tumbado en el suelo completamente inmóvil.

—¡Mierda! —dice Víctor al percatarse de que Álvaro se ha golpeado la cabeza contra la pared—. Cierra la puerta —pide a su compañera, que obedece de inmediato tras asegurarse de que nadie más haya podido presenciar la escena.

—Vamos a ponerlo en el sofá. —Y juntos lo arrastran hasta el salón.

Allí lo dejan sobre el sillón mientras comprueban su estado. El hombre respira sin dificultad y no parece que el golpe revista gravedad.

—Está inconsciente. ¿Qué hacemos?

Aura mira en derredor ante la pregunta de su compañero. La casa es un hervidero de basura y desolación. Los platos sucios se reparten por la mesa, dejando un olor rancio que calienta la sala. Las persianas bajadas y la televisión apagada contrastan con el ambiente arruinado de aquel hogar.

—Creo que este tío no va a hablar. Así que podríamos buscar algo mientras el hombre descansa plácidamente.

—Sabes que eso no es legal —recrimina Víctor.

—Nada de lo que hemos hecho desde que hemos llamado al timbre lo es, Víctor. Así que o esperamos a que se despierte y nos arriesgamos a que nos denuncie o aprovechamos mientras duerme para intentar sacarle algo al tío este. Algo oculta. ¿No lo ves? —Aura alza el brazo en su dirección para mostrar la apariencia destruida de aquel hombre—. No creo que todo esto sea por la pena de haber perdido a su hijo. Hay mucho más aquí. Hay culpa, hay mucha culpa en su estado y en su forma de actuar.

Víctor resopla consciente del desdoro al que se está viendo sometido. Tras eso asiente con desgana y lleva su vista hacia el mueble del salón.

—Busca tú en su habitación. Yo me quedo aquí revisando entre los papeles del salón y atento por si se despierta.

Aura no responde. Se marcha con celeridad a la siguiente habitación.

Allí el desorden y la inmundicia es quizá mayor que en el resto de la casa. La cama deshecha; la ropa sucia y esparcida por el suelo sin orden alguno; el escritorio repleto de cartas y papeles que Aura revisa uno por uno para determinar que no le sirve nada. Rebusca por debajo de la cama, por los armarios y en cada caja que se encuentra a su paso, pero no halla nada importante.

En la siguiente habitación solo encuentra una tabla vieja de planchar y un montón de trastos inservibles y sin utilidad alguna. Pocos papeles para revisar y ninguno útil.

La siguiente habitación es la que debió destinar para su hijo, pues todavía conserva fotografías del joven y algunos recuerdos de su época imberbe. A pesar de saber que ahí no habrá nada de valor, ella escruta todo cuanto encuentra a su paso.

Solo queda una habitación que Aura deduce que es la que Álvaro utiliza para sus asuntos. Al fondo hay un escritorio con un ordenador apagado y varios cajones. Aura enciende el ordenador mientras busca en el interior de los cajones.

Solo pierde tiempo.

Cuando la pantalla del ordenador muestra el escritorio, se centra en cada carpeta que encuentra. Ve fotografías de él con su exmujer, todavía riendo; aparentemente felices. También hay carpetas que guardan documentos importantes y algunas con vídeos pornográficos lésbicos. Aura no puede evitar evocar una sonrisa pérfida ante las imágenes que presencia durante un segundo apenas.

En su ordenador tampoco resuelve nada, así que comienza a inspeccionar el armario que se encuentra a un lado del salón cuando la voz de Víctor la sobreviene.

En el salón se encuentra él con una caja sobre la mesa. Víctor ya ha extraído de ella varias carpetas y las ha dejado junto a los platos con restos de pan y salsa de tomate.

—Mira esto —dice él.

Aura se acerca con la respiración acelerada debido a la prematura carrera que se ha visto obligada a hacer cuando su compañero la ha reclamado.

Sus ojos se tornan blancos cuando lee la primera de las carpetas:

Inés Mayor Valdero

—¿Es lo que...?

Víctor asiente con una sonrisa que envuelve todo su rostro. Sobre la mesa hay más de doce expedientes. Víctor le muestra solo cuatro. Los cuatro mencionados por El Bosco en sus crímenes.

—Son muchos, Aura. Demasiados.

—¿Qué significa todo esto?

El subinspector se encoge de hombros mientras sigue sacando papeles y cartas del interior de la caja. También encuentran varias fotografías. En alguna de ellas se ve al mismo Álvaro con el pelo todavía oscuro y varios ancianos sonriendo. Otras imágenes muestran la residencia por aquel entonces. Y algunas enseñan a distintos personajes en posturas extrañas.

—Mira esto —alerta Víctor dejando varias fotos sobre la madera—. Estas fotos están tomadas sin que la persona lo sepa.

Aura asiente al entender lo que Víctor trata de decir. En la imagen se aprecia a un hombre tomando un café. Ese mismo hombre sale conversando con una mujer en otra de las instantáneas. Y en otra vuelve a salir conduciendo un Seat Ibiza negro.

—¿Esa chica no es...?

—La hija de Inés Mayor —sentencia Víctor ante la pregunta que Aura ha iniciado.

Los dos se miran y no dicen nada durante más de medio minuto. Y es gracias a ese silencio que se percatan de que Álvaro se empieza a revolver sobre su sillón.

Los dos agentes se aprestan frente al hombre y esperan a que este recobre del todo la consciencia. Cuando lo hace, su rostro se descompone debido al dolor que le sobreviene por la nuca y varias arcadas amenazan con deshacerlo por dentro.

—¿Qué habéis hecho? —dice entre gruñidos lastimeros con una voz casi irreconocible.

Ninguno de los dos responde. Siguen a la espera de que el anciano se recupere para poder iniciar su interrogatorio.

—¿Está usted bien? —se interesa Aura con una voz sincera.

Álvaro no responde. Termina de incorporarse con un ímprobo esfuerzo mientras se masajea el cuello.

—Os pienso denunciar por esto, malnacidos. ¿Qué hacéis? ¿Dónde estoy? —La falta de orientación hace mella en su rostro. Un rostro que ambos agentes deducen que se debe a una mezcla entre el estado en el que lo han encontrado y el golpe.

—No se preocupe, está en casa. Se ha tropezado y se ha dado un buen golpe. ¿Cómo se encuentra? —vuelve a preocuparse Aura, que no insiste en nada más.

Álvaro entrecierra los ojos, parpadea constantemente como si intentara aclarar su vista. Se reclina sobre el sofá y deja pasar unos minutos mientras vuelve a recobrar la compostura.

—¿Qué cojones queréis? Habéis sido vosotros. Tú... —dice lanzando su mano hacia Víctor—. Tú me has empujado.

—Señor Ferrer, ya le hemos dicho que queremos aclarar un asunto pendiente. Es necesario. —Aura intenta mostrarse comprensiva, cariñosa incluso. Hasta deja caer una ligera sonrisa que para nada llega a convencer. Aura nunca ha sabido mentir.

—¡He dicho que os vayáis! No tengo nada que hablar con vosotros.

Aura se mantiene serena frente al viejo, que parece querer levantarse, pero el dolor y su estado le impiden la acción.

—Señor Ferrer. Hemos encontrado el cuerpo sin vida de Cristóbal Almunia.

La expresión de Álvaro se descompone todavía más, como si hubiese perdido el poco color que todavía conservaba.

—¿Quién? —dice con la voz atropellada y un gesto que miente más que sus palabras.

—Cristóbal Almunia. Estoy segura de que sabe usted quién es.

—¿Y qué te hace pensar eso? No tengo ni idea de quién me estás hablando.

—Señor Ferrer, basta ya de mentiras. No voy a permitir que siga entorpeciendo una investigación policial. Si usted quiere que el asesino de su hijo siga campando a sus anchas, me parece comprensible. Pero eso no va a borrar la culpa de lo que hizo.

Las palabras de Aura caen con fuerza sobre el cuerpo del anciano, que se retuerce en su sillón cuando escucha las palabras de la subinspectora. Pero no son sus palabras las que le han hecho tanto daño, sino presenciar el imbricado abanico de expedientes que yacen sobre la mesa.

—¿De dónde habéis...? —intenta investigar con furia. Su cuerpo hace el esfuerzo de incorporarse, pero el dolor subvierte sus intenciones como si alguien lo hubiese golpeado de nuevo—. No teníais derecho. No...

—¡Ya basta! —grita ella con la mirada clavada en el rostro desfigurado del anciano—. Ya está bien de mentiras y pretextos. Sabemos que usted ocultó lo que se hacía en esa residencia. Solo quiero que me diga quién más estaba compinchado con usted a parte de todas las personas que El Bosco ha castigado ya.

Álvaro niega con la cabeza mientras busca, con unos ojos bailones, la forma de escapar de aquel encierro casi predictivo.

—No tenéis ni idea de lo que estáis hablando. ¿Que qué hacíamos? ¿Qué se supone que tiene contra mí?

—Tengo más de diez expedientes de ancianos muertos en extrañas circunstancias. Testimonios de gente que asegura que en esa residencia usaban a los ancianos de conejillos de indias. Tenemos fotografías que demuestran estas teorías y ahora solo nos falta que nos diga el motivo.

El hombre sigue negando cada vez con más velocidad ante las palabras de Aura, que no duda en arremeter con fuerza tras cada negativa del viejo director.

Víctor avanza unos pasos y se pone al lado de su compañera, con uno de los expedientes en la mano.

—¿Qué le pasó a Alberto Corona Pardo? —pregunta con interés—. ¿O a Rosa María Calatayud Piner?

—No sé quiénes son.

—Son todos ancianos que murieron bajo su dictadura en ese centro. Dígame, señor Ferrer. ¿Cuánto le pagaron?

Álvaro no responde. Mira con desprecio a los dos agentes y, con una sonrisa desafiante, se retrepa sobre el sillón otra vez.

—No tienen nada contra mí. No he hecho nada malo.

Y es en ese momento. Todo el dolor que Aura ha ido acumulando durante esos días. Toda la furia. Todo el estrés se materializa en un profundo gesto de rabia mientras se lanza con fuerza hacia el anciano. Lo toma por el batín y lo levanta casi sin esfuerzo.

—Utilizó la enfermedad de unos ancianos indefensos para poder enriquecerse con ello, ayudado por la complicidad de varios personajes que tenían menos escrúpulos que usted, y juro por mi vida que esta conversación la volveremos a tener, pero usted en una mesa y con unas esposas puestas, si no me dice ahora mismo lo que quiero oír.

El anciano, asustado, mira a Aura y, sin perder la sonrisa desafiante, levanta los brazos.

—Llévame detenido si lo prefieres. No tienes nada contra mí salvo esos papeles que no dicen nada.

Aura aprieta los dientes y lo lanza con furia de nuevo contra el sillón. El anciano se deja caer sin borrar la sonrisa de su rostro.

Antes de irse, Aura se detiene frente a él y niega con tristeza.

—Podrá usted negar la realidad que nos llevamos con nosotros —dice señalando la caja que ya tiene entre sus brazos—, pero jamás podrá borrar que la muerte de su hijo ha sido solo culpa suya. Espero que pueda vivir tranquilo sabiendo que su hijo murió por sus actos, y murió sufriendo.

Los ojos de Álvaro se llenan de lágrimas en ese momento en el que Aura sabe que sus palabras se han clavado con fuerza en su pecho. El hombre niega sin evitar derramar alguna lágrima y tuerce los labios a causa del dolor contenido.

—Hijo de… —intenta decir, pero su boca se llena pronto de palabras. Tantas que acaban estampadas en su paladar, formando un furioso galimatías de odio y rencor—. ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa! —grita con rabia, escupiendo parte de ese dolor en forma de espuma.

Los dos agentes salen del apartamento imbuidos en un silencio doloroso. Tanto que ninguno de los dos es capaz de mirarse siquiera durante el viaje en ascensor hasta la planta baja.

Cuando las puertas del ascensor se abren, ambos saben que algo no anda bien.

Un vocerío nervioso se proyecta desde el exterior. Víctor y Aura se miran extrañados y observan a través del cristal de la puerta que da acceso al edificio.

Pueden ver el paso ágil de varios vecinos, corriendo todos y con alarmantes gestos de temor. Cuando los agentes salen, una multitud ya se aglutina sobre un punto concreto de la calzada.

Aura corre en dirección a la melé que grita de forma inquietante. Cuando consigue abrirse paso entre toda esa marea de gente

escandalizada, su corazón se detiene por completo mientras escucha una frase que se repite disfrazada de varias voces distintas. Todos dicen lo mismo: “ha caído de allí”. Ella alza la barbilla para comprobar la ventana que todos señalan. Luego vuelve a mirar hacia el suelo y contempla el cuerpo sin vida de Álvaro, que reposa sobre el asfalto envuelto en un charco de sangre cada vez más grande.

15 de marzo de 2018, 22:31. Valencia

Durante más de media hora Aura se ha limitado a apoyarse sobre el capó de un Ford Focus negro, con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza perdida. No es capaz de controlar unas emociones que cada vez se intensifican más. Sabe que todo está mal. Sabe que es la responsable de muchas cosas, entre ellas la muerte de Álvaro. Y sabe que el tiempo se le acaba.

Las luces de las ambulancias y más compañeros suyos han sustituido, poco a poco, al murmullo morboso de vecinos y curiosos. Ahora solo queda un cordón policial que rodea el cuerpo tapado de Álvaro, y muchas preguntas.

Preguntas que Raúl está dispuesto a averiguar cuando se acerca con pasos duros hasta los dos agentes. Víctor mira a su compañera y dice:

—Déjame hablar a mí. Al fin y al cabo, soy el único responsable.

—Estábamos los dos juntos, Víctor. Esto es cosa de los dos —responde ella con todo el arrojo que su orgullo le permite. Nunca ha sido una persona que se deje arredrar por ningún tipo de situación adversa.

Él sonríe, pero no dice nada más. No dice nada porque el inspector jefe ya se encuentra junto a ellos y, por el rostro que dibuja, no está contento.

—¿Qué coño ha pasado?

Víctor se encoge de hombros y mira a su compañera.

—No lo sabemos. Lo hemos dejado bien en su casa y cuando hemos salido del ascensor ya se había lanzado. No hemos podido hacer nada por salvarle la vida.

Cuando Aura vio el cuerpo supo que nada se podía hacer. Poca gente sobrevive a una caída desde un noveno piso. El cuerpo de Álvaro prácticamente había estallado al impactar contra el suelo. Las salpicaduras de sangre se proyectaban hasta casi medio metro del cuerpo y de su cabeza un reguero de sangre se abría paso a través de varias fracturas.

—¿Y qué le habéis dicho para que el hombre se lance por la ventana? ¿Estamos locos o qué? ¿Sabéis en el lío en el que nos vamos a meter por esto? —Raúl se muestra nervioso, sudado a pesar del frío, ojeroso e inquieto. Demasiado tratándose de una escena muy vista ya.

Víctor entrecierra los ojos, pues él tampoco es capaz de encontrar una explicación clara a su comportamiento. Aunque todos en el cuerpo están alterados los últimos días. Todos intentan acabar cuanto antes y encontrar a Javier. Todos sufren por igual.

—Es cierto que Álvaro estaba nervioso. Se notaba que no estaba en buenas condiciones cuando hemos llegado. Al principio se ha

mostrado bastante agresivo, pero al final ha acabado por ayudarnos. Nos ha dado los expedientes de los ancianos que habían desaparecido. Los tenía él. Y luego nos hemos marchado.

—¿Os ha dado los expedientes? —pregunta Raúl sorprendido. No puede evitar lanzar una mirada a la caja que reposa en brazos del subinspector—. ¿Y os ha dicho por qué los tenía él?

Víctor niega con la cabeza.

—Ha sido poco comunicativo. Nos ha dicho que nos lo daba y que nos marcháramos para siempre. Ha quedado bastante tocado cuando le hemos dicho que ha aparecido el cuerpo de Cristóbal. Creo que ese puede haber sido el detonante.

Raúl mira la caja con los expedientes y luego lleva la vista al viejo director, que yace bajo una manta térmica que no es capaz de tapar toda la escena.

—¿Y no ha dicho nada más? Si tenía los expedientes él, debe de ser por algo. O bien nos ocultaba algo más y puede que ese haya sido el detonante que lo haya arrastrado a saltar, o tal vez el miedo a alguna represalia.

Víctor se encoge de hombros al entender él también esa hipótesis. Sea como sea, ya no se puede hacer nada.

—Bien. Aquí hay poco que hacer. Cuando venga el juez y nos permita llevarnos el cuerpo seguiremos con las investigaciones. Mañana iremos a ver a Héctor para que nos cuente las novedades. Vosotros id a descansar que ya es tarde. Yo llevaré la caja a comisaría y mañana lo analizamos todo.

Los dos inspectores asienten y se pierden en una marcha fúnebre de pasos a medias y suspiros entrecortados. Una marcha que se alarga hasta que Aura llega a su casa, después de haber dejado a Víctor.

De nuevo tiene que enfrentarse a un hogar vacío, triste, oscuro. De nuevo entre susurros propios que le retuercen el alma. De nuevo para enfrentarse a una noche entrecortada mientras se castiga por seguir sin dar con Javier.

Sin ánimos se prepara una lasaña en el microondas y se sienta en el salón a investigar los datos nuevos. Ella siempre ha sido meticulosa, precisa, cuestionadora. Y más desde que, mientras investigaban la segunda ola de crímenes de El Bosco, supo que hubo archivos que desaparecieron. Ahora todo lo que encuentra lo fotografía o graba con el móvil. Y eso había hecho con los expedientes de la residencia y las fotografías encontradas.

Compara los nuevos datos recabados con los que ya tenía para hallar en ellos pistas que puedan ser relevantes, pero solo encuentra información. Demasiada información.

Los expedientes de los ancianos no dicen nada nuevo. Todos son expedientes normales que adjuntan los partes de defunción. El

primero en morir fue precisamente el último nombre hallado: Aurelio Ruzafa. La última fecha que ella encuentra es de 1997 con el nombre de Purificación Martínez Doménech.

Aura deja de lado los expedientes para centrarse en las fotografías en las que aparece Amparo Fuster, la hija de una de las ancianas. Tras eso revisa los archivos que ella misma le dio, pero no localiza el nombre del detective, por lo que decide llamar a la mujer.

La luna clara se pasea por un cielo sin estrellas cuando Aura llama a la mujer, que responde con una voz entumecida a causa del sueño que la subinspectora ha estropeado.

—Señora Fuster. Lamento llamarla en un horario tan intempestivo, pero hemos encontrado algo que podría ser interesante y necesitaba hablar con usted.

La mujer no responde al otro lado. Se limita a lanzar un gemido de conformación a las palabras de Aura, que ya se dispone a remover los papeles que tiene sobre la mesa.

—Recuerdo que usted me dijo que había puesto varios detectives y que todos acabaron por abandonar el caso.

—En las carpetas tienen todos los datos que recabaron.

—No es eso. ¿Recuerda su nombre? Me gustaría tener la oportunidad de hablar con él.

Amparo guarda silencio al otro lado. Un silencio que Aura no sabe si interpretar como una duda o como el cansancio que precede a la interrupción del sueño. Al final entiende que es una duda cuando la mujer suspira al otro lado.

—Verá, no es que no quiera decirle el nombre. Es que ya van varias personas que preguntan por él y siempre acabo recibiendo reprimendas del señor. Y tiene toda la razón. El otro detective se marchó sin dar señales y hace décadas que ya no he vuelto a saber nada de él.

Aura se sorprende al escuchar eso.

—¿Quién más le ha preguntado por él?

—Desde que ocurrió todo son varias las personas que me han preguntado. Algunas veces la policía. Otras algún familiar de otros ancianos. El último fue hace unos meses. Vino un hombre interesándose por su paradero. A las pocas semanas se presentó este señor diciendo que no volviera a mandarle a nadie más. Que él era un fantasma para mí.

—¿Puede decirme quién preguntó por el detective?

—No lo sé. Era un hombre de mi edad. Decía que era un familiar de uno de los ancianos. Al parecer se puso bastante agresivo con el detective.

La subinspectora lleva la mirada al techo antes de suspirar. Sabe que todos los pasos que tiene que dar le acercan más a Javier, aunque

parezca lo contrario.

—Señora Fuster. Créame que es importante. No diré que me ha dado usted su nombre, descuide.

Amparo vuelve a encerrarse en su ya característico mutismo, hasta que al final, tras resoplar con desgana, cede.

—Se llama Juan Ramón Astur. Está jubilado, aunque tiene un despacho en la calle Bernat Descoll.

Aura cuelga tras agradecer la información y se prepara para poder desgranar cada duda que posee. Revisa de nuevo los documentos de Amparo, las fotografías, los manuscritos. Todo hasta que llega a las notas de Mateo. Un cosquilleo recorre su espalda cuando ve su letra.

Cada vez son más las fotografías que recibo. Creo que ya empiezo a entenderlo todo. Él es mi hermano. Él también fue castigado por los pecados de los demás.

Por el pecado que esa mujer trajo consigo utilizando su poder para manipular a unos hombres débiles que acabaron por condenar a mi madre. A la suya. Las fotos ya dominan la pared de mi habitación y ahora he podido comprender por qué mi madre siempre me enseñó a contemplar ese maldito cuadro. Lo he visto.

He visto cómo pinta. Cómo utiliza sus manos para crear vida en un papel blanco. He visto su poder y, gracias a las imágenes que recibo casi a diario, entiendo su protagonismo. Él será quien me represente. Pero sigue siendo impuro. Por mucho que quiera formar parte de todo esto, tendré que ponerlo a prueba igual que mi madre me puso a prueba a mí.

Hoy empezará todo. Ya he recogido la cinta que me mostró la verdad y he comprado una videocámara para completar en ella las consecuencias de sus actos. Hoy comenzará todo. Hoy se iniciará el círculo.

16 de marzo de 2018, 09:19. Valencia

El mundo parece que ha cambiado de la noche a la mañana. El ruido incesante de grúas trabajando a destajo, los cánticos enfervorecidos de alcohólicos legitimados por una fiesta que impulsa la ciudad cada mes de marzo, y el intenso calor que se precipita sobre las calles, a pesar de la hora, hacen que Aura se aleje por momentos de sus pensamientos.

Solo por momentos.

Como es costumbre en el equipo, el vehículo que usan se alterna entre los distintos compañeros cada día, así que hoy le ha tocado a Víctor recogerla. A pesar de todo, la dinámica es la misma de los últimos días. Un silencio que se extiende más allá del hola inicial.

Ya en comisaría, es Víctor quien parece querer hablar. Al menos sus ojos inquietos dan muestra de ello.

—¿Has podido dormir? —pregunta al fin, como si sus palabras le quemaran por dentro.

Aura niega derramando un suspiro resignado.

—Tengo el nombre del detective. —Sus palabras son una doble respuesta. Por un lado, quiere expresar que, una vez más, su noche ha sido un ir y venir de una punta a otra de la cama, viendo pasar la luna frente a su ventana. Por otro, la confirmación de que sus avances son perceptibles.

Víctor no parece pensar lo mismo. Su mirada evoca el temor que podría sentir un hermano. Un padre.

—¿Cuánto has dormido?

—Estoy bien. Anoche estuve analizando todos los datos que tenemos y volví a ver las últimas notas de Mateo. Creo que alguien lo obligó a hacer lo que hizo.

—¿Crees que pudo ser El Bosco?

Aura se encoge de hombros.

—El Bosco es a quien él llama hermano. ¿Piensas que, si él estuvo detrás de la locura de Mateo, se arriesgaría a pasar por lo que pasó? No sé, no todo el mundo está preparado para ser torturado.

—Jamás Mateo confesó que torturara a nadie. Puede que la versión de El Bosco con respecto a sus cicatrices fuera infundada. Sabes que no tenemos la certeza de lo que pasó en el pasado.

—Tampoco podemos decir que fuera mentira. Las cicatrices las vio Javier. La confesión se la hizo el propio Bosco. Habría que darle al menos un voto de fe.

Víctor bufa con desgana y se pasa la mano por su cabellera rubia.

—Necesito comer algo. No puedo pensar con el estómago vacío y ahora mismo lo único que se me ocurre es ver al propio asesino de El Bosco como instigador. Si no es así, hablamos de más personas, y eso

a mí me acojona mucho.

Aura guarda silencio al entender las palabras de su compañero. Guarda silencio también porque están llegando al despacho del Raúl. Pero sobre todo guarda silencio porque el ruido que se proyecta del interior de ese cuarto hace retumbar los cristales.

—¿Qué está pasando ahí? —investiga Víctor alargando el cuello para intentar percibir algo más de aquella discusión.

En el despacho, la apariencia de Raúl se halla encogida frente a un Navacaño embravecido. Los gritos se escuchan desde el exterior y Aura puede ver cómo hace aspavientos mientras increpa al inspector jefe, que se encuentra sentado en su sillón, a diferencia del juez, que está de pie a su lado.

—No puede pedirme que espere. Estamos recogiendo cadáveres por todas las calles y todavía tenemos a un inspector de la unidad en paradero desconocido. Es decir, que a lo mejor tenemos que pagarle horas extras a los forenses, que ya están saturados.

Raúl responde, pero su tono de voz es tan sutil que apenas llega a rozar los cristales de la pequeña sala.

Víctor se acerca a la puerta y aguarda. Aura hace lo propio mientras ven llegar a Leo, que camina con lentitud desde la zona de vestuarios. Daniel lo acompaña con gesto serio.

—Bien, Raúl. Voy a ordenar que traigan a Manuel Frutos y serán los inspectores a tu cargo los que lleven el interrogatorio. Si no quieres participar, me parece bien, pero no voy a esperar más.

—Sabe que el señor Frutos tiene muchos contactos. Podríamos meter la pata si lo traemos sin pensar antes las cosas. —Esta vez la voz de Raúl sí se llega a proyectar al exterior.

—Me da igual lo que pueda decir ese hombre. La vida de un compañero está en juego, y no solo eso. Tenemos un asesino en serie suelto por la ciudad. La paciencia nunca fue una de mis virtudes.

El silencio que precede a las últimas palabras del juez se rompe cuando la puerta se abre para dejar ver su rostro encendido. Sus ojos crecen al toparse de frente con los agentes, pero vuelve a su estado natural un segundo después. Mira a Aura y respira con fuerza.

—Buenos días. He dado la orden de traer al señor Frutos para ser interrogado con respecto a los ancianos fallecidos en la década de los noventa. Quiero que sea usted quien lleve el interrogatorio.

Aura no dice nada. Busca cobijo en los ojos de Víctor y lo único que logra hacer es abatir la cabeza en un movimiento de asentimiento. Gesto que el juez da por bueno antes de seguir caminando. Cuando su presencia se disuelve como un momento incómodo, Raúl sale del despacho con la cara congelada en una facción tensa de odio contenido. Arruga la nariz mientras pierde su mirada en un punto lejano de la sala.

—Tenemos que irnos —dice sin más ante el desconcierto del resto del equipo—. Héctor nos espera.

El camino hasta el IML es pesado, lento y cargado de un ambiente enrarecido. Víctor no ha hablado en todo el recorrido. Una vez en el centro, Raúl tampoco se ha mostrado colaborador. Los únicos que se mantienen en un estado casi lineal son Leo y Daniel, que charlan algo más alejados del grupo.

Cuando entran en la sala donde Héctor prepara los informes, el hombre no puede evitar sobresaltarse al encontrarse con la repentina aparición de todos los agentes.

—Vaya. Imaginaba que vendríais dos o tres, no toda la familia. —Su mirada viaja de agente en agente, como si quisiera cuestionar cada presencia—. Pero bueno, mejor. Solo lo tendré que decir una vez.

—¿Qué es lo que tenemos? —pregunta Raúl sin mostrar sentimiento alguno.

—Pues muchos cadáveres y todavía más sueño.

Aura pone los ojos en blanco y niega lanzando una leve sonrisa que desdibuja su rostro.

—¿Algo nuevo sobre Cristóbal? —insiste el inspector jefe.

—Pues lo cierto es que sí. Hay algo realmente aterrador con este cuerpo.

Todos miran sorprendidos al forense, que saca de su escritorio varias fotografías, todas ellas pertenecientes al informe de Cristóbal Almunia. Nadie se fija de forma directa en las imágenes. Nadie tiene tanto estómago.

—Lo cierto es que el nivel de descomposición del cuerpo estaba bastante avanzado, por eso hay ciertos aspectos a nivel epidérmico que me ha costado definir. La habitación donde fue encontrado reunía las características perfectas para que las condiciones de fermentación fueran ideales. Esto ha avanzado mucho el período de gasificación. Como dije *in situ*, la muerte fue debida a un fallo cardíaco provocado por la corriente a la que fue sometido.

—¿Puedes decirnos cuánto tardo en morir? —interrumpe Aura. Con esa pregunta intenta deducir si la muerte fue producto de una tortura con la intención de sacar información, o la única idea del asesino fue infringir daño. Las posibilidades de esa pregunta retuercen el alma de la subinspectora.

—Me alegra que hagas esa pregunta. Por lo que he visto, sí que hay un indicio de tortura. Si bien cuando se encontró el cuerpo la posición de los punzones eran una declaración de intenciones, a medida que fui revisando el cuerpo, vi rastros de quemaduras.

—¿Y eso no podría ser producto de la misma corriente? Tengo

entendido que cuando alguien recibe una descarga el cuerpo puede llegar a presentar quemaduras por cualquier zona por donde haya pasado la electricidad.

Héctor lanza una ligera sonrisa mientras se acomoda las gafas. Luego saca dos imágenes y las deja sobre la mesa, al alcance de cualquier curioso.

—Así es. Y el cuerpo del señor Almunia tenía quemaduras por todo el cuerpo. Además de varias ampollas en la zona donde la corriente fue más severa. Pero hay un detalle que caracteriza a las electrocuciones y es que cuando el objeto que porta la electricidad hace contacto con la piel, deja una quemadura con el dibujo del propio objeto. Si veis en las fotos, hay quemaduras con forma de punzón por varias zonas del cuerpo. Son quemaduras que varían en función de la exposición. En este caso se ve claramente que el agresor no tenía intención de matarlo, sino de causar dolor.

—¿Nadie se dio cuenta de que estaban torturándolo? ¿Cómo pudo pasar tantos días ahí? —Ahora es Víctor quien se preocupa por los vericuetos de ese caso.

Y, ante la pregunta de Víctor, Daniel toma la delantera para responder con un tono formal.

—Hemos investigado un poco con Leo y al parecer Cristóbal no era un ser muy querido. Hacía años que no se hablaba con su hijo y su exmujer no parecía muy afectada con su muerte. Ha confesado que hace más de diez años que no sabe nada de él.

—Vaya. Estaba muy solo este hombre. Quizá El Bosco lo sabía, por eso se molestó tanto en castigarlo.

—Tal vez él fue quien inició todo este caso. —Aura lanza al viento su hipótesis como quien piensa en voz alta. Sin percatarse siquiera que está hablando. Cuando lo hace, ya es tarde, todos están mirándola.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Raúl con una mirada triste que atraviesa sus propias ojeras oscuras.

—Pues que tal vez lo torturó porque necesitaba recabar algunos nombres. Puede que Cristóbal haya sido el que ha iniciado esta nueva obra.

Nadie más habla. No hablan porque saben que las palabras de Aura son una realidad tan palpable que se vuelve por momentos irrefutable.

—También debo decir que al aplicar corriente los músculos se contraen, por lo que gritar se vuelve imposible. Como mucho con las descargas más flojas y dudo que pudiera alzar la voz. También quiero decir que la muerte se provocó usando la propia corriente alterna de la casa, y sabemos que la corriente alterna es la que más afecta a la frecuencia del corazón. Quería asegurarse de matarlo. Las quemaduras no son tan graves si tenemos en cuenta la exposición a la que el cuerpo se vio sometido.

—Bueno. Ya sabemos que el asesino tiene toda la información que Cristóbal le haya querido dar. Así que podemos esperar cualquier cosa. —Raúl sigue abatido, con la cabeza agachada y la mirada sin rumbo, cansado y triste—. Tenemos trabajo por hacer…

—Esperad. Hay algo más —injiere Héctor para que todos le presten atención—. Ya les dije que este examen ha sido el más perturbador, y es aquí donde llega lo terrorífico. Cuando he abierto su estómago, he encontrado esto. —Del mismo escritorio saca una muestra sellada en una bolsa hermética y marcada para que el laboratorio de química lo analice.

—¿Qué es eso? —investiga Aura alargando la mano para tomar la bolsa. En su interior una pequeña muestra oscura y viscosa se pega a las paredes del plástico.

—Paja.

Todos sacuden la cabeza ante esa repentina observación.

—¿Paja? —se atreve a preguntar Víctor, incapaz de salir de su aturdimiento.

—Así es. Paja. El estómago de la víctima estaba lleno de paja. Y no poca. Al menos doscientos gramos de paja he extraído.

—¿Lo obligaría a comer paja? —Aura se muestra inquieta, nerviosa, temblorosa—. ¿Por qué querría hacerlo comer paja?

Héctor solo se atreve a encoger los hombros mientras sonríe con desgana. El cansancio de su rostro también es apreciable y su tenacidad se reblandece como el hierro bajo una llama enfurecida.

—¿Del cuerpo de Álvaro sabes algo?

Héctor niega con un suspiro de derrota.

—Demasiado trabajo. La autopsia la ha hecho un compañero. Yo haré la segunda esta tarde. Ahora voy a descansar un poco. Lo único que sé es que me ha comentado que ha visto algo raro.

Víctor no puede evitar mirar a su compañera, pero ella está absorta en las palabras del forense. Este no parece tener intención de detener su evaluación.

—Según el informe, el hombre cae desde unos treinta y dos metros de altura y el impacto deja su cuerpo clavado en el suelo en decúbito prono. No hay más impactos ni otras fuentes de contacto. Lo extraño es que ha encontrado un pequeño hematoma en la zona parietal del cráneo. Como si alguien lo hubiese golpeado con fuerza en la nuca. Es un hematoma *antemortem*, lo que quiere decir que se lo hizo antes de morir. Cuando lo analice, podré ser más preciso.

Una vez más el silencio los acompaña hasta la salida, pero, cuando llegan al barullo de las calles abarrotadas en hora punta de Valencia, Raúl se adelanta.

—¿Qué pasó en casa de Álvaro Ferrer?

Víctor mira a su compañera, que asiente con la cabeza como si

quisiera ofrecer su rendición. Sabe que no tienen salida y no es lícito que sigan ocultándolo.

—Álvaro no nos entregó nada. Lo encontramos nosotros —dice Víctor ante el asombro del inspector jefe.

16 de marzo de 2018, 11:27. Valencia.

Los dos agentes aguardan la embestida de Raúl. En especial Víctor, que apenas ha hablado desde que han llegado a comisaría. Aura sigue con el nudo en el estómago, incapaz de pensar, de sentir. Víctor el estómago lo tiene lleno de empanadillas, Coca Cola y papas, pero la ansiedad no se ha ido del todo.

Y Raúl todavía no ha parado de andar de un lado al otro de la sala de reuniones, con una mano en la barbilla y la otra de apoyadura para la primera, cruzada sobre su pecho. Busca las palabras oportunas, la cadencia exacta, el tono adecuado. Pero su mente solo dibuja improperios.

—A ver si me he enterado de la historia —dice tras haber escuchado toda la versión de sus agentes—. Llegáis a casa de Álvaro, este os niega el acceso y bloqueáis la puerta para que no os cierre en la cara. Sin orden del juez, sin amenazas previas ni sospechas de ningún tipo por sobre el individuo. Bloqueáis la puerta por vuestra santa gana. Luego Víctor. Porque es Víctor, ¿no?

El subinspector asiente en silencio con el pecho dolorido, la cara ruborizada y un sudor que se escurre por su espalda.

—Yo también sujeto la puerta con la mano —miente Aura para intentar repartir el castigo.

—Vale. Bloqueáis la puta puerta. Bien, hasta ahí bien. Álvaro se enfada más y quiere cerrar. Y es ahí cuando Víctor lo empuja haciendo que el anciano pierda el equilibrio.

—No lo empujo —se defiende Víctor—. Solo intento que no me aplaste la pierna. Álvaro pierde el equilibrio solo.

—Vale. Pierde el equilibrio cuando tú, en un acto heroico, golpeas la puerta para salvar un pie que no debería haber estado ahí. Y, en vez de ayudarlo y pedir asistencia médica, os ponéis a buscar pruebas por dentro de la casa.

Aura intenta contenerse, pero sus palabras son más fuertes y acaban por taladrar su garganta, escapando de su boca a pesar de su esfuerzo.

—Álvaro no iba a colaborar y sabíamos que era él quien estaba entorpeciendo el caso. Era la única persona que podía saber dónde guardaban los expedientes de esos ancianos.

—¡Me da igual! —Estalla Raúl en un grito que enmudece la sala.

Víctor observa el exterior para comprobar cómo sus compañeros se vuelven ante el grito que lanza el inspector jefe.

—Me da igual si el sospechoso colabora o no colabora. Si está más o menos reacio. Si se enfada o salta de alegría. Las cosas se hacen bien. ¡Joder! ¿Estamos en la academia o qué cojones pasa? ¿Sabéis en el lío que os acabáis de meter? —Raúl vuelve a dar una vuelta al

circuito improvisado que se ha montado mientras se pasa las manos por la cabeza en un inequívoco gesto de autocontrol—. Si por cualquier cosa se sabe que vosotros os habéis llevado una prueba sin su consentimiento, que lo agredisteis, y que minutos más tarde se quitó la vida, vuestro trabajo penderá de un hilo. ¿Es que no pensáis?

—Solo sé que, si seguimos haciendo las cosas como dictan las normas, cuando lleguemos a Javier ya estará muerto. —Ahora es el grito desesperado de Aura el que se impone en la sala. Raúl no responde. Aprieta la mandíbula y mira con rabia a la subinspectora, que sabe lo que acaba de hacer, pero no piensa retirarse. Se ha levantado de su silla y está dispuesta a enfrentarse a quien sea por defender su verdad.

Pero la verdad de Raúl es la misma que la de Aura, por eso no le responde. Intenta relajar la expresión y, aunque mal dibujada, lanza una sonrisa de rendición.

—Está bien. Ahora ya está. Solo quiero que sepáis que, si en algún momento, alguien descubre lo que pasó, no pienso defenderos. Habéis decidido llevar una investigación paralela para encontrar a Javier y lo respeto, pero estáis solos —sentencia con su tono más firme y cruel—. Así que haced lo que creáis conveniente hasta que llegue Manuel Frutos. Sé que tenéis mucho trabajo por delante.

No insiste más. Raúl se marcha dejando parte de la investigación encerrada en las mentes de los agentes, que observan la retirada del inspector jefe. Cuando todo ha pasado, Víctor se planta frente a su compañera.

—No sé qué coño le está pasando, pero está cada vez más subnormal —dice en un susurro que apenas acaricia los tímpanos de Aura.

—Este caso nos está llevando al límite a todos.

Y no miente.

Tras las ventanas puede ver a Leo, que juraría que está algo más flaco. A Daniel, que no ha vuelto a ser el mismo después de lo que pasó con Mateo y con Javier. Incluso ella misma y Víctor han cambiado. El natural sentido del humor de Víctor ha ido deteriorándose con el paso de los días. El irreductible sentido de los valores de Aura se está borrando poco a poco. De todas formas, el tiempo es uno de los pocos elementos que no ha variado en esta ecuación. Sigue siendo algo escaso y necesario.

—¿Qué hacemos ahora? —investiga Víctor.

—Tenemos que ir a ver al detective.

Aura no espera la confirmación de su compañero para salir de la sala donde ya reposan los nuevos datos recabados. Avanzan a través de una sala casi desierta en donde la mayoría de los escritorios están vacíos.

—Es siniestro caminar a la hora del almuerzo por aquí —comenta Víctor, que hace resonar sus pasos cada vez que el silencio se interpone.

Aura no responde. Sus ojos se clavan en la presencia disoluta que se dibuja tras la puerta de acceso al edificio. Por un momento duda, pero luego reconoce de quién se trata y acelera el ritmo para llegar veloz hasta él.

Cuando abre, se topa de frente con un hombre desgastado, desnutrido y casi al borde del desmayo. Las ojeras en su rostro son demasiado grandes como para disimular el sufrimiento por el que está pasando. Aura intenta esconder, bajo una leve sonrisa, el repentino dolor que se abraza a su pecho.

Es Paco quien se halla frente ella, el padrastro de Javier y su único apoyo durante los últimos años.

—¿Qué hace aquí, Paco? —pregunta la subinspectora permitiéndose la cercanía con aquel hombre.

Este la mira e intenta dedicarle una sonrisa sincera, pero pronto se ve nublada como el mismo cielo, que poco a poco se va enturbiando.

—Solo pasaba por aquí para ver si ya se sabe algo de Javi.

Ella aprieta las manos para disimular la angustia que le supone tener que mentir a ese hombre que ha sido como un padre más en todo el tiempo que ella ha pasado en Valencia. El recuerdo de todas las barbacoas compartidas sacude su cabeza. Intenta hablar justo cuando Víctor sale y se topa de frente con los dos.

—Estamos en ello, Paco. Lo mejor que puede hacer ahora es esperar en casa y descansar.

—No me hables de usted, Aura. Por favor. Puedes ser sincera, muchas noches me he temido tener que escuchar estas cosas. ¿Está vivo?

Ninguno de los presentes allí se atreve a ofrecer la esperanza que tal vez todos necesitan. Ninguno quiere aferrarse a esa posibilidad nimia.

—Lo encontraremos. Eso es lo que sí puedo prometerte. No voy a descansar hasta dar con él.

Francisco intenta sonreír, pero los labios le tiemblan. Sus manos tampoco pueden permanecer quietas y su cuerpo desprende ese olor a desdén típico en personas al borde de una depresión. Su rostro es un compendio de imperfecciones; una libreta llena de tachones: ojos enrojecidos, ojeras marcadas, labios resecos y barba descuidada es lo que completa la apariencia de un ser semidestruido, esperando la estocada final.

—Ayer fui a su casa. Es difícil recorrer esos pasillos en silencio. Es más, juraría que hasta lo escuché. Pude escuchar su voz resonando en las habitaciones. Tuve que irme. Solo te pido que encuentres a ese

malnacido y que hagas que pague por todo lo que está haciendo.

—Te prometo que pagará por todo. Eso es algo de lo que estoy totalmente segura.

Ahora sí, Paco lanza una pequeña sonrisa. Una sonrisa cómplice. Una que guarda cierto compañerismo. Como la sonrisa de quien escucha una confesión real y solo puede agradecer el comentario. Cuando acaba, se vuelve hacia la calle y comienza a marcharse con pasos lentos.

Durante los más de veinte minutos que ha durado la travesía hasta la dirección que Amparo le dio, Aura no ha podido borrar de su mente la última imagen de Francisco. Esa mirada triste de quien sabe que todo se ha acabado.

—¿Es aquí? —pregunta Víctor devolviendo a la joven de su aletargamiento.

Ella observa la fachada y confirma que es la dirección que la mujer le dio la noche anterior. El pequeño cartel que informa de la agencia también delata la ubicación.

—Espera en el coche. Voy a preguntar —dice ella bajando a toda prisa y sin esperar respuesta de su compañero, que se queda observando la marcha apresurada de la subinspectora.

Cuando entra en el despacho, la decoración en la agencia brilla por su ausencia. Muebles desvencijados y unos cuantos detalles vetustos es todo cuanto rodea el apartamento de treinta metros cuadrados con dos pequeñas salas. En una de ellas una mujer que aparenta sumar diez años más que Aura la observa en silencio.

—¿Puedo ayudarla? —inquiere la mujer con una sonrisa forzada que muestra más dientes que labios.

—Busco al detective Juan Ramón Astur. Me gustaría hablar con él un momento —responde ella mostrando la placa que la identifica como agente de la UDEV.

La mujer se detiene a analizar la documentación de Aura y, cuando confirma su identificativo, vuelve a forzar el gesto.

—El señor Astur ya no trabaja aquí. Si quiere, le puedo dar el contacto del detective Durán. Emilio es muy bueno también y seguro que le ayuda muchísimo.

Aura ríe con hastío.

—Quiero hablar con Juan Ramón. Tengo entendido que sigue siendo el propietario de esta agencia.

—Así es, pero él ya está jubilado. Pasa una o dos veces a la semana. Pero como comprenderá hoy viernes no creo que venga. Aunque… —La mujer duda un instante. Se mira el pequeño reloj con

la correa negra desgastada que adorna su muñeca y vuelve a observar a la subinspectora—. A estas horas es fácil que esté almorzando en el bar de Pere. Está en la siguiente esquina, a cincuenta metros de aquí. Almuerza allí todos los días.

Tras asentir, Aura vuelve a la calle y busca a Víctor entre la marea de metal y caucho que se amontona en la calle, y lo encuentra, aparcado en doble fila y degustando otro pequeño paquete de papas. Con un gesto le indica el bar que ella misma detecta desde la distancia, y comienza a caminar en esa dirección.

El olor a coñac se le clava en los ojos cuando entra en el pequeño local cargado de un bochorno extraño.

Varios hombres vestidos de falleros conversan acaloradamente en la barra. A su derecha, en una mesa, dos ancianos juegan al Dominó. Y más adelante, en una mesa amplia y acompañado por otros tres hombres, encuentra a su objetivo. Su apariencia es la misma que la que recuerda de las fotos, aunque con muchas más arrugas derritiendo su rostro, y menos pelo decorando su cabeza, ahora adornada con una pequeña boina oscura.

La puerta se abre y aparece Víctor tras ella, y es con la presencia de su compañero cuando Juan Ramón se percata de ellos. Su mirada férrea se posa en ambos, deteniéndose a analizar cada detalle. Comprobando cómo los dos agentes inician su periplo hasta él. Dejando las cartas que tiene en su posición sobre la mesa, boca abajo para evitar que los otros tres jugadores puedan corromper su mano. Y espera su llegada.

—¿Es usted Juan Ramón Astur? —inquiere Aura cuando sus miradas chocan.

—¿Quién pregunta?

—Él es Víctor López y yo soy Aura Casado. Subinspectores de la UDEV. Nos gustaría hablar con usted.

—¿Subinspectores? ¿Tan mal está el cuerpo que ya no son capaces de respetar los rangos? —pregunta el anciano con gesto displicente—. En fin, sí que debe de ser grave si han venido ustedes. ¿Han venido solos o también están los de la UCO? —dice el hombre mostrando su experiencia en el campo. Dando por sabido que cuando se trata de desapariciones la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil suele tomar el control junto con los compañeros de la UDEV.

—De momento estamos llevando el caso nosotros.

—Me parece una idea acertada. Nunca he compartido que dos departamentos distintos tengan que dirigir un mismo caso. Y bien. ¿De qué quieren hablar?

Aura no responde. Intenta convencer, con su silencio, de que la presencia de los otros tres ancianos ahí es un estorbo. Pero, ante la falta de colaboración por parte de Juan Ramón, decide hablar.

—De la residencia La Esperanza.

Descubre en la mirada del detective el miedo repentino a esa palabra. Sus ojos crecen una fracción de segundo, para volverse hacia la mesa después. Su actitud cambia. Lo delata el temblor que se origina en sus manos.

—No conozco ninguna residencia con ese nombre. Ahora, si me disculpan, me gustaría acabar la partida. —Intenta coger nuevamente las cartas, pero, ante la inmovilidad de Aura, vuelve a mirarla.

—Tengo entendido que usted la investigó hace ya mucho tiempo.

Una risa profunda cae de la boca de Juan Ramón, que muestra con su gesto una incipiente rabia que crece por momentos.

—Mira que se lo dije… —susurra entre dientes—. Pues se equivocan. Yo jamás he investigado residencia alguna.

Los otros tres ancianos comienzan a dialogar entre ellos, en un galimatías casi inaudible.

—Sabemos que por la década de los noventa estuvo inmerso en una investigación que tenía como objetivo esa residencia. También que dejó el caso de forma repentina y no volvió a hablar del tema.

—Demasiadas cosas saben —responde con desprecio.

—¿Recibió alguna amenaza? ¿Un chantaje tal vez para que dejara de investigar? —Aura no le interesan las respuestas del detective. Ella sigue lanzando preguntas sobre la mesa, esperando a ver qué cartas muestra él.

El hombre se revuelve sobre la silla, nervioso, y vuelve a dejar las cartas sobre el tapete. Luego mira a los tres compañeros y con la cabeza les indica que se marchen.

Ninguno de los presentes rechista. Se levantan y dejan al detective solo, que estira la mano cuando se ve en la opción de regalar las sillas a los agentes. Ambos toman asiento.

—¿Quién les ha dado mi nombre? ¿Ha sido la hija de uno de los ancianos residentes?

—Hemos encontrado fotos suyas dentro de una caja que el director de la residencia en aquellos años guardaba en su casa. En las fotografías se lo ve bastante desprevenido, así que imagino que usted fue blanco de algún seguimiento.

Juan Ramón mira a su alrededor y luego se acerca a la mesa como si no quisiera que nadie más le oyera. Como un espía que está a punto de revelar su secreto.

—¿Qué es lo que quieren?

—Queremos saber qué averiguó en aquella época.

El hombre sonríe ante la pregunta de la subinspectora.

—Lo único que saqué en claro de aquello fue que lo mejor era no meterse. Ahí hay mucha mierda escondida y, si usted está investigando esos casos, le aconsejo que vigile mucho sus espaldas.

Víctor arruga la frente ante la amenaza implícita que acaba de lanzar el detective, luego mira a Aura, y no puede evitar entrometerse.

—¿Es alguna amenaza eso?

—Para nada. Al contrario. Es un consejo de compañero. Si están con ese caso, márchense y no vuelvan a preguntar. Será la mejor decisión que tomen.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué fue lo que encontró?

—No puedo hablar de ello.

—Señor Astur. Hay un asesino que está acabando con todos los responsables de aquellos actos. Creo que, ahora mismo, si hay algún implicado más en el caso, debe de estar más preocupado por el asesino que por nosotros.

El anciano no responde de inmediato a las palabras de Aura. Se limita a resoplar con desdén mientras observa su copa vacía. La levanta hacia la barra y vuelve a dejarla sobre la mesa.

—Pues entonces dejen que acabe con todos, y luego lo atrapan a él. Les está haciendo un favor.

—Hay muchas vidas en juego. No podemos dejarlo pasar. Usted mejor que nadie debería saber esto. También ha jurado defender la justicia.

De nuevo la resignación se aferra al cuerpo del hombre, que parece haberle molestado escuchar a Aura recriminar su vocación.

—No solo se trataba de ancianos. Lo de los ancianos era una muestra más de toda la mierda que hacían en ese laboratorio. Pero lo verdaderamente cruel era lo que hacían con ellos. Hasta donde pude ver, que no fue mucho, a los ancianos los sometían a pruebas con todo tipo de fármacos. Los que no murieron tampoco quedaron mucho mejor. Pero había algo más que no pude investigar porque se me echaron encima antes de llegar a la verdad.

Aura lo mira con expectación.

—Nadie ha dicho nada de un laboratorio.

—Vamos, señorita. Si están aquí es porque ya saben que la residencia La Esperanza y el laboratorio Beinnet están involucrados. Es más, las mismas víctimas ya os habrán llevado a esta conclusión.

Las palabras del hombre hacen ver a Aura que el detective no surcaba por aguas muy profundas. Sabe perfectamente la actualidad del caso y conoce la relación entre los crímenes.

—Entonces sabe de lo que estamos hablando. Está al día del caso —responde ella con cierto enfado por ver cómo pasan las horas.

—No sería un buen detective si no. Ahora, yo les pregunto, ¿saben todos los ensayos que ese laboratorio hacía?

Aura niega con la cabeza.

—Estamos a la espera de interrogar a Manuel Frutos.

—Manuel no va a hablar. Está muy vigilado. Y ahora que su hija ha

muerto ya no tiene nada que perder. Es su única hija, así que lo ha perdido todo como aquel que dice. En fin… —Juan Ramón suspira como si aquello fuese una liberación. Como si disfrutara desgranando cada detalle de lo que averiguó—. Ese laboratorio estuvo, durante mucho tiempo, a la cabeza en cuanto a los estudios contra el VIH. Muchos de sus experimentos se centraban en el SIDA. Tengo entendido que buscaban mujeres con esta enfermedad y les ofrecían grandes sumas de dinero para someterlas a ciertas pruebas, la mayoría de las pruebas estaban orientadas a la gestación de bebés sanos por parte mujeres con esta enfermedad. Lo de los ancianos fue otra de sus patrañas médicas. Yo empecé investigando a los ancianos, pero luego descubrí que había mucho más detrás de todo eso.

—¿Quiere decir que buscaban mujeres embarazadas que tuvieran SIDA para hacer pruebas?

—No puedo decírselo con exactitud. Hasta donde yo llegué, hubo varias mujeres que fueron inseminadas. Una especie de gestación subrogada.

Aura mira a Víctor con asombro, incapaz de creer lo que está escuchando. Incapaz de asumir que toda la realidad que envuelve su caso pueda estar tambaleándose.

—¿Llegó a conocer a alguna de las pacientes?

—Personalmente no. Pero, antes de abandonar la investigación, estuve siguiendo un caso en particular. Se trataba de una prostituta.

16 de marzo de 2018, 12:44. Valencia

Aura intenta soportar el dolor que atraviesa su pecho. Las palabras del detective han sido como un disparo a bocajarro y su silencio, ahora, le está retorciendo el estómago.

Juan Ramón ha dejado de hablar cuando le han servido la copa de coñac que demandó. Ahora se limita a observar el líquido mientras mece la copa con suavidad. Inhala, primero, para sentir el aroma del alcohol, y luego introduce un pequeño sorbo. Lo paladea para sentir su sabor, lo saborea cuando tiene que tragar y, cuando lo hace, deja escapar un suspiro caliente que atufa el ambiente.

—Por favor, señor Astur. ¿Qué ha querido decir con las prostitutas? —insiste Aura cuando su paciencia empieza a desaparecer.

—Me interesé por una en concreto, pero tengo entendido que fueron más de dos las mujeres que contrataron. No sé si las tres eran putas. La que yo digo sí lo era, una drogadicta bastante dependiente. Su caso fue el que más interés me suscitó porque cuando la conocí ya había dado a luz al pequeño. Aproveché que sabía dónde hacía la calle para interrogarla en alguna ocasión. Fue ella la que me contó que el doctor que encontraron ayer le ofreció cerca de doscientas mil pesetas por prestarse al experimento.

Víctor y Aura no son capaces de creer lo que está pasando. ¿Experimento? ¿Prostituta? ¿Estará hablando de la madre de El Bosco?

—¿Sabe el nombre de esa prostituta?

—No tengo ni idea. Sé que me contó que el doctor este junto con el director del laboratorio la convencieron para prestarse a tener un bebé controlado por ellos. Lo extraordinario de este caso es que ese bebé nació libre de la enfermedad, por lo que el laboratorio insistió en hacerle todo tipo de pruebas.

—¿Y la madre lo permitió? —pregunta Víctor con una rabia que nace en su pecho y desfigura su rostro.

—La madre se pasaba la mitad del día colocada, y la otra mitad con alguna polla en la boca o entre las piernas. Creo que el hecho de que ese niño estuviera en la clínica le salvó la vida.

—¿Sabe algo de ese niño? —investiga ahora Aura.

El detective niega con la cabeza mientras degusta otro sorbo del coñac.

—Al poco de meterme más a fondo empezaron las amenazas. Las inspecciones repentinas, las cartas intimidatorias. Primero aduciendo que me quitarían la licencia y no podría trabajar más. Luego ya revolvieron en mi vida íntima y tuve que parar. Ya les digo que, si van a entrar en ese juego, más les vale cubrirse bien las espaldas. Aseguren a sus familiares y limpien sus historiales. Cuando se lucha contra un

fantasma, es muy difícil esquivar los golpes.

—¿Y después de todo aquello no volvieron a molestarle?

El anciano ríe con descaro mientras remata la copa con un profundo trago que lo obliga a rugir para liberar el escozor que le produce el alcohol en la garganta.

—Nunca se olvidaron de mí. Cada cierto tiempo me llegaba alguna carta. Inspecciones sorpresa a la agencia. Seguramente la semana que viene tenga alguna sorpresa más gracias a vuestra visita. Se acabará cuando descanse para siempre. —Ahora su rostro no es el del irónico anciano que ha estado presente durante toda la conversación. Su gesto ha mudado en otro más resignado, más triste.

—Sabemos que hace un tiempo recibió la visita de un familiar de alguno de esos ancianos fallecidos. ¿La recuerda?

—Como si fuera ayer. Pero ¿quién le ha dicho que fuera un familiar?

Aura abre los ojos y se ruboriza al entender el desliz que acaba de cometer. Sin pretenderlo, ha mostrado que Amparo está detrás de toda esa información.

—Bueno, cuando vimos tu foto, fuimos a ver a Amparo Fuster. Ella nos dijo que usted la llamó diciendo que uno de los familiares lo había estado investigando.

El detective se ríe con soltura mientras busca cambiar de posición sobre su asiento.

—Sí, eso me dijo el hombre, pero no era ningún familiar. Yo seré viejo, pero tengo una memoria prodigiosa. Y para las caras todavía más. No se me escapa ni una. Quien vino a verme no fue ningún familiar.

Todos guardan silencio. Un silencio que adensa el ambiente al ser testigos de que Juan Ramón se ha detenido en su explicación. Mira fijamente hacia la puerta sin decir nada.

—¿Quién fue la persona que lo visitó?

—El hombre que vino a verme era el que trabajaba en aquella época llevando a los viejos al laboratorio. Conducía una pequeña furgoneta de Servicios Vitales Mínimos.

Víctor y Aura no responden, boquiabiertos y congelados ante la información del detective no son capaces de disimular la mirada que se dedican el uno al otro.

—¿Ramón Silvano? —pregunta Aura en un tono agudo que apenas deja escapar aire de sus pulmones.

—No recuerdo bien su nombre. Creo que sí, era él. Solo había un conductor en aquella época y era él. Ramón Silvano, sí, bueno, supongo.

—¿Qué es lo que quería ese hombre cuando vino a buscarlo?

—Nada concreto. Intentaba sonsacarme qué sabía del caso. Si

recordaba el nombre del doctor que pagó a la prostituta. También me preguntó por el viejo director del centro. Nos reunimos en esta misma mesa. La única diferencia es que él se marchó mucho más rápido.

Aura todavía está asimilando la información. Intentando deducir por qué Ramón no les había confesado que él también estaba involucrado con el laboratorio.

—¿Está seguro de que Ramón llevaba a los ancianos al laboratorio?

—Lo pueden confirmar en los expedientes. Fíjense en la última salida al centro médico y verán quién firmó como responsable del traslado.

Todo se vuelve siniestramente tenso. El silencio se apodera de los tres por un momento mientras Aura digiere esa batería de información que ha destrozado su estómago. Víctor tampoco es capaz de articular palabra alguna, y Juan Ramón sigue dibujando su rostro serio.

—¿Tiene algún nombre de las personas que fueron objeto de estudio en aquella época? De otras mujeres como la prostituta —intenta seguir deduciendo Aura.

—Nombres no tengo ninguno. Hasta donde yo llegué, la prostituta que investigué me decía que había dos mujeres más como ella. Pero ella había sido la única en dar a luz un bebé sano.

—Si recuerda algo más, por favor, llámenos.

Aura no espera ni siquiera a su compañero. Se lanza en una frenética carrera hasta el coche mientras pide por mensaje a Leo que le mande la ubicación de Ramón Silvano. Cuando Víctor llega al coche, ella ya ha hablado también con Raúl para pedir la orden contra Ramón.

—¡Vamos a por ese hijo de perra! —gruñe ella con una rabia que calienta sus manos.

El inspector jefe le ha prometido tener todo preparado para cuando llegue el detenido, y Leo apenas ha tardado dos minutos en mandarle la ubicación del sospechoso.

El trayecto se vuelve lento, atropellado debido al desesperante tráfico que congestiona las calles de una Valencia en fallas. Tras más de veinte minutos de recorrido se topan con dos patrullas que se dirigen a la misma dirección: a la calle Isaac Peral, junto al barrio del Cabañal.

Las sirenas rompen el jolgorio habitual de unas calles encendidas, hasta que llegan a la zona donde les ha marcado Leo. Las calles están cortadas debido a que, en la calle paralela, se alza el monumento fallero de la Sección primera A. Ninguno de los agentes duda en sus intenciones. Todos se bajan y se disponen a escuchar las instrucciones precisas de Aura. Ella y Víctor van por el acceso sur de la calle,

mientras que los otros cuatro agentes se dirigen al acceso norte y este de la zona.

—¿Crees que ha hablado de El Bosco? —pregunta Víctor mientras caminan de forma apresurada a través de toda la melé que se aglomera en el asfalto.

—No lo sé. Mateo siempre lo trató como su hermano. Decían que eran hijos del mismo padre.

Víctor niega con la cabeza, incapaz de entender nada de lo que está pasando. Al fin sus pensamientos se disipan cuando enfilan la calle.

No es necesario llegar a la vivienda de Ramón, pues este se encuentra frente al portal del edificio donde vive, hablando relajadamente con otro hombre de una edad similar a la suya. En un principio no se percata de la llegada de los dos agentes, hasta que Víctor lo nombra desde la distancia. Es cuando sus miradas chocan, cuando Ramón abre los ojos sorprendidos.

Su cuerpo se yerga y se tensa por un momento mientras que, con la cabeza, revisa varios puntos concretos.

—Algo trama —dice Víctor cuando sospecha de esa actitud.

Pronto sus palabras se vuelven una certeza cuando, en un movimiento rápido, Ramón comienza a correr en la dirección contraria por la que se acercan los subinspectores.

—¡Joder! ¡Quieto! —grita Víctor lanzándose tras él.

Aura también comienza a correr al ver la reacción del conductor, que no tiene pinta de querer detenerse.

La carrera comienza con el impacto de Ramón contra dos jóvenes que ríen de forma ingenua en mitad de la calle con un cubata en las manos. Cubata que acaba mojando el asfalto cuando el cuerpo de uno de ellos impacta contra el suelo.

Víctor salta por encima del chaval que intenta recomponerse y Aura pasa veloz, por un lado, sin mirar siquiera su estado.

—¡Quieto, Ramón! —vuelve a gritar Víctor, pero el hombre no parece tener intención de detenerse.

Cuando Ramón llega a la esquina, se topa con la reacción desprevenida de los otros agentes, que comienzan a correr detrás de él cuando ven que Aura les hace un gesto furioso.

La gente se multiplica cuando giran por la esquina en dirección al puerto y, en el momento en que Aura tuerce, un estruendo acalla los gritos de los agentes. Un estruendo que hace que ella caiga al suelo.

Víctor se detiene de inmediato mientras exige a los demás que sigan la carrera y, cuando se acerca a Aura, ella se levanta casi de un salto.

—¡Joder! Putos cohetes —increpa ella cuando observa cómo el humo blanco de un petardo asciende en una marcha evanescente hacia el cielo.

Varios estruendos resuenan acto seguido, pero ya no sorprenden a los agentes, que retoman la carrera.

Ramón se ha colado entre la marabunta de gente que observa la falla ya completa, esperando a que los jueces la visiten.

Por un momento, Víctor pierde de vista a los agentes que persiguen a Ramón, pero pronto los vuelve a ver. Han cruzado la calle y se alejan de la falla.

—Vamos, van hacia la avenida. Por aquí —sugiere él.

Los dos agentes toman una calle que sigue de forma paralela a la que ha tomado Ramón, y cuando llegan a la avenida lo ven corriendo en su dirección. Víctor no lo duda, se lanza hacia él como un defensa que intenta impedir el gol del empate en el minuto noventa. Ramón, a pesar de mostrarse sorprendido por la repentina aparición del agente, logra esquivar el primer ataque de este. No pasa lo mismo con Aura que, a pesar de poseer un cuerpo bastante más ligero que el del conductor, sus habilidades hacen que, tras clavar una pierna entre las del hombre, este se precipite en un planeo duro hasta el suelo.

El golpe seco arranca un jadeo a Ramón, que se retuerce de dolor en el suelo cuando su carrera concluye.

—¡Joder! Me has roto el codo —gime revolviéndose en el suelo.

Aura no responde. Lo mira con desprecio y espera a que los compañeros lleguen para esposarlo. Tienen mucho de lo que hablar.

16 de marzo de 2018, 15:03. Valencia

El equipo se ha reunido frente a los despachos que utilizan para interrogar a los sospechosos. En un momento, el caso ha pasado de la más dura incertidumbre a la complejidad de elegir dos caminos. Dos son las puertas que los separan de una realidad que será tan sincera como las palabras que ellos quieran asimilar. Dos puertas con dos historias que prometen ser muy distintas.

A un lado se encuentra Ramón Silvano; nervioso; sudado y hablando con su propia sombra, dibujada sobre la mesa de madera. Todo ha cambiado en él. Ahora su cuerpo es el reflejo del temor a lo desconocido, de la culpa y el autocastigo que él mismo se impone.

Al otro, Manuel Frutos está sentado en una silla. Su rostro imperturbable permanece inmóvil, contemplando un punto de la pared. No se mueve, apenas pestañea y mucho menos muestra gestos de debilidad. Cuanto mucho, de furia contenida. De rabia por tener que soportar un momento que no debería. No entiende qué hace allí, y ha jurado a los dos agentes que lo han traído casi esposado que va a pedir que los degraden o expulsen del cuerpo. “Esto no quedará así”, se atrevió a decir cuando lo transportaban hasta la Jefatura.

Afuera está la otra cara de la moneda. Los agentes mantienen un silencio impreciso que rebota en las miradas inquietas de los agentes. La incertidumbre es la peor de las enemistades. Se convierte en un pozo oscuro sin fondo en el que solo hay un aluvión de preguntas que no hallan respuestas. Y donde esas respuestas que sí obtienen cada vez se vuelven más inexactas, menos esperanzadoras. Si algo puede acabar con la tenacidad de los agentes de la UDEV es la incertidumbre. Las preguntas se acumulan y todavía intentan elaborar la estrategia adecuada.

—¿Por quién empezamos? —pregunta Víctor, que se asoma con cuidado por el cristal de la puerta donde espera Ramón.

—Manuel no nos va a decir nada. —Aura muestra su tono más serio desde que empezó el caso. Su mirada se ha endurecido y su cuerpo casi no tiembla ya.

—Desde que ha llegado ha dicho que nos vamos a arrepentir de todo —informa Daniel. Su rostro, en cambio, apenas ha sufrido modificación en los últimos días. Sigue siendo el mismo hombre consumido por las malas decisiones. Se apoya en la pared dejando caer el peso de su cuerpo sobre uno de los brazos, y con las manos en los bolsillos.

—Pues entonces deberíamos ir a por Ramón. Sabemos que este transportaba a los ancianos al laboratorio. Y, si ha escapado, es porque algo se huele. Una persona no huye si no tiene nada que esconder. —Víctor se convence de sus palabras cuando observa los

ojos de Ramón—. No es trigo limpio este hombre.

—Hay que sacarle todo lo que podamos a Ramón, para luego intentar utilizarlo contra Manuel. Creo que será la mejor solución —concluye Daniel.

Aura asiente y se prepara para entrar cuando la mano de Víctor la sujeta por el hombro.

—¿Estás a tope para esto?

Ella asiente con un rostro pétreo y toma la manecilla de la puerta. Cuando siente el tacto helado del metal, aspira con fuerza antes de entrar decidida al encuentro con Ramón. Víctor la sigue de cerca.

Nadie dice nada hasta que todos están sentados. Nadie dice nada durante más de un minuto de siniestras miradas y desafíos constantes.

Y nadie dice nada cuando Ramón carraspea, víctima de unos nervios que traicionan su voluntad.

Al fin es ella la que habla, rompiendo así un tenso momento que ha durado más de tres minutos.

—¿Está usted bien?

Ramón se acaricia el brazo dolorido. Se puede apreciar la sangre seca alrededor de una pequeña herida de rozamiento a la altura del codo. Él sigue en silencio.

—Nos gustaría entender por qué ha huido cuando hemos ido a hablar con usted.

Silencio de nuevo es lo que recibe, esta vez Víctor, como respuesta. Un silencio que ambos agentes dejan que se extinga lentamente mientras cavilan sobre las siguientes preguntas. Es de nuevo Aura quien se adelanta.

—Bien, viendo la negativa a cooperar, vamos a tomar su conducta como un intento de fuga. Tenemos motivos para sospechar que usted fue una parte involucrada en los crímenes que el laboratorio Beinnet cometió en la década de los noventa. Al igual que sabemos que la residencia La Esperanza actuó como cooperador necesario en estos actos. Adoptando su silencio como respuesta, nuestro deber es informarle de que se le va a acusar de cooperador necesario a usted también y se abrirá investigación para procesarlo por los asesinatos de doce ancianos. Hasta el momento.

Los ojos de Ramón crecen por completo mientras escucha la retahíla de acusaciones sobre su persona. Su cuerpo empieza a moverse cada vez más, y la tensión de sus labios aumenta como el volumen indiscriminado de una película de acción en su clímax.

—No tienen nada contra mí —se defiende con una voz ronca y áspera, víctima de su propio letargo.

La subinspectora sonríe. Sabe que su estrategia funciona y se complace de volver a tener razón. Aunque sea por una vez en los últimos días.

—No estamos de acuerdo con esa afirmación. Tenemos fotografías que lo colocan como conductor. Imágenes de los últimos traslados de esos ancianos y el testimonio de un testigo que afirma que usted los dejaba en la clínica.

—Es un farol. Conozco vuestros juegos. Sé que me estáis tendiendo una trampa para que confiese algo que no he hecho.

—Si no lo ha hecho, no tendría por qué guardar silencio. Si usted no fuera culpable, no tendría por qué huir de la policía.

Ramón suspira resignado. Se lleva las manos a la cara y se seca el sudor que crea una fina pátina sobre su frente. Sus cabellos siguen igual de sucios que siempre.

—No tenéis ni idea de nada. Os pensáis que vais por delante y, cuando menos os queráis dar cuenta, el tren os va a pasar por arriba.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Aura con el entrecejo fruncido. No le ha gustado el comentario de Ramón y no se molesta en disimularlo.

De nuevo, el viejo taxista se encierra en un mutismo defensivo. Aunque ahora Víctor se adelanta con la intención de no regalarle ni un segundo para pensar.

—¿Por qué visitó al detective que estuvo a punto de desmantelar lo que hacíais en la clínica?

Ramón entrecierra los ojos mientras sacude la cabeza con levedad para intentar negar con cierto disimulo.

—Yo no... Yo no visité a nadie... No sé de qué detective habláis.

—¿Quería saber si ese detective tenía su nombre? ¿Tiene usted miedo de ser el siguiente? ¿De que El Bosco lo encuentre y decida hacerle lo mismo que ha hecho con el resto de los responsables? ¿Acaso intuía lo que iba a pasar y se adelantó para sonsacar algo de información de aquella época? ¿Cómo supo lo que iba a pasar antes de que apareciera de nuevo El Bosco?

—Yo no supe nada. Yo...

Aura observa cómo el sospechoso inicia un siniestro ritual que inicia rascándose la nuca. Poco a poco pasa la mano hasta la parte frontal de la cabeza y sigue rascándose la cara, el cuello y los brazos.

—¿Está nervioso? —pregunta ella.

—¿Cómo queréis que esté? No dejáis de acusarme tontamente de cosas que no tengo nada que ver, y encima queréis que me relaje. No, así no funciona esto.

—Esto funciona diciendo la verdad, señor Silvano. Cuando comience a decir la verdad, verá cómo deja de picarle todo el cuerpo. ¿Por qué huyó de nosotros si no tiene nada que ver con esa clínica?

El hombre duda. Se muerde el labio inferior para luego acariciar con la lengua el superior. Intenta contener la verborrea que amenaza con escapar de su boca tanto como puede, pero al fin es incapaz de

controlarse.

—Porque no me puedo fiar de nadie ya. Están muriendo todos los que trabajaban conmigo en esa época y no sé en quién confiar. Solo puedo fiarme de mí mismo.

Aura se sorprende. A pesar de tener ya la sospecha de que Ramón era parte importante en el plan de la clínica, no es capaz de disimular la sorpresa que ocasiona su declaración.

—¿Miedo a quién? ¿Al asesino?

—A todos, ¿vale? A todos. No tenéis ni idea de lo que se cuece en esa clínica. Yo tuve que joderme la vida para, al menos, no morir por culpa de todo aquello.

—¿Qué quiere decir? —investiga Aura cuando entiende que todos los que no defienden los actos de esa clínica aducen que hay fuerzas mayores involucradas.

—Pues que no es algo solo de la clínica. No puedo decirte quién, pero, cuando se hacen cosas de estas, los que realmente mueven los hilos ni siquiera se dejan ver.

—¿Le amenazaron para que transportara a los ancianos?

Ramón sacude la cabeza. Niega con intensidad, con fuerza.

—Yo no tenía ni idea de lo que hacían con los ancianos. Mi trabajo era llevarlos de la residencia al centro médico y luego traerlos de vuelta. En alguna ocasión me tocó hacer traslados más largos, nada más.

—¿Y cuándo empezó a llevarlos a la clínica?

—No recuerdo la fecha. Era por el 1993, creo. Al principio no sospeché nada. Eran visitas rutinarias como todas las demás. Pero, a medida que pasaban los meses y veía que siempre viajaban los mismos viejos a la clínica, me puse más nervioso. Sabía que algo raro pasaba y comencé a investigar.

—¿Qué fue lo que encontró?

—Solo sé que los tenían en camillas completamente cableados y no dejaban de tomar anotaciones. Cuando uno de ellos me descubrió, no supo cómo reaccionar. Me preguntó si había visto algo y muchas más cosas. Claro que lo había visto. Quise dejarlo, huir de allí. —No es capaz de seguir. Su voz se bloquea al evocar aquella dura época, según relata. Traga saliva y suspira antes de continuar—. ¿Sabe lo que son las mafias? Pues eso mismo era la clínica. Al tiempo de aquello recibí una visita.

—¿Sabe quién lo visitó?

Ramón asiente.

—El director de la clínica. El que ha aparecido muerto hace poco. Me dijo que quería que fuera yo quien transportara a los ancianos y que me pagarían mejor. Seguiría trabajando para la residencia, pero estaría a sus órdenes. Al principio me negué y fue entonces cuando

comencé a recibir amenazas. Me dijeron que no podía abandonar la empresa y que tenía que trabajar para ellos. O si no…

Aura se vuelve hacia Víctor, que parece estar hipnotizado por la historia de Ramón. Tanto que ni se ha percatado del gesto de su compañera. Lo hace cuando el silencio lo devuelve a la realidad.

—¿Cuáles eran sus funciones? —pregunta Víctor al ver que Aura se ha bloqueado.

—Solo transportaba a los ancianos. Los recogía en la residencia y los llevaba a la clínica.

—¿Cuántas veces viajaban los ancianos?

—Uno por día, todos los días menos el fin de semana.

—¿Y qué hacía cuando los transportaba?

Ramón se encoge de hombros. No acaba de entender la pregunta de Víctor y se somete al juicio de la verdad relativa.

—Pues nada. Esperaba en el coche.

De nuevo, el silencio es el compañero aguafiestas de la sala. Ahora se impone al entender que ninguno de los tres sabe qué más decir. Un silencio inteligente, de esos que aportan ideas, que permiten a uno rehacerse. Un silencio que le regala a Aura las últimas preguntas.

—¿Solo transportaba a los ancianos? —El sospechoso arruga la frente al escuchar la pregunta de Aura—. Tenemos entendido que en ese laboratorio también hacían pruebas de VIH con mujeres embarazadas y menores. ¿Nunca tuvo que transportar a ninguna mujer joven?

Los ojos del hombre se agrandan como si aquella pregunta le hubiera castigado sin razón.

—¿Cómo saben…?

—Responda a la pregunta, por favor.

Ramón levanta la barbilla y lleva su mirada al techo como suplicando una salida de aquel lugar. Una salida que no va a obtener tan fácil.

—Esa fue la razón por la que decidí escapar de aquello. Cuando supe que también hacían pruebas a niños pequeños, supe que tenía que huir.

—¿Qué clases de pruebas les hacían?

—Nunca vi ninguna. Solo recuerdo que vi llegar varias veces a mujeres con sus hijos. Y muchas veces esos niños solos. No todo está permitido. No siempre el fin justifica los medios. Y, cuando vi que esa clínica no tenía escrúpulos, intenté dejarlo.

—¿Pudo escapar?

Es entonces cuando la expresión de falso júbilo del sospechoso delata su realidad.

—Jamás he escapado. Pude dejarlo jurando que nunca diría nada. Pero ellos se han encargado de hacerme saber que siempre han estado

ahí. Y a lo mejor, después de esto, sea yo quien aparezca en una cuneta, o no aparezca tal vez. Todo gracias a vosotros. Ahora ya sabéis por qué decidí salir corriendo.

Ahora las dudas de los agentes son las que provocan el mutismo que se genera de nuevo. Unas dudas que hieren, que abrasan. Unas dudas que se disfrazan de culpa y someten a los dos agentes.

—No le va a pasar nada. Es una promesa que yo le hago —jura Aura. No para él. Jura como un intento de convencerse a sí misma de que no puede fallar.

—Permíteme que lo dude. Ni siquiera tú sabes en quién puedes confiar.

La subinspectora digiere las palabras de Ramón con dificultad, como si comiera un trozo de pescado todavía con espinas.

—¿Qué quiere decir? —inquiere con dureza, ofendida ante el comentario amenazante del conductor.

—Lo que has oído, es sencillo. ¿Pondrías la mano en el fuego por cualquiera de tus compañeros?

Aura quiere responder que sí. Intenta dibujar esa palabra en sus labios. Su mirada se apaga cuando descubre un interior lleno de dudas. En su mente aparecen todos sus compañeros bajo un telón negro que le impide ver nada más allá. Ese telón son sus dudas.

Sus miedos.

—Una última pregunta. ¿Por qué fue a ver al detective? Tenemos entendido que cuando realizó su visita ni siquiera se sabía que El Bosco estaba activo.

—No lo sabríais vosotros.

Ahora son los ojos de Aura los que crecen hasta casi salirse de las órbitas. Mira a Ramón y tuerce el rostro para rebatir su comentario.

—¿Usted sí lo sabía?

—Hace un mes aproximadamente comencé a recibir unas notas. No eran amenazas. Sabía que no eran de los mismos de siempre. Estas notas venían de alguien que quería acabar con la clínica, y estaba asegurándose de que yo lo supiera.

—¿Recuerda qué tipo de notas eran?

—Eran papeles con una simple frase. Decía: “En ocasiones la esperanza no es nuestra aliada. A veces, es nuestra enemiga”.

—¿Tiene las notas? —pregunta Aura con nerviosismo, excitada por la información que está recibiendo.

Ramón niega con la cabeza mientras suspira con pesar.

—Tiré los papeles. ¿Qué mierda iba a imaginar que esas notas serían una declaración de intenciones? Para mi eran un papelucho de mierda, así que lo rompí y lo tiré.

—¿Por qué visitó al detective si ni siquiera sabía que el asesino estaba planeando acabar con los responsables?

—Porque en un principio pensé que eran los de siempre. Y quise averiguar si ese detective sabía algún nombre que yo no conociera. Pero fue en vano.

Tras eso, el silencio vuelve a reinar. Aunque esta vez es un silencio de despedida, prefacio duro de que algo se acaba. Cuando pasa un minuto Aura sonríe, mira a Víctor y, tras captar su gesto de conformidad, se despide de Ramón, que queda en la sala cuando ellos salen.

—¿Vamos a por Manuel? —incita Víctor.

16 de marzo de 2018, 16:11. Valencia

—¡Espera! —exclama Víctor asiendo por el brazo a Aura. Ella lo mira con un gesto interrogante arrugando el entrecejo—. Lo mejor será que hable yo.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque analizando un poco a Manuel, a lo mejor, si te enfrentas tú a él, se cierra en banda y no dice nada. Se ve claramente que es un narcisista y un misógino. El hecho de que seas tú quien lo interrogue podría alterarlo.

—Creo que Víctor tiene razón —dice Daniel mientras lleva su mirada hacia el interior de la sala. Manuel sigue con una expresión serena, con los brazos cruzados y retrepado en su silla.

Aura intenta disimular el orgullo que siente al escuchar las palabras de Víctor, pero se convence cuando entiende sus razones. Se gira hacia la sala y observa al sospechoso.

—Está bien, habla tú. Yo iré provocándolo de forma sutil para que se encienda y a ver si así se le escapa algo.

Ambos asienten y Víctor toma la delantera. Cuando entra en la sala el gesto de Manuel no se inmuta. Impertérrito en su silla, apenas dedica una mirada de soslayo a los dos agentes.

Con la tranquilidad de un francotirador que aguarda a la llegada de su víctima, los dos policías toman asiento. Víctor respira con calma, intenta contener los nervios, entrecierra los ojos y relaja los músculos de la cara. Eso fue un truco que le enseñaron en su época de noches enteras jugando al póker. Sabe que para ocultar sus emociones tiene que relajar los músculos de la cara, fruncir con levedad el ceño y procurar centrar la mirada en un espacio pequeño, pero evitando mirar a un punto fijo, además de parpadear poco y de forma lenta.

Manuel, en cambio, no quiere negar sus sentimientos. Su mirada es firme, iracunda y casi abrasiva. Desafía en silencio a Víctor, que decide abrir el debate.

—¿Necesita algo? —se preocupa, primero. Como todo protocolo de actuación, no se puede empezar agrediendo.

—Para empezar, necesito saber por qué me habéis traído.

—Bueno, creo que mis compañeros han sido claros cuando lo fueron a buscar. Necesitamos aclarar ciertas dudas que han ido surgiendo en el transcurso de la investigación.

—¿Y tengo que venir obligado? ¿Acaso me estáis arrestando?

—Nada de eso. Le hemos citado para una entrevista. No queremos inculparlo por ningún delito todavía.

Manuel no deja pasar la última palabra de Víctor, lanzada con descaro. Aquel es el primer ataque que el subinspector tiene guardado.

Víctor siempre ha sido la mano derecha, el escudo, el protector. El

payaso jocoso que alegra las fiestas. Pero eso solo es la superficie del agente. Si sus compañeros hubieran arañado y ahondado en las profundidades de ese hombre, hubiesen encontrado una persona meticulosa, observadora e inteligente. Víctor es mucho más de lo que aparenta, y ahora quiere demostrarlo.

—¿Todavía? —inquiere Manuel, decidido a no dejar pasar ese pequeño ataque. Él también es un lobo viejo y sabe reconocer a los corderitos disfrazados.

—Sí, bueno. Nadie sabe lo que puede pasar más adelante y no me gustaría prometerle algo ahora que no pueda cumplir más adelante. No puedo jurarle que, si sale por esa puerta sin esposas, no vaya a volver a entrar.

—¿Estás insinuando algo?

—De momento estoy siendo franco. Y, con toda la sinceridad, me gustaría entender por qué un padre que sabe que su hija ha sido asesinada, y entiende el motivo, guarda silencio.

Los ojos de Manuel crecen y se vuelven rojos casi al instante. Su piel también se sonroja mientras aprieta con fuerza los puños.

—Pienso hacer que os quiten las placas a todos. Os lo juro por mi vida ahora mismo que, cuando todo esto acabe, hablaré con quien tenga que hablar —dice escupiendo toda la rabia que su tranquilidad le permite.

—Bien, pero hasta ese momento tendrá que rendir cuentas ante nosotros. Y ahora mismo nos gustaría saber a qué se dedica el laboratorio Beinnet. ¿Qué tipo de pruebas hacen?

El hombre los mira con desprecio, pero intenta dibujar una sonrisa sarcástica que ofende a los dos agentes por igual.

—No sé si lo entenderíais. Para ser lo más vulgar posible, hasta hace poco, el laboratorio hacía pruebas para buscar nuevos fármacos contra el asma.

—¿Hasta hace poco? ¿Y ahora qué hacen?

—Pues no lo sé. ¿Por qué no se lo preguntáis a ellos? Yo ya no tengo nada que ver.

Aura se remueve en su asiento.

—Tenemos entendido que posee una buena cantidad de acciones de la empresa. Así que imagino que estará al tanto de lo que hacen allí.

Manuel mira con rabia a Aura, que se limita a lanzar una sonrisa furtiva y descarada.

—Pues sí, pero no me paso todos los días allí. No sé qué estarán haciendo ahora. Suelen tener varios equipos médicos para cada ensayo.

—¿Como puede ser un ensayo contra el Alzheimer y otro contra el SIDA?

El señor Frutos levanta la barbilla como si aquellas palabras trajeran a su memoria recuerdos dolorosos. Como si las palabras de Víctor hubiesen abierto una herida que jamás dejó de sangrar. A pesar de ello vuelve a controlar su gesto y sonríe.

—Por ejemplo —responde sin más.

—Tengo entendido que, por la década de los noventa, el laboratorio del que usted era el presidente del comité ético se dedicaba a ensayos para combatir el Alzheimer. También sabemos que su hija murió a causa de una sobredosis de Galantamina, y que este fármaco se usa para prevenir el desarrollo del Alzheimer. ¿No le resulta una coincidencia abrumadora?

Manuel traga saliva. Su cuerpo comienza a sudar y cada vez le cuesta más soportar la presión a la que el subinspector lo está sometiendo.

—No lo sé. Sois vosotros los encargados de encontrar las pruebas. Sería muy extraño que cerrarais un caso solo por coincidencias. Aunque vista la profesionalidad de la que hacéis gala, no me extrañaría.

Víctor ríe con descaro, como si ese hubiese sido el mejor chiste del día. Como si estuviera divirtiéndose con Manuel en la terraza de un bar, aunque esta vez no corre una brisa fresca de primavera. No hay cervezas ni papas. No se oye el murmullo de la ciudad. No hay fiesta ni jolgorio. No hay risas verdaderas.

—Sí, bueno. Tenemos las pruebas necesarias para acusarlo por negligencia médica en ensayos clínicos con pacientes en fase inicial de Alzheimer. También sabemos que contrataron los servicios de varias mujeres portadoras de SIDA a las que practicaron una inseminación artificial para luego hacer pruebas con esos menores. No sé, pero a mí todo esto me suena a un relato del Holocausto nazi.

A Manuel le tiembla el labio superior. Le pican las manos, le suda el cuello y apenas es capaz de pronunciar palabra alguna.

—¿De dónde habéis sacado semejante superchería?

—Señor Frutos. El tiempo corre y nos estamos jugando la vida de muchas personas mientras estamos aquí discutiendo quién hizo qué. Sabemos que su laboratorio hacía ensayos clínicos no legitimados con ancianos, así como con niños y mujeres. Dígame, ¿qué salió mal para que dejaran de hacerlo?

El hombre mira a Víctor, pero no dice nada.

—¿De verdad va a dejar que su hija haya muerto para nada? —Intercede Aura, que se está viendo superada por la rabia.

A pesar de su dura intromisión, y de que Manuel haya reaccionado clavando una mirada de odio en sus pupilas, el hombre se incorpora sobre su silla.

—La Galantamina fue el fármaco que más daño causó en todos los

ensayos. Probaron con Tacrina también, pero no tenía los mismos efectos. Yo nunca participé en los ensayos, me limitaba a dar el visto bueno a buen precio. El dinero y la comodidad convencen a cualquiera.

Víctor lo mira en silencio, analizando cada palabra, estudiando cada gesto. Por un momento comprende que su dolor es producto de su culpa, y su ira sirve para disimularla.

—¿Lo sobornaron para que aceptara los ensayos?

Manuel asiente ante la pregunta de Víctor.

—Con los ancianos pude compartir la idea de buscar una solución. Al principio me ocultaron que los ancianos habían muerto. Fue cuando sospeché que empezaban con pacientes nuevos y los viejos ya no volvían. Ahí descubrí la verdad. Pero con los niños fue diferente.

—¿Qué puede contarnos de ellos?

El viejo director del comité niega en un principio. No quiere seguir hablando y se encierra en un silencio que parece levantar un muro entre ellos. Un silencio que se clava en las paredes.

—¿Era el doctor Pons el encargado de los ensayos?

—El doctor Pons era quien llevaba los ensayos con los ancianos. Los ensayos con los menores no los llevaba él. Era otro doctor.

Víctor mira a Aura, que se remueve en su silla.

—¿Quiere decir que había otro doctor con ustedes?

Manuel asiente con serenidad. Dedica una mirada lenta a sus manos trémulas y vuelve a mirar a los agentes.

—El doctor Pons era un buen hombre. Cuando pasó lo de los críos, decidió marcharse. Pero nadie podía irse con tanta facilidad, por lo que tuvo que escapar a Brasil. Sé que estuvo un tiempo trabajando allí y luego, cuando todo pasó, volvió a España para dedicarse a otra especialidad.

—¿Qué ocurrió, señor Frutos?

Ambos agentes aguardan, pero el silencio de Manuel es demasiado denso, se dilata en el tiempo como la mala fortuna. Su expresión muestra dudas, resignación. Niega con velocidad.

—Señor Frutos —vuelve a pronunciar Aura—. Hay un compañero nuestro desaparecido y el tiempo corre. Sabemos que usted no es mala persona, demuestre que tenemos razón. Que acertamos a la hora de confiar en usted.

Manuel suspira con dolor mientras cierra los ojos.

—Todo empezó a venirse abajo con la prostituta. Al principio el ensayo se inició cuando llegó una mujer con bastante poder económico que había contraído el SIDA. Había quedado embarazada y quería un tratamiento para combatir la enfermedad. Fue entonces cuando el doctor Gil se obsesionó con esta situación. Sobra decir que el ensayo con esta mujer no funcionó y el bebé no fue capaz de repeler

el virus.

Aura no le quita el ojo de encima mientras el hombre revive aquella dura época con dolor.

—A partir de entonces empezó un ensayo con otras mujeres portadoras. Buscó entre drogadictas y prostitutas, y las utilizaba para sus ensayos.

—¿Recuerda el nombre del doctor?

—Solo su apellido, lo siento. Siempre me dirigía a él por su apellido y eso nunca lo he olvidado. Doctor Gil es todo lo que puedo decir. Era un hombre cinco años más joven que yo, moreno y de corte de pelo militar. Siempre vestía holgado y su rostro ya delataba sus malas intenciones.

—Señor Frutos. Sabemos que Cristóbal le ofreció a una prostituta cerca de doscientas mil pesetas para ofrecerse a las pruebas. ¿Quién financiaba todos los ensayos? —investiga Aura.

—Los presupuestos los dirigían ellos. El director del centro junto al gabinete administrativo. No sé quién estaba detrás de todo puesto que Cristóbal era el único que solía hablar con sus, digamos, socios.

—¿Qué pasó con las prostitutas? —pregunta Víctor volviendo al tema.

—Fueron varios ensayos. En casi todos el niño nació con alguna malformación. En el primero murieron tanto la madre como el niño. Solo hubo un caso. Uno en el que el niño nació libre del virus.

Víctor mira a su compañera, que sabe, por el gesto de este, que han dado con El Bosco. Ahora el caso cobra sentido. Se llena de una vida paradójica, puesto que esta vida solo trae muerte.

Por un momento, Aura revive la conversación que tuvo con el mismo asesino. Esa en la que le exigía que buscara el primer cuadro.

—¿Qué pasó con ese niño?

Manuel se muerde el labio. Todos allí saben que lo que va a decir no le va a gustar a nadie, pero es necesario.

—Ese niño fue el ensayo del doctor Gil. Se aprovechó de que su madre apenas podía mantenerlo para hacerse con él. Desde que nació pasó a formar parte de sus pruebas. El doctor Gil intentó utilizar su sangre para elaborar un fármaco capaz de anular el SIDA en caso de embarazo. En aquella época todavía no estaban muy avanzados los estudios con esta enfermedad y no se sabía con certeza las causas por las que el bebé nacía sano siendo su madre portadora del VIH. Pero ese niño pasó su infancia rodeado de agujas y electrodos. De pruebas que lo dejaban exhausto. De dolor y llantos. Lo privaron del contacto materno, de cualquier posibilidad de integración social, del cariño, del afecto.

—Lo convirtieron en un monstruo —afirma Víctor, sin querer desvelar que ese niño es el asesino de El Bosco.

Manuel asiente con pesar.

—Pasó muchos años encerrado en una pequeña habitación con apenas una televisión y poco más. Hasta que un día desapareció.

—¿Cómo que desapareció? —pregunta Aura con verdadero interés.

—Nadie sabe qué pasó con él. De vez en cuando, la madre solía visitarlo y se lo llevaba de paseo. Un día se lo llevó y no lo volvimos a ver. Algunos piensan que la madre lo asesinó y se deshizo del cuerpo. Otros que lo crio en secreto. Lo único cierto es que no se supo nada más de ese pequeño.

—¿Nadie investigó lo que le pasó?

El hombre se encoge de hombros.

—Los ensayos estaban estancados. No sé si entendéis cómo funciona este mundo, pero, en cuanto a ensayos experimentales, es una carrera. Muchos laboratorios suelen participar, cuando uno llega a la meta, la carrera se acaba. Nosotros no pudimos llegar los primeros, así que decidimos aparcar el proyecto. A nadie le interesó seguir gastando en ese muchacho. Total, nadie más sabía de él.

—¿Podría decirme qué pasó con el doctor Gil?

—Abandonó el laboratorio años después para dedicarse a trabajar por su cuenta en un centro privado, pero no recuerdo cuál.

—Sabe usted si sigue con vida este doctor.

Manuel se encoge de hombros. Su testimonio ya ha finalizado. Se ha vaciado por completo y ahora parece que flota en la sala, liberado, en paz consigo mismo. Por un momento incluso se percibe una ligera sonrisa. Sonrisa que borra cuando los agentes deciden poner fin a la reunión y marcharse.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunta con nervios.

Víctor lo mira desde la puerta y suspira.

—Ahora tendrán que ser conscientes de lo que hicieron y remediarlo en la medida de lo posible. Esperemos que podamos encontrar a tiempo al asesino.

Cuando Víctor cierra la puerta, no puede negarse al dolor que oprime su pecho.

—Ya sabemos qué pasó con El Bosco —sentencia con un tono de voz débil. Con culpa.

—Pero sigo sin entender algo. ¿Qué pinta Mateo en todo esto? Si El Bosco quería vengarse de la clínica, ¿por qué usó a Mateo? ¿Por qué esa inquina con Javier? ¿Qué significado tienen ellos en todo esto?

Nadie responde. No lo hacen porque están centrados en la figura estática de Raúl, que ha escuchado todo lo que han dicho en la sala. Sus ojos blancos van del rostro de Aura hasta su teléfono móvil, y vuelven a ella. Cuando se percata de que todos lo miran, reacciona.

—Han llamado los del laboratorio de documentos. Tienen todos los archivos de Ricardo Pons. Nos esperan.

—¿Han encontrado algo? —inquiere Víctor.
Raúl lo mira con indolencia.
—Eso parece.

16 de marzo de 2018, 17:25. Valencia

La tensión se respira en el equipo.

Nadie habla. Nadie se mira e incluso muchos de ellos procuran respirar con levedad para no distorsionar esa realidad que se ha formado alrededor.

Junto a un pequeño escritorio esperan Aura y el resto del equipo la llegada de Raúl, que ha ido a buscar al subinspector Romero, encargado de la información que tiene para ellos.

Tras más de cinco minutos aparecen los dos, hablando con un gesto serio. Raúl gesticula con descaro mientras que el subinspector David Romero asiente con un gesto que raya la pena, el lamento.

—Bien, muchachos. Esto es lo que tenemos. Vamos a repartir las hojas entre todos, ya que hay mucha información —informa el inspector jefe—. David nos ha clasificado los archivos importantes.

—Sí, tenéis por un lado los que estaban dentro de una carpeta bastante oculta, pero no secreta. La carpeta tenía el nombre de recuerdos. Hay otra que contenía bastantes archivos doc que creo que pueden ser útiles. Y luego varias carpetas más con fotos y recortes que debía de resultarle atractivos al dueño del ordenador. —David reparte las hojas a los agentes, que empiezan a analizar sin dilación todo el contenido posible.

—¿Hemos ordenado la búsqueda del doctor Gil? —inquiere Aura sin dejar de mirar las hojas que le ha tocado revisar a ella.

—Es difícil encontrar a alguien por su apellido. De todas formas, he ordenado buscar a todos los médicos con apellido Gil que hayan nacido entre los años 1950 y 1955. Por lo que dijo Manuel de que era cinco años menor que él.

—¿Hay novedades con eso?

Raúl niega con resignación. Apenas ha pasado media hora desde que han salido del despacho de la Jefatura. Demasiado poco tiempo para hacer semejante criba. Todos lo saben.

—Espero que en unas horas nos digan...

—Chicos —interrumpe Daniel—. Creo que tengo algo.

Su rostro se ha congelado con una imagen aferrada a su mano. Sus ojos se tornan blancos, su piel nívea. Sus labios se resecan y apenas es capaz de soltar la fotografía cuando Raúl la intenta sustraer de su mano.

Aura se asoma, haciendo puntillas, por encima del hombro del inspector jefe para comprobar la magnitud de aquella información.

Nadie habla durante casi un minuto.

Todos observan en silencio la imagen que Daniel ha encontrado, entendiendo que en ella se plasma el origen de todo lo que están viviendo.

Aura recuerda entonces las palabras del asesino. Había llegado al principio de todo. Ahora ella entendía que la finalidad de El Bosco era llegar a su propio verdugo. Tiene ante ella al propio Víctor Frankenstein creando a su monstruo particular.

—¿Ese es…? —intenta deducir Víctor.

Nadie responde.

No lo hacen porque no es necesario. Esa mirada sin expresión lo delata. Esos ojos vacuos, sin alma, traspasan el papel para mostrar al mismísimo asesino de El Bosco en sus inicios.

—Son ellos —dice Raúl, convencido de haber llegado al misterio que tanto los envolvía.

En la imagen se aprecia a Cristóbal junto con Ricardo Pons y otro hombre que encaja a la perfección con la descripción que Manuel había hecho del doctor Gil. Los tres hombres se hallan de pie, justo por detrás de un niño al que el doctor Gil toma por los hombros. El muchacho no sonríe, apenas mira a la cámara.

—Debajo de la foto pone algo —anuncia Aura al ver un pequeño texto.

El texto anuncia una fecha: 22 de mayo de 1995, entrevista a los investigadores del laboratorio Beinnet.

—Leo —ordena Daniel casi de inmediato—. Busca la fecha. Algún diario publicó un artículo sobre este laboratorio. Necesitamos encontrarlo.

Leo asiente y comienza a teclear en el ordenador. Apenas tarda unos segundos en dar con la respuesta que Daniel le ha exigido. Sonríe y se acomoda en el sillón.

—Aquí está. Se trata de una entrevista hecha por Las Provincias a los responsables. Tengo algo más.

Leo señala una línea dentro del texto que acompaña a la misma foto que ellos tienen entre las manos.

—¡Lo tenemos! —grita Víctor.

Raúl permanece inmóvil. Sigue analizando la fotografía, como si aquella imagen lo hubiese congelado. Es solo cuando recibe el pequeño golpe que Aura le dedica en su hombro que reacciona.

—Necesitamos una orden para ir a por Pedro Gil Puig. Leo, ve localizando la dirección. Voy a preparar la visita. Nos vamos todos.

Nadie más dice nada. Todos salen corriendo mientras David se queda reorganizando todos los papeles que los agentes han dejado esparcidos por el mueble, el suelo y varios lugares más que han improvisado como perfectos escritorios.

Ya en el coche, es Aura la que se deja llevar por sus emociones.

—Ese hijo de puta siempre ha estado buscando esto. Su objetivo no era desmantelar los trapos sucios del laboratorio. Buscaba venganza.

Víctor no responde de inmediato. Su mirada se centra en la calzada

mientras espera la llegada de los otros vehículos. Cuando el Mercedes de Raúl pasa por su lateral, acelera para colocarse a su retaguardia.

Las sirenas comienzan a mezclarse con la alegría de unas fiestas tan deseadas como disfrutadas en esa ciudad. La noche ha caído con fuerza y apenas unos pocos rayos de sol clarean ya un horizonte consumido por la penumbra y el frío húmedo que azota con fuerza a esas horas.

El recorrido ha sido lento y apresurado al mismo tiempo. Apresurado por la necesidad de los agentes de llegar a la dirección que Leo había conseguido en tiempo récord. Lento por los enormes atascos y calles cortadas que convierten cualquier traslado en coche en una odisea. Pero al fin han llegado a Campolivar, una de las zonas más tranquilas del extrarradio de Valencia, con casas de jardines enormes y altos muros que invitan a la privacidad.

Su objetivo está en la esquina de la calle Fundador con el camino de Camarena. Ahí se encuentra la casa registrada a nombre de Pedro Gil. Una pequeña casa rodeada de un amplio jardín. Una casa bastante rústica y consumida por las humedades y el maltrato que el tiempo provoca.

Todos los coches habían cesado en sus reclamos hacía varios minutos y, cuando aparcan frente a la casa, los cinco agentes se reúnen junto a la puerta principal.

—Dejadme hablar a mí —ordena Raúl mientras se dirige a llamar al timbre.

Algo hace que no llegue a su destino.

Justo en el momento en que va a pulsar el interruptor, la mano de Aura detiene su avance con un fuerte apretón. Los ojos de la subinspectora se han puesto blancos y mira un punto fijo a través del vallado de la puerta. Entre las rejas se aprecia el cuerpo inmóvil de un enorme perro.

—¡Espera! —exclama ella, y señala al animal—. Algo pasa.

El Rottweiler no se mueve. Su rollizo cuerpo está tumbado y, desde la distancia, se aprecia un pequeño reguero de sangre que mana de su cabeza. Aunque entre la penumbra que va creciendo en la zona, y los más de cinco metros que separan al animal de los agentes, puede ser todo fruto de la imaginación.

No obstante, Raúl golpea la puerta metálica con cuidado para no llamar demasiado la atención, pero buscando la reacción del animal.

El perro no se mueve.

Tampoco respira.

El equipo se altera.

Los nervios se disparan y es entonces cuando Raúl se prepara. Saca su arma y ordena a Víctor y Daniel a separarse.

—Id por detrás —exige mientras intenta abrir la puerta. Esta cede en el primer intento, por lo que, Raúl, Aura y Leo, se precipitan en una marcha lenta a través del camino empedrado que lleva hasta la puerta de acceso.

Cuando pasan por el lado del animal, Raúl se agacha e intenta acariciarlo. El perro está muerto. De su enorme y cuadrada cabeza se puede ver un agujero lleno de sangre y con restos de sus propios sesos.

—Todavía está caliente —argumenta él, que acelera el paso hacia la puerta principal.

Una vez frente a la puerta saca su teléfono móvil y llama a Daniel para coordinar la entrada en la vivienda. Y es solo, cuando el inspector avisa de que han llegado a su posición, cuando Raúl fuerza la puerta principal.

El marco de madera cede con un crepitar lento, y se abre casi sin esfuerzo dejando varios fragmentos esparcidos por el suelo.

La oscuridad de una vivienda triste los recibe. Justo frente a la entrada los agentes se topan con una foto de Pedro con una mujer de pelo casi blanco y largo. Ambos sonríen. Le dan la bienvenida.

Los tres siguen caminando con pasos lentos, con sus pistolas calentando sus manos, con sus piernas quejándose del esfuerzo de caminar a hurtadillas. Con sus corazones angustiados por la expectación. Pero la oscuridad se hace más densa en el salón. Allí Raúl se detiene y observa la sala devorada por las sombras y el temor.

—¡Allí! —susurra Leo, que ha visto algo.

Su mano señala un punto al fondo de la sala. Justo en el marco que da acceso a otra de las habitaciones. Ahí un bulto se acomoda en el suelo. Un bulto menudo e inerte. Un bulto que hace que todo el equipo alce las armas.

Aura traga saliva y camina en dirección a esa sombra que poco a poco toma forma. Es un cuerpo, tirado en el suelo y sin vida aparente. Aura se lamenta por la situación. Siente que llega tarde a todos los lugares. Pero la realidad la sorprende cuando escucha un crujido en el piso superior.

Todos se detienen de golpe. Raúl se agacha para comprobar que aquella sombra es el cuerpo de la mujer que vieron en la entrada. Cuando la mueve para analizar su estado, entiende que no es necesario. El enorme charco de sangre que yace bajo ella le convence de que no hay nada que hacer.

—Pedid refuerzos —exige con la voz trémula.

Es en ese momento cuando un gorjeo nervioso llama su atención. Alguien ha gruñido en el piso de arriba. Alguien se halla con ellos y todavía respira.

Sin pensarlo, Raúl se aferra a su arma y se lanza en una precipitada carrera hacia el piso superior, seguido por Aura y Leo, que también

corren con sus armas listas para castigar el mal.

Cuando llegan al primer piso, la penumbra solo se rompe por un pequeño resquicio de luz que sale de una de las habitaciones.

Es el inspector jefe quien, tras sacudir la cabeza para que sus compañeros revisen las habitaciones que él va dejando atrás, se acerca hasta la puerta que le separa de la claridad.

Cuando Aura y Leo se colocan tras él, y entiende que solo resta comprobar esa habitación, toma con fuerza el pomo y respira hondo. No va a abrir de golpe, no está preparado. Necesita una señal, un momento indicado para abalanzarse hacia la realidad. Cuenta hasta tres. Respira de nuevo, cierra los ojos mientras susurra el número uno. Con el dos aprieta los dientes y las manos para sentir el frío del metal en su piel.

—¡Tres! —grita con fuerza cuando entiende que ha llegado el momento. Gira el pomo y cuando la puerta cede un milímetro le propina una patada que hace que la estructura golpee con fuerza contra la pared. Al ruido seco del impacto se le une el de su arma siendo amartillada.

Sus ojos crecen cuando descubre lo que hay tras esa puerta. Traga saliva y lleva su otra mano a la pistola. La sujeta con fuerza antes de enfrentarse a él.

—¡Quieto!

En el interior de la sala encuentra al doctor Puig, con la mirada casi perdida, los ojos hinchados y un pequeño rastro de sangre que se escapa de su boca. Está sentado en una silla y amordazado por completo. Tras él, El Bosco sonríe mientras clava en la nuca del doctor una Beretta 98 A1.

—Vaya, no me esperaba esta visita —dice El Bosco sin borrar su sonrisa deformada de su rostro consumido por las llamas. Parece otra persona distinta a la que Aura puede dibujar en su mente. Ya no se aprecia ese brillo sarcástico en sus ojos azules. Su sonrisa, que antes brillaba de egocentrismo, ahora tiene que esforzarse para mantener la saliva en el interior de la boca. Su cabello castaño casi ha desaparecido, devorado por un fuego que le derrite media cara. Incluso su voz parece distinta.

Aura se coloca al lado de Raúl y su corazón se detiene. El miedo pasa a devorar su calma y no es capaz de articular palabra. Apenas es consciente de que no ha pestañeado desde que ha entrado en esa habitación.

El Bosco, en cambio, parece disfrutar del momento. Mira en derredor, pero solo tiene una ventana tras él, y varios muebles. Muebles que ha apartado premeditadamente.

—Subinspectora. Ha hecho un buen trabajo.

16 de marzo de 2018, 19:15. Valencia

—¡Se ha terminado! Suelta la pistola y apártate de la silla —ordena Raúl apretando los dientes con tanta fuerza que incluso sus palabras salen deformadas de su boca.

El Bosco sonríe. No parece tener miedo. No tiene intención de huir. Ni siquiera se muestra impaciente o dubitativo. Sus ojos se clavan en el rostro encendido de Raúl mientras le dedica una ligera mueca de desdén que se mezcla con una expresión que Aura no llega a definir. Podría ser odio o quizá frustración.

—Inspector Donato, veo que al fin se decide a actuar. Aunque, como podrá comprobar, ya llega tarde.

La expresión del doctor Puig se congela en un gesto de temor. Intenta hablar, pero apenas logra balbucear palabras sueltas. Perdidas todas ellas y sin sentido. Solo una frase se repite en sus labios. Una frase que cae con levedad en el suelo mientras su cuerpo tiembla a causa de un profundo miedo cerval.

—Salvad a Rosa, por favor. Salvad a Rosa —repite una y otra vez con unos ojos rojos e hinchados.

—Todo saldrá bien —contesta Raúl, apretando con fuerza la pistola.

—¿No se cansa nunca de mentir? —inquiere El Bosco con la mirada fija en los ojos de Raúl, que parece estar dominado por un odio irracional.

—Calla la puta boca y baja la pistola. Se acabó la partida y has perdido, así que no lo hagas más difícil.

El Bosco sonríe.

—Usted no va a cambiar. No se olvide que llevo con ustedes muchos años. Sé cómo piensan, cómo actúan, y puedo imaginar cada paso que vayan a dar antes incluso que lleguen a planteárselo. ¿Que se acabó la partida dice? Si ni siquiera saben a qué juego están jugando. —La carcajada esta vez es más profunda y siniestra. Tanto que su risa provoca un leve picor en el cuerpo de Aura, que comienza a notar cómo resbala el sudor por su espalda. Junto a ella, Leo tampoco parece estar disfrutando.

Raúl, en cambio, empieza a perder el control de sus emociones. Su mirada se ha encendido y el arma comienza a temblar en sus manos. Ella entiende que está esperando el mínimo descuido por parte de El Bosco para actuar.

—Nos la jugaste muy bien con el caso de Mateo, pero ahora no vas a escapar tan fácilmente. Suelta el arma y ríndete. No tienes escapatoria, estás rodeado.

—Esto no se trata de rendirse o seguir adelante. No busco labrar un camino de sangre y muerte. Mi objetivo es mostrar al mundo las

mentiras que todos ocultan. ¿Acaso piensa que todo esto es solo por venganza?

—¿Por qué si no?

—Por justicia, inspector. Por justicia. Porque hemos construido una sociedad acostumbrada a juzgar por lo que le dicen, por lo que le muestran. Una sociedad que no piensa por sí misma. Hemos creado un mundo en el que el castigo es acorde al crimen, y nos olvidamos de que el crimen muchas veces lo cometen los mismos que juraron, en su día, protegernos. ¿Qué pasa cuando quien nos tiene que defender es el malo? ¿Quién nos protege de los buenos? ¿A quién denunciamos cuando el delincuente lleva traje? —El Bosco no puede evitar detenerse tras sus palabras mientras una risa funesta resbala de sus labios—. ¿Es usted el que se va a encargar de cumplir con lo que juró cuando le dieron la placa? No es usted quien tiene que venir a exigirme que me rinda.

Raúl se revuelve, inquieto. Busca con la mirada una posición mejor, una oportunidad para desarmar al asesino, que sigue con el cañón de su pistola clavado en la sien del doctor. El rostro del hombre se deforma cada vez que siente la presión fría del arma sobre su cabeza.

Aura, en cambio, se centra en todo lo demás. En el acople que la pistola lleva en su cañón para silenciar el disparo. En las gotas de sudor que El Bosco deja caer por su rostro. En la ventana abierta. En el temblor inquieto de las manos de Raúl.

—No hables de justicia cuando todo esto es tu cruzada personal. No pienso repetirlo más veces. ¡Suelta la pistola!

Pero El Bosco no parece tener intención de hacerlo. Vuelve a mostrar su típica expresión alegre y lleva su mirada hacia Aura, que detiene su corazón cuando siente el peso de esos ojos vacíos sobre ella.

Es entonces cuando no puede evitar comparar esa mirada con la que acaba de ver hace menos de una hora, plasmada en la fotografía que Daniel había encontrado. Esos ojos son los mismos. Sin vida, sin paz. Ojos sin alma que no parecen arrepentirse de nada.

—Sabemos que ese hombre te utilizó, pero acabar con él no te dará paz. No te sentirás realizado por seguir llevándote por delante a todos los que te hicieron daño.

El Bosco la mira con dulzura. Incluso podría decirse que muestra cierta compasión.

—¿De verdad cree que todo esto lo hago por sentirme mejor? Subinspectora, no ha entendido nada. Mi vida no va más allá de esta obra. ¿Cree que yo soy un monstruo por acabar con la vida de estas personas? Usted ha estado investigando el caso y, si ha llegado hasta aquí, es porque ha dado con la respuesta. No con toda, por lo que veo,

pero ha entendido una parte de la historia. Ahora dígame. ¿Quién es el monstruo aquí?

Aura traga saliva. Las palabras del asesino se le clavan en el pecho y hacen que tenga que buscar en la mirada de sus compañeros el alivio que El Bosco no le aporta. ¿Quién es el monstruo? Una pregunta muy sincera en el punto en el que están. Una pregunta que pronto encuentra respuesta.

—Y Javier. ¿Él era un monstruo? —pregunta ella volcando parte del dolor sobre su voz. Dolor que escupe transformado en rabia—. ¿Qué tenía él que ver con todo esto?

El Bosco se muerde el labio mientras dibuja su sonrisa todavía más oscura. Mira a Raúl y pasea su vista por el resto del equipo, hasta volver con Aura.

—Todavía es pronto para darle esa respuesta. No ha llegado a conocer toda la historia. Cuando llegue el momento, volveremos a hablar.

—¡Calla! —Explota el inspector jefe sacudiendo el arma, gesto que provoca la reacción de El Bosco, que se hace pequeño tras la figura del doctor mientras clava con más fuerza la pistola en su cabeza—. ¡Ríndete ya! No tienes a donde ir. No hay opción de escapatoria. Estás rodeado, así que deja ya el arma y dinos dónde está Javier, antes de que decida volarte la puta cabeza.

Poco a poco, El Bosco vuelve a recuperar la posición sin borrar esa expresión alegre de su cara. Expresión que altera a Raúl, que inquieta a Aura y enfurece a Leo. Este está algo más alejado, justo por detrás de Aura y rozando el marco de la puerta. Al igual que Raúl. El único cuerpo que ha entrado en la habitación es el de Aura, y con cada minuto que pasa ella va ganando unos centímetros, bordeando la pared.

—Lástima que el inspector Reinoso haya tenido que depender de ustedes. Como ya les dije, no me correspondía a mí decidir sobre su futuro. Para dar con él solo tenían que guardar silencio y prestar atención. Fui claro con las pistas que les di para llegar hasta él. Imagino que ahora ya será tarde.

Esas palabras hunden a Aura, que lanza un gemido de dolor mientras aprieta los dientes y dirige su arma hacia el asesino. El Bosco vuelve a reaccionar moviendo la pistola sobre la cabeza del doctor, que se queja al sentir la presión.

—Pienso matarte si le has hecho algo —gruñe ella. El odio se derrama por sus labios y hace que apriete el arma con rabia. Puede sentir el gatillo cediendo ante el contacto con su dedo índice. Traga saliva antes de volver a relajar la mano.

—Les repito que yo no le he hecho nada al inspector. Su participación en esta obra ha sido necesaria. Al igual que yo, él fue un

mero instrumento para conseguir un fin mayor. Es lo que somos, ¿no, inspector? Instrumentos. Somos juguetes rotos en manos de niños malcriados, caprichosos. Juguetes que reciben todos los mimos y cuidados mientras sienten interés por ellos, pero que luego acaban en la basura cuando llega uno nuevo. Uno mejor.

Raúl levanta la barbilla mientras le dedica una mirada encendida que no necesita respuesta. Sus ojos hablan por él. Escruta la habitación buscando un ángulo de disparo mejor, aunque no va a tener fácil caminar los dos metros que lo acercan a un blanco fácil. Cuando da el primer paso, El Bosco reacciona moviendo la pistola.

—No sé lo que quieres, pero no vas a salirte con la tuya —anuncia Raúl.

El Bosco sonríe y se incorpora tras el doctor, que vuelve a susurrar una súplica perdida. Una súplica que nadie oye, pues ni él se esfuerza en levantar la voz, ni los demás están prestándole atención. Todos observan al Bosco mientras este vuelve a hacerse grande en la habitación.

—¿Salirme con la mía? Inspector, todos se han salido con la suya durante muchos años. Si ambos estamos aquí ahora mismo, es precisamente porque todos se salieron con la suya. ¿No lo cree? —De nuevo vuelve a mostrar su afilado gesto de triunfo mientras desvía su mirada hacia Aura—. Tal vez haya llegado el momento de que dejemos de hacerlo. Puede que yo haya llegado hasta aquí para desmontar ese castillo de naipes que se levantó con mentiras y sangre. No, todavía no me he salido con la mía, pero falta poco. —Su mirada se apaga de repente. Su rostro alegre se borra para consumirse en uno más oscuro, lleno de odio y rencor—. Pronto acabará todo, y será entonces cuando comprendan la realidad de mi obra.

En ese momento, Aura entiende lo que va a pasar. Lo entiende cuando ve cómo El Bosco aparta la pistola de la cabeza del doctor para dirigirla hacia ellos. Es entonces cuando el tiempo se detiene.

Nunca pensó que pasaría por eso, aunque siempre se sintió preparada. Pero la realidad le muestra que nadie está preparado para enfrentarse a una muerte prematura. Nadie puede estarlo.

Cuando ve cómo El Bosco mueve el arma, intenta dirigir la suya hacia él, pero ya no hay tiempo y el riesgo de acabar con la vida del doctor es muy grande. Lo único que puede hacer es abrir los ojos y rezar por que acabe pronto.

—¡Aura!

Ella escucha la voz de Leo. Aunque en su mente ha sonado como la voz de Javier. Al sonido de la voz se une un fuerte tirón que la lleva hasta el suelo. Leo la ha tomado por el brazo cuando El Bosco ha dirigido el arma hacia ellos, pero todavía no ha caído del todo cuando la primera detonación se oye, como un leve zumbido que apenas

rompe la calma.

Raúl, en cambio, sí reacciona. Tras gritar con resignación, y ver que no ha surtido efecto, se encoge mientras da varios pasos hacia atrás. No lo duda. Él sí hace retumbar la habitación con dos disparos que pasan rozando el cuerpo del doctor, pero acaban estrellándose contra la pared.

Tras eso, El Bosco sigue disparando: dos, tres, cuatro veces. Aura puede sentir el calor del latón de las balas acariciando su piel. Leo sigue tirando de ella mientras las balas pasan junto a su cuerpo. Dos de ellas se estrellan en la madera de la puerta, otra pasa rozando su cara y una cuarta hace saltar varios trozos del yeso de las paredes, que acaban impactando en su mano derecha.

Cuando Leo consigue apartarla del peligro, encuentra a Raúl apoyado en la pared, respirando con agitación y sin mirar a nadie más.

Aura mira al interior y ve al Bosco. Todavía ha descerrajado dos tiros más y cuando siente que ya no hay peligro se detiene. Puede ver en sus ojos la mirada de quien no tiene nada que perder. Sonríe y sin dudarlo apoya la pistola en la nuca del doctor.

—¡NO! —grita Aura con todas sus fuerzas.

No puede hacer nada para evitar que El Bosco apriete el gatillo. Esta vez la detonación apenas se oye, silenciada por la cabeza del hombre, que cierra los ojos un segundo antes, al presentir su destino.

Todavía la sangre de Pedro Gil está salpicando las paredes cuando El Bosco no duda en saltar por la ventana que tenía abierta tras de sí.

—¡Quieto! —grita Aura intentando seguirlo, pero ya es tarde. Su cuerpo se ha perdido tras la penumbra que cae afuera como el telón de un teatro.

Un segundo más tarde, otros gritos se oyen desde el exterior. Unos gritos que preceden a varios disparos. Aura pierde la cuenta después del séptimo.

—¡Víctor! ¡Joder, Víctor! —La voz de Daniel llega a la habitación. Esa voz de desesperación, de temor. El mismo temor que siente Aura cuando lo escucha.

Se incorpora con celeridad y corre hacia la ventana. Cuando se asoma, todo su mundo se viene abajo al ver el cuerpo de Víctor tendido en el suelo y a Daniel junto a él.

16 de marzo de 2018, 23:19. Valencia.

Todo ha pasado muy rápido. Tanto que Aura es incapaz de recordar con claridad lo vivido en las últimas horas. A su mente llegan imágenes disolutas, como pequeños flashbacks que le recuerdan lo ocurrido. Aunque el dolor no se marcha. Es lo único que ha permanecido aferrado a ella como un perfume caro.

Recuerda los disparos que escuchó cuando El Bosco salió huyendo. Los gritos de Daniel, de Leo. El silencio de Raúl. Su llanto desolado al ver la expresión nublada de Víctor, sin consciencia tras unos pocos minutos de tensa agonía.

Recuerda los alaridos de Daniel solicitando asistencia médica. Sus manos repletas de sangre al intentar taponar las heridas de su compañero. Sus críticas a los médicos cuando llegaron.

Recuerda la sirena de la ambulancia en su travesía hasta el hospital. También recuerda haber agarrado su mano flácida y casi sin vida. La expresión neutra de su rostro. Las instrucciones inquietas de los médicos. La reanimación que se vieron obligados a hacerle cuando sintieron que su vida se apagaba.

Pero sobre todo recuerda la sangre. Toda la sangre que vio sobre el pecho de Víctor y que hace que tema lo peor.

Su cuerpo se pasea nervioso por el pasillo donde tuvo que detener su avance y separarse de su compañero. Lleva más de una hora aguardando cualquier instrucción, pero no hay información. No hay nada, solo temor y mucho miedo.

Miedo que se ve obligada a borrar tras escuchar unos pasos acelerados que le sobrevienen. Cuando se vuelve, descubre la figura de Sonia acercándose con agilidad. También puede ver el miedo en los ojos de la mujer de Víctor. Unos ojos rojos e hinchados que delatan todas las lágrimas que ya llevan derramadas.

—Dime que está bien, por favor —suplica Sonia entre agitados y doloridos suspiros.

Aura no se atreve a responder. No mientras el nudo de su garganta le amenace con hacer temblar la voz. Quiere ser fuerte, como siempre ha sido ella. Necesita volver a ser la Aura firme y serena que siempre ha sido.

—Se pondrá bien —responde con suavidad, controlando el tono y abrazando a la mujer tan fuerte como puede.

Sonia viste un abigarrado conjunto manchado de salsa de tomate que muestra la urgencia con la que ha escapado de casa. El pelo recogido y la cara lavada por sus lágrimas son la definición perfecta de que muchas veces el dolor llega sin previo aviso.

—¿Qué ha pasado? —intenta averiguar ella.

Aura prefiere no contestar. No quiere alarmarla sin tener

novedades. No quiere decirle que El Bosco ha abierto fuego contra Daniel y Víctor, cuando estos se interpusieron en su huida. No quiere decirle que tiene, al menos, dos impactos de bala en el pecho. Tampoco quiere decirle que entró con el pulso débil y con una enorme pérdida de sangre que lo había dejado inconsciente ya antes de que los servicios médicos se lo llevaran. En vez de eso, responde:

—Víctor es fuerte. Se pondrá bien.

Quizá esa respuesta le hubiera valido a una persona normal. A Sonia, en cambio, le reporta más miedo. Ella, que siempre ha estado rodeada de policías, sabe que es la respuesta tipo de todo agente que se aferra a una esperanza nimia, sin valor ni sustento. Cierra los ojos y vuelve a llorar, desesperada por no poder entrar a ver a su marido.

Durante media hora más, las dos mujeres aguardan en un silencio roto solo por los pasos inquietos de ambas, hasta que al fin la puerta de la sala de quirófanos se abre. Del interior sale un hombre todavía oculto bajo toda la indumentaria necesaria, con la mirada cansada y la expresión seria. Mira a las dos mujeres y se acerca en una lenta travesía.

—¿Son ustedes familiares del señor López?

Sonia se adelanta para identificarse.

—¿Cómo está?

El doctor traga saliva, mira a Aura y vuelve a dirigirse a Sonia, que no es capaz de controlar el tremor que sacude todo su cuerpo.

—Todavía es pronto para dar ningún diagnóstico. Está estable, pero esta noche es crucial. Hemos tenido que trabajar sobre dos heridas de bala, una de ellas, sin orificio de salida, es la que más daño ha hecho. La bala ha quedado detenida en la escápula, creando una hemorragia que ha afectado sobre todo a uno de los pulmones. Hemos extraído la bala y detenido el sangrado, pero estaba muy débil debido a la enorme pérdida de sangre. La otra bala, por suerte, solo ha causado heridas en tejidos.

—¿Podemos verlo? —suplica Sonia con los ojos anegados en lágrimas.

—Puede quedarse una persona con él si lo desean. No tardarán en bajarlo a planta.

Tras eso, el doctor se aleja con la barbilla alta y el orgullo renovado al haber podido salvar una vida, mientras que Aura y Sonia esperan la salida de la camilla. Eso ocurre más de diez eternos minutos después.

Aura sonríe al ver a Víctor dormido y repleto de tubos que rodean su cara, con algo más de color y vendas por todo el pecho. Sonia, en cambio, llora desangelada junto a la camilla mientras se aleja sin despedirse de Aura, que se queda sonriendo hasta que todos se han marchado. Entiende que Sonia no ha vivido lo mismo que ella, por eso

no es capaz de respirar como lo hace ella.

Cuando esa sensación se acaba, una nueva resurge como un recuerdo repentino. Respira hondo y sale en dirección a la Jefatura en una marcha apresurada. Cuando saca el teléfono para volver a la realidad, se topa con más de veinte llamadas; todas de Daniel y Leo.

Todos siguen esperando allí la información de Víctor mientras buscan sin descanso los detalles necesarios para dar con El Bosco.

Los rostros de sus compañeros están casi tan deformados como los de ella misma. Leo muestra su rostro sin sus típicas gafas, dejando ver el contorno oscuro de sus ojeras. Daniel sigue con la misma expresión desencajada que Aura vio antes de marchar con Víctor hacia el hospital. Y Raúl no parece estar en el mismo mundo que ellos. Él se ha perdido entre los incontables papeles que ya amenazan con romper en dos la mesa. Busca en cada uno de ellos como si quisiera encontrar una frase oculta, un mensaje cifrado.

—¿Cómo está? —pregunta Leo cuando llega la subinspectora.

—Se pondrá bien. Víctor es fuerte —responde con un atisbo de esperanza. Una esperanza que necesita más ella que sus compañeros.

Todos asienten. Todos menos Daniel, que sigue con la mirada perdida y repitiendo cada poco tiempo la misma frase.

—No lo vi caer. Cuando lo vimos, pensamos que era el doctor. No pudimos reaccionar a tiempo cuando disparó. Víctor estaba más cerca. Tendría que haber ido yo primero. —La culpa no deja avanzar a Daniel. Lo subvierte como un pensamiento derrotista.

—Podría haberle pasado a cualquiera, Dani. No tienes que culparte. —Aura intenta consolarlo con pretextos que ni ella llega a creer, aunque desea entenderlos de la misma forma—. ¿Sabemos algo?

Leo es quien se ofrece a responder, puesto que ni Raúl ni Daniel parecen escuchar a la agente.

—Junto a la silla El Bosco había dejado el extracto que faltaba. El extracto de Gaspar. Tal y cómo imaginamos. Creo que se nos acaban las opciones. Ya queda poco.

—¿Tenemos alguna información sobre El Bosco? —Aura alza la voz para llamar la atención de Raúl, que se vuelve hacia ella.

—Estamos revisando las grabaciones de las casas colindantes. Varios vecinos escucharon los disparos y vieron un coche negro salir a gran velocidad de la zona en dirección a la ciudad. —El inspector jefe agacha la mirada mientras termina de imprimir las fotografías nuevas, y suspira—. Vamos a revisar las grabaciones de tráfico de la zona, pero es buscar una aguja en un pajar sin datos del vehículo.

Cuando termina de hablar, cuelga en la pizarra la nueva fotografía; la nueva víctima. Apenas queda espacio para más información, pero

Aura se centra en la imagen que se incorpora al dédalo que tienen frente a ellos. En la fotografía puede ver el cuerpo de Pedro Puig. Ve el enorme charco de sangre formado junto a sus pies salpicados por la decantación de la sangre que mana de su frente. Ve también la foto del extracto del cuadro de la Adoración de los magos. Ve la zona por donde huyó. Y por un momento ve toda la información al completo. Las anteriores víctimas; los documentos encontrados, los ancianos del centro.

Aura no lo duda. Coge su teléfono móvil y llama de nuevo al experto en arte; al señor Nobles. Su voz, aunque algo ronca y soñolienta, no tarda en sonar en el auricular de la subinspectora.

—¿Ha visto la hora? —inquiere con un pequeño tono de reproche el profesor.

—Lo siento mucho, señor Nobles, pero necesito que investigue algo. Ha aparecido el último extracto de la zona central. Nos queda el Anticristo y los ejércitos de Herodes.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

—¿Sabría decirme si existe algo en el cuadro de *La Adoración de los Magos* que sirva de enlace con *El Jardín de las Delicias*?

Nobles guarda un momento de silencio para pensar.

—Solo los elementos comunes en la vida del autor. Elementos como los sapos, la lechuza. Todo ello son símbolos del pecado, de lo maligno. ¿Qué se le ha ocurrido?

Ahora es Aura la que no responde de inmediato.

—Hoy hemos encontrado al asesino, y me ha dicho que Javier no era más que un instrumento. No le dio sentido a su implicación con estos crímenes.

—Eso explicaría que no hayáis encontrado su cuerpo, pero sí su extracto. Si no recuerdo mal, en su caso no había ningún nombre.

—Dejó una frase. Era lo habitual en los casos que tuvimos con el primer lienzo. Con Javier dijo: El ojo que lo veía, ya no lo ve, y su lugar no lo contempla más.

—No se me ocurre que pueda significar, agente. Deberá seguir investigando.

Ofendida, Aura decide colgar sin despedirse siquiera. Apenas da un gracias escueto y se aparta de su teléfono como si aquel objeto quemara su piel. Cuando acaba, encuentra la mirada de Raúl sobre ella.

—Creo que aquí ya no hacemos nada. Vamos a descansar. Mañana veremos si hay novedades.

Pero Aura no está dispuesta a esperar a mañana. Se marcha sin convicción, suplicando a su mente para que le aporte alguna respuesta.

17 de marzo de 2018, 08:48. Valencia

La noche ha sido muy larga y Aura es incapaz de liberarse del dolor que se ha aferrado a su cuello, como un mordisco inapreciable. Un dolor que la atenaza cada vez que intenta moverlo. Un dolor intenso, profundo. Un dolor que es producto de una noche de sueños cortos sobre una mesa plagada de papeles y fotografías. Varias de ellas han dejado una marca rectangular en la mejilla sonrosada de la subinspectora, que ha decidido darse un baño para aliviar parte de esa tensión que le retuerce el estómago.

Su mente sigue fija en los documentos de los casos. En los nombres de las víctimas. En los crímenes. Durante toda la noche ha intentado buscar un nexo común entre Mateo y el pasado del asesino de El Bosco. Un nexo que no es capaz de hallar. No encuentra la relación que llevó a Mateo a toparse con alguien que decía ser su hermano, pero que resultó ser una estrategia.

«¿Qué pasó para que El Bosco acabara por convencer a Mateo?». «¿Por qué?». Son las preguntas que más se han repetido en su cabeza. Son las preguntas que necesita responder. Y todavía no sabe cómo llegar a esas respuestas. Cuando ha terminado de ducharse, revisa su teléfono móvil y su rostro se relaja por un segundo. Es Sonia quien le notifica que Víctor sigue estable. Está despierto, pero todavía no le dejan recibir visitas.

Así que, tras recuperar un poco de resuello, recoge sus pertenencias y se marcha de casa. Sabe a quién buscar.

La llamada que ha hecho minutos antes de llegar ha merecido la pena. Le ha valido para poder asegurarse de que Juan Ramón esté en el mismo bar de la última vez. En la misma mesa. El anciano ya sujeta un carajillo cuando Aura llega y, a pesar del horario tan intempestivo, su actitud muestra a un hombre de recias costumbres y rutina inquebrantable.

—¿Qué se le ofrece con tanta urgencia? —pregunta a modo de saludo el viejo detective.

Aura se detiene un momento a observar el local. A pesar del clareado haz de luz dorado que ya atraviesa el cristal de la entrada, la luz allí dentro brilla por su ausencia. Entre las sombras del local resurgen varios cuerpos casi estáticos, apoyados en la barra y clavando los codos sobre el acero inoxidable. Las mesas están vacías, salvo la que ocupa Juan Ramón. Su mirada todavía es serena a pesar del aroma intenso que emana de ese café, y que se clava en la nariz y los ojos de la joven agente.

—Creo que al fin hemos descubierto qué hacían en ese laboratorio.

Usted tenía razón cuando sospechó que allí se cocían muchas cosas. Utilizaban al niño de la prostituta como conejillo de indias para sus pruebas.

Juan Ramón arruga la frente, como si aquella revelación le doliera. Como si ese recuerdo quemara su alma.

—Que sucios rastreros —masculla con rabia.

—¿Recuerda las fechas en que usted estuvo investigando a esas prostitutas?

—En el noventa y cinco…, seis como mucho. No estoy del todo seguro.

—Entonces fue todo después de que hicieran ensayos con nuestro sospechoso. Puede que lo usaran para sacar algún fármaco con el que controlar la enfermedad.

El detective se encoge de hombros y da un último sorbo de su carajillo. Aura no parece prestarle atención. No busca juzgarlo, no le interesa crear valoraciones con respecto al modo de vida del anciano. Solo quiere acabar cuanto antes y volver a la normalidad. Una normalidad que no parece estar cerca de hallarse.

—Anoche tuvimos un enfrentamiento con el asesino —confiesa en un acto altruista de información—. Nos dijo algo como que él estaba para juzgar a aquellos que debían juzgar a los malos. Preguntó también qué pasa cuando el malo es el que se supone que debe ser bueno. ¿Se le ocurre qué pudo querer decir?

El anciano sonríe con ironía. Quizá lo hace porque sabe que Aura también lo entendió, y deduce que ella quiere algo más que una respuesta vaga y generalizada. Quiere algo más específico. A pesar de ello sonríe.

—¿A usted no se le ocurre? —pregunta con sorna.

—Sí. Sé que se refería a que seguramente había algún cuerpo de seguridad implicado en todo esto. Lo que quiero saber es si usted pudo averiguar de qué comisaría procedía o algún nombre concreto.

—Nombres concretos es muy difícil conocer puesto que, quien los conoce, acaba muerto. Las personas que realmente están detrás de todo esto van a asegurarse de seguir estando en las sombras. Si en algún momento sospechan que alguien pueda irse de la lengua, harán lo que sea para silenciarlo.

—Sé que usted sabe más de lo que calla. Por eso insisto, detective. Tenemos un compañero ingresado con dos disparos en el pecho y otro desaparecido. No estaría aquí si no fuera realmente necesario.

Sus palabras aplacan la ironía del detective, que suspira con fuerza mientras aparta la mirada del rostro apagado de Aura. Se rasca la cabeza y resopla.

—No recuerdo los nombres ya. Solo sé que investigué la comisaría de Ruzafa. Allí el comisario tenía bastante relación con la clínica, y

casi todas las denuncias hacia el laboratorio pasaban por él. Si no recuerdo mal, en mis informes incluí varias denuncias que se hicieron, y que todas las firmaba él. Siempre que había denuncias acababan en nada, y en aquella época sospechaba que era por culpa de esa comisaría. Ahora, no puedo darte certezas de esto. No tengo claro si era el comisario quien estaba implicado o alguno de sus hombres.

Aura asiente con energía. Al menos puede seguir investigando. Y no duda en lanzarse en una carrera nerviosa hacia la Jefatura cuando se marcha tras agradecer la información del detective.

El interior de la comisaría es una función triste. Pocos comentarios se escuchan en una sala apagada. No hay movimiento de agentes, solo los que les ha tocado trabajar ese sábado. Esa escasa afluencia ayuda a Aura a encontrar a sus compañeros con rapidez. Todos están frente al despacho de Raúl.

Cuando llega junto a Leo, apenas dedica un saludo que no es correspondido. Tanto Leo como Daniel esperan en silencio la salida de Raúl, que se ha encerrado en su despacho y no parece dar muestras de vida.

—¿Qué pasa? —inquiere Aura cuando la incertidumbre supera su respeto.

—Ni idea. Hemos llegado los tres juntos y un compañero le ha dicho que tenía correo. Cuando lo ha leído, nos ha pedido que esperáramos fuera y todavía estamos aquí. Hace más de un cuarto de hora que lleva sin decir nada ahí dentro.

Aura abre los ojos, asustada por aquella sombría información. Mira a la puerta y guarda silencio. Eso mismo es lo que obtiene como respuesta durante demasiado tiempo.

—¿Habéis llamado a la puerta? ¿Está bien? —pregunta nerviosa.

Leo se encoge de hombros. Daniel niega con la cabeza.

Ella, al entender que el silencio de Raúl es demasiado sospechoso, se lanza hacia la puerta, golpea dos veces con intensidad y, sin esperar respuesta, abre.

Su reclamo apenas ha causado un ligero sobresalto en Raúl, que la mira sorprendido mientras lleva sus manos sobre un sobre que descansa en el escritorio. Con celeridad lo guarda en un cajón y mira a la subinspectora.

—Creo que he dicho que esperaseis afuera —gruñe con cierta indiferencia. Su rostro cargado de ojeras delata la decadencia del hombre, que no puede disimular el sufrimiento por el que está pasando.

—Pensábamos que…

—¡Fuera! —grita, desbordado por su nerviosismo.

Aura da un respingo ante el alarido repentino de Raúl, agacha la mirada y sale del despacho ante la mirada apenada de sus compañeros. Nadie dice nada.

—Todos estamos agobiados. No le hagas caso —dice Daniel, al fin, en un vano intento de defensa ineficaz. Sus palabras resbalan por la cabeza de Aura, que no va a esperar más.

—Tenemos que hablar con Manuel otra vez —informa Aura.

Leo la mira, sorprendido, como si no entendiera el repentino ataque de la subinspectora, que comienza a andar sin esperar respuesta.

—¿A dónde vas? —investiga Daniel.

—A buscarlo.

Y no se oye nada más salvo los pasos acelerados de ella, que se aleja de la comisaría a gran velocidad, dispuesta a averiguar por ella misma todos los vericuetos de un caso cada vez más enquistado.

La carrera hasta el apartamento de Manuel es una carrera entre el tráfico y sus indecisiones. Entre las dudas y las bocinas. Entre el miedo y la tensión de una marcha lenta y poco constante.

Al fin, más de cuarenta minutos después, llega al apartamento, en la calle Periodista Badía. Allí aparca sin meditar y sube al décimo piso, donde se supone que vive el hombre.

Durante más de dos minutos se dedica a llamar al timbre con insistencia, pero no consigue respuesta. En el interior tampoco se aprecia movimiento.

Nerviosa, decide volver al portal, al pequeño descansillo donde trabaja el conserje. En concreto, este conserje es un hombre de unos cuarenta años, moreno y con la mirada fría, de las que no dicen nada. De esas miradas que uno prefiere evitar. Pero Aura no suele intimidarse.

—Buenos días. ¿Qué pasa? —pregunta con la voz ruda el hombre, que apenas puede abrocharse con comodidad el traje negro que lo identifica como conserje.

—¿Tenéis aquí las copias de las llaves de los apartamentos?

—¿Para qué quieres saber eso? —La mirada del hombre se torna oscura, con sombras de incertidumbre y retazos de dudas.

Aura muestra su placa para deleite del conserje, que automáticamente cambia el rostro. Traga saliva y agacha la barbilla en un acto de sumisión.

—Me gustaría acceder al décimo hache.

—¿Al apartamento de Manuel? ¿Para qué quieres entrar ahí?

—Eso es asunto mío. ¿Tienes las llaves o no? —Aura empieza a molestarse por la actitud chulesca del hombre. Su tono ha bajado un punto, pero su arrogancia no se borra por muchas placas que vea.

—Sin una orden, no puedo abrir.

En ese momento, Aura explota. Quizá su temperamento le juega una mala pasada. Acostumbrada a enfrentarse siempre a los matones, ahora encuentra en la actitud del conserje, con el nombre de Pablo en la chapa identificativa, un motivo para responder. Tal vez porque, tras muchos días de intensidad, haya llegado a su límite. Puede que, porque Pablo le recuerde a José Luis, el muchacho que siempre le hacía la vida imposible en el colegio. O simplemente porque está cansada de soportar estupideces.

Lo toma por el cuello de la camisa y tira de él hasta que su oronda panza se estampa contra el mueble de la recepción.

—Mira, o coges ahora mismo las putas llaves y me abres la puerta de Manuel, o las cojo yo después de reventarte los huevos a patadas. —Tras su amenaza lo vuelve a soltar, no sin antes comprobar el brillo de sus ojos nerviosos.

El hombre tensa el cuerpo y se deshace con las manos las arrugas que la agente le ha dejado en el traje.

—¡Estás loca! No pienso darte las llaves sin una...

Pero no termina la frase. Aura le propina un golpe en la cara que hace que el hombre retroceda hasta caer de espaldas en un rincón del pequeño cuarto. Sin pensarlo, aprovecha el momento en que el conserje se recupera para sacar la llave con el número del apartamento del cajetín que tiene colgado de la pared. Tras eso pone rumbo de nuevo hacia el ascensor sin escuchar los reclamos del hombre, que se incorpora y se dispone a seguirla. Cierra la recepción con llave y sale tras ella, pero no llega antes de que el ascensor se cierre. Lo último que Pablo ve es la mirada pétrea de Aura.

Cuando llega frente a la puerta introduce la llave y abre. El interior se muestra ante ella. Un interior oscuro. Un olor ácido bastante incómodo. Un apartamento sumido en una penumbra que todavía no ha despertado. Aura respira con fuerza y entra.

—¿Señor Frutos? —pregunta nerviosa.

No hay respuesta.

No hay movimiento.

Lo que sí hay es un miedo a la incertidumbre que se introduce por la espalda de la subinspectora y crece con cada nueva pregunta sin respuesta. Con cada habitación oscura. Con cada nuevo paso que la acerca cada vez más a ese olor a encierro.

Cuando llega al pasillo, se topa con una puerta entornada. Se acerca a ella con precaución, con el corazón queriendo escapar por su boca. Con su boca queriendo gritar. Con sus gritos rebotando en su cabeza, y esta fija en un pensamiento claro; abrir la puerta.

Cuando toma el picaporte, se dedica un segundo para reflexionar.

—¿Señor Frutos?

De nuevo silencio.

Es entonces cuando decide empujar la madera, pero un sonido impide su movimiento. Un crujido que hace crepitar el parqué que decora la casa la obliga a tomar su arma y prepararse. Se vuelve y alza la pistola en dirección al sonido.

—¡Eh, eh! —grita Pablo cuando siente la amenaza sobre su cuerpo, volviendo a esconderse tras la pared del pasillo—. Soy yo.

Aura no responde. Respira con fuerza y vuelve a tomar el picaporte. Ahora no duda tanto. Cuando siente el frío algo más templado del metal, empuja con decisión, para que el interior le revele la verdad.

Una verdad que se muestra enseguida. Una verdad que no necesita luz para poder ser comprendida.

En cuanto la puerta llega a su tope, el interior refleja dos cuerpos tirados en el suelo y un olor todavía más intenso que sale al pasillo cuando siente que es liberado.

Aura cierra los ojos. Sabe que ha llegado tarde. Pablo, en cambio, los abre tanto que parece que van a caerse en cualquier momento. Lanza un exabrupto al aire y se tapa la boca debido a la arcada que le produce la escena.

Pronto todo queda en silencio mientras Aura se prepara para informar de dos nuevas muertes.

El cuerpo de Manuel es uno de ellos.

17 de marzo de 2018, 11:58. Valencia

De nuevo, la subinspectora ve pasar las horas sin ser capaz de detener el reloj. Su mente viaja mucho más lenta que el resto del mundo. Es como si todo quisiera dejarla atrás. Abandonarla en sus propias limitaciones. Hundirla en su fracaso más estrepitoso.

En poco más de una hora, el apartamento se ha visto inundado por una marea de monos blancos, bandas policiales y focos intensos que aportan calor y verdad. La verdad de dos cuerpos teñidos de sangre.

El de Manuel es, quizá, el más pulcro. Se encuentra tumbado boca arriba con un agujero que atraviesa su cabeza desde la mandíbula hasta el cráneo. La sangre llega hasta el techo, dejando pequeñas salpicaduras en las paredes y junto a la lámpara del techo.

Su mujer, a unos pocos metros de él, tiene peor pinta. El charco de sangre bajo su cuerpo es mucho más grande y varias manchas en la espalda delatan que las balas encontraron una salida.

Héctor ha llegado hace un rato, al igual que Daniel y Leo, que acompañan a Aura en su viaje por sus pensamientos.

—¿Cómo has sabido que Manuel podría estar en peligro? —investiga Daniel. En sus ojos se atisba un trazo de incredulidad. Una pequeña estela de duda hacia los últimos actos de su compañera.

Aura no responde de inmediato. La pregunta tarda en llegar a su mente atribulada. Cuando lo hace, se queda unos segundos más ahí, siendo procesada.

—No lo sabía. Solo sabía que tenía que hablar con él.

—¿Y por qué? ¿No tuviste ayer tiempo?

—No tenía todas las preguntas.

—¿Y ahora sí? —Daniel se muestra tenso. Lanza preguntas en un tono de reproche. Cuestiona las respuestas. Niega con asiduidad.

—Ahora sí —responde ella con orgullo. Con un pequeño halo de furia en sus palabras—. Hoy he visto al detective que investigó al laboratorio en su día. Me ha confesado que había varios agentes implicados. Quería que me dijera quiénes eran esos agentes.

Daniel reacciona. Durante los primeros segundos muestra un rostro ofendido ante la actuación de Aura, pero pronto se le esfuma cuando conoce sus motivos.

—¿El detective no te los dio?

Aura niega con la cabeza. No responde a la pregunta de Daniel. No lo hace porque Héctor ya está colocado junto a ellos, quitándose los guantes y preparando su diagnóstico.

—¿Qué has visto? —pregunta Leo, dejando que Daniel y Aura se repongan del enfrentamiento que también él ha tenido que vivir.

—He visto que ya no tengo espacio en la morgue para tantos cuerpos. O acabáis con esto ya, o tendré que pedir un ayudante más.

Daniel lo mira con displicencia. Con esa mirada que no acepta la broma, que no se ríe de los chistes. Esa mirada que, sin decir nada, exige redención.

—Bien, veo que hoy está el asunto espeso. ¿Raúl está?

—Se ha quedado en comisaría —responde Daniel con sequedad—. De momento estoy yo a cargo. ¿Qué has podido encontrar?

—Bueno. Por mi experiencia esto es un flagrante caso de asesinato encubierto. Han querido que parezca un asunto de violencia machista, pero a mí no me engañan.

—¿Cómo estás tan seguro de que...?

—Bueno, seguro estoy de que están muertos —responde sin dejar que Daniel termine su pregunta—. Lo que más me llama la atención es el recorrido de la bala. En casos de suicidio, cuando el sujeto decide dispararse desde el músculo milohioideo, la posición del cañón no es tan interna. La víctima tiende a alzar la barbilla por lo que la bala suele salir por el hueso frontal del cráneo. Se han dado casos en los que la bala ha salido por la cavidad ocular.

—¿Y con Manuel? —insiste el subcomisario.

—Con Manuel la bala ha salido por el hueso parietal, casi en el punto de unión con el occipital. Es un ángulo poco habitual en casos de suicidio.

—¿Insinúas que han acabado con él?

—Yo digo lo que veo en los cuerpos. El motivo y el autor es cosa vuestra. Por lo que he visto en estos cuerpos, para mí está claro que es un doble asesinato. La mujer tenía tres heridas de bala, las tres en el pecho. Son tres disparos bastante precisos. No hay más signos de violencia en su cuerpo. En la autopsia seré más claro, pero, a simple vista, parece que discutieron y él le pegó tres tiros, y luego se quitó la vida. No me encaja —dice Héctor tras sacarse las gafas para limpiar los cristales. Cuando se las vuelve a colocar, mira a Daniel y niega con la cabeza—. Además, en las manos de Manuel he encontrado muy poca pólvora como para haber disparado cuatro veces.

—¿Tenemos hora de la muerte?

—Yo diría que no hará más de doce horas. Entre las once de la noche y las dos de la madrugada.

—Bien, gracias —se despide Daniel mientras se aparta unos pasos y se rasca la cara en un acto impulsivo de nerviosismo. Cuando ve que Héctor se ha alejado, vuelve con sus compañeros—. Por lo que me ha llegado de los agentes que están preguntando a los vecinos, nadie oyó nada raro. El conserje acaba la jornada a las siete de la tarde y dice que suele cerrar la puerta. Nadie más ha cogido las llaves excepto Aura. Vamos a revisar las grabaciones por si se ve algo.

—¿Dónde está Raúl? —Aura se ha guardado esa pregunta desde que vio llegar a Daniel y Leo. Había aguardado el momento perfecto

para lanzarla, pero la precipitada interacción de Héctor ha obligado a la subinspectora a adelantarse.

—Dice que está cerca de encontrar al Bosco. Se ha quedado analizando unos papeles. Estamos a punto de acabar con todo, Aura.

Ella no acaba de creerlo. No porque dude de Daniel, que duda. Ahora mismo ya duda de todos sus compañeros. Duda incluso del mismo Javier y no porque quiera hacerlo. Sus dudas van más allá de sus propias creencias o esperanzas. Sus dudas son como pequeñas astillas que no puedes arrancarte y que, de vez en cuando, te recuerdan el leve dolor que estas producen.

—Juan Ramón me advirtió. Si alguien sospecha que han podido hablar, lo van a liquidar. Tenemos que encontrar a Ramón Silvano.

—No te preocupes por eso. Sigue en el calabozo. Lo van a soltar en unas horas. Raúl pensó que podía ser bueno retenerlo un tiempo. Ya sabes, para eliminar cualquier duda.

—Si tanto sabe ese detective, ¿por qué no te dio ningún nombre? —inquiere Leo, ofuscado ante las pistas a medias que se repiten ya demasiado en ese caso.

Aura lo mira y entiende que puede llegar a una respuesta de todo eso.

—Las denuncias. —No dice nada más. Vuelve a salir apresurada sin despedirse siquiera. Aunque esta vez es distinto. Leo corre tras ella mientras que Daniel asiente, confirmando su retirada y aguardando él para dejar todo claro allí.

—¿Dónde vas? —pregunta Leo corriendo junto a ella.

—Juan Ramón dijo que en las denuncias que tenía en sus investigaciones figuraba el nombre de alguien que podría estar implicado. Tenemos que encontrar esas denuncias.

El viaje hasta la comisaría ha sido lento a pesar de los pocos minutos que ha durado. Lento debido al silencio en el que se han visto imbuidos ambos agentes. Los dos inquietos, angustiados, nerviosos. Un silencio que sigue presente ya en el interior del edificio, prácticamente vacío.

En el despacho del inspector jefe no hay nadie. La sala está desierta y la mesa revuelta por completo. Los papeles se distribuyen por el escritorio dejando un puzle difícil de recomponer. Hay papeles sobre el teclado del ordenador, sobre el teléfono. Incluso en el suelo Aura detecta varias hojas.

A pesar de ello, no hace caso del desorden de la sala, ni de la ausencia de Raúl. Ella tiene otro objetivo en mente. Acudir a la sala de reuniones. Allí están todas las pruebas encontradas. Incluso las denuncias que el detective le dio.

—¿Qué buscamos? —pregunta Leo cuando ve que Aura comienza a rebuscar entre todos los documentos y papeleos.

—Hay que buscar las denuncias que hicieron en la década de los noventa, dirigidas al laboratorio o a la residencia.

Leo asiente y comienza a remover las hojas en busca de cualquier denuncia que halle entre tanto papeleo. Aura hace lo propio.

Durante más de tres minutos, los dos agentes se hunden en la cansada tarea de revivir cada una de las pistas halladas hasta el momento. Al fin, después de otros dos minutos más, Aura da con varios papeles.

—¡Aquí! —dice con cierta euforia escapando de sus manos, que sacuden las hojas sin control. Reparte varias hojas a Leo y analiza ella unas cuantas más.

—Estas son referidas a la residencia —informa Leo, cuando acaba con las dos denuncias que Aura le ha dado.

—Y estas tres también. —Ella deja dos hojas en la mesa, y junta las que ha mencionado con las de Leo.

Con cierto temor confirman que las palabras del detective podrían tener un fundamento real. Ese hombre podría estar cerca de cerrar el caso.

—El instructor de la denuncia es el mismo en todas. —Leo traga saliva mientras dice eso. El miedo, por un momento, se vuelve real, tangible. Podrían estar a punto de encontrar a la persona que actuaba desde las sombras en aquella época.

Ambos suspiran ante los nuevos detalles.

—Busca el número. Vamos a averiguar quién es —pide Aura con cierta diligencia. Por un lado, necesita saber a quién se enfrenta. Por otro, teme descubrir esa identidad.

Leo asiente y se acerca con calma al ordenador. Respira hondo antes de acceder a la base de datos de la Policía Nacional. Antes de pulsar en la búsqueda de funcionarios. Antes de colocar el número identificativo que figura en todas las denuncias.

Cuando pulsa el botón, todo su mundo se viene abajo. El suyo y el de Aura, que observa con terror la imagen que nace en la pantalla.

—No es posible —dice ella.

Nadie dice nada durante más de un minuto. Ambos se encuentran congelados frente a una imagen tan familiar que se hace imposible poder deducir que él sea capaz de estar involucrado.

—Tenemos que llamar a Navacaño —aduce Leo todavía sin tono en su voz.

Aura asiente y toma su móvil, pero en ese momento una llamada corta sus intenciones. Es Ignacio Nobles quien la reclama.

Necesita responder.

—Buenos días, ¿puede hablar, subinspectora? —pregunta Nobles

con una voz algo más viva que la que lo dominó la noche anterior.

—¿Qué necesita, señor Nobles? Es un mal momento —inquiere Aura con cierto desagrado.

—Creo que podría tener algo con respecto a su compañero.

La joven abre los ojos, traga saliva y por un segundo no sabe si seguir escuchando o colgar el teléfono. No sabe si quiere enfrentarse a esa llamada. No quiere aferrarse a una esperanza que luego pueda volver a hundirla. Eso sería su fin.

A pesar de todo, cierra los ojos y se deja llevar.

—Cuando me dijo ayer la frase que dejó en casa de su compañero, estuve gran parte de la noche intentando analizarla. Llevar esa frase al contexto artístico más que al plano bíblico.

—¿Qué ha averiguado?

—Bien. Hoy he leído el contexto de esa frase. Es de Job y dice: Los ojos de los que me ven, no me verán más; fijarás en mí tus ojos, y dejaré de ser. Y más adelante continúa: No volverá más a su casa, ni su lugar le conocerá más.

—Así es. Eso ya lo investigamos y no nos dijo nada...

—Espere —corta Ignacio—. Cuando leí esto recordé algo. El Bosco siempre fue una persona muy meticulosa y en sus obras se puede observar. Hay algo que los restauradores hacen cuando reparan un cuadro y es hacerles una radiografía. En ella se pueden apreciar los cambios que quedan ocultos bajo el acabado final. Suele llamarse arrepentimiento a esa siluetas que el autor ocultó o bien porque no quedaba bien o por cualquier cambio en su diseño.

—Señor Nobles, tenemos cierta urgencia. Si es tan amable.

—Ya acabo. Es importante. Cuando vi el extracto que el asesino dejó en el hogar del inspector, recordé algo. Justo en esa zona hay un arrepentimiento. Se lo envío por WhatsApp.

Y cuelga.

Aura no acaba de entender lo que ha querido decir ni tampoco está en disposición para enfrentarse a un nuevo dilema. Es por eso por lo que apenas muestra interés por la imagen que le envía el profesor de arte. Desinterés que se esfuma de inmediato cuando ve lo que oculta aquella imagen.

—Leo. Sé dónde está Javi —dice con la voz entrecortada y un temblor que se inicia en sus manos.

Lugar desconocido. Javier

El dolor que crece en mi cabeza hace que tome consciencia una vez más. Ya no consigo discernir entre la realidad y la imaginación. No sé si tengo los ojos abiertos o cerrados. Si estoy despierto o dormido. Si vivo o ya he muerto.

Dicen que mientras duele es que sigues vivo, y ahora mismo siento un dolor tremendo por todo el cuerpo. Eso debe de significar que todavía no he muerto. Pero queda poco, sé que queda poco. Mi cuerpo tiembla cada vez que intento respirar y mi cabeza parece que vaya a estallar en cualquier momento.

No puedo continuar.

Apenas consigo respirar con normalidad y los susurros son cada vez más intensos en mi cabeza. He vuelto a oírlo. En mi cabeza está siempre. Cada vez que despierto y el dolor vuelve a ser una parte de mí, su voz me ataca con fiereza. Esa voz grave e insidiosa.

Siento que voy a desmallarme una vez más. Esta vez apenas he llegado a contar hasta cincuenta. Cada vez pierdo el control mucho más rápido. ¿Será esta la última vez?

Solo sé que algo me distrae antes de volver a hundirme en mis recuerdos. Esos que también me han abandonado en las últimas recaídas.

Ahora es distinto.

Un ligero susurro de aire fresco acaricia mi cuello y hace que su voz resurja en mi cabeza. Intento gritar, pero mi boca reseca no lanza sonido alguno. Es cuando decido rendirme que el momento de nuestra última conversación vuelve a mi cabeza. Justo antes de que todo lo demás desaparezca.

—No sé cuánto tiempo pasará aquí, inspector, así que voy a hacer un pequeño agujero en el techo, uno a este lado y otro afuera. No me gustaría que se quedara sin oxígeno.

El Bosco comienza a romper el techo de yeso. En un par de golpes siento cómo pequeños trozos duros arañan mis piernas inmóviles.

—Todavía no me has dicho tu plan.

—¿Necesita saberlo? ¿No es mejor vivir en la ignorancia?

—La ignorancia hace que te vuelvas confiado, y nunca he sido una persona confiada. No me fio ni del tipo que me mira cuando me lavo los dientes —respondo con ironía.

Aunque no puedo verlo, siento su sonrisa afilada. Oigo cómo escupe el aire que le sobra de los pulmones en forma de risa suave.

—Buena observación. Pero la información es muy relativa. Usted siempre recibirá tantas versiones como personas te las cuenten. Y

siempre acabará creyendo a la persona con la que tenga mayor afinidad. Por eso la información está sobrevalorada. Porque solo sirve para aplacar el sentimiento de vacío que crea en nosotros el desconcierto.

—¿Me vas a decir cuál es tu plan? —insisto, cansado de su diarrea dialéctica.

Él no responde. Se guarda unos segundos mientras sigue haciendo algo. Oigo un ruido seco, como si estuviera trabajando con herramientas. Cuando el sonido se detiene, su voz vuelve a resurgir.

—Mi plan siempre fue el mismo, inspector. Lo único es que ustedes jamás supieron identificarlo.

Mi mente se nubla por un momento. Recuerdo su última llamada cuando todo terminó. Cuando cerramos el caso de El Bosco, pero él no sintió que hubiera acabado.

—Es decir, que llevas planeando esto desde antes de que te capturáramos. ¿Es eso?

—Muy hábil. Llevo planeando esto desde hace años, querido amigo. Desde antes incluso de que usted supiera que íbamos a encontrarnos.

—Lo sé, lo sé. Recuerdo tus historietas de lo del círculo. ¿Lo que me gustaría saber es qué se te ha ocurrido ahora?

De nuevo oigo su risa aflojada. Siento su mirada sobre mí.

—¿Ahora? Inspector, aunque crea que todo esto es por usted, esta vez siento desilusionarlo. Es cierto que, cuando llevamos a cabo el plan de Mateo, su papel fue fundamental. Tanto que incluso yo llegué a dudar de mis propósitos. Hubo un momento en que pensé que realmente era una causa divina y Mateo tenía razón. Que toda la tragedia que sacudía su vida era debido a su pasado. Pero vivimos en un mundo de coincidencias y tal vez muchas de ellas pudieron ser provocadas. A veces creemos que las coincidencias son las que nos llevan a ciertos lugares, sin entender que somos nosotros los que provocamos esas extrañas situaciones.

—¿Quieres decir que tú hiciste todo?

—Para nada. Yo me limité a estudiarlos. Los estudié desde el primer día. Inspector, la obra que están a punto de presenciar se ideó hace décadas. Y, justo mientras preparé esto, apareció, como por arte de magia, la figura de Mateo. Su papel fue clave para llegar hasta aquí. Su cometido era especial y, a pesar de estar realmente loco, cumplió como se esperaba de él.

—Al grano, no tengo todo el día.

Esta vez, El Bosco ríe con verdadero descaro ante mi ironía burlona.

—Solo tiene que saber que mi plan no te incluyó jamás. Fuiste una pieza más que apareció de la nada. Eso sí, una pieza clave. Sin ti,

Mateo jamás habría accedido a cumplir con mi obra.

Mi cuerpo se tensa al oír eso. ¿Una pieza más?

—¿Qué quieres decir?

—Es simple. Mi objetivo principal jamás fue usted, inspector.

—Entonces ¿por qué me tienes aquí? ¿Por qué no me matas de una puta vez?

—Porque su destino lo decidirán sus compañeros. Permítame recordar otra frase de mi querido libro.

—Vete a la mierda.

—¿Sabe algo? Yo leo siempre que puedo. Y siempre me quedo con alguna frase del libro que tengo en las manos. ¿Quiere entender por qué está aquí? —pregunta con naturalidad.

No contesto. No pienso responder más hasta que sea claro; conciso. Él parece darse cuenta de mi silencio, por lo que continúa.

—Si hubiese leído *El arte de la guerra* sabría por qué no lo mato. Hay un par de frases que pueden servir. Una de ellas dice que, si utilizas al enemigo para vencer al enemigo, serás poderoso en cualquier lugar a donde vayas.

—Vamos, que soy tu comodín —espeto en un acto impulsivo.

—Podría decirse, pero no. No es un comodín. Está ahí porque tiene que estar. Porque es necesario.

—Entonces, según tus palabras. ¿Quién es tu enemigo?

Su risa es la última respuesta que recibo. Tras eso, de nuevo penumbra absoluta. Silencio demoledor.

17 de marzo de 2018, 16:01. Valencia

Esta vez todo es distinto.

Los nervios de Aura sacuden su cuerpo con fuerza. El temor nubla su mente. La realidad retuerce su estómago como una amarga noticia. Como cuando alguien espera esa información triste del médico. Como cuando alguien recibe un mensaje de “tenemos que hablar”.

Esta vez es todo distinto.

La sirena del zeta retumba con más fuerza en las fachadas de los edificios, el silencio de Leo se hace casi tan denso como el olor a sudor de su propio cuerpo. Pero nada de eso le importa. Lo único que desea es llegar al apartamento de Javier cuanto antes.

Y lo hacen en un silencio que aúlla en sus cabezas. Leo ha guardado respeto hasta encontrarse frente al edificio de Javier. Aura lo ha hecho porque las palabras se han extinguido en su garganta desde que vio la fotografía de Ignacio Nobles.

Pero todo cambia cuando enfilan los últimos metros hacia la verdad.

—¿Vas a decirme qué coño está pasando? —inquiere Leo completamente hastiado. Con un cierto retazo de ignorancia lastimosa en su voz. Como si la duda le doliera. Como si estuviera obligado a adivinar lo que pasa por la mente de Aura.

Ella saca su teléfono y lo desbloquea.

—¿Recuerdas el olor que sentimos en casa de Javier el día que llegamos?

Leo arruga la frente e intenta descifrar los recuerdos de aquella mañana.

—Sí, olía como a un disolvente suave. Como la acetona.

—A pintura —especifica ella.

Leo asiente sin comprender bien el camino que Aura ha tomado. Tampoco la situación está resultando beneficiosa para resolver esa duda, pues, cuando la subinspectora termina su frase, la puerta de Javier frena su explicación.

No se limita a llamar al timbre. Tampoco busca perder tiempo. Arranca la banda policial que protege la entrada y empuja con fuerza. Apenas encuentra resistencia. La puerta cede con un gemido agónico mientras se abre arañando el suelo.

Aura entra con una pequeña linterna que rompe la penumbra por algunas zonas y comienza a dirigir el haz de luz por cada rincón. La luz baila por el salón mostrando la danza aleatoria de pequeñas partículas de polvo en suspensión, hasta que se centra en el pasillo que lleva hasta su habitación.

—¿Puedes decirme qué estamos buscando? —insiste de nuevo Leo, cuando ve que Aura se ha olvidado de continuar.

Ella reacciona y desbloquea otra vez su teléfono. Esta vez sí termina de cumplir con sus intenciones. Selecciona la imagen de Nobles y se la muestra a Leo.

—Esto me ha mandado Nobles.

Leo no puede responder. Es incapaz de reaccionar y respira gracias al acto reflejo de hacerlo. La imagen muestra la misma escena que El Bosco dejó en su casa. La escena de la virgen con el trozo de pared. Pero esa escena es distinta. En ella se aprecia un rostro, oculto en el cuadro original. Un rostro que parece estar dentro de la pared.

—¿Qué mierda es esto?

—Un arrepentimiento —responde Aura justo cuando entra en la habitación. Intenta encender la luz, pero solo se oye el clic sordo del interruptor—. Dice Nobles que cuando le hicieron una radiografía al cuadro salió este rostro. Fue un rostro que El Bosco cubrió más tarde. Era la forma que tenían los pintores de borrar ciertos fallos.

—Entonces. El olor que sentimos no era la pintura del cuadro.

Aura niega con una débil sonrisa dibujada en su rostro. Una sonrisa que se llena de esperanza. De una pequeña esperanza que al menos la aferra a una posibilidad real. Respira con fuerza y recorre cada pared con la linterna.

No se aprecia nada extraño.

Leo aprovecha para golpear todas las paredes de la habitación, sin encontrar nada fuera de lo normal.

—Aquí está todo en orden —dice con resignación.

Ella, en cambio, no se rinde. No está dispuesta a marcharse con las manos vacías. No quiere volver a sentir la derrota en su cuerpo, por lo que sigue buscando una pista en mitad de toda esa oscuridad.

De pronto se detiene en el texto que todavía reluce en la pared; en la frase. Y es entonces cuando algo llama su atención.

Junto al texto está el armario empotrado, pero hay algo extraño en sus puertas. Con el corazón acelerado, se acerca y, justo cuando lleva la linterna hasta la madera, un pequeño estallido sordo retumba sobre ella.

Tanto Aura como Leo se tiran al suelo al encontrarse, de pronto, envueltos en una luz blanca y casi cegadora. Una luz que devuelve a la vida esa habitación. Todo se ha iluminado de pronto y los dos agentes se miran con desconcierto.

Aura toma su arma.

Leo hace lo mismo y ambos se acercan con sigilo hacia el marco de la puerta. Intentan dilucidar cómo ha llegado la luz a la habitación y solo encuentran una opción: una tercera persona.

Pronto esa hipótesis se vuelve una certeza cuando el ruido de unos pasos los pone en alerta.

Aura traga saliva y suspira con levedad para no hacer ruido. Leo

mira a su compañera y asiente, anunciando que los pasos están cada vez más cerca. Se puede oír cómo retumban en el pasillo. Son pasos que para nada se acercan al sigilo, ni siquiera a la templanza. Son pasos duros, firmes. Pasos que se pueden contar.

Aura aprieta las manos sobre el arma y, cuando siente que puede sorprender al sujeto que se acerca, sale al pasillo.

—¡Quieto! —grita mientras esgrime la pistola con rabia.

Su amenaza dura un suspiro. El mismo que lanza cuando descubre la figura de Paco frente a ella, con los ojos casi fuera de lugar y las manos buscando un lugar donde quedarse fijas.

—¡Aura, Aura! Soy yo —balbucea, nervioso.

—Joder, Paco. Casi nos da un infarto. ¿Qué coño haces aquí? —pregunta Aura algo más aliviada.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —Pero ante la mirada intensa de Aura, Paco entiende que debe explicarse antes de que la subinspectora le recrimine su acción. Respira hondo y agacha la mirada como si le pesara. Aunque lo que en realidad le pesa es el dolor de la incertidumbre—. Llevo toda la semana pasando el día aquí. Me siento en un banco justo frente al portal de Javi, y espero allí hasta que se hace de noche. Por si veo algo que sirva de ayuda. Por si lo veo a él —matiza con el dolor en su voz—. Os he visto llegar y he venido a ver qué pasaba. ¿Por qué tenéis las luces apagadas?

Aura no responde. Se encoge de hombros avergonzada por no haber mirado en la caja de magnetotérmicos.

—Podríamos haberte matado, Paco. En otra ocasión habla para que te reconozcamos, hombre —recrimina Leo.

Pero Paco ya no responde. Su mirada se centra en Aura, que ha vuelto a introducirse en la habitación y se dirige a la puerta del armario. Esta vez no necesita la linterna, pues lo que busca se ve con claridad.

En la madera de la puerta puede encontrar restos de pintura. Pequeñas gotas en el borde de una de las puertas. Aura respira hondo y mira a su compañero.

—Es reciente —aduce con temor.

Todavía duda. Se aferra al pomo del armario y duda. Duda si abrir o no, si enfrentarse a la tesitura de tener que afrontar un cruel desenlace. Pero sabe que tiene que hacerlo, así que no pierde tiempo. Tira con fuerza para descubrir lo que se halla en el interior.

Nada.

Solo prendas colgadas de sus perchas. Chaquetas a la izquierda; camisas a la derecha y en el centro pantalones perfectamente doblados.

Aura cierra los ojos sintiendo la tensión del momento oprimiendo su pecho. Respira y saca la primera de las perchas. Es entonces cuando

entiende que está frente a la verdad. En una de las mangas puede ver pequeños restos de pintura. Pintura que se ha adherido de la pared que está justo detrás de la ropa.

Como un acto reflejo, se abraza a todas las prendas y las arranca de la barra plateada que atraviesa todo el armario. Mira la pared y se acerca a ella.

Intenta controlarse, respirar hondo, soltar el aire poco a poco. Quiere mantener la calma, pero no es algo que dependa de ella en ese momento. Acerca la mano a la pared y siente el tacto rugoso de las prisas. Es entonces cuando cierra la mano y golpea con fuerza.

Un eco sordo le da la respuesta.

—¡Aquí! —dice ella vencida por la desesperación al fin.

Vuelve a golpear con más rabia, intentando tirar la pared de un puñetazo, pero esta apenas se inmuta. Tras el segundo golpe, un poco de polvo se escurre del techo y llama la atención de la subinspectora. Es un pequeño agujero hecho recientemente.

—Aparta —pide Leo. Un ligero fulgor reluce en su mano y cuando Aura mira descubre que es una llave inglesa.

Ella se aparta.

Él golpea con fuerza la pared, que no es capaz de soportar el golpe y deja un enorme agujero como consecuencia del castigo. Leo no se detiene y sigue golpeando con rabia. En el segundo golpe, el agujero se hace algo más grande. Tras el tercero cae un ladrillo entero, pero es después del quinto cuando la luz revela el secreto que desde el primer día ha mantenido oculto.

El cuerpo de Javier se deja ver a través del agujero, inerte y atado a una silla. Con la cabeza oculta por una bolsa de tela y hundida por completo no parece haber reaccionado a la luz. Junto a su figura, un hedor terrible escapa del pequeño zulo, atufando a los tres testigos que allí se hallan.

—¡Javier! —grita Aura.

Leo no dice nada. Su cuerpo se ha encendido al ver a su compañero y comienza a golpear con más fuerza la pared, que no es capaz de soportar los golpes y acaba vencida tras varios minutos de una batalla a la que también se suma Paco, después de lanzar un grito ahogado de ilusión.

Cuando el agujero es lo suficientemente grande, Leo entra y desata a su compañero, que sigue sin moverse. No es hasta que lo tienen tumbado en el suelo de la habitación que todos se reúnen junto al cuerpo.

—¿Respira? —pregunta Aura con temor.

17 de marzo de 2018, 19:50. Valencia

El chirrido metálico de unas ruedas bailonas llama la atención de Aura, que se halla mirando el cielo ya apagado y cubierto por nubes tristes. Cuando se vuelve, los ve a los dos.

Por un lado, está Víctor, que ha entrado sentado en una silla de ruedas que empuja con suavidad Sonia. Al otro, Javier descansa. Su cuerpo desmadejado apenas ha mostrado rastros de vida más allá de unas pulsaciones muy leves. Pero está vivo. Ahora es cuestión de tiempo que despierte.

—¿Cómo está? —pregunta Víctor sin apartar la mirada del cuerpo huesudo y ajado de Javier.

—Los médicos son bastante reservados con su estado. Le han hecho varias analíticas. Están a la espera de saber si tiene afectado algún órgano. —Es Leo quien responde.

Aura no puede hacerlo. Apoyada junto a la ventana, observa el cuerpo silente de Javier. La figura estática de Leo a un lado. La presencia disoluta de Daniel, que ha llegado cinco minutos antes de que lo hiciera Víctor, con los ojos céreos y un pequeño halo de paz en su expresión al ver los latidos del corazón de su compañero.

Pero falta alguien.

Y Víctor no tarda en darse cuenta. Mira a Leo, a Daniel, y se centra en la presencia atribulada de Aura.

—¿Qué pasa? —pregunta intuyendo que algo no marcha bien—. ¿Dónde está Raúl?

Nadie responde.

Todos rehúyen la mirada de Víctor en un falso intento de lanzar su inquietud al fondo de cualquier pozo de olvidos.

—He hecho una pregunta. ¿Y Raúl? —insiste con un tono más firme. Más severo. Un gesto que hace que se doble a causa del dolor que todavía le producen sus heridas.

Sonia lo mira con gesto preocupado y se inclina a su lado.

—Ya sabes lo que ha dicho el médico. Nada de esfuerzos.

Víctor no responde. Alza con suavidad la mano como si quisiera silenciar a Sonia.

—Estoy bien —responde, aunque su gesto desvela la mentira que ha intentado proferir.

—Me da igual cómo estes. Si vuelvo a ver que haces algo raro, te saco de aquí. —Sonia muestra su lado más severo, más protector. Lo mira con furia y vuelve a colocarse detrás de la silla.

Aura lo mira y levanta la barbilla. Sabe que tiene que responder y no quiere mentir, pero tampoco quiere lanzar una hipótesis que no sea la correcta.

—Llevamos todo el día sin saber de él.

—¿El Bosco? —investiga Víctor, nervioso. Sus manos tiemblan sobre los reposabrazos. Su cuerpo se remueve con precaución haciendo gemir el cuero de la silla.

La subinspectora se encoge de hombros.

—No podemos saberlo, pero tenemos indicios para pensar que pudiera estar involucrado con el laboratorio y la residencia.

Los ojos de Víctor crecen de pronto al escuchar aquello. Su mirada se inquieta como la actitud de un niño nervioso. Viaja por los rostros de cada compañero, buscando en ellos una salida. Un rastro de mentira, pero no halla nada, solo remordimientos y culpa.

—No puede ser. Tiene que ser todo un error.

—Su número de placa figura en todas las denuncias que hicieron a la residencia en aquella época.

Pero las palabras de Aura no parecen convencerlo.

—No me lo creo. Hace más de veinte años de eso. Raúl debería llevar muy poco tiempo para ese entonces.

—Víctor —corta Aura—. El detective que hizo los informes dijo que la comisaría donde firmaron las denuncias estaba en el ajo. Y su nombre está en todas las denuncias. En todas —sentencia Aura con firmeza.

—No es posible. Tenéis que encontrarlo. Tiene que explicarse. —Víctor comienza a alterarse. Su mente no es capaz de dibujar al inspector jefe con sangre en las manos, con mirada frívola, con visitas solo los viernes. No quiere rendirse a esa verdad.

—No sabemos nada de él desde que desapareció, esta mañana —responde Leo—. Tampoco nos coge las llamadas ni lee los mensajes.

—Podría estar en peligro. ¿No lo habéis pensado? ¿Habéis ido a su casa?

—Víctor —replica de nuevo Sonia.

Este asiente con precaución y se acomoda de nuevo sobre la silla de ruedas.

Aura suspira con dolor. Por un instante intenta retroceder en el tiempo para volver a los últimos momentos antes de salir de comisaría. Antes de que Ignacio Nobles le truncara los planes. Y es entonces cuando un repentino rayo de luz enciende su cabeza.

—¡La carta! —dice con vehemencia.

Leo la mira. Daniel arruga la frente, pero pronto entiende lo que ha querido decir su compañera.

—¡Eso es! Raúl ha cambiado cuando ha recibido la carta esta mañana. Eso ha tenido que significar algo para él —responde el inspector tras levantarse del duro sillón—. Vamos.

Y sin dilación se presta a salir de la sala mientras Aura lo sigue a toda velocidad. Leo intenta acompañarlos, pero la subinspectora se detiene justo antes de salir y lo mira.

—Quédate con él. Si despierta, avísame —ordena, y sin esperar a su respuesta se marcha en una carrera nerviosa hacia la comisaría.

Cuando llegan, la oscuridad rebota por los pasillos. Se estrella en la fila de escritorios con los ordenadores ya apagados. Solo la luz blanca de unas pocas lámparas rompe la penumbra de aquel tranquilo lugar.

—Si está, tiene que estar en su despacho —informa Daniel.

Ambos se dirigen sin perder el tiempo al pequeño cuarto, en donde las sombras se hacen más grandes. Cuando entran, y la luz alumbra un despacho revuelto, comienzan a buscar sin saber bien qué ni dónde. Buscan sobre la mesa, por debajo de la impresora o de la pantalla del ordenador. También revisan los cajones del escritorio, pero no hallan nada. Solo papeles sin sentido y documentos que no les aportan nada.

—Quizá se lo haya llevado consigo —expone Aura cuando entiende que no queda nada por revisar.

—Espera —responde Daniel. Está mirando un pequeño cajón que Raúl tiene en la pared. Un cajón cerrado siempre con llave y en donde suele guardar el arma cuando está en comisaría, o algunos objetos personales.

Se acerca con precaución y tira del tirador. Está cerrado. Ofuscado, pasa la mano por la cerradura solo para sentir el tacto frío del metal. Para intentar ganar tiempo y buscar la forma de abrirlo. Unas formas que Aura ya ha encontrado.

—Aparta —dice ella con furia. En su mano porta un abrecartas que Raúl compró en uno de sus viajes a Egipto.

Con fuerza introduce la punta afilada por el pequeño resquicio que deja el cajón y comienza a hacer palanca. El filo del abrecartas parece que vaya a romperse por momentos. Se dobla como si fuera de papel, se retuerce en ese pequeño espacio, hasta que un crujido metálico detiene la acción de la subinspectora, que saca el abrecartas todavía intacto, del cajón. Vuelve a tirar, pero una vez más el cajón parece resistirse. Aunque esta vez ha cedido unos milímetros, así que Aura aprovecha, lo cierra de nuevo y tira con más fuerza.

Esta vez sí.

Esta vez el cajón cede y, con un fuerte crepitar, recorre con furia el poco tramo de guía que tiene.

Daniel la mira con nervios. Ella visualiza el interior. A un lado se halla la pequeña caja que usa Raúl para guardar el arma. Está vacía. A su lado encuentran la placa y justo bajo ella lo ven. Un sobre con su nombre en el destinatario. Un nombre escrito a mano. Solo un nombre: Raúl Donato.

Ambos respiran con fuerza. Ella toma el sobre y lo abre con precaución, como si aquello quemara, como si el abrirlo supusiera la

pérdida radical de sus manos. Aura intenta introducir la mano para comprobar el interior, pero siente un leve pinchazo en sus dedos que hace que retire la mano de inmediato.

—¿Qué pasa? —pregunta Daniel, inquieto.

Ella no responde. Se mira la mano para comprobar que el daño es superficial y vuelve a tomar con fuerza el sobre, pero esta vez se acerca a la mesa y decide volcar el contenido en ella.

Su respiración se detiene cuando ve todo lo que cae en la madera.

—No es posible —dice Daniel, igual de sorprendido que ella.

Los dos se quedan congelados contemplando el contenido del sobre. Casi todo lo que ha caído del sobre es paja. Aura entiende que fue eso lo que sintió. Pero junto a la paja hay un trozo de papel. Un recorte colorido que reconocen de inmediato.

—Los ejércitos de Herodes —sentencia ella, sabiendo que aquella prueba es la definitiva para condenar los actos pasados de Raúl.

—Raúl es quien faltaba en su cuadro.

—Pero la paja. No lo entiendo.

Daniel guarda silencio. Un silencio meditado, que sirve para remover conciencias. Para despertar de la duda que lo embarga. Un silencio que le devuelve la respuesta.

—También encontraron paja en el cuerpo de Cristóbal. ¿Lo recuerdas?

Aura asiente.

—¿Qué querrá decir?

Pero Daniel no responde. Mientras la subinspectora piensa, toma el recorte del cuadro de El Bosco, buscando en él alguna pista. Y parece encontrarla en el reverso del papel.

—Mira esto —pide a su compañera, entregándole el papel.

Tras el dibujo, Aura aprecia una nota escrita a mano. Una nota que quizá es más siniestra que todo lo que rodea al contenido del sobre. Una nota que no necesita explicaciones.

Te espero donde empezó todo.

—¿Qué querrá decir? —investiga Aura tras leer la frase.

Daniel la mira con la expresión nublada. Con la inquietud en su cuerpo. Con el dolor de las dudas acariciando su nuca. Aparta la mirada y da dos pasos. Solo dos. Los suficientes para que una nueva idea resurja en su mente. Se vuelve hacia su compañera y sacude la cabeza.

—Vamos. Creo que sé quién puede ayudarnos.

La travesía apenas dura unos minutos. Los suficientes para llegar hasta las celdas. Allí todavía se encuentra Ramón Silvano, sentado en una esquina, en silencio, nervioso. Su mirada se enciende cuando ve llegar a Daniel. Se levanta y se acerca hasta los barrotes de la celda. Su rostro no muestra paz, ni siquiera se atisba en él un rastro de

complicidad.

—¿Se puede saber por qué sigo aquí? —dice por todo saludo.

—Siento las molestias, ya mismo le digo a uno de los agentes que lo acerque hasta su casa. Pero antes necesitamos que nos ayude en algo —pide Daniel con su tono más formal.

Ramón lo mira y ríe con sorna.

—¿Qué os ayude? No me jodas. Me habéis tenido todo el día aquí encerrado sin decirme nada y ahora queréis que os ayude. No, ni pensarlo.

—Es importante. La vida de un compañero está en juego y usted nos puede ayudar.

—Paso. No pienso...

Daniel explota ante la negativa de Ramón, que se encuentra negando con la cabeza cuando Daniel lo toma por el cuello de la camiseta y tira de él hasta estrellarlo contra los barrotes. Pronto, al sonido quejumbroso de su voz se une el tintineo agudo del metal tras recibir el golpe de la frente de Ramón.

—Mira. No tenemos tiempo para gilipolleces. O nos ayudas o te juro que entro ahí y te dejo la cara hecha un trapo.

Ramón lo mira, nervioso. Traga saliva y asiente con velocidad, sin decir nada más.

Es entonces cuando Daniel le muestra el extracto encontrado en el sobre dirigido a Raúl. Le muestra la frase, el dibujo, su mirada encendida. Y, cuando siente que Ramón ya lo ha visualizado todo, lo suelta con rabia.

—¿Qué crees que puede significar ese donde empezó todo? ¿Sabes si el laboratorio pudo tener otro lugar donde empezara a investigar? ¿Si hubo alguna reunión previa?

Ramón niega con la cabeza mientras se alisa las arrugas que Daniel le ha dejado en la camiseta. Bajo el cuello de su prenda se puede apreciar unos pequeños y rosados arañazos que han dejado marcada su piel lechosa.

—No lo sé. Yo solo llevaba a los pacientes, nada más. No sé si hubo reuniones o hicieron algo más.

—Tiene que haber algo que lo iniciara todo. Un lugar, un hecho específico. Haz memoria.

Ramón se rasca la cabeza. Mira a Aura y a Daniel y se vuelve hacia la pared mientras da cortos paseos por la celda.

—No lo sé. No tengo ni puta idea, tío. Solo sé que ese laboratorio movía muchos contactos y mucho dinero. Tanto que en poco tiempo se tuvieron que mudar a otro más grande. Y años después se trasladaron a donde están ahora. Yo no estaba en sus reuniones. No...

—¿Cómo que se trasladaron? ¿A dónde se trasladaron?

Ramón inclina la cabeza sorprendido ante la pregunta precipitada

del inspector. Arruga la frente y vuelve a detener sus pasos.

—Donde está ahora el laboratorio no es donde empezó. Los primeros años era un local bastante pequeño y destrozado. Al poco tiempo se mudaron.

Daniel mira a Aura, que asiente con velocidad.

—¿Dónde estaba ese laboratorio? —exige con un marcado nerviosismo, Daniel.

—¿No lo sabéis? Vaya. Pensaba que ya lo teníais en cuenta todo eso. El laboratorio Beinnet comenzó en un pequeño local que nada tiene que ver con lo que es ahora.

No. No lo sabían. Jamás se habían dedicado a revisar las ubicaciones del laboratorio. Solo sus movimientos y los detalles más intrínsecos de la empresa. Se centraban sobre todo en nombres y números. Nunca dieron importancia a la ubicación.

—Dinos dónde estaba el laboratorio en sus inicios y luego podrás irte —promete Daniel, preparado para escuchar a Ramón.

17 de marzo de 2018, 21:02. Chirivella

Calle Coeters, Vara de Quart. Esa es la dirección. Y tanto Aura como Daniel no tienen que esforzarse mucho en reconocer ese lugar. Por desgracia, todo acaba teniendo sentido.

Esa es la última parada de Daniel y Aura, y entienden que es la correcta cuando ven el coche de Raúl aparcado a unos pocos metros de la ubicación que Ramón les ha proporcionado.

—El hijo de puta ha estado jugando todo el tiempo con nosotros. Aquí es donde dejó el coche de Javier —afirma Aura cuando recupera en su mente la secuencia que tuvo que vivir hace apenas unos días.

—Está aquí —informa Daniel con temor. Con un tremor en su voz que la vuelve de cartón. Un temor que hace ignorar el comentario furioso de su compañera. Ya no se oye al Daniel firme y sereno que siempre ha sido. Ahora su voz permuta como lo ha hecho su rostro, en uno más débil y frágil.

Aura tampoco es la misma. El miedo ha devorado su espíritu luchador. Sus ánimos irredentos. Su voraz y hambriento instinto natural por hallar la verdad.

Los dos meditan durante más de dos minutos sobre los siguientes pasos, detenidos justo detrás del Mercedes de Raúl.

—Tenemos que entrar —dice ella al fin, cuando entiende que el tiempo es un elemento escaso y que cada segundo que pasa puede ser un segundo menos para ayudar a su compañero.

Daniel asiente y ambos se bajan del vehículo para enfrentarse al frío húmedo de las afueras de Valencia. Un frío que se cuela por los pequeños huecos de la chaqueta de Aura. Que se cala hasta roer los huesos. Que deja a dos agentes ateridos frente a la enorme puerta de metal. Una puerta metálica que anuncia que se trata de un pequeño taller de chapa y pintura.

Los dos observan la puerta entornada, la cerradura rota, el metal forzado. Y, ante la certeza de un peligro mayor, toman sus armas y las amartillan, preparándose para cualquier desenlace.

Entran con sigilo. Caminando de puntillas para no ser interceptados. Para intentar sorprender a quienquiera que se halle ahí adentro. Pero no parece haber nadie. El silencio es pesado en el interior del taller. Se hace denso hasta calar más todavía que el frío. De igual modo, los dos agentes siguen caminando con calma, con pequeños pasos hasta que llegan al final del primer gran salón en donde solo se han topado con un Audi A4 viejo y oxidado, y con un Opel Astra con el frontal desmontado.

Algo no marcha bien y Aura lo intuye. Su cuerpo se tensa ante el peligro que las sombras generan. Aprieta las manos e intenta que su arma no se tambalee, que su pulso sea templado, suave.

La calma se acaba cuando se escucha un crujido metálico a unos pocos metros de ellos.

Los dos se vuelven de inmediato y enfocan en la zona la luz de sus linternas, pero no encuentran nada. Solo una puerta entreabierta que da acceso al túnel de pintura. No obstante, siguen avanzando en esa dirección, atentos a cualquier nuevo sonido, al mínimo movimiento.

No ocurre nada durante todo el trayecto.

Tampoco cuando llegan frente a la puerta.

Todo cambia cuando se detienen junto a la entrada al túnel. En cuanto la luz se hace más intensa, un nuevo sonido llama de nuevo la atención de los dos agentes, que se separan frente al pequeño hueco que hay en la puerta.

Daniel mira a la subinspectora. Ella asiente con un pequeño temblor en su párpado izquierdo, sabiendo lo que viene a continuación. Ambos toman con fuerza sus armas y el inspector alarga la mano para abrir del todo la puerta de acceso al túnel.

Sin esperar a nada más, asoman los cuerpos, dirigiendo el cañón de sus armas al interior del oscuro túnel.

—¡Quieto! —grita Daniel.

Pero lo que la luz alumbra no es una amenaza para ellos. Al contrario. Cuando el haz azulado de la linterna encuentra el motivo que ha generado el ruido, los dos agentes ya no son capaces de gritar. Han quedado congelados frente a la imagen que se muestra.

—¡Joder! —exclama de nuevo Daniel, lanzándose en una marcha corta hacia su hallazgo.

Es Raúl quien se encuentra ahí, sentado en una silla raída y desvencijada. No se aprecian restos de sangre, pero no reacciona. Su cuerpo se mantiene en la silla gracias a los pequeños amarres que se aferran a sus manos y piernas.

—Vamos, Raúl. Despierta —suplica Daniel, golpeando con suavidad las mejillas del inspector jefe, pero no hay reacción alguna —. Tiene pulso. Ayúdame a levantarlo.

Aura avanza los dos metros que todavía la separan del cuerpo inerte de Raúl y, cuando se coloca a un lado de él, otro ruido los alerta de nuevo.

Los dos intentan girarse, pero tomar sus armas ya no es una opción. El fulgor impoluto de una Glock 19 amenaza a la integridad de los dos agentes, que suspiran ante la derrota que se les avecina.

—Yo no haría eso —dice una voz áspera que atraviesa la oscuridad del taller.

Aura, que había intentado alzar su arma, detiene el movimiento y deja caer la pistola en el suelo. Daniel no lo hace. Aunque él no intenta apuntar al cuerpo que se oculta en la penumbra, tampoco deja que esa amenaza le desarme del todo.

—Creo que lo mejor sería que dejen sus armas en el suelo y se aparten un poco de su compañero. Todavía no ha llegado la hora —repite el ser que con tanto esfuerzo han intentado encontrar. Ahora parece que fuera él quien ha logrado su objetivo.

Aura lo mira e intenta discernir su rostro entre toda la oscuridad que se abalanza sobre su cuerpo semioculto entre las penumbras.

—¿Por qué has hecho todo esto? —pregunta ella cuando entiende que no pueden hacer nada más.

—¿Todavía le quedan dudas? ¿No cree que si ha llegado hasta aquí es porque ha encontrado todas las respuestas?

La subinspectora mira al cuerpo aturdido de Raúl y encuentra en él pequeños rastros de consciencia. Sus músculos empiezan a tensarse y a dar ligeros espasmos. Puede apreciar unos pocos actos reflejos en sus pestañas, en sus labios, en sus manos.

—¿Y por qué esperarnos? Si ya sabías que íbamos a venir. Has tenido todo el día para acabar con Raúl y huir. ¿Por qué nos has esperado?

Otro nuevo destello resurge de la oscuridad. Esta vez es el que proviene de sus afilados dientes y de esa sonrisa malévola. El Bosco avanza unos pasos hasta un pequeño claro de luz para dejarse ver una vez más.

—Nunca he pretendido huir, subinspectora Casado. Y mis actos, estos días, le habrán dado la pista. Tan solo estaba concluyendo mi obra. La obra cuyo broche final me pertenece, pero que nació con ellos —comenta señalando el cuerpo inútil de Raúl—. Ellos fueron los que crearon el primer lienzo. Los que iniciaron mi obra.

Aura no responde. Intenta alargar la mano para arrancar los nudos que se aferran a las manos de Raúl.

—Puede desatarlo si quiere. Pero se irá de aquí sin conocer la verdad. Y supongo que están aquí para defender precisamente eso; la verdad. ¿O son igual que ellos? —De nuevo El Bosco vuelve a señalar a Raúl, pero esta vez en su rostro se atisba un trazo de odio. De inquina.

—¿Qué quieres decir? Déjate de rodeos. Ya has perdido. Hemos encontrado a Javier y a Raúl. Tu historia va a quedar de nuevo inconclusa. Como ya pasó con el cuadro de Mateo.

La risa de El Bosco retumba en las paredes de metal del túnel mientras Raúl, poco a poco, va recuperando la consciencia.

—Siguen tan perdidos como el día que empezaron a investigar los casos. Siguen tan perdidos como el propio Raúl cuando intentó encontrarme.

Todos abren los ojos sorprendidos. Incluso Raúl parece reaccionar ante la voz del asesino, pues levanta poco a poco la cabeza.

—Bien, ahí lo tienen. Ahora podrán ser testigos de la verdad que

tanto han querido encontrar. Del motivo que nos ha traído a todos hasta aquí. Sea bienvenido, inspector jefe Donato, de nuevo al mundo de los vivos.

Raúl no responde. Lanza un gruñido gutural mientras deja caer un suspiro leve que se pierde bajo las rejillas del desagüe.

—¿Estás bien? —susurra Aura cuando ve a su compañero intentando enderezarse.

—Le pediría al inspector que deje la pistola en el suelo. No me gustaría que tuviéramos sorpresas antes de hora.

Daniel lo mira con rencor, pero accede. Deja su arma en el suelo y levanta las manos, indicando que ya ha cumplido con la orden. Tras eso vuelve con Raúl y lo ayuda a incorporarse.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —investiga Aura, con la voz firme y el miedo atravesando su pecho.

—Todo depende de su compañero y de ustedes. ¿Serán ustedes capaces de hacer cumplir la ley? ¿Será el inspector jefe lo suficientemente valiente para enfrentarse a sus pesadillas?

—Vete a la mierda —ruge Raúl con una voz todavía rota.

—Bien. Veo que el inspector Donato ya está volviendo con nosotros. Por fin me tiene a su disposición. ¿No era lo que siempre había querido? Tantos años intentando silenciarme para verse ahora en la tesitura de tener que enfrentarse a sus compañeros también. Dígame. ¿Qué va a hacer? ¿Será valiente y confesará los pecados que tanto usted como yo conocemos? ¿O acabará con todos los que estamos aquí para continuar su camino de mentiras y traiciones?

Aura lo mira con temor. Raúl no mira a ningún punto. Clava sus ojos en el frío suelo mientras aprieta con rabia los dientes.

—¿Qué está diciendo? —inquiere Daniel en voz baja, sin apartar la vista de El Bosco.

Este sigue sin responder. Arruga los labios y levanta la barbilla con el orgullo de un soldado a punto de ser derribado, pero que no pretende rendirse.

—Conteste, inspector. Conteste a la pregunta.

—Tendrían que haberte matado cuando tuvieron la oportunidad. Cuando apenas eras un crío maleducado. Pero ese puto doctor prefirió dejar que te fueras con tu madre. Sabía que sería un error. Que se arrepentirían de no ir detrás de ti, y mira si acerté.

El Bosco sonríe ante el arrebato sincero del que consigue, con su afirmación, hacer que los dos agentes retrocedan unos metros para alejarse de él. Raúl no se inmuta, sigue mostrando su odio hacia el cuerpo del asesino, que parece estar disfrutando.

—En eso le doy la razón. Tendrían que haberme matado cuando mi madre decidió sacarme de ese centro. Cuando me alejó y ocultó de todo el dolor que allí me causaron. Cuando me dejó libre para que me

moldeara a base de odio y sed de venganza.

—¿Qué pasó, Raúl? —inquiere Aura con firmeza y serenidad al mismo tiempo, en una mezcla perfecta.

Raúl la mira y suspira con temor para luego centrarse de nuevo en la presencia estática de El Bosco, que lo mira a él, pero sigue apuntando a Daniel.

—Nunca supe lo que me esperaría cuando recibí la primera denuncia. Mi error fue pecar de novato sin saber que iba a meterme en la boca del lobo. —Raúl cierra los ojos mientras rememora con dolor lo ocurrido—. Todo empezó con una simple denuncia. Una denuncia que hablaba de un laboratorio ilegal, de unos ancianos muertos. Pensé que podría ser mi ascenso, mi caso especial. ¿Qué iba a pensar un policía recién llegado a Valencia? Tenía que comerme el mundo y una comisaría en la que apenas pasaba nada no era la mejor opción, así que decidí investigar por mi cuenta. Cuando supieron de mi osadía, en vez de silenciarme, lo que hicieron fue tomarme de intermediario. Intenté negarme, pero no me dieron elección.

—Vaya —interrumpe El Bosco—. ¿Por qué será que todos los que han acabado por enfrentarse mi juicio se han excusado de la misma forma? Todo el mundo tiene elección. Solo los cobardes se acomodan bajo la perfecta excusa del camino único.

—Vete a la mierda, hijo de puta. ¿Piensas que yo sabía dónde me estaba metiendo? Cuando quise reaccionar, ya sabían todo de mí. Me chantajearon primero. Y, cuando vieron que no iba a acceder por la vía del dinero, decidieron meter a toda mi familia en el ajo.

—Raúl —intercede Aura, abochornada al tiempo que sorprendida. De repente, todo el orgullo que siempre sintió por su compañero se derrumba como un castillo de arena derribado por una ola temeraria.

—Pero sí aceptó el dinero, ¿no es cierto?

—No tenía salida. ¿Qué hubieras hecho tú?

Aura y Daniel se miran, sorprendidos. Intentan entender los argumentos del inspector. Evaluar todas sus reacciones desde que surgió el caso de El Bosco, y en ninguno de esos recuerdos entienden que hubiera motivo alguno para sospechar.

—¿Quién te obligó a ocultar lo que el laboratorio hacía? —pregunta Aura con un hilo triste de voz, hundida por el lamento de tener que enfrentarse a su compañero.

Raúl niega con una sonrisa irónica.

—Eso no importa. Ya no importa. Estamos los implicados. Ahora es vuestro momento de tomar una decisión. O dejáis que este hijo de perra se salga con la suya después de haber acabado con gente que no era tan culpable, o me ayudáis a poner fin a este calvario.

—En efecto, subinspectora. Ha llegado la hora de que tome una decisión. O cumplen con su deber o se convierten en lo mismo que

somos nosotros. ¿Piensan que, si el inspector jefe hubiese tenido oportunidad, no me hubiera silenciado ya?

—No dudes de ello. Si hubiese tenido la más mínima ocasión, te hubiera volado la cabeza. Pero no por lo que pasó en el laboratorio. Allí no tenías culpa. Lo hubiera hecho después de que decidieras teñir de sangre tu historia.

—No puedes pretender criar un león a base de golpes y luego pedir que te lama la mano. Ustedes me convirtieron en lo que soy. Ustedes fueron cavando esta tumba que ahora os sepulta bajo la verdad que quisieron borrar.

—¿Y qué pinta Mateo en esta historia? ¿Por qué usar una tercera persona para tus planes? —pregunta Aura, que intenta comprender al ser que se encuentra frente a ellos.

—Mi objetivo siempre fue todos los que tenían algo que ver con el laboratorio. Mateo apareció mientras investigaba al inspector Donato, y gracias a él pude entender cómo iniciar el camino. Mateo me aportó no solo claridad, sino ideas.

—Pero le engañaste. Le hiciste creer que eras su hermano solo para que accediera a tus planes de venganza.

—Mentir era necesario para poder entrar en su círculo.

—¿Tenías que mentir sobre quién eras?

—Cuando uno se prepara para controlarlo todo, tiene que convertirse en aquello que necesita ser. En mi caso, la estrategia perfecta era convertirme en su hermano pequeño. Tuve que ocultar mi edad, mi identidad, y todo cuanto creí útil para convencer a Mateo de que estaba junto a su hermano. Solo así podría convertirlo en un arma con tanto poder que todos llegaran a temer.

—Siempre has sido un embustero. Jamás tuviste compasión por nadie, ni siquiera por Mateo.

El Bosco sonríe con desprecio mientras niega con disimulo ladeando con suavidad la cabeza.

—Mateo fue un ser criado a base de odio y golpes. En el fondo también sentí que era mi hermano. Es cierto que para poder convencerlo tuve que separarlo de ese arraigo que sentía hacia su madre. Un apego tan poderoso que se volvía insano. Yo siempre supe lo que era vivir sin una madre, así que tenía que liberarlo de eso, por eso me deshice lentamente de ella mientras lo iba alimentando para crear la necesidad de cumplir un propósito.

—¿Pero por qué? —insiste ella, sorprendida ante la naturalidad con la que El Bosco describe su odio.

—Sencillo. Uno no puede enfrentarse al mundo solo. Ni siquiera el Mal sobrevive solo. Cuando llegué hasta Raúl, encontré, en mi propio entorno, a un joven que empezaba a prepararse para entrar en el cuerpo. Ese muchacho de apenas unos años más joven que yo tenía un

pasado quizá más oscuro que el mío. Es por eso por lo que decidí usar su pasado y el de Mateo para unirlo al mío.

—Javier —susurra Daniel convencido.

—En efecto. Ahora ya podrán entender el motivo de su presencia. Javier siempre fue la flor que crece en un jardín devastado por las llamas. Y el plan de Mateo, por un momento, se convirtió en el mío. Por eso tuve que aceptar su camino para poder cumplir el mío. Porque, para llegar hasta el inspector Donato, tenía que pasar por el inspector Reinoso.

—Podrías haberme matado sin más.

—Y tuve más de una ocasión para hacerlo. Pero ¿cuánto hubiera durado mi cruzada si hubiese decidido matarlo directamente? Las partidas se ganan calculando cuál va a ser el siguiente movimiento. Yo solo tenía que estudiarlos, ser paciente y adivinar qué pasos iban a dar cuando iniciase mi obra. Por eso la obra de Mateo fue el inicio, para poder ocultar realmente mis intenciones. Para cuando se han dado cuenta de lo que pasaba, ya era tarde. Además, usted no era el primero de mi lista. Entrar a formar parte del juego con ustedes me permitió acercarme más a todos los que estuvieron detrás de mi sufrimiento.

—A pesar de todo has perdido —asegura Aura, mientras entiende que El Bosco jamás podrá acabar con los dos en un enfrentamiento.

No parece afectarle. Se ríe con soltura justo después de que Aura lance esa amenaza vacua.

—Han llegado hasta aquí sin entender todavía el propósito de mi obra. Esto no acaba conmigo disfrutando de mi retiro en la playa de un país sin extradición. Tampoco acabará con ustedes colgándose un titulito que no les corresponde. Ya había ganado mucho antes de que comprendieran mi plan.

La subinspectora traga saliva sin entender realmente las palabras del asesino, que poco a poco deja caer el arma.

—Ahora ya conocen los pecados del inspector jefe. La pregunta es: ¿Serán capaces de permitir que se salga con la suya? ¿Serán tan honrados como se les pidió el día que juraron la Constitución? ¿O acabarán convirtiéndose en la sombra de lo incorrecto?

Aura aprovecha el descuido de El Bosco y toma el arma que tenía en el suelo, la agarra con fuerza y apunta hacia el cuerpo del asesino.

—Se acabó. Tira el arma y no hagas ninguna tontería. Esta vez no huirás.

El Bosco sonríe mientras observa cómo Daniel está desatando a Raúl. Deja caer el arma y cierra los ojos tras poner las manos en su nuca.

—Todavía no ha acabado. Todavía no —dice con una sonrisa que atraviesa el pecho de Aura.

Justo en el momento en que Raúl siente que ya no tiene ataduras que puedan detenerlo, toma el arma de Daniel y se levanta de la silla de un salto torpe que lo lleva a perder el equilibrio. Arrodillado en el suelo lleva el arma hacia el cuerpo de El Bosco y amartilla el arma.

—¡No! Raúl —grita Aura. Intenta dirigir el arma hacia su compañero, pero entiende que no va a poder hacer nada. En sus ojos ve la decisión clara. Sabe que va a disparar y no va a disponer de tiempo para detenerlo. A pesar de ello, hace un esfuerzo y gira su cuerpo para apuntar al inspector jefe.

Como había predicho Aura, cuando Raúl decide disparar, Aura todavía está gritando. Raúl aprieta el gatillo con fuerza y justo en el momento de la detonación siente un golpe en el costado. Un golpe que hace que la bala se pierda entre las paredes metálicas del túnel, haciendo que el eco del disparo se propague por todo el pequeño habitáculo. Es Daniel quien se ha lanzado sobre él para evitar que acabe con la vida de una persona rendida.

Cuando Aura entiende que su compañero lo tiene controlado, se vuelve hacia El Bosco. Su cuerpo sigue inmóvil, sonriendo y con las manos todavía en la nuca. Nada ha cambiado en su expresión.

La subinspectora se acerca y, cuando baja sus manos para esposarlo, El Bosco sonríe de nuevo.

—Han tomado una buena decisión. Pero no será suficiente.

18 de marzo de 2018, 17:29. Valencia

La paz siempre es relativa. Parece que todo está tranquilo cuando el peligro deja de acariciar tu nuca, pero es tan frágil que puede desaparecer en un instante. Se escapa tras una llamada, tras un mensaje o con una simple mirada. La paz es el elemento más fútil en alguien que vive del peligro.

En Aura la paz va y viene como esa sonrisa que dibuja cada vez que observa cómo Javier va recuperando su color habitual. Desde que ha despertado, esa misma mañana, ella no ha querido separarse de él.

—No acabo de creerme que Raúl tenga algo que ver —dice el inspector mientras devora un yogur como si fuera el manjar más delicioso del mundo.

—Come despacio. Ya has oído al médico —recrimina Aura. A pesar de su sonrisa, su mente viaja del hospital a la comisaría, donde El Bosco aguarda la marcha hacia las dependencias judiciales.

Su otra mitad sigue con Javier, que todavía está aturdido tras tanta información. Ha intentado comprender el hecho de que El Bosco tuviera un plan distinto. Que él no fuera realmente tan importante como dijo en sus primeros casos. Que Raúl tuviera parte de culpa en todo eso. Sigue procurando asimilar todo mientras araña, con la cuchara, las paredes del envase del yogur.

—Antes de que me encerrara, estuvo hablando conmigo. Dijo que éramos simples peones en un tablero enorme de ajedrez. Estoy seguro de que él sabe quién está detrás de todo esto para guardarse alguna carta bajo la manga. Si no, Raúl tiene que hablar. ¿Dónde está?

Aura se encoge de hombros. Lo último que ha sabido de Raúl es que Daniel lo llevó esposado por intentar acabar con la vida de El Bosco. Desde entonces lo tienen custodiado en un despacho a la espera de que el juez decida qué hacer con él.

—Tienes que averiguar qué va a pasarle, Aura.

—Daniel está a su lado. Y Leo también. No te preocupes —responde ella sin borrar la sonrisa que ha dibujado desde que ha despertado Javier—. Ahora mismo tú necesitas más compañía.

Javier sonríe con sinceridad, pero es otra voz la que destruye ese íntimo momento.

—Javi tiene razón. Además, estoy yo aquí también. Voy a cuidarlo bien hasta que vuelvas. —Víctor está a un lado de la sala, sentado en su silla de ruedas despellejada y vaciando un paquete de papas con la mano que todavía responde sin dolor ante cualquier movimiento.

Aura lo mira con rencor, pero asume que tiene que atender esa necesidad y asiente con desinterés.

—No dejes que este te caliente mucho la cabeza —dice a Javier cuando se levanta.

—¡Oye! Que sigo aquí —rezonga Víctor.

Aura no responde más. Lanza una sonrisa burlona a Víctor mientras acaricia con cuidado su hombro, y se marcha en silencio.

La Jefatura Superior de la Policía Nacional es otro mundo distinto. Uno más apagado, más triste. En la sala de reuniones están todos cuando llega Aura. Incluso el juez ha llegado tras conocer todo lo ocurrido.

—¿Pueden asegurarme que el inspector jefe Donato está implicado en los casos del laboratorio? —inquiere el juez Navacaño, con un tono de voz duro y pesado.

—No ha vuelto a hablar desde que llegamos. Su confesión fue clara. Dijo que lo habían obligado a encubrir todo lo que hacía ese laboratorio —responde Daniel con pocos ánimos.

El juez se pasa las manos por su cabeza de cabello ralo y se saca las gafas negras que decoran su rostro. En sus ojos verdes se lee la pesadumbre, la incomodidad. Se aprecian los gestos de tristeza y de angustia al tiempo que deja caer pequeños retazos de rabia contenida.

—Bien, hay que hablar con él. ¿Tenemos pruebas de lo que dicen?

—La subinspectora Casado y yo encontramos todas las denuncias referidas a la residencia o al laboratorio, y en todas figura su número de placa.

—Con eso ya tenemos para empezar. El Bosco será trasladado mañana a primera hora a Picassent. Quiero que trasladen también al inspector jefe y lo dejen a disposición judicial en un recinto aislado hasta que pueda asegurarme de que no le va a pasar nada. Si es cierto lo que me dicen, puede que quieran silenciarlo. Necesito que hablen con él ahora. Antes de que sea más tarde. Pasará la noche aquí, custodiado las veinticuatro horas.

Aura asiente y se marcha por los pasillos en dirección a la sala donde tienen a Raúl. Daniel la sigue con unos pasos nerviosos. Con las manos inquietas. Con el cuerpo sudado.

Cuando llegan, ven al inspector sentado, en paz. Se mira las manos mientras juguetea con las esposas que todavía tiene aferradas a sus muñecas.

Apenas se inmuta cuando Aura entra acompañada de Daniel. Los mira y sonríe con resignación.

—Qué raro se hace estar a este lado. Es como si fuera un juego y ahora me tocara a mí ser el malo —dice cuando sus compañeros toman asiento.

—Tú no eres el malo, Raúl. Sabemos que no tienes nada de maldad. Por eso estamos aquí. Queremos ayudarte a ponerte a salvo y que puedas recuperar todo el honor que siempre has tenido.

El inspector jefe no puede evitar la carcajada que resbala por su boca.

—¿Honor? Eso ya se ha acabado, Aura. ¿Piensas que voy a salir de esta por la puerta grande? ¿Que por darte dos nombres ya todo se va a solucionar?

—Al menos es un principio. No se va a solucionar nada si sigues manteniendo ese silencio hermético. No podrás escapar nunca de esa lápida que te van a colocar por todo lo que has hecho. Aunque después quisieras remendarlo, no te servirá de nada. La gente valora lo malo diez veces por encima de lo bueno, y lo sabes.

Raúl levanta la barbilla una vez más y se humedece los labios con la lengua.

—Raúl —interrumpe Daniel—. Tú me has enseñado todo lo que sé. Y siempre me has enseñado a luchar por la verdad. Siempre has querido que este equipo se maneje con mano dura y con claridad. ¿Por qué vas a romper con tus propios criterios?

—No lo entendéis. Hay gente muy poderosa detrás de esto. Si se me ocurre hablar, estaré muerto antes de que acabe la frase. ¿Por qué creéis que jamás he permitido un solo desliz en mis compañeros? Porque nunca he querido veros a ninguno en mi posición. En una situación tan dura que no podáis hacer nada más que ver cómo se pudren todos vuestros valores.

Aura lo mira con miedo. Por un momento es capaz de creerlo. De pensar que no tenía salida, que no podía escapar de sus propias decisiones. Por un momento podría incluso defenderlo. Pero luego vuelve a ser la Aura de siempre. La que no permite embustes.

—Estás a tiempo de cumplir con tu deber. De hacer lo correcto. Si decides hacerlo, nosotros vamos a estar a tu lado para que no te pase nada.

El inspector sonríe ante la ridícula promesa de su compañera. Sonríe porque sabe que tiene razón.

—Sea como sea habré muerto. Quizá tengas razón. Ya que todo está perdido, ¿por qué iba a irme por la puerta de atrás? De todas formas, El Bosco también hablará, así que quiero estar con él cuando lo haga.

—Mañana trasladan a Picassent a El Bosco. A ti seguramente te dejen en algún juzgado para poder estar vigilado.

—No, Aura. Quiero ir con él. Quiero estar a su lado y asegurarme de que esta vez no escapa. Prefiero morir que verlo libre.

La subinspectora lo mira con reservada calma y niega con un movimiento suave antes de hablar.

—Puede ser peligroso. Además, El Bosco no va a ir...

—Aura. Es lo que quiero.

Aura no dice nada más. Asiente con orgullo y se levanta con

decisión para salir a comunicar la propuesta de Raúl, pero en el exterior el agente encargado del traslado la está esperando.

—¿Qué ocurre? —pregunta ella con la mirada nublada.

—Es el detenido. Pide verla antes de que se lo lleven.

Aura suspira y tensa los labios ante el temor que la sola idea le produce. Cierra los ojos y accede mientras ve cómo el agente comienza a caminar por delante de ella.

El trayecto se vuelve oscuro conforme descienden por las escaleras. Se torna frío al contacto cercano con las paredes de hormigón. Se hace denso en su propia mente al ver la figura de El Bosco a lo lejos del último pasillo.

El asesino está sentado en un pequeño colchón duro contemplando la llegada de la subinspectora, con una sonrisa oscura afilando su gesto. Ladea la cabeza cuando Aura se detiene al otro lado de los barrotes.

—¿Qué quieres? —pregunta ella con sequedad.

—Tan solo quería despedirme. Ha devuelto algo de emoción a mis días. Ha sido mucho más interesante enfrentarme a usted de lo que fue luchar contra el inspector Reinoso, sin ánimo de menospreciarlo.

—El inspector Reinoso tal vez hubiera dejado que Raúl acabara contigo. Desde luego que te merecías recibir un balazo en mitad de la frente. Sin mencionar que a punto estuvo de arruinar tus planes.

El Bosco no puede disimular la sonrisa que le produce el odio de la subinspectora. Se levanta y avanza con precaución hacia ella, mientras que esta retrocede varios pasos para mantener el peligro a cierta distancia.

—Lo cierto es que así fue. Por poco deja mi obra inacabada. Pero no se preocupe. Usted nunca fue un objetivo, así como tampoco lo fue el inspector Reinoso. Yo jamás he querido acabar con nadie que no fuera culpable.

—Pero sí acabaste con la vida de la hija de Manuel y el hijo de Álvaro. ¿Ellos eran culpables? ¿Y qué me dices de las víctimas de los primeros casos? ¿Los que inculpaban a Javier?

—¿Crees que todos ellos eran inocentes? ¿Dirías lo mismo si supieras que la hija de Manuel había defendido en varios juicios al laboratorio? En todos ellos supo los trapos sucios de su padre. ¿Dirías lo mismo si supieras que el hijo de Álvaro había amenazado a varias personas que intentaron investigar en el pasado de su padre? No, subinspectora. Yo no he castigado a nadie que no se lo mereciera. Toda esa gente había vivido bajo el influjo de lo incorrecto, creando unas bases poco adecuadas para afrontar una vida honrada.

Aura traga saliva e intenta apartar de su cabeza todas esas malas influencias que la voz de El Bosco le provocan.

—Poco importa ya todo eso. Ahora ha terminado tu juego, así que

dime qué es lo que querías y acabemos con esto.

—Cómo le he dicho, solo quería despedirme. Despedirme y desearle buena suerte. —Su sonrisa de pronto se hace más intensa mientras se aleja poco a poco hasta el colchón nuevamente.

Aura lo mira y un escalofrío recorre toda su espalda al presenciar su afilado gesto victorioso.

—Si no recuerdo mal, cuando te atrapamos dijiste que esto no se había terminado. ¿Todavía piensas igual? —dice ella con cierto retintín.

Él no responde de inmediato. Ya no lo hace ni tiene intención de seguir conversando. Se limita a dejar caer una carcajada que retumba entre las paredes de aquel oscuro sótano mientras toma asiento y observa cómo ella se marcha.

El Bosco no vuelve a hablar, pero tampoco deja de sonreír. Su expresión gélida perdura hasta que Aura no puede verlo más.

19 de marzo de 2018, 08:29. Furgón de traslado de detenidos.

El viaje desde que Raúl subió a la Mercedes Sprinter de la Policía Nacional se ha hecho incómodo. Lento. Angustioso.

El Bosco no ha dejado de sonreír ni un segundo y Raúl ha intentado evitarlo todo el tiempo. Pero la impaciencia y las retenciones hacen que sus palabras fluyan por cuenta propia.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta el inspector apretando los dientes.

Su voz ha llamado la atención de David, el conductor de detenidos encargado de custodiar el traslado. Un hombre cercano a los cuarenta y cinco años, viejo conocido de Raúl. Los mira a través de la pequeña ventanilla de rejillas y sigue su marcha lenta y sin pausas.

Nada de detenerse. Ni siquiera en los semáforos. El conductor tiene la orden de llevar a los detenidos al centro penitenciario sin que nada los perturbe.

El Bosco sonríe ante la pregunta débil de Raúl. Una pregunta que pasa rozando la súplica.

—Ya se lo dije. No quiero nada, simplemente hacer la justicia que usted mismo me negó.

—¡No me jodas! Esos cuentos cuando estábamos todos te podrían valer, pero ahora ya no tienes nada que perder. Vas de camino a tu nueva habitación por muchos años, así que no tienes motivos para seguir usando ese misticismo que tanto te gusta.

—Así que usted llama misticismo a los buenos modales. A la buena educación. ¿Debería cagarme en la puta entonces? Según usted, tendría que usar terminología bucólica y mostrar un carácter adusto para complacerle. ¿Es así?

—Nadie habla así ya. Nadie es tan refinado salvo...

—¿Salvo quién? ¿Los maricones? ¿Los políticos? —El Bosco se ríe con descaro—. No lo imaginaba tan cerrado de mente. Pero bueno, siempre se descubre algo. ¿Quién lo iba a decir? Que al final del camino nos acabaríamos conociendo mejor.

—Será el final de tu camino. Porque yo no pienso quedarme mucho tiempo aquí.

El Bosco lo mira con firmeza. Con resquemor incluso, y se vuelve hacia la pequeña ventana para contemplar el paisaje gris y difuminado que se proyecta por delante del furgón.

—Sea como sea, su camino también ha acabado. Lo menos que puede pasarle es perder el trabajo. Siempre y cuando dé los nombres que el juez le va a exigir. Y cuando eso pase, ¿qué? ¿Piensa que podrá vivir tranquilo? Al menos yo tengo claro algo, y es que jamás estaré

seguro —afirma con un gesto de conformidad. Con una mirada alegre.

Raúl sabe que tiene razón. Todos los que estaban detrás de los ensayos clínicos se jugaron mucho dinero en esas pruebas. Y, después de todo lo que sabían, harían lo posible por guardar ese secreto.

—De todas formas, ibas a terminar así. Cuando elegiste este camino, sabías que tu recompensa sería la muerte.

—Así es. Por eso yo sonrío mientras usted no ha dejado de sudar desde que lo esposaron a esa pequeña superficie de metal. Por eso no ha dejado de buscar en el retrovisor del conductor una complicidad que todavía le sigue siendo negada. Y por eso está ahora mismo conmigo, porque todavía guarda la esperanza de que su vida mejore. Porque quizá, si consigue silenciarme, se salve usted también. ¿Piensa que soy tonto?

Raúl aprieta los dientes, cierra los puños. La furia se concentra en sus brazos, en sus bíceps duros. En sus uñas clavándose en la piel de sus manos. En su mirada cada vez más centrada en el cuello de El Bosco.

—Estoy aquí para asegurarme de que acabas en una celda de Picassent.

De nuevo, la carcajada del asesino retumba entre las chapas del vehículo. De nuevo, su voz llama la atención de David, que chista para pedir silencio.

—Al único que engaña es a usted mismo con esas excusas baratas. Pero me parece bien que intente convencerse de unos motivos que ni usted comparte. Estoy seguro de que, si ahora le dieran una pistola, me dispararía sin ningún tipo de compasión.

—Eso no lo dudes. Pero una cosa no quita la otra. Mis errores son parte de mi pasado y aprenderé a vivir con ellos. Lo que ahora me interesa es que tú vivas con los tuyos.

El Bosco lanza de nuevo una carcajada ronca que hace reaccionar al conductor por segunda vez, en esta ocasión con un rugido casi animal.

—¿Mis errores? Mi error más grande fue usar una soga para reducir al inspector Reinoso. Fuera de eso, pocos han sido mis errores. Yo mismo soy el producto de uno, y quizá sea eso lo que quiere decir.

—Si estás aquí es porque has cometido un error que te ha llevado hasta nosotros. Nada más.

El silencio se vuelve tenso de repente. Tenso en los labios afilados de El Bosco, que lanza una mirada oscura y alegre a Raúl. Tenso en el pecho de Raúl, que no entiende la expresión del asesino.

—Yo estoy aquí por usted. Usted ha sido la última pieza de este lienzo. No dude de que si estoy aquí es para dar por concluida mi obra. Y mi obra comienza…

—¡Mierda! —el grito de David irrumpe de golpe haciendo que

todos callen.

A su grito le precede un volantazo que impulsa a Raúl contra las chapas del furgón y a El Bosco lo intenta lanzar al suelo. Su sacudida es repelida por las sujeciones que tiene en la cintura y brazos.

Tras el volantazo llega el golpe, seguido de un enorme estruendo.

El ruido de cristales estallando se funde con el del metal deformándose. El de los gritos del compañero de David, que ha recibido el golpe, el de los gruñidos de Raúl soportando las embestidas del furgón.

Tras el primer golpe, el furgón pierde el control y acaba desviándose de su rumbo y cayendo por un pequeño terraplén hasta detenerse de forma súbita al estrellarse contra un árbol. El golpe final arranca a David un gemido de dolor cuando siente cómo se clava el volante en sus costillas.

Con esfuerzo, el conductor toma la emisora y enciende en la frecuencia establecida, pero cuando va a hablar otro estruendo se deja oír. En este caso se trata de varias detonaciones que obligan al conductor a hacerse pequeño en su asiento, movimiento que lo lleva a perder de vista la emisora. Las balas pasan silbando a través de la ventanilla destrozada del acompañante. Atraviesan el parabrisas. Se estrellan contra el salpicadero, contra el volante.

—David —anuncia Raúl en un llamado de atención—. ¿Qué pasa?

David no contesta. Sigue en su asiento esforzándose por sacar la pistola de su funda. Su posición ha hecho que la pistola quede encajada entre la parte inferior del asiento y la manecilla de regulación. Forcejea con la funda, pero no puede apoderarse de su arma, ya que su prominente barriga bloquea el seguro.

—José Luís. ¿Estás bien? —pregunta David.

No hay respuesta por parte de su compañero, y por los restos de sangre que salpican el parabrisas no parece que su silencio se deba al accidente. Uno de los disparos ha entrado por su oreja y ha atravesado la cabeza hasta salir muy cerca de la ceja izquierda.

Al fin David saca el arma y apunta al exterior. Cuando entiende que corre peligro ahí, abre la puerta, que chirría debido a su nueva posición tras el accidente, y saca su cuerpo del vehículo.

Ya no se oye nada.

Solo varios gritos de espectadores que han huido tras los primeros disparos.

—¡David! Sácame de aquí. Tienes que sacarme, joder —grita Raúl sacudiendo las manos en un absurdo intento de romper el metal que lo inmoviliza por completo.

Tras las chapas del vehículo, agonizando todavía tras el impacto, se oyen los gritos de David. Sus amenazas al viento. Sus disparos vacíos.

Dos son los disparos que Raúl reconoce de su pistola. Dos disparos

que no encuentran destino. Tras sus detonaciones, alguien responde con un arma automática. Varios son los tiros que se oyen en el exterior. Disparos que acaban impactando también en el furgón, abriendo pequeños agujeros que apenas dejan entrar algo de luz y humo del exterior. Tras eso, el silencio se hace pesado, amenazador.

Un silencio que presagia lo peor. Un destino que El Bosco parece haber asumido, pues su rostro apenas ha mutado desde el inicio de la batalla.

—Creo que nos toca a nosotros —dice él, con una sonrisa perenne.

Raúl traga saliva y respira con dificultad. El golpe que se ha dado en el último impacto todavía sigue latiendo en su costado. Un dolor que se esfuma cuando oye el crepitar de la cerradura.

Pronto, la luz entra de golpe como una gran lengua de frío que se abalanza sobre ellos. Tras la puerta no ven a nadie. Solo una Mercedes Vito negra aparcada a un lado y con el frontal destrozado. Pocos segundos después es cuando la realidad se presenta ante ellos.

Una sombra se asoma poco a poco por la puerta. Su rostro se oculta bajo un pasamontañas, pero Raúl sabe perfectamente quién es. Sabe quién ha sido siempre el encargado de limpiar los trapos sucios que empiezan a oler, así que traga saliva y afronta su destino.

Ve en los ojos de su verdugo la rabia y la decisión casi en partes iguales. Cuando alguien se dedica a ser portador de la muerte, no se valen los sentimientos, así que levanta el arma y no vacila. Descerraja dos tiros que impactan de lleno en el pecho de El Bosco, que en pocos segundos deja caer la cabeza, sin borrar su sonrisa.

Tras eso, el verdugo mira a Raúl y negando lanza un débil consejo que se pierde en el ambiente enseguida:

—Los héroes nunca existieron —sentencia.

Raúl ve sobre su hombro el subfusil que ha usado para abatir a los dos policías, pero para ellos dos ha reservado una Desert Eagle bañada en plata con sus iniciales en el mango.

Lo último que ve Raúl es el cañón del arma amenazándolo.

No sonríe. No lo hace porque sabe que se va de ese mundo sin haber podido desvelar toda la verdad que su corazón había soportado durante tanto tiempo. No sonríe porque su final será tan triste como sus inicios. Por eso él no sonríe cuando escucha el disparo que lo envuelve en una noche perpetua.

Todavía llega a escuchar los pasos rápidos de su verdugo, alejándose, antes de que todo se apague. Y, justo en ese momento, la imagen de su equipo pasa fugaz por su memoria. Es entonces cuando sí consigue dibujar una débil sonrisa.

22 de marzo de 2018, 10:25. Valencia

La normalidad ha vuelto a una Valencia resacosa, que ve cómo sus calles se tiñen de ajetreo. De nervios. Que vuelve a escuchar los gritos de un tráfico lento, las bocinas de coches anclados al asfalto, de conductores nerviosos. Una Valencia que ya no huele a pólvora, sino a humo y a perfume caro.

En la Jefatura Superior de la Policía Nacional nada ha vuelto a ser igual.

Ya no existe la normalidad. Tampoco la alegría o el humor típico de días tensos se respira en el ambiente. Todos callan en las oficinas. Todos caminan arrastrando los pies en un luto casi necesario tras la muerte de Raúl.

Sobre todo, sus compañeros.

En la sala de reuniones, Aura observa la pizarra vacía y limpia. Ya no hay restos de anotaciones, pistas e impresiones de los agentes. Ahora esperan meses de tranquilidad o no, en cualquier momento puede sonar el teléfono y tendrán que acudir a una nueva llamada.

Y así es. El teléfono vuelve a sonar antes incluso de que Aura se quite de la cabeza a El Bosco. Es Daniel quien la llama. Una llamada extraña, pues hace menos de diez minutos que estaban todos reunidos en esa misma sala. La subinspectora arruga la frente y descuelga.

—Baja al despacho, ya. —Su voz suena firme, autoritaria, oscura.

En ese instante, todos los miedos de Aura reflotan en su cabeza como una burbuja de aire dentro del agua. Cuelga el teléfono y sale hacia el despacho de Daniel en una apresurada marcha de pasos ligeros sin llegar a correr.

Cuando entra en el despacho, se topa de frente con todos sus compañeros. Ahora pocos, puesto que todos tienen alguna merma que curar. Daniel se encuentra al lado de una pantalla de ordenador, junto con Leo, que está sentado en el escritorio.

—Tienes que ver esto —dice Daniel, lanzando un oscuro pensamiento a la mente de Aura, que sabe que aquello no puede significar nada nuevo.

—¿Qué ocurre? —investiga ella mientras se coloca detrás de Leo. Este la mira y traga saliva.

—Esta mañana ha llegado por Correos una carta a nuestro departamento. Era una carta certificada que contenía un lápiz de memoria. Daniel la ha recibido y me la ha dado para que la investiguemos.

—¿Y bien? —pregunta de nuevo Aura.

Aunque su pregunta acaba cayendo al olvido cuando un golpe en la puerta los interrumpe. Se trata de un agente uniformado con la expresión congelada en una facción tensa. Apenas encuentra objetivo

donde centrar su mirada y en sus manos porta unos papeles.

—Ahora no —indica Daniel antes incluso de que el chaval, joven y de actitud bisoña, pueda decir nada.

—Disculpen, inspectores, pero me han dado esto como extrema urgencia. Dicen que tienen que verlo.

Daniel resopla con angustia y estira la mano para que el policía le entregue el papel. Cuando lo hace, y se retira a gran velocidad, su mirada no es capaz de creer lo que ve.

—Llama a Héctor —exige sin soltar el papel de las manos.

—¿Tiene que ser ahora? —inquiere Leo, angustiado.

Daniel no responde. Tan solo mira a su compañero y este entiende la importancia del asunto, así que toma el teléfono, pone el manos libres y marca el número del forense. En menos de dos tonos la voz áspera del médico resuena haciendo vibrar los pequeños altavoces del teléfono fijo.

—¿Qué mierda es esto que nos has mandado, Héctor?

—Vaya. Ya lo tienen entonces. Pues, es difícil de explicar. Mira que suelo ser bastante concienzudo para los exámenes, pero en este caso esa prueba no estaba en el cuerpo. La he visto hoy cuando he preparado la ropa del asesino para clasificarla toda. Estaba dentro de una de sus zapatillas.

Daniel traga saliva y le entrega el papel a Aura, que no es capaz de asimilar lo que está viendo. Mira la fotografía y lleva sus ojos hacia Leo justo un segundo antes de darle a él también la muestra.

—Es el extracto que faltaba.

Daniel asiente.

—El Anticristo. El personaje que observaba todo lo que estaban haciendo durante el nacimiento.

—Pero eso no tiene sentido. Él ni siquiera había nacido cuando le ofrecieron el dinero a su madre para que accediera al ensayo —arguye Aura con desesperación.

—¿Algo más, Héctor?

El forense niega ante la pregunta de Daniel y Leo cuelga el teléfono, dejando de nuevo la sala en un silencio total. Un silencio que devora incluso los pensamientos de los agentes.

—¿Qué querrá decir? —pregunta Aura.

—Eso explica lo que nos han mandado hoy. Ahora lo entenderás —anuncia Leo aportando más miedo al cuerpo de Aura, que empieza a sudar de forma excesiva.

En ese momento abre el archivo que contiene el dispositivo de memoria y un vídeo inicia su reproducción.

El vídeo muestra una habitación oscura, tétrica, fúnebre. Una habitación vetusta y sin decoración alguna hasta que una figura rompe la escena. Poco a poco se va haciendo pequeña hasta distinguir la

presencia de El Bosco en el vídeo.

Aura traga saliva.

Daniel aprieta los dientes.

El Bosco sonríe de nuevo a través de la pantalla y comienza a hablar.

—Hola una vez más, queridos amigos. Si están viendo esto es porque todo ha acabado para mí. Porque al fin han conseguido silenciar mi cuerpo. La realidad es que, si están viendo este vídeo, es solo porque todavía queda un último lienzo al que enfrentarse. Como ya les habré dicho, no piensen que han ganado. Jamás se habían enfrentado a este juego de una forma justa, pues fueron encontrando las pistas al mismo tiempo que los cuerpos. Esta vez será distinto. Esta vez tendrán la oportunidad de salvar las vidas de todos aquellos que actuaron bajo la sombra de su propio poder.

»¿Acaso piensan que la justicia nace de ustedes? ¿Cuántos de ustedes han traicionado los Principios Básicos de Actuación? Su compañero, sin ir más lejos, fue el primero en romper con la Adecuación al Ordenamiento Jurídico. Concretamente donde dice que un policía debe actuar con integridad y dignidad, absteniéndose de actos corruptos y oponiéndose a él. ¿Se opuso alguna vez Raúl a la corrupción?

»Es por eso por lo que me vi obligado a enfrentarme yo mismo a la justicia. De crear este último lienzo para que todos conozcan quienes deslucieron la justicia y usaron su poder para beneficio personal.

»Espero que hayan encontrado el extracto que dejé en mis prendas. Y siento que la última de las piezas sea tan falible en su interpretación. En efecto, yo siempre fui el ser que contempló cómo se consumían los puros a manos de lobos disfrazados de corderos. Yo fui una víctima y un verdugo. Yo he sido todo, queridos amigos, y ha llegado la hora de que se enfrenten a mi última obra. Pero cuidado, que ese último fragmento guarda mucho más significado del que ahora pretenden saber. Quizá, si se detienen a pensar, puedan llegar a comprenderlo.

El vídeo acaba con su risa reverberando en los altavoces y su mirada gélida atravesando el cristal.

—¿Qué mierda ha querido decir? —pregunta Aura con la voz trémula y la garganta casi bloqueada.

—Junto al vídeo hay varias imágenes —confirma Leo abriendo la primera de ellas.

Es una fotografía hecha sobre su espalda. En ella un enorme tatuaje pinta toda la piel en el dorso del cuerpo. El tatuaje inicia por debajo de su cuello y se extiende casi hasta la escápula. Una imagen que Aura no quiere asimilar.

—Otro cuadro —dice, al fin, con el miedo atravesando sus piernas

y volviéndolas de papel. La subinspectora se sienta tras ver la imagen. Tras sentir cómo su cuerpo pierde fuerza.

—Hemos llamado al experto en arte. El Bosco hizo muchos trabajos, pero solo hizo tres trípticos. ¿Recuerdas la paja encontrada en el cuerpo de Cristóbal y en el sobre de Raúl?

Aura asiente ante la pregunta tenue de Daniel, que la mira con la pena dibujada en sus ojos amoratados a causa del insomnio.

—El cuadro que falta en el repertorio de El Bosco se titula El Carro de Heno, y es el que se ve en las imágenes.

—Quiere decir que...

Daniel traga saliva y cierra los ojos.

—Hace quince minutos hemos recibido una llamada. Anoche denunciaron la desaparición del excomisario Berrengo.

Aura abre los ojos.

—¿Berrengo no fue...?

Daniel asiente afirmativamente con la cabeza mientras se ensaliva los labios.

—No sabemos cuándo desapareció, puesto que vivía solo, pero en la inspección de su vivienda encontraron el salón lleno de paja. —Por eso nos han llamado.

Aura mira a Leo y suspira. Leo aprieta los labios y con dolor lanza una sentencia que la subinspectora ha estado negando desde que inició el vídeo.

—Todo vuelve a empezar.

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, por favor, continúa unos segundos más. **Es importante**.

Como autor, sé que una obra puede gustar o no. En esto del arte nadie puede gustar a todo el mundo, así que solo te pido que me hagas saber tu opinión, aunque sea con un emoticono. Es importante y así podrás crear una sinergia que haga que esto de escribir, se convierta en algo más que un pasatiempo. Me gustaría que pudiéramos formar una bonita familia en torno a este arte. Por eso te ruego que me hagas saber tu opinión por cualquier medio, el que tú elijas. Y si no te ha gustado y quieres dejar una reseña negativa, por favor, al menos dime qué no te ha gustado. Solo así podré ofrecer un mejor contenido en próximas historias. Sin más, te dejo con los agradecimientos.

De nuevo me veo en la compleja tarea de tener que agradecer a todas las personas que me han ayudado con este nuevo trabajo. A todas las personas que siguen a mi lado. Y digo compleja porque estoy convencido de que nunca podré agradecer a todos los que me han apoyado en algún momento.

De todas formas, intentaré nombrarlos a todos.

En primer lugar, a ti, que te has enfrentado a esta nueva aventura. Si ya me conoces gracias por seguir a mi lado, por tu apoyo y cariño. Por el tiempo que me has dedicado. Por los buenos o malos momentos. Te haya gustado o no, mil gracias. Si es tu primera vez, espero que lo hayas disfrutado, que te haya convencido para seguir conmigo en otras aventuras. Y sea como sea, me gustaría que te pusieras en contacto conmigo para hacerme saber tu opinión. Si es buena lo celebraremos juntos. Si es mala, me ayudarás a crecer. Podrás encontrarme en cualquiera de mis redes sociales o en mi página web.

Y ahora sí, toca las menciones especiales.

Es un hecho recurrente y una promesa que debo cumplir, el mencionar a varias personas importantes en mi carrera. Son personas que me han apoyado cuando apenas era una sombra de lo que soy, cuando ni siquiera entendían cuál era mi camino. Y pase lo que pase, van a tener siempre un hueco en mis libros. Cada vez son más los nombres, y espero que sigan aumentando con el transcurso del tiempo. Ellos son:

A mi querido primer lector y firme juez, Jose Luís Bohigues (Pallús). Nada sería lo mismo sin esos consejos y esas charlas a las tantas de la madrugada.

A Joana Rodríguez, lectora que siempre ha estado entre mis letras, dándome consejos y haciéndome saber su opinión día tras día.

A María José Valiente, Neus Calleja, Loli Zamora y Lola lectora, por su compañía desde que empecé a escribir. Ellas me dieron una oportunidad cuando nadie me conocía, y han seguido conmigo libro tras libro. Jamás podré olvidarlo.

Y, para terminar, me gustaría hacerte un regalo, pero antes de ello, me gustaría invitarte a cualquiera de mis páginas para que puedas charlar conmigo sin ningún reparo.

Si te ha gustado la historia te invito a mi grupo de lectores para que no te pierdas ninguna novedad. Además, podrás participar activamente en mis futuras creaciones y entrar en todos los sorteos que haré. El grupo, así como todas mis redes sociales y demás libros los podrás encontrar aquí.

https://www.facebook.com/groups/715521379569965

O también, escaneando este código. Aquí tienes toda la información.

SCAN ME

Biografía

Si esperabas una biografía adulterada, insípida y técnica, esta no es para ti. Mi biografía estoy seguro de que no es muy distinta a la tuya. Soy una persona normal, con una familia normal, que dedica su tiempo libre a lo que le apasiona desde que aprendió a coger un lápiz para dibujar sus fantasías —no sabía escribir todavía—.

Nací en Argentina en 1987 y debido a los problemas que se presentaron allí en la década de los 90, nos vinimos a vivir a España, aprovechando que toda mi familia era de aquí. En un pequeño pueblo de la Comunidad Valenciana es donde hice y hago mi vida. Aquí conocí a mi mujer, tuve a mis tres hijos, y nada sería igual sin ello.

Decir que mi primer libro Secuelas de un pasado, a pesar de haberlo empezado a escribir con 13 años, no es hasta 2018 que puedo acabarlo y publicarlo. Mi primer hijo es el detonante a que me decida a publicar el 308 libro. ¿Por qué? Pues te cuento:

Este libro habla sobre una chica que se suicida a causa del Bullying, pero en realidad es una alegoría de lo que fue mi infancia. Enzo, que es como se llama mi primer acierto en esta vida, tuvo complicaciones en el parto y derivó en un pequeño retraso en el desarrollo. Por eso él es el culpable de que me animara. Porque con este libro quise, al menos a los pocos que lo leyeran, inculcarles el peligro que podría conllevar el abuso sobre otros compañeros. Porque no me gustaría que mi hijo pasara por lo que yo pasé. Por eso publiqué Secuelas de un pasado. Porque si con ese libro podía hacer reflexionar a una sola persona, ya me habría compensado. Por suerte han sido más de 5000 lectores los que han pasado por sus páginas, y muchos han admitido sentirse identificados con esa pequeña joven

que decide quitarse la vida en las primeras páginas.

A este libro le siguieron varios más (ahora descatalogados). Hasta que en 2019 nace La herencia del pecado, libro ganador del premio Suseya a la mejor novela negra. Libro cuya segunda entrega estará disponible a partir de agosto de 2022.

Y en 2021 vendría Cuando ella duerme, un fantástico thriller que ha cosechado más de 5000 lectores en menos de un año.

Así que aquí estoy, deseando que tú también puedas unirte a mi preciada familia. ¿Qué dices? ¿Aceptas? Te espero en mis páginas para saber que puedo contar contigo.